



El fin de Fausta

10 Los Dardaiïan

Miguel Zévaco

de

Carlos De Angulema planea apoderarse del trono de su padre. Fausta es bien acogida en la corte de Francia como un emisario del rey de España. Odet de Valvert tiene la misma sangre noble, orgullosa y ardiente que sus famosos primos Pardaillan. Así que vuela al rescate de su bella Muguette *Tallo de Lirio* que está luchando con Galigai. La esposa de Concini hace muestra de una inteligencia pérfida y perversa para garantizar a su esposo el poder real. Y, una y otra vez, Juan de Pardaillan, se enfrenta a Fausta que no cesa de querer matarle “No olvidemos, no olvidemos un instante que Fausta, en la sombra, vagabundea sin cesar alrededor de nosotros, acechando el segundo de olvido fatal que le permitirá caer sobre nosotros, rápida e inexorable como el rayo, y aplastarnos.”

La lucha final de la Princesa Fausta y el caballero Juan de Pardaillan termina en una formidable explosión que hará temblar los cimientos de París. ¿Cuál será su final?

En este último volumen, Michel Zévaco se abstiene bien de concluir las intrigas reales: la Historia no le necesita para continuar su marcha ciega. Pero es con talento que cierra las puertas que había abierto para sus personajes. El futuro se presenta sereno por fin para los Pardaillan, ilustre linaje en el que cuatro generaciones sirvieron al reino de Francia. Y el autor hasta reserva una posibilidad eventual de regreso a uno de sus protagonistas. ¿Quién sabe? Cuando parece el fin, quizás aún quede algo...

OceanofPDF.com



Michel Zévaco

El fin de Fausta

Los Pardaillan - 10

ePub r1.1

orhi 10.02.2021

OceanofPDF.com

Título original: *La fin de Fausta*
Michel Zévaco, 1926
Traducción: Mario Martínez López

Editor digital: orhi
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

ACLARACIÓN

En las traducciones al español hechas por las diferentes editoriales, la serie fue publicada en 27 episodios (*libros más pequeños que se continuaban entre sí*). Adicionalmente algunas editoriales han juntado tales episodios en grupos, y han publicado la serie en 7, 8 o 9 tomos. El problema aquí, es que el criterio para la agrupación, no buscó en ningún momento ofrecer al lector aventuras completas. Así que, cada uno de esos tomos no es una aventura completa y es necesario tener el siguiente tomo para enterarse del desenlace. Pero... ese tomo contiene también otros episodios que corresponden a la siguiente aventura, quedando ésta, también inconclusa en ese tomo.

En esta versión para epublibre, he decidido respetar la versión original, tal como fue publicada, en 5 partes y 2 libros completos en cada una de ellas, (véase la serie: “*Los Pardaillan*” al final del libro), tomando como base los originales en español de mi versión en papel y agrupando los episodios como indica la obra original, para ofrecer al lector, una aventura completa en cada libro.

OceanofPDF.com

LA DAMA BLANCA

OceanofPDF.com

Capítulo I

El secuestro de Luisita

Hacía un tiempo espléndido. Era uno de esos días primaverales precursores de un verano próximo y muy caluroso. El perfume que se desprendía de los rosales que crecían a orillas del camino embalsamaba el aire. Pardaillan, Valvert y sus acompañantes hicieron un viaje delicioso, que no turbó ningún suceso desagradable.

Mas en cuanto llegaron a la casita de campo en que vivía la buena Perrine, tuvieron la primera decepción: las puertas y ventanas cerradas decían claramente que la vivienda estaba vacía. Llamaron repetidas veces y, como nadie les contestara, preguntaron a los vecinos y supieron que aquella misma mañana habíase detenido delante de la casa una litera, escoltada por varios hombres de armas a caballo; que de la litera bajó una dama principal, a juzgar por su porte, entró en el edificio y media hora después salía acompañada de Perrine, que llevaba consigo a una niña de corta edad.

La niña parecía muy contenta. Un muchacho le preguntó que adonde iba, y ella contestó que a ver a su mamá. Perrine no manifestaba la menor inquietud; era evidente que seguía de buen grado a la dama. Las dos mujeres y la niña subieron al vehículo, que en seguida se puso en marcha.

El caballero de Pardaillan regaló un escudo al aldeano que les dio estos informes, y se alejó, diciendo en voz baja a Valvert:

—¡Lléveme el diablo si esa dama principal no es la mismísima Fausta!

—¿De veras creéis que es ella? —preguntó Odet con manifiesta incredulidad.

—Vamos a registrar la casa —repuso Pardaillan desentendiéndose de la pregunta del joven.

Pasaron la cancela, forzó Gringaille la puerta con mucha limpieza y Pardaillan entró en la vivienda, seguido de Valvert, que se preguntaba intrigado qué buscaría allí el caballero.

Pardaillan buscaba sencillamente un indicio para asegurarse, primero, de que había sido Fausta la que había robado a la niña —pues de que había sido robada no tenía la menor duda— y, segundo, adivinar, si era posible, el móvil que la había guiado.

Y encontró más de lo que hubiera podido desear. En la primera pieza donde entró vio, a la primera ojeada, una hoja de pergamino clavada a la mesa con un puñalito.

El caballero se acercó a la mesa y miró el arma, que tenía el mango de oro cincelado y cuajado de piedras preciosas.

—Solamente Fausta, que es riquísima —dijo para sí—, puede permitirse el lujo de tirar así una fortuna.

Tomó luego el pergamino y lo leyó con mucha atención. Decía así:

“Pardaillan, he visto a Luisita y la he encontrado tan preciosa que, ¿lo creeréis?, he quedado prendada de ella. Sintiendo que no podría vivir separada de esta adorable criatura, me la llevo conmigo. Estoy en mi derecho porque, al fin y al cabo, soy su abuela.

”¡Oh! Estad tranquilo, que sólo de vos depende el encontrarla un día. Os doy palabra de soberana de que os la devolveré si vos, obrando cuerdamente, desistís de vuestro empeño de desbaratar los proyectos que sabéis y que sólo vos sois capaz de echar por tierra. Para devolvéroslo, esta es una condición sine qua non. Si os obstináis en molestarme, podéis vestiros ya de luto y hacer que se vistan también de negro sus padres. Muerta para vos y para ellos, jamás la volveréis a ver.

”¿Me entendéis, verdad, Pardaillan? Consultad con vuestra conciencia si debéis llevar la desesperación al corazón de esos padres. Tengo absoluta confianza de que me daréis palabra de honor de permanecer neutral en la lucha que sabéis, y así os podré devolver inmediatamente la niña”.

La carta estaba firmada con una inicial: F.

Pardaillan dejó el pergamino encima de la mesa y se quedó pensativo, jugando maquinalmente con el puñalito que, sin darse cuenta, tenía en la mano.

Valvert le miraba contristado, sin atreverse a moverse ni a dirigirle la palabra para no distraer de sus pensamientos a su viejo amigo, al que veía profundamente apenado y perplejo.

Por último, el caballero sacudió la cabeza como para ahuyentar las negras ideas que le obsesionaban, volvió a tomar el pergamino y se lo entregó a Valvert, diciéndole con voz cavernosa:

—¡Leed!

Odet leyó de cabeza a rabo la misiva y, viéndole como anonadado, Pardaillan le preguntó:

—¿Qué me decís ahora de la señora Fausta?

—Que es un verdadero monstruo —repuso el conde—. ¡Una madre capaz de sacrificar fríamente sus hijos a sus abominables proyectos de ambición! ¡Oh! ¡Es el demonio!

Como el caballero, el joven estaba convencido de que Fausta llevaría a cabo sus amenazas.

Siguió un largo silencio. Pardaillan reflexionaba retorciéndose las guías del bigote con gesto maquinal. Estaba impasible, sin manifestar indignación, cólera o pena. Consideraba fríamente la situación angustiosa en que Fausta le había colocado y buscaba el medio de parar el golpe sin herir la susceptibilidad de su demasiado escrupulosa conciencia.

—En resumidas cuentas —dijo, al fin, pensando en voz alta—, tengo que escoger entre faltar a la palabra que di al difunto rey Enrique Cuarto, que sería deshonrarme a mis propios ojos, o abandonar a mi nietecita y llevar, como ha escrito muy acertadamente esa Fausta infernal, la desesperación al corazón de mi hijo y de mi nuera, lo cual sería una acción malvada.

Metió el puñal en su vaina de terciopelo, dobló el pergamino, se lo guardó en un bolsillo y dijo, como si hubiera tomado ya una determinación:

—Aquí no tenemos ya nada que hacer. Vámonos.

Salieron del edificio, cruzaron el huerto, montaron a caballo y, al trote largo, atravesaron la aldea sin proferir palabra. Cuando dejaron atrás la

última casa, pusieron sus monturas al paso y cambiaron impresiones.

Valvert empezaba a darse cuenta de que Fausta era un temible adversario con el que no debían olvidar ninguna precaución ni tener ninguna distracción, porque podría serles funesta. Iba, pues, ojo avizor y el oído atento. Pardaillan, que habíale visto volver la cabeza con frecuencia y escuchar con atención, le preguntó:

—¿Qué buscáis?

—Señor —dijo Odet sin responder directamente—, la señora Fausta sabía, sin duda, que vendríais a esa casa, puesto que os ha dejado escrita una carta dirigida a vos, y esto es muy chocante.

—Lo sabía o lo había adivinado —rectificó Pardaillan.

—Es lo mismo. Y sabiéndolo, no sería raro que nos tendiera un lazo en el camino o en la misma casa.

—Evidentemente, pero no lo ha hecho. Con Fausta hay que estar siempre alerta, observar y reflexionar. Habéis leído su carta y, si hubieseis reflexionado, sabríais que Fausta espera una respuesta mía y os hubierais dicho, como me lo he dicho a mí mismo, que no emprenderá nada contra mí ni contra vos, que estáis de mi parte, hasta que haya recibido esa respuesta.

—¡Pardiez! ¡Qué necio soy! ¿Cómo no se me ha ocurrido eso? —exclamó Valvert.

Llegaron a Bagneux hablando de lo mismo. Preguntaron allí y nadie supo darles razón de la litera, escoltada por varios hombres de armas montados que ellos indicaron.

—Bueno —dijo Pardaillan—. La niña no ha sido llevada a París..., por lo menos directamente. Fausta ha tomado precauciones para que yo no pueda descubrir su paradero y rescatarla.

Prosiguieron su camino y llegaron al Grand-Passe-Partout sin que les ocurriera nada digno de mención. Pasaron juntos la tarde y todo el día siguiente. Ni Fausta ni Concini dieron señales de vida.

Mas al tercer día, un cuarto de hora después de haber llegado Valvert, que pasaba la mayor parte de su tiempo al lado del caballero, anunció Nicolasa que dos señores, que habíanse quedado en la sala grande, insistían en que era necesario que hablaran con el caballero de Pardaillan.

—Decidles que suban —mandó Pardaillan con los aires de gran señor que le eran peculiares.

Y en cuanto Nicolasa desapareció, cerrando la puerta, añadió:

—¡Que me descuarticen vivo si no son enviados por la señora Fausta para saber mi respuesta!

Y como Valvert hiciera, por discreción, un movimiento de retirada, Pardaillan dijo vivamente:

—Quedaos, hijo mío, que no estaréis de más a mi lado.

Valvert permaneció en el cuarto, pero se retiró discretamente a un rincón.

Nicolasa introdujo a los dos visitantes y se fue en seguida. Pardaillan reconoció en uno de aquéllos a la propia Fausta, que vestía traje masculino con gran desenvoltura. El otro era el gigantesco Albarán.

Los cuatro personajes se saludaron cortésmente y cambiaron los cumplidos de rigor, como si no fueran enemigos mortales.

Fausta y Albarán rehusaron los asientos que Valvert les ofrecía, señal evidente de que la visita sería corta. En efecto, Fausta dijo sin más preámbulo:

—Caballero, vengo por la contestación de mi carta, que me consta habéis recibido.

—¡Cómo, princesa! —exclamó Pardaillan maravillado y con aire burlón —, ¿Venís por ella vos misma? ¡Qué honor para mi pobre zaquizamí!

Y agregó, poniéndose muy serio:

—Ante todo, permitid que os restituya este juguetito, que hicisteis muy mal en dejarlo en una casa abandonada en la que cualquier bribón hubiera podido introducirse.

—Sabía yo que caería en buenas manos —repuso Fausta tomando el puñalito que le presentaba el caballero.

Titubeó un momento y al fin se decidió:

—¿No queréis conservar esta arma como recuerdo mío?

—Aceptaría gustoso, si fuera un arma ordinaria; pero, señora, es una joya de mucho valor y con gran pesar mío tengo que rehusarla —respondió muy cortésmente Pardaillan. —Pues no hablemos más de esto —dijo Fausta sin insistir.

Se guardó el puñal en el jubón y prosiguió:

—Pasemos a lo que más interesa.

—Es decir, a la respuesta que esperáis de mí —precisó Pardaillan—. Señora, me conocéis demasiado bien para no saber de antemano cuál ha de ser mi respuesta.

—No obstante, deseo oírla de vuestros labios.

—Pues bien, os diría que no sé por qué motivo habían de variar mis intenciones acerca de vos. Estas intenciones os las expuse lealmente en la entrevista que os dignasteis concederme en vuestra casa, a la que asistió el señor duque de Angulema y cuyo final hubiera debido ser funesto para mí. Pero ¿qué queréis, princesa? Nadie mejor que vos podría saber que tengo la piel demasiado dura y no se me mata tan fácilmente. —Recordadme lo que me dijisteis entonces —insistió Fausta desentendiéndose de las burlas de su interlocutor.

—Os dije —repuso Pardaillan mirándola fijamente— que, mientras yo viva, no seréis reina de Francia. Esto fue lo que os dije y repito ahora.

—¿Luego estáis decidido a combatirme?

—Con todas mis fuerzas —replicó el caballero.

—¿Lo habéis pensado bien?

—Princesa, he tenido un día entero y dos noches para pensarlo; mucho más tiempo del que necesitaba.

Valvert, mudo testigo, como Albarán, de este duelo, admiraba la serenidad con que los dos adversarios se batían: Pardaillan, frío y sonriendo socarronamente; Fausta, inmutable. Parecía que hablaban de vulgaridades a las que no daban la menor importancia. Viéndoles tan tranquilos, nadie hubiera dicho que trataban de cosas terribles de las que dependía su propia suerte y la de una infinidad de personas, entre ellas el rey niño, Luis XIII.

Con la misma calma soberana, sin que su fisonomía o su actitud revelara la más ligera contrariedad, sin que su voz armoniosa dejara traslucir la amenaza, Fausta replicó:

—¿Abandonáis, pues, a vuestra nieta? ¿Condenáis a la desesperación a vuestro hijo y a vuestra nuera?

—No abandono ni condeno a nadie —dijo Pardaillan sin acalorarse—. Pero he reflexionado que la suerte de mis hijos depende de la lucha que me

habéis obligado a emprender contra vos. El toque está en saber cuál de los dos triunfará y si durará mucho esta contienda. Estoy convencido, conforme os he dicho y repito, de que os derrotaré y la situación de mis hijos quedará aclarada. En cuanto a la duración de la lucha, estoy también seguro de que será breve. No puede ser de otra manera.

—¿De suerte que pensáis en quitarme la niña?

—No lo pienso, señora; estoy seguro de que recuperaré mi nieta.

Dijo Pardaillan esto con tal aplomo, que Fausta, a pesar del dominio que tenía sobre sí misma, se estremeció visiblemente.

—Pues buscadla —elijo.

—Ni la buscaré, ni la encontraré ni os la quitaré. Vos misma me la entregaréis.

—¿De veras? —repuso Fausta irónicamente.

—Estoy seguro —repitió Pardaillan saludando ceremoniosamente.

Y erguido, recalcando las palabras, insistió:

—Vos misma me la devolveréis... y os consideraréis dichosa cuando lo hayáis hecho.

—¡Eso lo veremos! —replicó Fausta disimulando su ira con una sonrisa—. Creo —añadió seguidamente— que no tenemos ya nada más que decimos.

—Exacto —confirmó fríamente el caballero.

Saludáronse cortésmente, como al principio de su entrevista. Pardaillan acompañó galantemente a la princesa hasta la puerta, donde se despidieron con otra reverencia ceremoniosa.

—Ahora, mi joven amigo —dijo el caballero cerrando la puerta y volviéndose hacia Odet—, hay que estar alerta. La tigresa anda suelta por ahí y nos dará mucho que hacer. —Estaré siempre prevenido, señor —le tranquilizó Valvert—. Además, me parece que no somos tan débiles que nos dejemos devorar así como así.

Pardaillan sonrió satisfecho.

OceanofPDF.com

Capítulo II

La refriega en la calle de la Cossonnerie

Pasaron tres días. Valvert, con su criado Landry Coquenard, volvió a su alojamiento de la calle de la Cossonnerie, pero iba cada día a visitar al caballero y, sin pensar en el peligro, paseaba luego por París, seguido siempre de su escudero.

Pardaillan, por su parte, recorría, solo, los más apartados rincones de París. Evidentemente buscaba algo o a alguien. Pronto lo sabremos. De momento sólo podemos decir que en esta nueva y seguramente última lucha emprendida contra Fausta, su único temor era que Juan interviniera. Sabía muy bien que su hijo no vacilaría en ponerse a su lado y le horrorizaba la idea de poner al hijo contra la madre en una lucha que necesariamente había de ser mortal.

Por fortuna, Juan se hallaba en Saugis, junto a su esposa, que estaba algo delicada, por lo que el temor de Pardaillan consistía en que aquél regresara de improviso. Para conjurar el peligro, el caballero envió a Saugis a Escargasse con objeto de tranquilizar a su amo y amigo anunciándole que el señor de Pardaillan iba a emprender un largo viaje, en el que le acompañarían él y Gringaille, porque se trataba de descubrir el paradero de Luisita.

Escargasse, aleccionado por el caballero, desempeñó tan hábilmente su misión, que Juan no sospechó nada y quedó al lado de su mujer. El criado volvió el día siguiente, por la mañana, y Pardaillan recobró la tranquilidad, porque estaba ya seguro de que Juan no iría a París sabiendo que su padre estaba ausente.

Mientras Escargasse hablaba, Pardaillan sacó de una cajita un saco pequeño, tomó de ésta un "buen puñado de monedas de oro, que colocó en una bolsa, y volviendo a sentarse frente al criado de Juan, le dijo:

—Toma esta bolsa y escúchame.

Pardaillan habló largo rato. Después Escargasse montó a caballo y tomó el camino de Orleáns.

No sabemos a punto fijo adonde se dirigía Escargasse; pero sí que el camino de Orleáns era también el del Mediodía..., el de España. El antiguo aventurero no se vería muy embarazado para hacerse entender en español, en italiano, en provenzal o en francés.

Mientras que Escargasse iba a Saugis, el parisiense Gringaille estaba en acecho en la calle de San Nicasio, donde se levantaba el palacio de Sorrientes, la morada de Fausta. Todas las mañanas iba allí, disfrazado convenientemente, y todas las tardes informaba a Pardaillan de lo que había visto u oído.

Como se ve, Pardaillan no estaba inactivo; probablemente preparaba la ofensiva contra Fausta. Pero, por su parte, Fausta y Concini no estaban de brazos cruzados. La princesa habíase aliado provisionalmente al mariscal contra Pardaillan.

No le costó mucho trabajo decidirle, porque Concini estaba tan resentido con el caballero como contra Valvert. Resultado de aquella alianza provisional fue que Leonor y el mariscal fueron con Fausta al Louvre y solicitaron audiencia de la reina, que se la concedió inmediatamente.

María de Médicis, lo mismo que Leonor, sentían admiración, no exenta de vago temor, por su compatriota la princesa Fausta. La acogió, pues, muy amablemente, tanto más cuanto que, ignorando la alianza que habían pactado, creía que Fausta iba a prestarle un servicio importante y desinteresado.

Fausta iba, empero, en son de queja y echó el resto, como suele decirse. Habló desplegando todos los recursos de su poder de seducción, que era irresistible cuando ella lo quería, y conquistó, subyugó a María de Médicis. Leonor y Concini, que la necesitaban y se creían lo bastante fuertes para demostrárselo cuando les hubiera servido, le dejaron hacer, apoyándola en cuanto podían.

Cuando se separaron, los cuatro estaban encantados unos de otros, lo cual no podía disgustar a Fausta, sino todo lo contrario, y María de Médicis no veía ya sino por los ojos de la duquesa de Sorrientes, porque, oficialmente, la princesa no tenía otro nombre.

Transcurrieron tres días sin que Fausta ni Concini dieran señales de vida; pero el cuarto, cuando volvió Pardaillan a su alojamiento de una de las misteriosas caminatas que se daba por París, encontró una esquila que se apresuró a abrir al reconocer la letra de Valvert.

La esquila decía:

«Os espero en mi casa. Venid, señor, cuanto antes.»

Pardaillan ciñóse una sólida espada, se puso un buen puñal al cinto, tomó una bolsa llena de monedas de oro y salió en seguida.

La calle de la Cossonnerie, como casi todas las que desembocaban en el Mercado, debía su nombre al comercio que en ella predominaba, que era el de volatería.

En el momento que llegó Pardaillan debía ser el de más venta, porque el número de compradores y vendedores era muy considerable. Si el caballero no hubiese estado tan preocupado por la esquila demasiado lacónica e inquietante de Valvert, habría reparado en las miradas aviesas y en las caras patibularias de los aficionados a las aves que llenaban la calle.

Pero, como decimos, Pardaillan estaba preocupado y sin ver nada llegó a casa de Valvert, subió apresuradamente las escaleras y llegó a la buhardilla.

La llave estaba puesta en la cerradura y no tuvo que llamar.

Valvert paseaba agitadísimo por su aposento, asomándose de vez en cuando a la ventana, y en cuanto vio al caballero exclamó, como aliviado de un gran peso:

—¡Al fin habéis venido, señor! Hace dos horas mortales que sudo de impaciencia y sobresalto esperándoos.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Pardaillan.

—¿Cómo que qué pasa? —exclamó Valvert maravillado—, ¿No me habéis avisado que os espere aquí?

El caballero le miró con ojos fulgurantes y viéndole tan sorprendido enarcó las cejas y dijo con la frialdad que adoptaba cuando presentía que la lucha estaba próxima:

—¡Esto es muy raro! Me pedís que venga en seguida, os pregunto por el objeto de vuestra llamada y me devolvéis la pregunta...

—Yo no os he pedido nada, señor —protestó Valvert más asombrado aún—. Al contrario, sois vos quien me habéis ordenado que os espere y no me mueva de aquí hasta que os viera.

Pardaillan, adivinando lo que había sucedido, repuso sin perder su calma habitual: —Respondedme brevemente y sin preguntarme nada. ¿Cómo y cuándo os mandé que me esperara aquí y no os movierais de este aposento hasta que viniera?

—Hace un par de horas encontré encima de la mesa una esquila —respondió lacónicamente Valvert.

—Enseñadme esa esquila.

Valvert tomó el escrito del mueble donde lo había guardado y lo entregó al caballero. —Está mi letra tan bien imitada, que me hubiera engañado a mí mismo —dijo Pardaillan después de haberlo recorrido con la vista—. Pero ni yo he estado aquí durante vuestra ausencia, ni he escrito esta misiva. En cambio, he recibido otra escrita por vos.

Así diciendo, el caballero entregó al joven el lacónico billete que recibiera en la posada donde se alojaba.

Y con el mismo asombro que Pardaillan exclamó Valvert:

—¡Esta letra es mía!

—¡Pardiez! Pues por eso no sospeché nada.

—Sin embargo, yo no he escrito esas líneas. ¿Qué significa esto?

—Significa —explicó fríamente Pardaillan —que han querido reunimos aquí a los dos. En esto veo la mano de Fausta.

Y sujetándose bien la espada, añadió con voz de mando:

—¡Vámonos en seguida, Odet! El techo se va a desplomar sobre nuestras cabezas, el suelo se va a hundir bajo nuestros pies, la casa va a derrumbarse o será presa de las llamas, ¿qué sé yo? ¡Vámonos, vámonos, y Dios quiera que no sea ya demasiado tarde! Echaron a correr escaleras abajo. Valvert recobró instantáneamente la sangre fría que hacía igual a Pardaillan..., al Pardaillan de veinte años.

—¡No salgáis, por los cuernos del diablo! —gritó desde abajo una voz.

—¿Eres tú, Landry? —preguntó Valvert, inclinándose sobre la barandilla.

—Sí, señor —respondió Coquenard—. Volved a subir, señores. Es ya demasiado tarde. Subieron los peldaños de cuatro en cuatro y Landry les alcanzó en el rellano del último piso. Pardaillan, que pensaba en todo, antes de entrar quitó la llave de la cerradura, cerró por dentro, examinó luego la puerta y dijo apesadumbrado:

— Esta puerta no resiste ni el tercer golpe.

Mas sin preocuparse por esto, se volvió para escuchar a Landry, que decía, contestando a una pregunta de Valvert:

—Señor, hasta la del Mercado de las Hortalizas, la calle está ocupada por los arqueros, mandados por el gran preboste en persona, el señor Luis Seguiet. La calle de San Dionisio está tomada también por los arqueros, a las órdenes de los tenientes del preboste, los señores Ferraud y Lefour. En cada calle hay cincuenta hombres y sería una locura intentar abrirse paso. No nos queda más recurso que huir por la ventana, a riesgo de rompemos los huesos si resbalamos o nos da el vértigo.

—Veamos esa ventana —dijo Pardaillan.

Se acercó a la buhardilla, seguido de Odet y Landry, y los tres miraron a la calle, procurando que no les vieran. El caballero hizo un gesto de admiración y Valvert observó: —Concini y Rospignac están delante de la puerta y Roquetaille, Longval y toda la jauría que de ordinario les acompañan.

—Y el conde de Albarán, que representa a Fausta en esta ocasión —concluyó Pardaillan.

* * *

La calle de la Cossonnerie extendíase desde la de San Dionisio hasta la del Mercado de las Hortalizas, en pleno Mercado general, y en ella había un destacamento de arqueros. Landry Coquenard no había exagerado diciendo que eran cincuenta, mandados por el gran preboste en persona. En la calle de San Dionisio otra tropa numerosa cerraba el paso y en ambas calles la circulación se había interrumpido. Multitud de curiosos se apiñaban detrás

de los arqueros y, sin saber de lo que se trataba, instintivamente se ponían del lado de la fuerza y empezaban a gruñir sordamente.

En el espacio que quedaba vacío entre las dos tropas de arqueros, se hallaban Concini, Rospignac y los tenientes de los ordinarios, Roquetaille, Longval, Eynaus y Louvignac. Unos treinta individuos de caras patibularias, en los que Pardaillan no había reparado, formaban detrás de los ordinarios, a quienes obedecían. Sin contar a Concini y los jefes, había allí más de cincuenta hombres armados hasta los dientes.

Albarán estaba al lado de Concini, pero sólo llevaba su fuerza habitual de diez individuos. Se limitaba a observar y parecía que había dejado al mariscal al cuidado de dirigir las operaciones.

En resumidas cuentas, las fuerzas que sitiaban la casa componíanse de unos doscientos hombres. Porque no había duda que se trataba de un sitio en toda regla.

—Vamos, cuéntenos todo lo que sabes —dijo Pardaillan a Landry.

—¡Ah! ¡Es tan poco lo que sé! —suspiró Coquenard—. Volví yo a casa. Al llegar a San Eustaquio, vi al gran preboste y sus arqueros, que venían de la Cruz del Traidor, pero no puse atención en ellos y proseguí mi camino. Al cabo de un rato me di cuenta de que llevaban la misma dirección que yo y, ¡necio de mí! esto no me dio que pensar. Llegué a la calle de la Cossonnerie. Maquinalmente volví la cabeza para ver si los arqueros me seguían y vi que ocupaban la calle del Mercado de las Hortalizas, cerrando la entrada de la nuestra. Esto me intrigó algo y empecé a sentir cierta inquietud. Seguí adelante hasta la calle de San Dionisio y vi que también allí los arqueros cerraban el paso. Me encontré, pues, entre dos tropas. Entonces vine aquí... y ya sabéis lo demás.

Pardaillan volvió a mirar por la ventana. Los arqueros, ocupando las entradas y salidas de las dos calles, permanecían inmóviles. Concini y sus hombres, delante de la puerta, tampoco se movían. El mariscal hablaba animadamente con Albarán, que asentía con inclinaciones de cabeza.

—¿Qué estarán tramando? —murmuró Pardaillan despechado.

Lo único que le angustiaba era el no conocer los planes del enemigo. Sin dejar de observarlo, examinó el tejado y tradujo su pensamiento con estas palabras:

—Si tuviéramos que huir por ahí, habría noventa y nueve probabilidades sobre ciento de que cayéramos a la calle y nos convirtiéramos en papilla.

—Pero habría una probabilidad de escapar —observó Valvert.

—¡Atención! —recomendó Landry Coquenard—. Entran en la casa.

En efecto, unos treinta espadachines entraban silenciosamente, de dos en dos. Rospignac había tomado bravamente el mando de los asaltantes.

Pardaillan reflexionó un instante y dijo luego:

—No hay que pensarlo más. ¡Vámonos!

Se dirigió hacia la buhardilla. Indudablemente había calculado ya todas las probabilidades y fijado la dirección que deberían seguir cuando estuvieran en el tejado, porque añadió:

—Ninguno de esos bribones se atreverá a perseguirnos por ese camino, porque se necesita estar en situación desesperada, como nosotros, para aventurarse en él. No hay cuidado de que nos ataquen por la espalda; de consiguiente, puedo pasar el primero, tanto más cuanto podrían estar acechándonos desde una de las buhardillas que veo allí enfrente. Fiad en mí y seguidme, procurando no poner un pie en falso.

Desenvainó. Valvert y Landry le imitaron.

El caballero se puso a horcajadas en la ventana y se deslizó suavemente por el canalón. Con la espada en la mano anduvo unos pasos por el alero y se detuvo para esperar a sus compañeros.

Abajo, en la calle, su aparición fue saludada con gritos espantosos. Desde las ventanas de sus domicilios algunos vecinos, que sintieron imperiosa necesidad de dar pruebas de su valor y magnanimidad, vociferaban:

—¡Miradlo!

—¡El truhan se escapa!

—¡Detenedle! ¡Detenedle!

Casi en seguida apareció Landry Coquenard y, detrás de él, Odet de Valvert.

—¡Adelante! —mandó Pardaillan.

Fue verdaderamente espantosa la carrera de aquellos tres hombres que escalaron tejados puntiagudos, bajaron pendientes pronunciadísimas,

mantuvieron el equilibrio en las gárgolas y saltaron por encima de abismos insondables. Veinte veces creyeron unos y otros que había llegado su último momento y que su muerte sería horrorosa. Pardaillan no despegaba los labios y sus compañeros discernían claramente que no cesaba de orientarse.

Abajo, en la calle, no se moderaba aquella caza del hombre por el hombre. Concini y su jauría, levantadas las cabezas, seguían, en cuanto les era posible, a las piezas que querían cobrar. ¿No llegaría acaso el momento en que una calle demasiado ancha cerrara el camino a los fugitivos o que, cansadísimos, se vieran obligados a detenerse? En este caso, saliendo por una buhardilla, se les podría prender fácilmente.

Pardaillan se paró en un canalón. Valvert y Landry se colocaron a su lado. Los tres hombres cambiaron unas palabras y seguidamente se lanzaron al vacío.

Concini, su jauría y Albarán corrieron hacia la calle del Mercado de las Hortalizas, para tener la satisfacción de ver los cadáveres de aquellos enemigos a los que odiaban a muerte.

Pardaillan y sus compañeros habían saltado desde la altura de un cuarto piso y era inevitable que se estrellaran en el suelo. Quizá no habían muerto aún; pero, de resultas de una caída semejante, la agonía no podía durar mucho. Albarán podría dar a su señora seguridades de que habíase desembarazado para siempre de Pardaillan.

Capítulo III

La dama blanca

La calle de los Fers, corrupción de Feure (Forraje), era el centro, de las que afluían a los Mercados, del comercio de paja, heno, cebada, avena y toda clase de piensos.

En una casa de aquella calle habitaba, desde un par de años atrás, una dama y su hija a quienes nadie conocía por sus verdaderos nombres. Cuando la dama se veía obligada a hacerlo, daba un apellido vulgar. En dicha casa llevaban las dos mujeres una vida muy modesta; pero como se daban aires de encopetadas damas, el vecindario daba el tratamiento de señora a la madre y de señorita a la hija.

Además, como vivían con cierto misterio y a menudo desaparecían por semanas enteras, sin que se supiera adónde iban, y reaparecían sin que fuera posible averiguar de dónde venían; y como, en fin, la dama solía vestir de blanco, muy sencillamente, y se resistía a contestar por el apellido que ella misma se había dado, la llamaban "la dama blanca".

Para levantar un poco el velo que envuelve a estas dos mujeres, entremos en su morada.

El recibidor, deficientemente amueblado, da la sensación de que es provisional. La ventana, que recae a la calle, está abierta de par en par, porque el día es muy caluroso. En medio de la estancia hay una mesita redonda y sentadas junto a ella están la madre y la hija.

La primera no aparenta más de treinta años, tiene bellísimos ojos azules, tez nacarada y dorado el cabello. Su porte es nobilísimo. La hija, que puede tener unos quince años, es la reproducción viviente de la madre y parece dotada de gran vigor físico y moral. Las dos están entretenidas haciendo labores de bordado, pero se adivina que sus pensamientos están muy lejos de su trabajo. La joven escucha atentamente los ruidos de la calle y de vez

en cuando hace mohines de desagrado, que se reflejan en el rostro de la dama.

Pasan las horas con mortal lentitud para las dos mujeres, absortas en enervante espera.

De vez en vez habla la madre, con voz infinitamente dulce:

—Asómate a ver si viene.

La joven se levanta, se acerca a la ventana, vuelve a su asiento, suspira y dice:

—Todavía no, madre. ¿Pero vendrá? Desde que salió del infierno donde estaba, apenas si le hemos visto dos veces. Se fue en seguida... Hace ya muchos días que nos anunció su visita y en vano le esperamos desde entonces. ¿Vendrá hoy? Madre mía, el corazón me dice que no.

—No puede hacer lo que quiere —responde la madre—. No se pertenece a sí mismo, sino a su partido, mi querida Gisela —agrega con amargo acento—. Además, ¡tiene que tomar tantas precauciones!

Hace una corta pausa y continúa luego:

—¿Por qué perseguirá semejantes quimeras? ¡Cuántas lágrimas, cuántas crueles decepciones, humillaciones, disgustos y tormentos nos han costado a él y a mí! Sin contar que hemos perdido irremisiblemente los más bellos años de nuestra vida.

—Es él quien manda —dice afablemente Gisela.

—¡Éramos tan felices! —murmura la madre conteniendo a duras penas las lágrimas.

—Y volveremos a ser felices, madre; ya lo verás— replica la joven echándole los brazos al cuello y estrechándola apasionadamente contra su pecho.

—Tú sí, hija de mi alma —asegura la dama devolviéndole las dulces caricias—. Tú serás feliz como mereces.

Y sacudiendo la rubia cabeza con expresión de indecible desencanto, añade:

—¡Pero yo!... No puedo serlo ya, porque jamás volveré a encontrar a mi Carlos de antes, al Carlos que yo amaba, que adoraba porque era mío, solamente mío...

La dama blanca queda de nuevo sumida en sus tristes pensamientos, siniestramente evocadores de la dicha perdida.

Gisela suspira y contempla a su madre con ternura y pesadumbre.

Pasa el tiempo. Por vigésima vez Gisela se asoma a la ventana y un grito de júbilo se escapa de sus labios:

—¡Ya está aquí!

Abandona precipitadamente la ventana, corre al lado de su madre, la abraza, la besa, y riendo y llorando, enajenada de gozo, balbucea:

—¡Es él, mamá, es mi padre!... ¡Le he conocido por los andares! ¡Te digo que es él!... ¡No llores!... ¡Pero qué loca soy! ¡Voy a abrir!

Viva y ligera, graciosísima, corrió hacia la puerta, salió al rellano, desapareció en el corredor, descorrió los cerrojos, abrió la puerta exterior, salió a la acera y, con el corazón dándole brincos en el pecho, miró hacia la calle de las Hortalizas.

Un caballero de altivo porte acababa de entrar, a pie, en la calle. Gisela le miraba con ojos brillantes, velados por las lágrimas, en los que se leía su amor filial.

En aquel momento, una carreta cargada de heno, que estaba parada dos puertas más abajo, se puso en marcha en dirección contraria a la que llevaba el caballero. La calle era estrecha y la carreta, cuya carga de heno alcanzaba la altura de un primer piso, obstruía el paso. La joven tuvo que entrar en el zaguán y el caballero que pegarse a la pared. La carreta pasó, al fin, lenta y pesadamente, chirriando y tirada por dos vigorosos percherones.

El caballero prosiguió su camino y, viendo a su hija en el umbral de la casa, apretó el paso, la tomó en brazos, la estrechó efusivamente contra su pecho y besó su frente virginal y sus dorados bucles, murmurando:

—¡Hija! ¡Hija de mi alma! ¡Mi adorada Gisela!

—¡Padre! ¡Padre mío! —balbuceó la jovencita— ¡Al fin habéis venido sano y salvo! ¡Loado sea Dios!

Ensimismáronse de tal suerte, que permanecieron abrazados unos minutos, creyendo ambos que sólo había pasado un segundo.

* * *

Pardaillan sabía muy bien que en la calle de los Fers estaba el mercado de forrajes, y pensó que, si tuviera la suerte de llegar hasta dicha calle, tendría quizá la otra suerte de descubrir algún montón de paja o de heno al que pudiera saltar sin riesgo de romperse los huesos.

Y cuando los tres fugitivos llegaron a la calle de los Fers, el caballero vio la carreta, que iba muy despacio. Entonces cambió Pardaillan unas palabras con sus compañeros y los tres saltaron, sin experimentar más sensación que una fuerte sacudida.

La carreta continuó su camino llevando en lo alto de su pirámide de heno al caballero de Pardaillan, al conde Odet de Valvert y al escudero de este último, Landry Coquenard.

Pero, por desgracia, la carreta iba hacia la calle de las Hortalizas, es decir, hacia Concini, Albarán, el gran preboste y sus arqueros.

Por lo tanto, Pardaillan y sus compañeros, después de tan admirable alarde de fuerza y agilidad; después de haber escapado cien veces a la muerte, corrían el riesgo de caer en el cepo como pajarillos, pues desde lo alto de una carretada de heno no podrían hacer un movimiento ni defenderse. Y esto cuando creían que habían salido con bien del aprieto.

—¡Por Pilatos! —gruñó Pardaillan—. No podemos seguir encaramados en esta montaña de heno sin peligro de que nos ensarten como alondras. Bajemos, puesto que no hay otro remedio; pero la maldecida Fausta no nos tendrá a merced suya sin que nos hayamos defendido.

Pero antes de abandonar aquel retiro momentáneo, desparramó la vista buscando un hueco donde pudieran ocultarse y escapar de Concini y de su ejército de esbirros y asesinos.

Casualmente la carreta iba por mitad de la calle, y ésta era tan estrecha que, como hemos visto, Gisela tuvo que guarecerse en el zaguán de su casa y su padre arrimarse a la pared para evitar que les lesionase el heno, que casi rozaba los edificios.

Pardaillan y sus compañeros, desde lo alto de la carreta, estaban al nivel de un piso de las viviendas que la carga de ésta rozaba. El caballero vio, a pocos pasos, una ventana abierta de par en par. Dos o tres rodadas más y se encontrarían ante aquella ventana.

Pardaillan no se preguntó siquiera quiénes serían los moradores de aquella casa; pensó únicamente en que, si lograba refugiarse en ella, ganaría unos segundos o muchos segundos quizá. Y esto podía ser su salvación y la de sus compañeros.

Con la punta de su espada señaló a Odet y a Landry la ventana abierta, y con la agilidad y rapidez de decisión de que tan gallardas muestras habían dado, asíéronse a la barra que servía de apoyo, saltaron al interior y cerraron los postigos.

Ni el caballero desconocido, ni su hija, ni el carretero vieron esta maniobra. No podían sospechar siquiera que tres hombres pudieran conservar el equilibrio en lo alto de aquella montaña de heno ambulante.

La carreta prosiguió su camino chirriando con insoportable traqueteo; pero fue detenida pocas toesas más allá de la vivienda de la dama blanca.

El conductor se quedó pasmado al verse rodeado por toda la manada de lobos de Concini y su asombro trocóse en miedo cerval al reconocer al gran preboste, que le sometió a un detenido interrogatorio.

Capítulo IV

Violeta

La dama blanca se puso en pie cuando vio a Gisela correr al encuentro de su padre. Ella también quería salir solícita a recibir al esposo tanto tiempo y con tanta impaciencia esperado; pero en aquel momento tres hombres de aspecto terrible y espada en mano aparecieron en el vano de la ventana y saltaron dentro de la estancia.

La dama blanca, que daba la espalda a los extraños visitantes, tenía puesta ya la mano en el picaporte para abrir la puerta cuando volvió súbitamente la cabeza, en el momento que Landry cerraba los postigos. No se turbó ni experimentó la menor inquietud ante aquellas tres espadas amenazadoras; irguióse y, majestuosamente, con voz firme y dulce acento, sin pedir auxilio, preguntó:

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? ¿Qué significa este allanamiento?

De pronto calló. La serie de preguntas que se agolpaban a sus labios, convirtiéndose en un grito de asombro:

—¡Señor de Pardaillan!

El caballero reconoció también a la joven señora y exclamó a su vez:

—¡Violeta!

El encuentro le sorprendía tanto como su aparición a la que acababa de llamar Violeta; pero mientras el rostro de ella expresaba la más viva alegría, una sombra de contrariedad e inquietud pasó por el semblante no menos expresivo de Pardaillan, que dijo para su colete:

—¿Qué demonio maldito me persigue hoy con tanto empeño? ¡Que haya venido yo a caer en casa de la duquesa de Angulema! ¡Pardiez! Si aquí estuviera sola esta dama, esta adorable Violeta, que daría gustosa por mí un jarro de su sangre para sacarme de este mal paso... Pero estará el duque..., el duque de Angulema, el aliado de Fausta, el futuro Carlos Diez...

Y ahora no soy amigo de Carlos de Angulema... ¡Por Pilatos! Nos hemos lucido viniendo a parar a su casa.

Estas reflexiones sombrías cruzaron por la mente de Pardaillan, que continuó, hablando consigo mismo: —No puedo ni debo causar a esta querida Violeta la pena mortal de cruzar mi acero con el de su marido delante de ella; pero tampoco quiero dejarme degollar como un cordero... ¡Pardiez! Esto sería hacer el juego al duque y a Fausta. No veo, pues, más que un medio: largarme de aquí en seguida, antes que nos sorprenda Angulema.

Tomada la determinación de batirse en retirada una vez más, Pardaillan advirtió a Valvert con una mirada elocuente. El joven comprendió muy claramente que debía estar alerta más que antes.

—Conde —dijo el caballero para precisar mejor el significado de su mirada—, hemos tenido el honor de introducimos en casa del duque de Angulema.

—¡El duque de Angulema! —pensó Valvert—. ¡Voto a sanes! Evidentemente, hoy estamos de mala suerte.

—Duquesa —prosiguió Pardaillan—, por la manera poco correcta como nos hemos introducido aquí habréis comprendido que nos hallamos en una situación crítica, perseguidos por una jauría de perros rabiosos.

—Lo he adivinado —interrumpió Violeta— y no tengo necesidad de deciros que aquí estáis en perfecta seguridad.

Estas seguridades que le daba la dama blanca con toda sinceridad no podían convenir a Pardaillan que, queriendo evitar a toda costa un posible encuentro con el duque, deseaba irse cuanto antes; así es que, como si no la hubiera oído, se apresuró a despedirse de ella.

—Perdonad que desaparezca tan bruscamente como me he presentado. Os juro, Violeta, que las circunstancias no me permiten obrar de otra manera.

La duquesa discurrió que, por razones que no se le alcanzaban, pero evidentemente debían de ser muy poderosas, Pardaillan quería evitar el enfrentarse con el duque, y dijo, para salir de dudas:

—Al menos, caballero, no privéis a mi marido del placer de veros. Escuchad, ya sube.

Pardaillan, que tenía puesta ya la mano en el picaporte, se contuvo al oír estas palabras y escuchó.

Reconoció la voz de Angulema, que subía la escalera hablando en voz alta con su hija, e instintivamente retrocedió dos pasos.

Paseó por la estancia una mirada ardiente, buscando una salida que le permitiera esquivar la presencia del duque sin caer en manos de Concini, y no vio más abertura que la ventana por donde había entrado y la puerta de la que acababa de separarse. Envainó, pues, su espada, se cruzó de brazos y dijo con risa nerviosa:

—¡Pardiez! Hoy estamos de malas con la suerte.

La duquesa, que había observado todos sus movimientos con atención angustiosa, se aproximó a él, le puso una mano en el brazo y con voz dulce, entrecortada por sollozos mal contenidos, le dijo:

—O mucho me engaño o no queréis ver a mi marido. Dijérase que le evitáis como a un enemigo sin escrúpulos.

—Pues bien —repuso Pardaillan encogiéndose de hombros y con estudiada rudeza —, no os lo quería decir, para ahorraros una pena. Sabed, mi pobre Violeta, que el duque y yo somos ahora enemigos irreconciliables.

Una crispación de sus facciones delicadas delató el dolor que le causaba aquella nueva, esperada, sin embargo, tantos años.

Pardaillan, viéndola tan pálida y turbada, le estrechó paternalmente ambas manos y le dijo con mucha afabilidad:

—Os juro, Violeta, que no ha sido por culpa mía.

—¡Ay! —repuso ella suspirando—. Ya sé que nunca se os puede culpar de algo malo. ¿Pero cómo ha podido Carlos...?

Irguióse y clavando en el caballero el fuego de sus ojazos azules, añadió:

—¡No, no; es imposible! Aquí hay, sin duda, una mala inteligencia... Os habéis engañado... Carlos de Angulema no puede enemistarse con el caballero de Pardaillan, a quien lo debe todo.

—Sin embargo —replicó fríamente Pardaillan—, estad segura de que el duque nos entregará, sin el menor escrúpulo, a la pandilla de asesinos que nos perseguían hace un momento y deben estar buscándonos por todas partes.

—¡Eso sería una vileza! —protestó Violeta indignada.

—No —rectificó Pardaillan con la misma frialdad—; hay que ver las cosas tal como son en realidad. Ignoráis, Violeta, que el duque es aliado de esa gente y, de consiguiente, es muy natural que llame en su auxilio a sus amigos para librarse de nosotros por siempre jamás. Diré más todavía: si no los llamara, haría mal...

Y añadió, acalorándose repentinamente:

—¡Pero también es muy natural que me desespere pensando que he de acabar así, tan estúpidamente! Mi muerte asegurará el triunfo de esos ladrones, pues hablando con propiedad, son vulgares ladrones que quieren apropiarse lo que no les pertenece y contra la voluntad de su dueño.

—¡Él, Carlos de Angulema, un Valois, el hijo de Carlos Noveno, aliado de esos ladrones! —exclamó la duquesa—. Menester era que fuerais vos quien me lo dijerais para inclinarme a creerlo. Sin embargo, por mucho que haya descendido, no puedo creer que Carlos...

—Ya viene el duque —interrumpió Pardaillan—. Pronto os convenceréis.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta y entró Gisela, como ráfaga impetuosa, radiante de alegría y gritando:

—¡Madre! ¡Madre mía! ¡Aquí está mi padre!

Se paró, perpleja, al ver a Pardaillan y sus compañeros. Indudablemente conocía de antiguo al caballero, porque en seguida exclamó gozosa:

—¡Señor de Pardaillan!

Y como una chiquilla le saltó al cuello impetuosamente, diciendo:

—¡Cómo me alegro de verle, señor!

Pardaillan la abrazó como hubiera podido abrazarla su madre, y, rechazándola suavemente, la admiró encantado.

—¡Giselita! ¡Cómo has crecido! ¡Qué alta, robusta y bonita! ¡Eres ya una mujer, toda una mujer! ¡Y tan hermosa como tu madre, que es todo lo que se puede decir!

—¡Qué contento se va a poner mi padre! —gritó Gisela, ruborizándose adorablemente.

Mientras tanto el caballero se iba apartando de ella insensiblemente para conservar toda su libertad de movimientos, porque, si bien estaba decidido a

no sacar su espada contra Angulema, no lo estaba menos, conforme había dicho, a no dejarse degollar como un cordero.

Y miraba la puerta, asombrado de que el duque no se hubiera presentado todavía.

La duquesa estaba también sorprendida de su tardanza y preguntó a Gisela:

—¿Qué hace tu padre?

—Se ha detenido un instante para sujetar una espuela, que se le ha soltado —contestó la niña.

Y al mismo tiempo, desde lo alto de la escalera, gritó el duque:

—¡Aquí estoy, Violeta!

La duquesa, que un momento antes se habría vuelto medio loca de alegría al ver a su marido, a quien amaba apasionadamente, no se movió de su sitio. La voz adorada que tan dulce emoción hacía experimentar siempre, aquella vez le produjo una dolorosa contracción del rostro. Indudablemente percibía en aquella voz algo que no hubiera percibido antes de haber hablado con Pardaillan; sin duda decía la duquesa para su fuero interno lo mismo que el caballero estaba pensando:

—Esa voz tan firme, seca y fría, no es la de un enamorado que corre a abrazar a la mujer amada.

Así era, en efecto. La voz del duque de Angulema anunciaba la indiferencia. Un momento antes Violeta no hubiera podido reparar en esto; pero entonces lo notó y, de rechazo, observó que se había entretenido demasiado abajo, hablando con su hija. Tenía, es verdad, la excusa de que adoraba a Gisela y esta adoración pudo hacerle olvidar a la madre. Pero ¿y luego? Verdaderamente no demostró mucha impaciencia. ¿No pudo acaso sujetarse la espuela en la habitación en vez de hacerlo en la escalera? No, no era un enamorado el que llegaba; era el marido, si no completamente indiferente, al menos comenzando, de manera inquietante, a distanciarse de la esposa antes locamente amada.

Angulema se presentó, al fin, y a la primera ojeada vio al caballero que permanecía inmóvil, cruzado de brazos, entre su mujer y su hija.

—¡Pardaillan aquí! — rugió.

Instantáneamente desenvainó, se arrancó la capa y se la arrolló al brazo izquierdo.

Mas este fue el primer impulso, enteramente irreflexivo, casi maquinal.

Pardaillan no se movió, por lo que Valvert y Landry permanecieron inmóviles; sonrió el caballero y dirigió a Violeta una mirada significativa, que quería decir: «¿Dudaréis ahora?»

Con voz ronca, amenazadora, el duque preguntó:

—¿Qué habéis venido a hacer aquí, Pardaillan?

El caballero iba a responder, pero la duquesa le contuvo con un gesto de reina y, adoptando una actitud majestuosa, fue ella la que contestó a su marido:

—Duque de Angulema, ¿sois vos realmente el que veo, con la espada en la mano, frente a vuestro bienhechor? ¿Qué esperáis para enfundar el acero y presentarle excusas por vuestro incalificable proceder?

El duque sacudió la cabeza con aire feroz y replicó en el tono de amo que quiere ser obedecido:

—Callad, Violeta. Vos no sabéis...

Pero ella, que no estaba dispuesta a dejar que le impusiera silencio, interrumpió:

—Señora duque, sé que si vuestra señora madre vive aún, que si yo vivo y vos no habéis muerto todavía, lo debemos a este hombre. Sé que este hombre ha derramado su sangre por nosotros. Sé que por nosotros ha plantado cara a enemigos poderosísimos, y el menos peligroso de ellos nos hubiera podido hacer añicos como a vasos de cristal de no haber tenido el apoyo de su brazo invencible. Sé que, si vos lo hubieseis querido, lealmente como todo lo que él hace, a la luz del día y con la punta de su espada, habría conquistado para vos el trono de vuestro padre, Carlos Noveno. Pero entonces no teníais más ambición que la del amor y rehusasteis ese mismo trono del que ahora queréis apoderaros con manejos indignos y por vías tortuosas. Esto es lo que sé y no tengo necesidad de saber nada más. Y encuentro monstruoso, impropio de un hombre de corazón, que lo hayáis olvidado. Vamos, duque, envainad la espada. ¿No veis que os deshonráis amenazando con vuestro acero a un hombre que no ha desnudado el suyo?

Sólo estas últimas palabras impresionaron al duque. Seguro de que Pardaillan repelería la agresión, instintivamente se había puesto en guardia; pero entonces se percató de que el caballero estaba inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho y la espada enfundada. Esta actitud indicaba claramente que rehuía la lucha, e impresionó al duque más que las palabras de su mujer. Se dio cuenta de lo nada airoso de su papel y sintióse humillado, no tanto por el papel mismo cuanto por desempeñarlo en presencia de su esposa y de su hija. Y envainó.

En aquel momento dieron unos golpes violentos en la puerta de la casa.

El duque se sobresaltó y su inquietud trocóse en espanto cuando oyó una voz, singularmente imperiosa, que gritaba:

—¡Abrid, en nombre del rey!

—No temáis, duque —le tranquilizó Pardaillan—; no vienen a prenderos. Los que llaman así son amigos vuestros.

—¿Amigos míos? ¿Qué amigos? —preguntó maquinalmente el duque, cuya turbación iba en aumento.

—Pues Concini, en primer lugar —insinuó el caballero.

—¡Ese rufián italiano no puede ser amigo mío!— protestó Angulema con una mueca desdeñosa.

—Luego, el señor de Albarán —continuó Pardaillan, como si no le hubiera oído.

—¡Albarán! —exclamó el duque a pesar suyo.

—Quizá tampoco es amigo vuestro —dijo burlonamente el caballero—; pero ese hidalgo representa aquí a la señora Fausta... y no podréis negar que la princesa es amiga vuestra.

—¿La princesa Fausta? —interpuso la duquesa.

—Sí, Violeta —repuso Pardaillan—. Ahora se hace llamar duquesa de Sorrientes.

—¡La princesa Fausta! ¡La mujer que durante tantos años nos ha perseguido con su odio implacable! ¡La fiera que tantas túrdigas nos ha arrancado con sus garras!

—La misma. ¡Por Pilatos! No hay dos Faustas en el mundo.

—¿Y decís —profirió, indignada, la duquesa— que el duque se ha hecho amigo de esa enemiga mortal que tantas veces ha intentado matarnos

a los dos?

—Lo he dicho, y el señor duque no me ha desmentido. Esto os explicará, querida Violeta, por qué somos ahora enemigos vuestro marido y yo.

—¡Qué vergüenza!

—¡En nombre del rey! —repitió, impaciente, la misma voz imperiosa—. ¡Abrid, si no queréis que echemos abajo la puerta!

Pardaillan adelantó dos pasos hacia Angulema y le dijo, glacial:

—Abrid, señor, y no temáis nada por vos; os aseguro que son buenos amigos vuestros. Aprovechaos de la ocasión para limpiar de obstáculos vuestro camino. Muerto yo, no tendréis más que sentaros en ese trono que codiciáis y... compartirlo con Fausta... Vamos, daos prisa, que difícilmente se os presentará mejor ocasión para desembarazaros de mí.

En la calle continuaban los furiosos aldabonazos.

—Por última vez —intimó la voz imperiosa —: ¡abrid o derribaremos la puerta!

—Derribadla, si queréis —respondió el duque con mucha flema.

Su actitud equívoca no podía engañar a un observador tan fino como lo era Pardaillan. Si alguna duda le quedara aún, estas torpes palabras del duque la hubieran desvanecido.

Pardaillan adivinó lo que Angulema se proponía con tanta exactitud como si él mismo se lo hubiera dicho.

—Os felicito —dijo con acento mordaz—. Se ve que habéis estudiado con provecho en la escuela de la señora Fausta.

Y pasando al lado de la duquesa, que le miraba asombrada como si temiera que se hubiera vuelto loco, le explicó tranquilamente:

—El señor duque podría bajar, abrir y entregarme a mis enemigos; pero prefiere que derriben la puerta. De esta manera, Concini, Albarán y sus esbirros invadirán la casa y me echarán mano. Así se arreglarán las cosas a gusto de todos y el señor duque se verá libre de mí, sin que se le pueda reprochar el haberme entregado. ¿Qué os parece la ocurrencia, Violeta?

La «ocurrencia», como dijo Pardaillan, dejó un momento sin voz a la duquesa. Miró la dama a su marido, cuya turbación equivalía a una confesión completa, y le reprochó, con más tristeza que indignación:

—¿Es posible que hayáis hecho cálculo tan ruin? ¡Dios mío! ¡Este no es el noble duque de Angulema a quien tanto amé!

Los golpes formidables que descargaban sobre la puerta, la desquiciaban. Concini había mandado que la echaran abajo, puesto que los moradores de la casa desobedecían al gran preboste.

—Bajad, señor, y hablad a esa gente —dijo la duquesa con autoridad irresistible, porque hablaba con el corazón.

—Puesto que os empeñáis, lo haré —consintió el duque.

En sus labios había la misma sonrisa extraña que notara el caballero un momento antes. Esta vez la vio también la duquesa y no se dejó engañar.

—Un momento —dijo, poniéndole una mano en el hombro—. Aunque para mí no sois ya el mismo, no quiero haceros la ofensa de creer que vais a introducir aquí a esa gente para entregarle el huésped que Dios nos ha enviado. Sin embargo, como parece que no estáis en vuestro cabal juicio, y de los locos hay que temerlo todo, os prevengo que, para entrar aquí, tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

OceanofPDF.com

Capítulo V

Gisela de Angulema

Así diciendo, la duquesa se sacó del pecho un puñalito, que apretó con mano nerviosa, para demostrar que su amenaza no sería vana, y al mismo tiempo le envolvió en una mirada escrutadora que le llegó al alma. Mas por el fulgor sangriento de los ojos de su marido, comprendió que su amenaza no le contendría, sino todo lo contrario. Aquello era el derrumbamiento de su amor, de su dicha, y la angustia que oprimió su corazón la hizo tambalearse. Pero se sobrepuso a tan tremenda emoción y buscó en su cerebro enfebrecido la inspiración que había de dominar al duque. La encontró, al fin, y la manifestó con voz lúgubre: —Os prevengo también —dijo— que junto a mi cadáver encontrarán el de vuestra hija.

El duque, conmovido esta vez, lanzó un grito que revelaba todo su amor paternal:

—¡Mi hija adorada!

—Sí, vuestra hija —repuso Violeta con firmeza—; vuestra hija que, como verdadera Valois, no querrá sobrevivir a la deshonra de su padre y se matará conmigo. ¿No es verdad, hija mía?

—Cierto, madre mía —respondió Gisela—; yo no podría sobrevivir al deshonor de mi padre, y ese mismo puñal, enrojecido con vuestra sangre, madre idolatrada, me servirá para cortar una existencia que me sería insoportable.

Y mientras la madre le daba las gracias con una sonrisa y una mirada acariciadora, el padre, bañada la frente de frío sudor, imploraba con acento casi humilde:

—Gisela, hija de mi alma...

La joven, haciéndose la desentendida, prosiguió:

—Pero estoy tranquila y segura de que moriré de muerte natural. El cielo se desplomaría —añadió mirando a su padre con ojos relucientes— y

se hundiría el universo antes que el duque de Angulema cometiera la más ligera falta contra el honor.

Dijo esto con tal acento de convicción, que era evidente que no habría poder humano que le hiciera perder esta santa confianza.

—¡Qué muchacha! —exclamó Pardaillan conmovido.

El padre dirigió a su hija una mirada de ardiente gratitud y se encogió como agobiado por el peso del concepto demasiado elevado que la joven tenía de él.

Salió el duque del aposento y bajó la escalera corriendo y gritando que iba a abrir. Inmediatamente cesaron los golpes tremendos que descargaban sobre la puerta.

—Señor de Pardaillan —preguntó entonces Gisela fijando en él su mirada límpida y con mucha gravedad—, señor de Pardaillan, ¿por qué mi padre, que os quería antes como a un hermano, os considera ahora como a enemigo mortal?

—Porque no llevamos el mismo camino —respondió evasivamente el caballero.

—Entendido —replicó Gisela con una seriedad desconcertante en una muchacha de su edad—: mi padre quiere recuperar el trono que heredó del suyo, Carlos Noveno, y vos os oponéis. ¿No es así, señor de Pardaillan?

El caballero, desconcertado por esta explicación imprevista, no supo qué contestar.

—Señor de Pardaillan —prosiguió la joven—, mi madre, mi abuela y aun mi mismo padre me enseñaron a conoceros y amaros desde mis más tiernos años diciéndome que sois la encarnación del honor y de la lealtad. Os digo esto para que sepáis que siento por vos la misma veneración ferviente que por mi padre. Tengo tanta fe en vuestra palabra como en la de mi padre, que es todo lo que se puede decir, ¿verdad?

—¡Oh! —dijo jovialmente Pardaillan—. ¿Qué diantre vas a pedirme, traviesa Giselita?

—Que me contestéis seriamente, señor, porque veo que mi padre y vos no sois del mismo parecer. No sé a cuál de los dos he de creer, y esto me apena.

—Vamos, pregunta —le alentó Pardaillan tras de corta vacilación.

—Gracias, señor caballero. Escuchad lo que quiero saber: ¿estáis seguro de que mi padre no tiene ningún derecho al trono de Francia que quiere reivindicar como herencia dejada por su padre?

—Juro por mi honor que, conforme a las leyes que nos rigen, no tiene ningún derecho.

—¿Se lo habéis dicho?

—Sí.

—¿Y no ha querido escucharos?

—Exacto.

—Es decir, que mi padre es... un... un mal hombre.

—¡Por Pilatos! —exclamó Pardaillan—. Tu padre no es un mal hombre en el sentido que le das a estas palabras ni en ningún otro sentido.

—Sin embargo, puesto que...

—Hay que distinguir, pequeña, hay que distinguir —interrumpió Pardaillan—. El que quiere apropiarse el bien ajeno a sabiendas de que no le pertenece, ése es un mal hombre. Mas el que, como tu padre, cree sinceramente que esos bienes le pertenecen, es... un equivocado.

Gisela, radiante, completamente, absolutamente convencida, porque Pardaillan había fallado la causa, exclamó batiendo palmas:

—¡Ya sabía yo que mi padre no tenía nada que reprocharse! Entonces —añadió haciéndose fuerte en lo que ella, en su cándida ignorancia de los subterfugios, traducía por aprobación tácita—, ¿queréis decirme por qué razón, vos, que tan indulgente sois siempre, os habéis mostrado tan severo con el señor duque de Angulema? Porque me ha parecido que le echáis en cara como un crimen lo que, según vuestra propia confesión, no ha sido más que un error.

La pregunta desconcertó a Pardaillan, que dijo para su coleteo:

—¡Caramba con la niña! Se tira a fondo con unas estocaditas directas que tumbarían al esgrimidor más diestro.

Debemos advertir que el caballero, haciendo ver que ponía toda su atención en lo que le decía la joven, escuchaba los ruidos de la calle que llegaban a sus oídos claramente.

En aquel momento oyó el mido de una tropa que, debajo de la ventana, se ponía en marcha, y, en seguida, aldabonazos en la puerta de la casa

contigua. No se necesitaba ser un lince para ver lo que pasaba. Aligerado, pues, del peso que le oprimía, a despecho de su aparente calma, dijo para sí con íntima satisfacción:

—¡Ya está! El duque ha querido mostrarse digno de su hija y ha impedido que Concini entre en esta casa persuadiéndole de que no estamos aquí. El florentino se ha ido con la música a otra parte; pero apostaría la cabeza a que Angulema no ha podido resistir a la tentación de echar un parrafito con el conde de Albarán.

No se engañó Pardaillan: el duque afirmó altivamente que las personas a quienes buscaban no habían entrado en su casa, y Concini, fiando en la palabra de Angulema, dio orden al gran preboste de que al frente de sus arqueros, llamara a la puerta de la vivienda contigua. El mariscal estaba decidido a registrar todas las casas de aquella calle.

Tampoco se engañó el caballero suponiendo que el duque se aprovecharía de la ocasión para tener una entrevista con Albarán. Efectivamente, mientras Concini y sus fieles seguían al gran preboste, el hidalgo español, a una señal del duque, entró en el zaguán, donde entablaron animada conversación.

Esto sucedía en el mismo instante que Gisela hacía a Pardaillan la pregunta que éste calificó de estocada directa, y esta idea asaltó de pronto su mente:

—Puesto que la adoración que antes sentía por la madre la siente ahora por la hija y esta niña parece que tiene gran ascendiente sobre su padre, ¿por qué no ha de poder hacer ella lo que su madre no puede hacer ya? ¡Qué tremenda derrota para Fausta si el duque abandonara la partida! ¡Voto a sanes! Vamos a intentarlo, que la puesta del juego merece la pena.

Tomada esta determinación, respondió al fin con seriedad que no tenía nada de afectada:

—Escúchame, hija mía, y procura entenderme: si me he mostrado tan severo con tu padre, reprochándole como un crimen lo que no es más que un error, es porque hay errores y errores; algunos son más criminales que el crimen más horrendo. El de tu padre, que fatalmente ha de tener horrorosas consecuencias, es uno de estos últimos. ¿Comprendes ahora por qué me he mostrado tan severo?

—¡Oh! —se excusó Gisela—. Ya sabía yo que un hombre tan bueno como lo sois vos no podía mostrarse tan severo sin tener para ello poderosas razones.

—Muy bien. El error de tu padre será criminal porque, para adueñarse de la corona que ambiciona, sacrificará sin vacilar y sin pesadumbre millares de existencias sobre las que no tiene ningún derecho.

—¿Cómo? —interrogó Gisela abriendo tamaños ojos.

—Voy a explicártelo. Comprenderás que el rey niño, Luis Trece, no se dejará despojar sin defenderse un poco, ¿verdad?

—Evidente.

—Tu padre, comprendiendo que con sus solas fuerzas y el apoyo de los pocos partidarios que ha podido agrupar en tomo suyo no podrá derrocar al rey actual y ocupar su trono, se ha visto derrotado de antemano, y sin titubear ha aceptado los ofrecimientos de la princesa Fausta.

—La que fue su enemiga y a la que tantas veces había combatido y derrotado.

—Exacto. Veo, por tu confusión, que esta alianza te parece extraña y, ¿por qué no decirlo claro?, indigna del duque de Angulema. Pero tu padre en esta alianza no ha querido ver más que las ventajas que le reportaría...

Gisela bajó la cabeza avergonzada. Era evidente que, a pesar de todo su respeto, juzgaba severamente la conducta de su padre. Pardaillan, que leía sus impresiones en el rostro expresivo de la joven, continuó:

—¿No has oído hablar de los horrores de la Liga?

—¡Ay! Sí, señor.

—Pero lo que no te han podido decir, porque son muy pocos los que lo saben, es que esa Liga fue obra de la princesa Fausta... La espantosa guerra civil que durante tantos años puso el reino a sangre y fuego; el amontonamiento de cadáveres, de ruinas, de devastaciones, fue obra de Fausta, a quien se le metió en la cabeza que el duque de Guisa había de suplantarse a Enrique Tercero en el trono de Francia..., que habría de compartir con ella. Ahora bien, lo que Fausta no pudo lograr con Guisa, la duquesa de Sorrientes lo intenta con el duque de Angulema...

—Que habrá de compartir el trono con ella —interpuso la duquesa sin poderse contener.

—Yo no he dicho eso —replicó Pardaillan.

—Pero lo pienso yo —rebatíó Violeta—. No sabéis mentir, amigo mío. Además, la conducta que Carlos observa conmigo desde que salió de la Bastilla, basta para dejarme presentir el horrible abandono que me espera.

Pardaillan miró a Gisela y la vio pálida y conmovidísima.

Un silencio impresionante pesó sobre los tres personajes de esta escena. Gisela y su madre callaban, horrorizadas de lo que descubrían en la conducta del duque. De súbito, Pardaillan planteó la cuestión a la joven.

—Y ahora te pregunto yo: aun admitiendo que tu padre tuviera derechos indiscutibles, ¿aceptarías tú en conciencia una corona adquirida por los medios que acabo de indicarte?

—¡Antes la muerte! —exclamó la joven en un arranque de indignación.

—¡Por Pilatos! ¡Esperaba esa respuesta! —dijo Pardaillan—. Tú me entiendes.

—¿Y cómo no os ha entendido así mi padre, que es la lealtad personificada? Quizá no se lo habéis explicado bien.

—Mejor que a ti. Pero tu padre, obsesionado por esa idea fija, se tapa los oídos para no escucharme y se pone una venda en los ojos para no ver. Sólo hay en el mundo una persona que tenga sobre él bastante imperio para hacerle entrar en razón.

—¿Quién?

—Tú.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Más que por él es por ti por lo que quiere ser rey: para que seas infanta de Francia.

—¡Pero yo no quiero serlo, y a esa costa mucho menos!

—Bueno, pues se lo dices, pero de manera de convencerlo de que, pese a toda su autoridad de padre y de jefe de la casa, no podrá hacerte cambiar de parecer.

—¡Vaya si se lo diré así! ¡Y qué va a ser en seguida, en cuanto suba! ¡Ya está aquí!

El duque de Angulema abrió en aquel momento la puerta y dijo, encarándose con Pardaillan:

—Caballero, ya habéis visto que, a pesar de lo que habéis dicho, no he querido entregaros a vuestros perseguidores.

Pardaillan iba a contestar, pero Gisela no le dio tiempo. En cuanto su padre acabó de hablar, se acercó a él y rodeándole el cuello con sus brazos blancos y torneados, imploró con acento zalamero:

—Padre, padre mío...

—¿Eh? ¿Por qué estás tan conmovida? ¿Tan grave es lo que vas a pedirme?

—Haréis de mí la mujer más feliz o desgraciada de la tierra, según me concedáis o me neguéis lo que deseo.

—Habla sin temor, que haría yo hasta lo imposible para asegurar la dicha de mi hija amadísima.

Dijo esto el duque medio en serio, medio en broma. No manifestaba inquietud, sino curiosidad, pues no podía sospechar siquiera los propósitos de la joven. Gisela le tomó de la mano, le llevó frente a Pardaillan y, poniéndose de repente muy seria, dijo en tono suplicante, pero con firmeza:

—Os suplico que hagáis las paces con el señor de Pardaillan, porque a pesar de las apariencias, a pesar de todo, es el mejor de vuestros amigos, el único amigo verdadero que habéis tenido en vuestra vida, padre mío.

Muy serio también, con voz grave, como entristecido, el duque consintió:

—¿Que haga las paces con el señor de Pardaillan? ¡Pero si no deseo otra cosa! Por lograrlo, haría yo los más penosos sacrificios. Mas falta saber si el señor de Pardaillan está dispuesto a aceptar la paz que le ofrezco.

—Duque —dijo el caballero, como si a él se hubiese dirigido Angulema—, estoy dispuesto a borrar de mi memoria el recuerdo de las diferencias que nos han separado y a tenderos lealmente mi mano de amigo. Tanto más cuanto que aprecio en todo su valor lo que acabáis de hacer por mí. Pero ya sabéis, duque, que no podremos ser buenos amigos sino bajo las condiciones que os di a conocer en el palacio de Sorrientes.

—Pues no hablemos más de eso —replicó Angulema desabridamente.

Y volviéndose hacia Gisela que, como Violeta, Odet y Landry, les habían escuchado con ansiedad, añadió, dulcificando el tono:

—He hecho todo lo que he podido, hija mía; pero ya ves que el señor de Pardaillan continúa siendo intratable. No soy yo, sino él, quien quiere que seamos enemigos. Así, pues, echemos tierra a este asunto.

—Hay un medio muy sencillo de hacer las paces con el señor de Pardaillan —insistió Gisela sin arredrarse—: aceptad las condiciones impuestas por el caballero que, como tuyas, no pueden ser contrarias a vuestro honor.

—¡Basta! —interrumpió severamente el duque—. No os permitiré jamás que tratéis cuestiones que no pueden interesar a una muchacha de vuestra edad y de las cuales no sabéis ni media palabra.

—Perdonadme, monseñor; pero, muy al contrario de lo que creéis, entiendo mucho de esas cuestiones.

El duque adivinó que Pardaillan había informado a su mujer y a su hija, y acuciado por la inquietud de saber el alcance de sus revelaciones, quiso leer en los rostros de Gisela, Violeta y Pardaillan.

Pero su mirada sólo encontró la de Gisela. La duquesa habíase retirado a un rincón con Pardaillan, quien le presentaba ceremoniosamente al conde Odet de Valvert. El grupo parecía que se desentendía de la discusión que tenían en aquel momento el padre y la hija.

Angulema no pudo disimular su mal humor.

—¡Sencillísimo! —exclamó—. ¡Y tanto! Realmente no tiene importancia que se renuncie a una corona para conservar la amistad de un hombre.

—Si ese hombre es el caballero de Pardaillan —replicó la joven.

—¡Vive Dios! ¡Dijérase que sois osada de discutir conmigo! —rugió el duque exaltado.

—¡Padre!

—¡Basta he dicho! Retiraos a vuestras habitaciones y no salgáis de ellas sin mi permiso.

Creía él que con este acto de autoridad brutal saldría momentáneamente del paso, pero que no conseguiría nada. Gisela, en efecto, se inclinó respetuosamente ante él diciendo:

—Obedezco, monseñor. Pero —agregó irguiéndose— permitid que os diga que por vuestro propio interés deberíais renunciar a esa corona, como

os lo aconseja el señor de Pardaillan y yo os lo suplico.

El tono en que habló le pareció tan extraño al duque, que vivamente impresionado, preguntó a pesar suyo:

— ¿Por qué?

— Porque tendríais al señor de Pardaillan en contra vuestra — respondió Gisela sin vacilar y con igual firmeza.

— ¿Y os basta saber que estaría contra mí para que juzguéis mala mi causa? ¿De manera que entre su apreciación y la de vuestro padre no vaciláis? ¿Es la suya la que vale? Estaba yo muy lejos de esperar esa falta de confianza... que me apena profundamente.

Parecía, en efecto, apesadumbrado. Gisela bajó la cabeza, para disimular quizá las lágrimas que brotaban de sus ojos.

— Padre mío — dijo juntando las manos —, dejad hablar a vuestra hija, que siente por vos sólo respeto y veneración y moriría antes que proferir una palabra ofensiva para vos. Juzgo mala vuestra causa no porque, como habéis dicho, el señor de Pardaillan estaría en contra vuestra, sino porque os habéis aliado con una mujer que fue antaño el enemigo más encarnizado de vuestra casa, el verdugo implacable y feroz de mi santa madre; porque contáis con el apoyo del rey español, con el oro y las tropas de España, es decir, con el enemigo hereditario y mortal de nuestra patria, que vendrá a causar nuevos estragos, y llamado por vos, padre mío.

— Eres cruel, hija mía — murmuró el duque, quebrantada su voluntad.

— No — protestó vivamente Gisela —; os salvo, padre mío, haciéndoos ver el error espantoso que ibais a cometer. Porque, a Dios gracias, se trata de un error todavía reparable.

La mirada centelleante de lealtad que tenía obstinadamente fija en su padre, deslumbró a éste, que desvió la vista, bajó la cabeza, se retorció nerviosamente las guías del bigote y, finalmente, en voz baja, como avergonzado, murmuró a modo de excusa:

— Por ti principalmente deseaba yo esa corona, que, en justicia, debería pertenecerme.

Era esto una confesión tácita.

El efecto que produjo en su hija fue terrible: le pareció que todo se derrumbaba en torno de ella. Un tinte lívido cubrió el carmín de sus

mejillas; enarcáronse sus cejas y un velo ensombreció el brillo de sus ojos luminosos.

Gisela se desentendió de la confesión de su padre y se limitó a decir con voz desconocida, como toda su actitud:

—Si la deseáis para mí, os tomáis una molestia inútil, porque os advierto respetuosamente, monseñor, que iría descalza, cubierta de andrajos el cuerpo y de ceniza el cabello mendigando en las puertas de las iglesias, antes que aceptar una realeza adquirida con los medios que queréis emplear.

—En resumidas cuentas —dijo el duque con amargura— me propones que renuncie a la herencia de mi padre.

—Mejor sería que renunciarais también a vuestros títulos de conde de Auvernia y duque de Angulema y a todos vuestros bienes. ¡Con qué orgullo y qué alta la frente proclamaría yo que era hija del hidalgo de gotera Carlos de Valois, que había preferido la miseria a cometer una acción indigna del hijo de un rey! Mientras que, por lo contrario, me moriría de vergüenza sabiéndome hija del duque de Angulema que, merced a una princesa Fausta y a un Felipe de España, que le impusieron por la fuerza bruta, había llegado a ser rey de una Francia tan asolada, disminuida, desmembrada. Porque no lo dudéis, monseñor: se llevarían la mejor parte.

Exaltábase la noble y altiva muchacha; erguíaase altanera y fulguraban sus ojos de tal manera, que el duque se sintió pequeño ante ella. Seamos justos: de todo lo que ella había dicho, sólo una cosa había impresionado hondamente y le hizo decir con voz temblorosa:

—Gisela..., hija mía adorada..., ¿tendrías valor para renegar de tu padre?

—No renegaría jamás de mi padre: me haría cuenta de que había muerto.

—¡Hija mía! —sollozó Angulema—. ¿Eres tú la que me hablas así?

—Si persistís en vuestros designios, mi madre y yo moriríamos y en las gradas de ese trono que ambicionáis encontraríais los cuerpos rígidos de vuestra esposa y vuestra hija, que sólo vivían por vos y para vos. Y entonces, viendo que para sentaros en aquel trono ensangrentado teníais que pisar los restos mortales de unos seres que os fueron tan queridos, comprenderíais cuán criminal fue vuestro error y retrocederíais horrorizado.

—¡Basta, basta! —gimió el duque.

Y estrechándola fuertemente contra su pecho y cubriéndola de besos, añadió:

—¡Calla! ¿Cómo has podido decir cosas tan tremendas? ¡Calla! Haré todo lo que quieras, absoluta mente todo lo que quieras, con tal que vivas...

—¡Ah! —exclamó Gisela lanzando un grito de júbilo—. ¡Ya sabía yo que volveríais de vuestro acuerdo, padre de mi ama!

—¡Al diablo la corona! —balbució Angulema—. ¡Al diablo todas las coronas de la tierra! ¿Qué valdrían ellas comparadas con el dulce collar de los brazos de mi hija rodeando mi cuello?

—¡Y los de mi madre! —rectificó Gisela, separándose de él suavemente.

La duquesa, que estaba junto a ellos, esperaba pacientemente que le llegara su turno.

—Vaya —dijo Pardaillan—, la batalla ha sido ruda; pero, como lo esperaba yo, la niña ha triunfado. Violeta, tenéis sobrado motivo para estar orgullosa de vuestra hija. Acerquémonos ahora.

Y así lo hicieron.

En la emoción bienhechora que le trastornaba y regeneraba, encontró el duque la pasión radiante, el sol deslumbrador que había iluminado su ardiente y heroica juventud: la pasión exclusiva que la dulce Violeta había conservado intacta como el primer día.

Y el abrazo efusivo que con toda su alma dio Angulema a su mujer, las suaves, las tiernas palabras que le susurró al oído, hiciéronle experimentar la consoladora sensación de que habían vuelto los hermosos días de amor de los tiempos pasados.

Luego le tocó la vez a Pardaillan, que contemplaba conmovido aquella reconciliación. El duque hacía cargo de que su mujer y su hija esperaban un compromiso formal que hiciera las paces con el caballero, como le había pedido Gisela.

—Pardaillan —dijo de muy buen grado—, os doy palabra de honor de que he roto con la duquesa de Sorrientes y que no intentaré nada contra el rey Luis Trece mientras estéis vivo.

Violeta y Gisela estaban demasiado contentas para poner atención en estas palabras que hemos subrayado; pero no pasaron inadvertidas al caballero, que dijo para su colete:

—¡Mira por dónde ha encontrado el medio de deslizar en su compromiso una restricción que le deja libre para proceder más adelante como tenga por conveniente! Sin embargo, veo que es sincero... ¡Ah! No curará jamás de esa enfermedad que le corroe.

Reflexionó un momento y agregó, para su capote, encogiéndose de hombros:

—¡Bah! Cuando yo haya muerto estaré desligado de toda promesa. Poco debe importarme lo que pueda hacer entonces. Lo esencial es que, de momento, Fausta se verá en un aprieto muy serio.

Y en voz alta, observando que su silencio causaba asombro, dijo acto continuo:

—Duque, tendré siempre presente vuestro juramento y en la forma y términos que lo habéis prestado.

Pasadas las primeras efusiones, el caballero habló de los asuntos más serios.

—Monseñor —preguntó, ¿qué pensáis hacer respecto a la duquesa de Sorrientes?

—Iré mañana mismo a verla y le diré lealmente que no debe contar conmigo para nada, porque renuncio a mis pretensiones a la corona —respondió el duque sin titubear.

—¡Eso sería una locura! ¿Creéis que Fausta os perdonaría lo que ella consideraría como una traición?

—¡Bah! ¿Qué podría hacer ella contra mí?

—¡Pardiez! Encerraros nuevamente en la Bastilla.

—¿En la Bastilla? —repitieron a un tiempo Violeta y Gisela abrazando al duque como para escudarlo con sus cuerpos.

—Sí, en la Bastilla —repitió Pardaillan con vehemencia—. Ignoráis, duque, que Fausta tiene en su poder una orden firmada por la reina con la fecha en blanco...

—¿Por qué no nos retiramos a nuestras posesiones de Orleáns? —sugirió la duquesa interrumpiendo al caballero—. ¡Seríamos allí tan

dichosos al lado de vuestra madre!

—Es lo mejor que podríais hacer —corroboró Pardaillan, a quien Violeta dio las gracias con una ardiente mirada de reconocimiento.

—Sí, no nos queda otro recurso —asintió el duque—.

Pues bien, permaneceremos escondidos en esta casa los días estrictamente necesarios para hacer nuestros preparativos y volveremos a Orleáns.

—Os olvidáis, monseñor —interpuso Pardaillan—, que el señor de Albarán conoce esta casa. Así como habéis reconocido la necesidad de abandonar París, reconoced también la de hacerlo hoy mismo, sin perder un instante. Cuando estéis al abrigo de toda asechanza en vuestros dominios, podréis reiros de la señora Fausta. Yo me encargo de avisarle a su debido tiempo, o sea cuando hayáis puesto entre ella y vos la respetable distancia de varias leguas. Además, como no fuera para asesinaros, no creo que se atreviera a ir a Orleáns, puesto que ella nada puede hacer contra vos sin el concurso de María de Médicis y Concini, y la reina, como el favorito, estarán demasiado contentos por haberse desembarazado de vos para pensar en molestaros. Partid, pues, en seguida.

El consejo era muy atinado y el duque, acuciado por los ruegos de su mujer y su hija, lo aceptó sin gran dificultad. Los preparativos estuvieron hechos en un santiamén, porque Violeta y Gisela vivían en aquella casa con nombres supuestos y habían llevado a ella lo estrictamente necesario.

Una hora después el duque y su familia despedíanse de Pardaillan, a quien dejaron dueño de la casa, autorizándole para que dispusiera de ella y de todo lo que en ella quedaba como mejor le pareciera. Los duques se llevaron con ellos a la única criada que tenían en aquella vivienda misteriosa que estaba dispuesta, sin duda, para facilitar una posible evasión de Carlos de Angulema. Y otra hora después, el padre, la madre y la hija, escoltados por seis jayanes armados hasta los dientes, cabalgaban tranquilamente camino de Orleáns.

En la casa, herméticamente cerrada, que parecía abandonada, Pardaillan, Valvert y Landry quedaron instalados cómodamente.

—Landry —dijo Pardaillan en cuanto estuvieron solos y dueños de la plaza—, ve a dar una vuelta por la cocina. La duquesa me ha dicho que hay

provisiones bastantes para dos o tres días y que la bodega no está vacía. Prepáranos, pues, una buena comida.

Dicho esto, Pardaillan tomó del brazo a Odet y se lo llevó consigo diciendo:

—¡Quién sabe lo que puede suceder! Por si nos atacaran aquí, vamos a visitar detenidamente nuestro retiro, para ver el partido que se puede sacar de él y los medios de defensa de que podemos disponer.

La visita fue rápida, pero no por esto menos concienzuda y con el golpe de vista infalible que caracterizaba a los dos.

—Bajemos a la bodega y busquemos el pasaje que conduce a la calle de la Cossonnerie.

El pasaje subterráneo lo encontraron en seguida: terminaba en una casa de la susodicha calle. Entreabrieron la puerta, echaron una ojeada fuera y dijo Pardaillan:

—Esta salida está a dos pasos de la calle de las Hortalizas y de la famosa hostería La marrana que hila.

En ese punto hay siempre mucha afluencia de público y podremos pasar sin que nadie repare en nosotros.

Volvieron a la casa de la calle de los Forrajes y como Landry les anunciara que la comida estaba preparada, el caballero gritó:

—¡A la mesa, Odet, y ataquemos bravamente, que los manjares son exquisitos! Pero, sin dejar de dar trabajo agradable a las mandíbulas, porque estamos hambrientos, tengamos los ojos muy abiertos, el oído atento, la espada al cinto y el puñal al alcance de la mano. No olvidemos que Fausta, en la sombra, ronda sin cesar en nuestro derredor, acechando un descuido para caer sobre nosotros rápida e inexorable como el rayo.

Capítulo VI

El enviado extraordinario del rey de España

Aquel día tenía Fausta que presentar a la reina regente sus cartas credenciales de enviada extraordinaria del rey Felipe III de España.

En la ciudad, como en la corte, esta presentación había tomado las proporciones de acontecimiento sensacional. En primer lugar, el enviado era una mujer, lo cual no se había visto jamás, y, en segundo término, esa mujer era maravillosamente hermosa y dotada de inmenso talento. Finalmente, habíase formado una leyenda en tomo de ella, leyenda basada en su lujo y generosidad.

Ya sabemos que no había quien igualara a Fausta para organizar un golpe teatral, y en el de su recepción oficial prodigó el dinero a manos llenas.

En el salón del trono se hallaba reunida toda la corte. Las dos cortes, hubiéramos debido decir: la de María de Médicis, que era la grande, la verdadera, y la del rey niño, más modesta y oscura de ordinario.

Sobre un estrado cubierto con rica alfombra flordelisada y bajo dosel de terciopelo, asimismo flordelisado, había dos sillones, dos tronos. Uno de ellos lo ocupaba el rey, que ostentaba el collar de las Órdenes, y el otro, su madre, la regente.

Junto al estrado se hallaban las clases de etiqueta, dos grupos muy distintos: uno, al lado del monarca, y el otro junto a María de Médicis. Eran los íntimos, los confidentes. Del lado del rey, Luynes, que no era todavía halconero mayor ni duque; Ornano, coronel de los Corsos; el duque de Bellegarde; el viejo marqués de Souvre, preceptor del rey, y el joven marqués de Montpouillan, hijo del marqués de la Forcé y el más temible rival de Luynes en el favor real, que compartían de momento. Todos éstos eran enemigos encarnizados de Concini.

Rodeaban a María de Médicis Leonor Galigai; Claudio Barbin, subintendente de finanzas; el marqués de Thémynes y su hijo; el conde de Lauzieres y el señor de Chateaufieux, gobernador de la Bastilla.

Estos dos grupos, sonriendo cortésmente, se vigilaban estrechamente con recelo e inquietud.

El canciller, los ministros, los mariscales, los magistrados del Parlamento y los próceres de la aristocracia estaban allí: los Lorena, representados por el duque de Mayenne, gobernador de París y de la Ile-de-France; pero no se veía a los Guisas, ni al príncipe de Condé, ni al duque de Vendôme, ni al conde de Soissons, que estaban a la sazón reñidos con la corte.

Finalmente, estaba formada la guardia, armada de picas, con uniformes suntuosos y mandada por su capitán, el duque de Vitry.

Ocioso es decir que Concini no faltaba en la reunión. Le correspondía asistir a la recepción como mariscal de Francia, que lo era como Lasdiguieres, como primer gentilhomme de cámara y, sobre todo, como verdadero amo, ya que, por voluntad de María de Médicis, en el Louvre y en todo el reino era más amo que el mismo rey, al que, sin embargo, daba muestras de un respeto desmedido.

Mas no se había olvidado de tomar las debidas precauciones para su seguridad personal. Rospignac, su capitán de guardias, vigilaba y, con éste, sus lugartenientes Eynaus, Longval, Roquetaille y Louvignac.

Concini, pues, estaba en el salón del trono, y aunque por las prerrogativas de su cargo no le correspondía, ejerció de introductor de la señora embajadora extraordinaria.

Avínose a esto Leonor Galigai, que no retrocedía ante ningún sacrificio de su amor propio para congraciarse con la que seguía llamando respetuosamente «la signora». Pero afilaba sus armas en la sombra, y el día que se considerara bastante fuerte para ello, lucharía a brazo partido y no la soltaría hasta dejarla herida de muerte. Mas de momento tenía que doblegarse.

Fausta, por su parte, habíase dado cuenta, desde mucho tiempo atrás, de los ardides de Leonor; pero, fingiendo que se dejaba engañar, daba muestras de sincero cariño y amistad a Concini, la reina y sus favoritos.

Concini, dio, pues, la mano a la duquesa de Sorrientes y la acompañó hacia las gradas del trono. Iba al lado de Fausta el conde de Cárdenas, embajador ordinario, que continuaba en el desempeño de sus funciones, y aunque subordinado de la enviada extraordinaria, no se mostraba muy pesaroso de una postergación que, en realidad, era aparente.

De pronto, a la derecha de Concini, se produjo un movimiento y todos miraron hacia aquel lado. Dos señores acababan de colocarse en primera fila: Pardaillan y Valvert.

Concini, ante esta aparición tan inesperada, se paró en seco y obligó a Fausta y a Cárdenas a detenerse.

Pardaillan y Valvert habían pasado unos días escondidos en la casa de la calle de los Forrajes, y como Concini los había buscado infructuosamente por todas partes, llegó a convencerse de que habían muerto, a pesar de que Fausta le repetía que se engañaba y que no creería en la muerte del caballero hasta que viera el cadáver con sus propios ojos.

—¡Están vivos! —rugió, en italiano, soltando una blasfemia horrible.

—Me he cansado de decíroslo —le dijo Fausta, en voz baja, también en italiano.

Y con el indecible acento de autoridad al que nadie podía resistir, agregó:

—Adelante, señor, y, ¡por Dios santo!, sonreíd. ¿No veis que todos se asombran de vuestra turbación?

Concini se repuso en seguida, buscó con la vista a Rospignac y con una seña muy significativa le designó a Pardaillan, que sonreía socarronamente. Rospignac, obedeciendo las indicaciones de su señor, hizo a su vez una seña a sus cuatro lugartenientes, y los cinco, deslizándose por entre la multitud de cortesanos, se fueron acercando al sitio donde estaba el caballero.

Fausta y Concini, impasibles, pero poseídos de vaga inquietud, continuaron avanzando majestuosamente hacia la reina madre.

Parecía, sin embargo, que ningún incidente desagradable se había de producir. Presentándose en aquel lugar y en semejante ocasión, Pardaillan no perseguía quizá otro objeto que el de dar señales de vida y advertir a Fausta que estaba más dispuesto que nunca a interponerse en su camino.

Rospignac y sus hombres, que habíanse colocado detrás de él, no tuvieron necesidad de intervenir y se retiraron, pero sin perderle de vista. Mientras el barón procuraba acercarse al mariscal, los otros cuatro miraban a hurtadillas al caballero, sin que por su actitud pudiera éste percatarse de la estrecha vigilancia de que era objeto.

Fausta, Concini y Cárdenas llegaron a los pies del trono y, tras de las reverencias de costumbre, el mariscal profirió con voz clara y ligero ceceo:

—Tengo el insigne honor de presentar a Vuestras Majestades a Su Alteza la duquesa de Sorrientes, enviada extraordinaria de Su Majestad Católica el rey de España.

Adelantóse entonces el conde de Cárdenas y en correctísimo francés, sin asomo de acento extranjero, dijo a su vez:

—Señor, tengo el honor de poner en las augustas manos de Vuestra Majestad las cartas credenciales de mi soberano, que Dios guarde, que acreditan como embajadora extraordinaria cerca de la corte de Francia a Su Alteza la duquesa de Sorrientes, aquí presente.

Las cartas no fueron entregadas al rey, sino al canciller, quien, rodeado de los demás ministros, se colocó al pie del trono al mismo tiempo que llegaban los embajadores. Luego, la reina y Fausta pronunciaron los discursos de rigor en estos casos.

La ceremonia protocolaria terminaba así y, por lo tanto, el papel que representaban los ilustres actores que en ella tomaban parte. El rey, de consiguiente, pudo retirarse. Pero el encanto cautivador de Fausta y la dulzura penetrante de su voz, que envolvía como una caricia, acabaron la conquista empezada con su belleza sin par. El monarca se puso en pie, bajó las gradas del trono, descubrióse galantemente, se inclinó con gracia que su extremada juventud hacía más encantadora, le tomó una mano y se la besó, diciendo:

—Señora, es sumamente agradable para Nos que haya recaído en vos la elección para representar a nuestro buen hermano el rey de España cerca de nuestra persona. Creed, os lo ruego, que os veremos siempre con sumo placer en esta mansión real que desde este momento podéis considerar como vuestra.

Capítulo VII

El enviado del muerto

Un alegre murmullo llenó el salón. Cumplido con el protocolo, no quedaban más que los saludos y parabienes de ritual.

De momento, nadie, al parecer, se ocupaba de Pardaillan y Valvert. De pronto, el caballero, que no había cesado de hacer guiños a su acompañante, dijo a media voz:

—¿Qué os pasa, joven, que suspiráis así?

—Señor, en vano busco —suspiró Valvert, abriendo unos ojos como platos—. ¡No la veo!

—¡Caramba! ¡Habíame olvidado de que estáis enamorado perdido y que vuestra amada se halla en este palacio!

—¡Ah! Me parece que no vendrá ya.

—Es probable... Hubiera debido prever que no podía concurrir a esta recepción. ¿Con qué derecho?

Siguió un corto silencio.

—Señor —dijo luego Valvert, tras de corta vacilación—, se me ocurre una idea.

—Alguna incongruencia, que es lo que puede salir del cerebro de un enamorado. Pero no importa, venga esa idea.

—Que tendría que dejaros solo un momento...

—Si no es más que eso, no veo ningún inconveniente.

—El señor marqués de Ancre está aquí como en su casa propia.

—¡Concini! Ya sé que ese rufián es muy atrevido, pero no creo que lleve su audacia al extremo de mandar que me prendan en el mismo palacio del rey.

Pardaillan habló esta vez muy serio, miró nuevamente al rey y agregó con la misma gravedad:

—No he venido aquí a promover un escándalo, que les daría excelente pretexto para desembarazarse de mí, sino para hablar con el rey. Ciertamente es que he venido al mismo tiempo que Fausta... Pero, volviendo a Concini, cuando le haya dicho yo lo que tengo que decirle, comprenderá que debe defenderme contra todos, porque defendiéndome se defiende a sí mismo. Ya veis, Odet, que podéis dejarme solo sin temor alguno e ir a buscar a vuestra novia.

Pardaillan profirió estas últimas palabras en tono jocoso, y como Valvert se mostrase sorprendido de que hubiera adivinado su pensamiento, se echó a reír y le dijo, empujándole suavemente:

—Vamos, id a buscarla y registrad bien todo el palacio. Es muy posible que os perdáis en este laberinto de corredores y salones y que no la encontréis. De todos modos, buscadla.

Salió Valvert del salón del trono y Pardaillan observó, con rápida mirada, lo que hacían los principales personajes.

Detrás de él, separados por un estrado, estaban los íntimos del rey: Luynes, Ornano, Bellegarde, Seuvré y Montpouillan.

A su izquierda, bastante lejos de él, sin que, al parecer, le miraran siquiera, Louvignac, Eynaus, Roquetaille y Longval, que hablaban en voz baja, agrupados en el hueco de una ventana, y le vigilaban estrechamente.

Concini habíase eclipsado discretamente; pero como Rospignac había desaparecido al mismo tiempo, era de suponer que el marqués se ausentó un momento para dar órdenes a su capitán. Y de seguro no nos engañaríamos si dijéramos que estas órdenes se referían a Pardaillan y a Valvert. De todas maneras, Concini no había de tardar en volver al salón del trono y la ausencia de Rospignac no se prolongaría.

Al otro extremo del estrado, del lado opuesto al de Pardaillan, habíanse reunido la reina, Fausta y Leonor, esta última detrás de la regente, y los cortesanos, desfilando ante ellas, colmaban de elogios y cumplidos a la embajadora.

El rey permanecía solo y como olvidado de todos, porque el grupo espléndido formado por Fausta y la reina atraía a los cortesanos, quienes no se preocupaban por el joven monarca que, pensativo, miraba sin ver.

Volvió Concini y, altivo, orgulloso, sonriendo desdeñosamente, se colocó insolentemente delante del grupo.

Sin embargo, a despecho de la calma de que hacía alarde, no podía por menos de mirar a menudo a Pardaillan.

El rey salió, al fin, de su ensimismamiento, desparramó la vista por el salón, reparó en la insolencia de Concini y sus ojos fulguraron y se empurpuraron sus mejillas.

Se vio solo junto a aquel estrado en el que un momento antes estuvo entronizado y entonces palideció, crispó las manos y movió los labios, como si quisiera dar una orden; pero de sus labios no salió ningún sonido articulado.

De nuevo paseó la mirada por el salón, buscando, quizá, a Vitry, el capitán de su guardia; pero no vio a éste, sino a un desconocido que le contemplaba con manifiesta lástima que no trataba de disimular.

Aquel desconocido era Pardaillan, y la compasión que el rey leyó en sus ojos le azotó el rostro como un latigazo.

El pobre reyecito debió de darse cuenta de su debilidad e impotencia, porque encogió los hombros y bajó la cabeza avergonzado. Más continuó moviendo los labios sin proferir palabra.

La compasión de aquel desconocido se le hacía insoportable; parecía más humillante que la insolencia de Concini. De pronto tuvo un estremecimiento, irguió la cabeza altanaramente, adoptó una expresión de desdeñosa indiferencia para disimular su humillación y lívido, temblorosos los labios de ira, oyó como en sueños la voz de Pardaillan que, muy tranquilo, murmuraba:

—Decid media palabra, señor, y aferró a Concini y le tiro por esa ventana para que se estelle contra las losas del patio.

Si el rey hubiese conocido a Pardaillan, no hubiera dado ninguna importancia a la doble transgresión de la etiqueta que el caballero se permitía, a saber: dirigir la palabra al rey sin ser previamente autorizado para hablar, y la más grave aún, a pesar del evidente respeto de su actitud, de plantarse delante del monarca como cerrándole el paso.

Mas el rey no conocía a Pardaillan, y la lástima humillante que leyera en sus ojos empezaba a predisponerle contra él. Tomando su actitud por

inconcebible audacia, sintióse invadido de cólera y su proposición le pareció tan extravagante que sospechó que aquel hidalgo insolente era osado de burlarse de él.

Se irguió de nuevo altivamente y llamó con voz imperiosa:

—¡Vitry!

Vitry, Luynes, Ornano, Bellegarde, Lesdiguieres, Thémynes, Créqui, Brulart de Silleri, el preboste y cien más acudieron solícitos a la llamada del rey. Y el primero de todos — seguido de sus cuatro acólitos, a los que hizo una seña significativa —, Concini, brillándole los ojos de alegría infernal: había reconocido a Pardaillan y pensaba que de aquélla no escaparía.

La reina, Fausta, la marquesa de Ancre y las otras damas no se movieron de su sitio, pero suspendieron sus conversaciones y volvieron las cabezas hacia aquel lado.

A Leonor Galigai le brillaron también alegremente los ojos: creía, como su marido, que Pardaillan estaba perdido para siempre. Fausta delataba su inquietud con un fruncimiento de cejas: conocía muy bien al caballero y no podía concebir que hubiese cometido la insigne torpeza de ir a que le prendieran ante sus propios ojos.

Después de haber llamado al capitán de su guardia, Luis XIII volvióse hacia Pardaillan y le dijo ásperamente y con infinito desprecio:

—¿Estáis loco o ebrio, caballere? Y ante todo, ¿quién sois?

Desentendiéndose de la primera e insultante pregunta, Pardaillan respondió a la segunda con un aplomo que desconcertó a Luis XIII. Mirándole de hito en hito y recalcando las sílabas, como si quisiera atraer la atención general sobre su nombre, contestó:

—Soy el caballero de Pardaillan.

Estaba fuera de duda que Pardaillan tenía poderosas razones para creer que su nombre produciría gran impresión en el ánimo del rey. En efecto, apenas lo hubo oído, Luis XIII cambió radicalmente de actitud. Su cólera se desvaneció como por ensalmo y con un respeto involuntario que halagó al caballero como un delicado elogio, exclamó juntando las manos con ademán de asombro:

—¡El caballero de Pardaillan!

Le devoraba con los ojos y su cándida admiración molestó a Pardaillan, que continuaba siendo tan modesto como en los días, ya lejanos, de su heroica juventud. Olvidóse de que había llamado al capitán de su guardia para que le prendiera y de que su llamamiento había impresionado a su corte e hizo acudir a un enjambre de defensores que ardían en deseos de demostrarle su celo.

Pero Concini no se olvidaba de nada. Si hubiera podido ver el semblante del rey, de seguro hubiese guardado prudente silencio; pero, por desgracia suya, Luis XIII le volvía la espalda.

Y como Concini creía que todo le estaba permitido, hizo, con su insolente aplomo, lo que nadie se hubiera atrevido a hacer: se inclinó ante el rey, con el exagerado respeto que fingidamente solía testimoniarle, y dijo con sonrisa melosa y voz insinuante que delataba, empero, su feroz alegría:

—Señor, espero que Vuestra Majestad no me hará la afrenta de confiar a otro que no sea yo, el más devoto servidor del rey, el cuidado de prender a este aventurero.

Estas palabras imprudentes y la insolencia de quien las profirió, dejaron a todos mudos de estupor.

El monarca se sobresaltó como si le hubieran despertado bruscamente de su sueño y envolvió al mariscal en una mirada glacial que hubiera confundido a cualquier otro. Pero aunque Concini no se quedó confuso y avergonzado, temblaba en su interior, percatándose tardíamente de que había ido demasiado lejos, de que había cometido una falta irreparable, que el monarca no dejaría sin la merecida reprensión.

La ocasión de mortificar al favorito detestado que le insultaba con su fastuosidad insolente; la ocasión de humillar ante toda su corte a aquel rufián venido de Italia sin blanca en la escarcela y que se daba aires de ser más señor que el rey, era demasiado buena para que Luis XIII la dejara escapar.

—¿Quién ha hablado de prender a alguien? —preguntó mirándole despreciativamente.

—¿No ha llamado Vuestra Majestad al capitán de la guardia? — repuso Concini con acento zalamero.

—Que yo sepa, no sois vos el capitán de mi guardia.

—Soy el primer gentilhomme de cámara de Vuestra Majestad —replicó Concini, que empezaba a perder los estribos.

—¡Vive Dios! —exclamó el rey acalorándose—. ¡He llamado al capitán de mis guardias, no a mi primer gentilhomme de cámara! Y el que haya llamado a Vitry, no quiere decir que se ha de prender a alguien.

—Yo creía...

—Pues habéis creído mal —interrumpió el rey, y agregó en tono seco, glacial—. Me parece que os he oído pronunciar la palabra aventurero.

El monarca hizo una pausa, sonrió desdeñosamente y prosiguió con feroz ironía:

—De vos no se puede decir que sois un aventurero, sino un gran señor, un marqués auténtico. Verdad es que habéis comprado vuestro marquesado con dinero tocante y sonante, pero no por eso son menos rancios vuestros pergaminos. Además, ¿no os han hecho mariscal de Francia meses atrás? Este título glorioso vale por todos. ¿Quién se atrevería a decir que un mariscal de Francia es un aventurero del peor jaez que ha escalado los más elevados puestos en fuerza de arrastrarse? Nadie, de seguro. No, señor mariscal y marqués de Ancre, no sois un aventurero; pero decís frases que no están bien en vuestros labios.

Cada palabra del rey, pronunciada con áspera ironía, con mordacidad, sonaba, en aquel silencio sepulcral, como un latigazo que se cruzase el rostro pálido de Concini.

Sus amigos le miraban con estupor y aflicción. Leonor, con los ojos centelleantes, no se atrevía a pedir a María de Médicis que interviniera y con un solo gesto pusiera fin al incidente, porque el silencio era tan absoluto que por muy quedo que le hablara sería oída.

Fausta, impasible y encantada quizá del correctivo impuesto a Concini, oía y callaba.

Los amigos del rey, en vista del sesgo que tomaba el asunto, agrupáronse en torno suyo, esperando que sonara al fin la hora de la caída del favorito de la reina.

Vitry conservaba la impasibilidad del soldado que está de servicio; pero sus ojos brillaban como brasas, se estremecía y abría y cerraba las manos

nerviosamente como si estuviera impaciente por acogotar al odiado valido de la regente.

Pardaillan no salía de su aparente indiferencia, pero seguía con apasionado interés las peripecias de aquella escena imprevista que había provocado con su sola presencia y de vez en cuanto dirigía una sonrisa aguda a Fausta, que le respondía con otra sonrisa de desafío.

Concini estaba lívido. Se sentía perdido, no en su favor, que María de Médicis estaba allí y no dudaba de ella, sino porque veía claramente que su vida pendía de un hilo. Una palabra mal interpretada, un gesto equívoco y todo acabaría para él. Sus enemigos, que eran legión, arrojaríanse sobre él, puñal en mano, y le acribillarían juntamente con sus cuatro guardias de corps.

Comediante genial y de máscara dotada de movilidad prodigiosa, compuso instantáneamente su rostro con expresión dolorida, inocente, resignada, e inclinándose en actitud de respeto rayana con la humildad y con aire de impresionante dignidad ofendida que hubiera engañado a todos, incluso al rey, murmuró:

—Es muy doloroso para un buen y leal servidor el verse tratado tan duramente, cuando sólo ha pecado por exceso de celo.

Se ha de advertir que no estaba en el ánimo de Luis XIII acabar violentamente con Concini. Era muy joven, pero sabía calcular ya y se daba cuenta de que no era llegado todavía el momento de obrar como amo. Había visto una ocasión oportuna para humillar al favorito y se aprovechó de ella.

La aparente sumisión de Concini satisfizo su amor propio, y fue lo bastante razonable para conformarse con aquel medio triunfo. Fue, además, lo bastante listo para ver que aquella sumisión y las palabras de Concini le ofrecían un excelente pretexto para dar un paso atrás sin que la retirada fuera humillante para él.

—Reconozco que quizá he sido un poco vivo —dijo dulcificando el tono—; pero esto es propio de mi corta edad. Además, señor mariscal, sabéis muy bien que un celo intempestivo puede ser tan irritante como una negligencia culpable. Sin embargo, todo pecado merece perdón y sólo quiero acordarme de vuestros servicios y de la buena intención que os ha guiado. No se hable más de esto, señor mariscal.

Concini respiró más libremente. La sacudida había sido ruda, rudísima; pero había escapado mejor de lo que se hubiera atrevido a esperar.

El rey, empero, tenía su idea fija y la seguía con tenacidad. Sonrió a Concini y poniéndose luego muy serio prosiguió:

—Pero no puedo perdonar el calificativo de aventurero que habéis aplicado al caballero de Pardaillan, y os exijo que le des las debidas satisfacciones. Sólo haciéndolo así os devolveré mi favor.

Concini no esperaba semejante condición y retrocedió decidido a dejarse matar antes que sufrir tamaña humillación.

El rey fingió no haber visto aquel significativo movimiento de retirada y fue a colocarse al lado de Pardaillan, que estaba muy intrigado y bastante molesto, porque barruntaba que iba a ser objeto de una manifestación aduladora que, lejos de colmarle de alegría y de orgullo, como hubiera sucedido a cualquier otro en su lugar, heriría su incorregible sencillez.

Luis XIII le tomó una mano y en voz alta y sin balbucir, como le sucedía en sus momentos de emoción, en medio de un religioso silencio dijo:

—Señoras y señores, el rey de Francia no cree rebajarse presentándoos por sí mismo al caballero de Pardaillan. Este noble es uno de esos héroes épicos sin miedo y sin tacha que no se han vuelto a ver desde la muerte de Bayardo, de imperecedera memoria. Si él lo hubiese querido, muchos años ha que sería duque, par, mariscal de Francia y primer ministro, colmado de riquezas y honores; pero, sencillo y desinteresado como los verdaderos paladines de la antigua caballería, de la que es, ¡ay!, el último representante, se ha mantenido voluntariamente en la obscuridad y ha querido vivir pobre e ignorado, con su modesto título de caballero.

—Sire —imploró Pardaillan—, sire, por favor, es demasiado honor.

El rey levantó la mano que tenía libre y en voz lo bastante alta para ser oído por todos, pero dulce, acariciadora, profirió:

—No se trata solamente de rendir el merecido homenaje a vuestros méritos inapreciables, sino también, y esto no podéis impedirlo, caballero, de rendir los homenajes debidos al muerto ilustre de quien sois, aquí enviado extraordinario: Señor marqués de Ancre —agregó en medio de un imponente silencio—, nos habéis presentado, y Nos la hemos recibido con

todo el esplendor y los honores que le corresponden, la ilustre princesa que ha venido a representar en la corte de Francia a uno de los más poderosos monarcas de la cristiandad.

El rey dirigió una graciosa sonrisa a Fausta, quien le correspondió con otra sonrisa acompañada de una profunda reverencia.

—El caballero de Pardaillan es también enviado extraordinario y, sin embargo, sencillo y modesto como siempre, ha venido solo, sin aparato alguno, sin escolta real, sin cortejo pomposo, y se ha presentado a Nos sin heraldos ni introductores. Esto no es digno de él ni de Nos, ni del muerto ilustre a quien representa, y queremos, por el honor de los tres, realzar como conviene esta excesiva sencillez. Y cuando os hayamos dicho que ese muerto ilustre entre los más ilustres es nuestro padre, el rey Enrique, de imborrable memoria, ¿quién se atreverá a decir que un rey es demasiado para presentar a esta noble reunión al representante que nos envía de ultratumba?

Se volvió hacia Vitry y en tono de irresistible autoridad ordenó:

—¡Vitry, que rindan honores reales al señor caballero de Pardaillan!

El capitán de la guardia, rígido, impasible, giró sobre sus talones y mandó, al mismo tiempo que desenvainaba su espada:

—¡Guardias! ¡Presenten armas!

Giró de nuevo sobre sus talones, dio cara a Pardaillan y le saludó con la espada mientras que sus cariátides de suntuosos uniformes invertían las picas, según era costumbre, y permanecían inmóviles como estatuas.

El rey se descubrió entonces y se inclinó graciosamente ante Pardaillan, que renegaba en su interior de todo aquello y hubiese dado cuanto poseía por hallarse en aquel momento a cien leguas del Louvre.

—El rey de Francia —dijo— quiere ser el primero en saludar al caballero de Pardaillan, que es dos veces digno de este honor: primero, por sus propios méritos, y luego, porque es representante de Enrique el Grande, nuestro augusto padre. Vamos, señores, haced la reverencia de ritual. Inclinaos ante él, mariscal. Señores, saludad todos reverentemente al caballero ante quien se inclina el propio rey.

Y todos, en medio de un murmullo adulador, se inclinaron ante Pardaillan que, un poco pálido, con la gracia caballeresca que le era

peculiar y que en nada se parecía a la ridícula compostura y modales afectados de los cortesanos, respondió al saludo que le dirigían. Se inclinaron todos, decimos, hasta la reina, hasta Fausta y Concini, que no podían substraerse a un acto en el que el propio rey les daba ejemplo.

El monarca se cubrió luego y tomó del brazo a Pardaillan.

OceanofPDF.com

Capítulo VIII

Los recuerdos del rey

Entre los murmullos que se levantaron en el vasto salón, una voz joven, clara, vibrante de entusiasmo, gritó a voz en cuello:

—¡Viva el caballero de Pardaillan! ¡Y viva el rey Luis Trece, voto a sanes!

Era Odet de Valvert, que apareció en el umbral. El rey vio cómo agitaba su sombrero con frenesí juvenil y, como era buen fisonomista, le reconoció en seguida, le sonrió y le hizo con la mano un signo amistoso. Valvert repitió su grito apasionado, agitando más y más el sombrero:

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey!

El impulso estaba dado y nadie quiso quedarse atrás. Una aclamación inmensa se levantó y esparcióse en ondas sonoras por la espaciosa sala:

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey!

El joven monarca no se había visto jamás tan aclamado y agradeció aquel entusiasmo con sonrisas, con el gesto y con la voz.

—Gracias, señores —dijo, y se volvió rápidamente, porque su gratitud no olvidaba a quien era deudor de uno de los momentos más dulces de su triste vida.

Quería darle las gracias particularmente y buscaba a Odet con la mirada. Valvert echó de ver que el rey y Pardaillan habíanse vuelto hacia él y respondió con un saludo profundo y respetuoso al gesto amistoso que por segunda vez y en pocos segundos se dignó dirigirle el monarca.

Luis XIII sorprendió una mirada de satisfacción en los ojos de Pardaillan y le dijo:

—Por lo visto conocéis y tenéis en mucho aprecio a ese joven, a juzgar por las miradas de amistad que cambiáis.

—Le he educado, señor, esforzándome por hacer de él un hombre, y creo que lo he conseguido. Le quiero como a un hijo.

—Ya no puedo asombrarme de su fuerza y destreza. Tenéis un discípulo que os honra, caballero —le felicitó el rey—. Me ha salvado la vida y no lo olvidaré nunca. ¡Tengo muy buena memoria!

Soltó el brazo de Pardaillan y dijo, dirigiéndose a Concini:

—Mariscal, volvemos a ser buenos amigos.

Ebrio de orgullo y satisfacción se inclinó Concini y movió los labios para darle las gracias; pero el rey le atajó diciendo:

—Si queréis que sea siempre así, os ruego que tengáis muy presente en todo momento que el caballero de Pardaillan es también amigo mío.

Mientras que el mariscal disimulaba su rabia impotente con una sonrisa, el monarca volvía hacia Pardaillan y le decía:

—Caballero, venid conmigo a mi gabinete, donde estaremos mejor que aquí sin que nos miren tantos ojos ni nos escuchen tantos oídos.

—Por lo contrario, señor —repuso Pardaillan—, os pido como un favor que la audiencia particular que os dignáis concederme se celebre aquí.

—No os puedo negar nada —consintió el rey Pero aunque accedió de buen grado sin hacerse rogar, estaba asombrado, porque el verdadero gran favor era el que el caballero acababa de rehusar.

—Señor —se explicó Pardaillan—, he venido aquí en son de guerra y no quiero que se diga que huyo ante el enemigo.

En tono muy natural, que desmentía el fulgor de sus ojos, y como si no se diera cuenta de las palabras que acababa de oír, el rey respondió:

—Pues quedémonos aquí, frente al enemigo.

Y muy sereno, muy dueño de sí mismo, con ademán imperioso mandó que se apartaran todos los que les rodeaban.

Concini y sus partidarios se alejaron de él. Dijérase que nadie se ocupaba del monarca ni del caballero, pero en realidad todos los oídos estaban atentos y todas las miradas se clavaban, a hurtadillas, en ellos.

—Señor —dijo Pardaillan—, no sé cómo expresaros mi agradecimiento. Estoy confuso y maravillado de la acogida que os habéis dignado dispensarme.

—¿No estabais, acaso, seguro de que sería así?

—Hablando francamente, sí, señor. El rey, vuestro difunto padre que en gloria esté, me aseguró que en todo tiempo y lugar podría presentarme

osadamente ante vos.

El rey puso en el brazo de Pardaillan su mano de niño, fina y delicada, y profirió con repentina gravedad:

—La víspera misma del nefasto día en que había de caer bajo el cuchillo asesino del miserable Ravailac, me dijo mi padre: «Hijo mío, si tuvierais la desgracia de tener que sucederme antes de ser hombre, es decir, antes de poder defenderos sin ayuda ajena, acordaos del caballero de Pardaillan, de quien os he hablado a menudo refiriéndoos sus proezas que tanto os asombran. Acordaos de Pardaillan, y si se presentara a vos en cualquier circunstancia de tiempo o de lugar, recibidle como me recibiríais a mí mismo, y escuchadle como me escucharíais a mí, porque sólo para hablaros en mi nombre iría a veros». Esto me dijo mi padre el día antes de morir.

Luis XIII hizo una pausa, angustiado por los tristes recuerdos que evocaba.

—El día siguiente era yo rey... y sólo tenía diez años. La desgracia que mi padre temía, no por él, sino por mí, había sobrevenido. Las palabras que tanto me impresionaron la víspera, quedaron profundamente grabadas en mi memoria y no podré olvidarlas jamás. Juraría que os las he repetido sin cambiar ni una letra. Así, caballero, recibiendoos en la forma que lo he hecho, me he limitado a cumplir las órdenes de mi padre, que son sagradas para mí. Mas no habiendo hecho más que cumplir esas órdenes, no me considero desobligado con vos.

La emoción que revelaba su acento y las miradas de cándida admiración que fijaba en el caballero, hablaban muy alto de su sinceridad. Pardaillan lo comprendió así y replicó:

—Señor, os aseguro que os habéis excedido en las demostraciones de gratitud que creíais deberme.

—Que os debo —rectificó vivamente el rey.

—Bueno, puesto que os empeñáis en que me debéis —prosiguió imperturbable Pardaillan—. Vuestras palabras me han llegado derechas al corazón. Aunque vos no lo habéis dicho, he de confesar que me ha picado la tarántula de la ambición y como yo no sé hacer nada a medias, la ambición que se ha apoderado de mí es desmedida. Vais a verlo en seguida,

porque para evitaros la molestia de pensarlo, os diré, si me lo permitís, lo que podéis hacer por mí y me colmará de alegría y orgullo.

—Hablad, caballero —le alentó Luis XIII.

—Que me concedáis algo de la amistad con que vuestro ilustre padre se dignó favorecerme —manifestó Pardaillan inclinándose—. Ya veis, señor —añadió irguiéndose—, que mi ambición no tiene límites.

Con gesto encantador de gracia espontánea el rey estrechó efusivamente la mano que retenía entre las suyas.

—Hace mucho tiempo, años, que, sin reconoceros, os concedí no algo, sino toda la amistad que me pedís hoy, y deseaba ardientemente tener ocasión de decíroslo y demostrároslo. Me parece que he dicho lo bastante para daros a entender que sé de vos mucho más de lo que podáis imaginar.

—¡Demontre! ¿Qué sabéis?

—Sé que, desde la muerte de mi padre, no habéis cesado de velar por mí. ¡Y quién sabe si vivo aún gracias a vuestra infatigable vigilancia!

El caballero se encogió de hombros y repuso con su franqueza habitual:

—Es muy cierto, como decís, que he velado y velo por vos; pero, que yo sepa, vuestra vida no se ha visto amenazada y no he tenido necesidad de intervenir para nada. Así es que por este concepto nada me debéis. Respecto a la devoción y amistad de que habéis hablado, he de confesar, para vergüenza y confusión mía, que he velado por vos únicamente para cumplir la promesa que hice a vuestro difunto padre. Luego tampoco por este lado me debéis algo.

Se necesitaba ser un Pardaillan para hacer semejantes confesiones a un rey, aunque este rey fuera un niño, como lo era Luis XIII.

El monarca se quedó un momento pensativo y dijo luego, poniéndose muy serio:

—Habéis dicho que mi vida no ha estado amenazada. Dejemos el pasado y vamos al presente. Puesto que habéis venido, cabe suponer que me amenaza algún peligro, ¿verdad, caballero?

Hemos dicho que habíase puesto muy serio, pero no manifestaba la menor inquietud. Pardaillan, que le observaba, dijo para su coleteo:

—¡No hay duda de que es un valiente!

Y en voz alta, con estudiado laconismo:

—Cierto, señor.

El rey no pestañeó. Continuó haciendo gala de la serenidad que el caballero admiraba interiormente.

—Decidme de qué estoy amenazado —inquirió— y lo que a vuestro juicio debo hacer para conjurar el peligro sin contrariar vuestra acción personal. Porque aunque sean muchos y muy poderosos, yo estoy seguro de triunfar sobre mis enemigos mientras vos me aconsejéis y defendáis. Os escucho, caballero.

Pardaillan habló.

Huelga decir que no pensó siquiera en denunciar a Fausta. Conocemos lo suficientemente a nuestro héroe para saber que era incapaz de rebajarse a desempeñar el papel odioso de delator. Lo único que quería era poner al rey sobre aviso e inducirle a tomar ciertas medidas que le parecían indispensables para su seguridad.

En consecuencia, le refirió sencilla y brevemente una parte de la verdad y a continuación le dio unos consejos que fueron aceptados sin la menor vacilación.

OceanofPDF.com

Capítulo IX

Valvert cumple lo que había prometido a Rospignac

Esta especie de consejo celebrado a la vista de toda la corte fue muy breve. Pardaillan esperaba que el rey le diera licencia para retirarse; pero al augusto niño le encantaba su compañía y, en vez de despedirle, hizo seña a sus íntimos de que podían acercarse y continuó hablando familiarmente con él.

—¿Eh? —dijo de pronto—. ¿Qué pasa ahí fuera?

Y señalaba una puerta junto a la cual habíase producido un gran alboroto.

Diremos lo que pasaba.

Cumpliendo las órdenes de Concini, Rospignac habíase eclipsado, después de una corta conversación que tuvo con sus cuatro satélites para tender un lazo en el que habían de caer Pardaillan y Valvert en cuanto salieran del Louvre, donde, como es de suponer, el mariscal no se atrevía a intentar nada contra los dos amigos, en vista de las atenciones que el monarca tenía con el caballero de Pardaillan.

Rospignac había ido al palacio de Concini, donde, gracias a la cooperación de Stocco, despachó pronto. No empleó más de un cuarto de hora para organizar una emboscada que parecía dirigida contra un gigante fabuloso, y en realidad se tendía sólo a dos hombres. Verdad es que estos dos hombres eran Pardaillan y Valvert.

Tomadas las medidas necesarias, Rospignac, transportado de júbilo, volvió al Louvre y se dirigió al salón del trono para informar a su amo. Pero quiso la casualidad que entrara por una puerta junto a la cual estaba recostado Valvert, esperando con impaciencia que terminara la conversación del caballero y el monarca.

Odet estaba de pésimo humor, porque no había podido descubrir el paradero de su amada Florencia.

Rospignac, poseído de salvaje alegría, iba a pasar de largo sin reparar en el joven; pero éste, olvidándose de su derrota amorosa, del lugar donde se encontraba, de los que le rodeaban, del rey, de Pardaillan, de todo y de todos, exclamó:

—¡Vive Dios! ¡Este bribón no podía llegar más oportunamente! ¡Al fin voy a poder calmar mis nervios!

Y sin reflexionar, dio un salto y se plantó delante del barón, cerrándole el paso.

—¡Hola! ¿De dónde sales tan corriendo, Rospignac? —gritó Valvert con su voz de clarín—. ¡Caramba, qué contento estás! Ya no hay que preguntar: de seguro acabas de dar un buen golpe, es decir, un golpe ruin, villano, tan degradante que avergonzaría a los pillos más redomados.

—¿Estáis loco? —replicó el barón—. ¡Aquí no se puede disputar! ¡Os olvidáis del lugar donde os encontráis!

Y como Rospignac, queriendo evitar a toda costa una querella en presencia del rey, intentase proseguir su camino, Odet le puso fuertemente una mano en el hombro, al mismo tiempo que decía, levantando más la voz:

—Yo no me olvido de nada. El que se olvida de que aquí no deben entrar los bribones de tu jaez, eres tú. Así, pues, te prohíbo que des un paso adelante; más aún, te echo de aquí como un lacayo ladrón.

Hablaba tan alto que todo el mundo le oyó, incluso el rey, que, como hemos visto, habíase vuelto hacia aquel lado.

Pardaillan reconoció a los dos y arrugó el ceño. Pensando en las consecuencias que podría tener el arrebató de Valvert, dijo para sí:

—Suerte tiene ese mozo de que el rey me necesita y estoy aquí; de lo contrario, no daría yo un comino por su pelleja, pues el reyecito no se atrevía a sustraerlo a la venganza del florentino.

Y preguntó con indiferencia perfectamente fingida:

—¿No es un gentilhomme del marqués de Ancre el que se deja maltratar de esa manera por el señor de Valvert?

—Es el jefe de sus ordinarios, señor —explicó Luynes con mal disimulada alegría.

En cualquiera otra circunstancia el rey habría mandado llamar al capitán de su guardia para que cortara aquel escándalo inaudito, sin precedentes en

la regia mansión, prendiendo a los dos perturbadores, que habrían dado con sus huesos en el calabozo, donde hubieran podido meditar detenidamente acerca de los inconvenientes de buscar pendencies en el palacio real, y, lo más grave todavía, que podía ser mortal para ellos, en presencia del monarca.

Sin embargo, Luis XIII, que le dejaba hacer, aprobando así la conducta de aquel loco que imponía semejante humillación a un gentilhomme del mariscal, respondió a Luynes con la misma indiferencia, real o simulada:

—Esa impertinencia le puede costar muy cara a su autor.

Y como observara un movimiento de estupor entre sus amigos, agregó:

—El señor marqués de Ancre, como superintendente del palacio, no tardará en venir a pedirme que se castigue con extremado rigor al culpable. Lo sentiré mucho, porque el conde de Valvert es un excelente caballero; pero desconoce los usos y costumbres de la corte y me verá obligado, por respeto a la justicia, a sancionar el castigo que se le quiera imponer.

Pardaillan, que le oyó, intervino y dijo con su desenvoltura habitual e inalterable calma:

—Debo advertir a Vuestra Majestad que prender al señor de Valvert para complacer al marqués de Ancre, sería privarme de mi brazo derecho.

—Si es así, tendré que pensarlo —repuso el monarca sin gran convicción.

Hablando de esta guisa, los distintos personajes observaban con creciente interés la escena que se desarrollaba entre Valvert y Rospignac, escena brevísima en la que nadie se atrevía a intervenir porque la presencia del rey y su indiferencia, que parecía que autorizaba aquella impertinencia, según la había calificado, tenía a todos clavados en su sitio, a Concini como los demás.

Rospignac, demudado el semblante, decía con voz ronca:

—¡Por el infierno! ¡Estáis loco de atar! ¡Dejadme, por mil legiones de demonios! Nos encontraremos donde queráis y como queráis.

—¡No te soltaré, Rospignac! —respondió Valvert—. Mejor dicho, te dejaré en cuanto te haya dado el correctivo que mereces. Acuérdate de lo que te dije: dondequiera que te encuentre, trabarás conocimiento con la punta de mi bota. Lo prometido es deuda.

Y asiéndole por ambas manos, añadió:

—¡Vuélvete, barón!

Rospignac no tuvo que tomarse la molestia de moverse. Valvert, al mismo tiempo que hablaba, le levantaba y retorció con tanta facilidad como si fuera una pluma, le asestaba un tremendo puntapié y, levantándole de nuevo en vilo, le arrojaba por la puerta abierta del salón. Se oyó un grito de dolor y de rabia y el ruido sordo de un cuerpo que caía pesadamente sobre la alfombra...

Odet cerró la puerta y miró en tomo suyo como para observar el efecto que había producido su extraordinario e inconcebible atrevimiento.

OceanofPDF.com

Capítulo X

Pardaillan vuelve a intervenir

El efecto fue terrible.

Luis XIII callaba y un silencio sepulcral reinaba en el salón, porque todos amoldaban su conducta a la del monarca.

De pronto Valvert se dio cuenta de la enormidad de su acción. Acababa de hacer un gesto increíble, loco, cuyas consecuencias podían ser funestas para él, y su arrepentimiento fue sincero, pero, desgraciadamente, tardío.

—Cuando el vino está escanciado hay que beberlo —dijo para sí—. Que me corten la cabeza si quieren; pero que no crean que soy un grosero... Es preciso que hable al rey, que le explique, que le presente mis excusas.

Impulsado por esta idea algo extravagante, se dirigió resueltamente al sitio donde estaban el monarca y Pardaillan. Los cortesanos se apartaban de él como de un apestado, porque nadie sabía la determinación que tomaría el rey acerca de él.

El avance de Valvert rompió el encanto, devolvió la vida y el movimiento a aquellas estatuas.

La primera voz que se dejó oír fue la de la reina, María de Médicis, que dijo:

—Evidentemente este individuo no es un noble, sino un mendigo grosero, de la más baja ralea. Hay que averiguar con qué engaños se ha introducido aquí. Por de pronto, ya que tiene la insolente audacia de acercarse al rey, será castigado conforme a sus merecimientos.

Estas palabras, que eran una advertencia dirigida a su hijo, fueron oídas en todos los ámbitos del salón y cruzaron el rostro de Valvert como un latigazo.

Mientras tanto, Pardaillan decía a Luis XIII, que parecía muy enojado:

—El marqués de Ancre va a venir a poneros en un aprieto. No olvidéis, señor, que abandonar al conde de Valvert es abandonarme a mí mismo,

entregarme atado de pies y manos a vuestros enemigos.

—No le abandonaré, caballero —prometió el rey—, Pero...

No acabó la frase, pero Pardaillan adivinó lo que callaba.

¿Por qué titubeaba el rey?

Porque, desde niño, Luis XIII dio muestras de la indecisión y debilidad de carácter que hicieron de él un instrumento, no siempre sumiso, en las manos poderosas de una voluntad implacable, como fue la de Richelieu. Sabía que si cometía la imprudencia de discutir con Concini, siendo éste más enérgico y tenaz y apoyado por la reina que impondría su autoridad de regente, acabaría por ceder, de la misma manera que un momento antes se volvió atrás, cuando todos creían que la caída del favorito era inevitable.

Pardaillan, que con su seguro golpe de vista había juzgado al rey, se apresuró a decir:

—¿Queréis permitirme, señor, que conteste al marqués de Ancre en nombre de Vuestra Majestad?

—Sí —autorizó Luis XIII con vivacidad que delataba su contento por el peso que el caballero le quitaba de encima.

—Hablaré, pues, en nombre del rey —recalcó Pardaillan sonriendo.

—Y yo confirmaré todo lo que en mi nombre digáis —repuso el monarca.

Valvert iba a tomar la palabra para justificarse. Hablar al rey sin ser previamente autorizado para hacerlo, constituía una falta gravísima.

Pardaillan, adivinando su intención, con una mirada de elocuencia irresistible, le cerró los labios.

Verdad es que Concini no le hubiera dado tiempo, porque el mariscal hablaba ya. La falta que impensadamente iba a cometer Valvert, cometíala el favorito a sabiendas, a pesar de ser, de ordinario, tan respetuoso con la etiqueta. Mas a él le estaba permitido todo. Concini, palidísimo, haciendo un esfuerzo de voluntad admirable, formuló su petición en términos muy respetuosos.

Pardaillan, impasible, le contestó por el rey:

—Está fuera de duda que la conducta del señor de Valvert es reprehensible; sin embargo, pedís que le encarcelen y este castigo me parece

excesivo. Una palabra de censura proferida por Su Majestad, basta para castigarle.

Concini se sobresaltó: vio claramente que Pardaillan estaba de acuerdo con el rey y que si secundaba aquella estratagema estaría vencido por adelantado. Así, pues, como si no le hubiera oído, continuó, dirigiéndose al soberano:

—El rey no denegará, de seguro, la justa petición que le hace el más fiel de sus servidores; y solicito, como una reparación, el encargo de que proceda yo mismo a detener al culpable.

Pardaillan, como sabemos, no era un modelo de paciencia.

La insolencia de Concini le puso rojo de ira. Adelantó un paso, se puso delante del favorito y dijo con aire desdeñoso:

—Marqués de Ancre, cuando dirijo la palabra a alguien, me considero insultado si no se me contesta. Y cuando se me insulta, castigo merecidamente al que lo hace. Figuraos, pues, que se me ha subido la sangre a la cabeza y que soy muy capaz de cometer una falta parecida a la de este joven y olvidarme que estoy en una mansión real, delante del rey, para exigir que se me dé una satisfacción sobre la marcha.

Concini no dudó de que Pardaillan pasaría de la amenaza a los hechos, y temblando de ira, que a duras penas podía contener, respondió cortésmente y con fingido asombro:

—Perdonad, señor; no os había oído. ¿Qué decíais?

—Decía que la prisión que pedís me parece un castigo excesivo, desproporcionado a la falta cometida.

—No soy de vuestro parecer: ha habido insulto a la majestad real.

—Dispensad, señor —replicó burlonamente Pardaillan—; estáis equivocado. Es cierto que ha habido insulto, y gravísimo; pero este insulto —y pongo por testigos a todos los que me escuchan y han presenciado, como yo, lo ocurrido —no iba dirigido al rey, sino a quien lo ha recibido. ¿Que el insultado está a vuestro servicio? No os felicito, porque es un individuo poco recomendable. ¿Que, saliendo en su defensa, os consideráis ofendido como él? Así proceden los buenos amos; pero esto no es razón para que tergiverséis la cuestión.

—Yo sostengo —rebatíó Concini —que ha habido escándalo en la mansión del rey y, de consiguiente, delito de lesa majestad.

—Repito que estáis equivocado de medio a medio —insistió fríamente Pardaillan—. Un noble ha aplicado un correctivo a otro noble; ni más ni menos. En Francia, cuando un noble es ofendido, tira de espada o mata o se deja matar, y un caballero francés se consideraría doblemente deshonrado viniendo a implorar al rey el castigo del ofensor, en lugar de vengar por sí mismo el agravio recibido. Por lo visto, señor mariscal, no sabíais esto. Pero tenéis excusa; sois extranjero y tal vez en vuestro país hay otras costumbres. Eso vos lo sabréis. Por mi parte, garantizo que el señor Valvert que, a despecho de su carácter impetuoso, es dechado de caballeros, os dará, espada en mano, la reparación que indudablemente os apresuraréis a pedirle.

Dicho esto en el tono jocosero que empleaba en ciertas ocasiones, Pardaillan volvió la espalda a Concini, en medio de un murmullo de aprobación, y fue a colocarse al lado del rey.

La estratagema del caballero fue muy hábil. En aquellos tiempos se era muy quisquilloso en cuestiones de honor y Concini era demasiado listo para no comprenderlo. Sin embargo, esperando imponerse al rey niño, intentó un esfuerzo desesperado.

—Señor —preguntó—, ¿debo entender que aprobáis las palabras que acaban de ser pronunciadas?

Luis XIII, seguro de que pisaba terreno firme, respondió:

—¡Me sorprende la pregunta! ¿Acaso no soy yo el primer caballero del reino? ¿Podría pensar de distinta manera que un caballero en cuestiones de honor?

Y, como hiciera antes Pardaillan, le volvió la espalda. Concini, abatida la cabeza sobre el pecho, retrocedió y, cuando estuvo fuera del círculo que habíase formado en torno de ellos, se limpió el sudor de la frente con el revés de la mano y, atiesándose, murmuró:

—Vete, miserable intrigante, vete satisfecho porque has sabido astutamente conquistar el favor de ese reyecito que no tiene voluntad propia. Muy pronto saldrás del Louvre con el fanfarrón de tu compañero y tendré mi desquite.

El movimiento que hizo el rey le acercó a Valvert. Le vio y sintió que su propia dignidad exigía que le impusiera algún correctivo.

—Acercaos, señor —le dijo severamente—, que vais a ser tratado como merecéis.

Odet se aproximó al monarca, se inclinó respetuosamente, enderezó luego el cuerpo y, con mirada resplandeciente de lealtad, profirió muy sinceramente:

—Señor, reconozco humildemente que he faltado al respeto debido a mi rey, y suplico a Vuestra Majestad os dignéis creer que no lo he hecho intencionadamente. He obrado, y por ello os pido perdón, en un momento de arrebato furioso que me privó de la razón. No obstante, me confieso culpable y en vez de retirarme, como hubiera podido hacer, vengo espontáneamente a entregarme a vuestro rigor, reconociendo de antemano que tengo merecidísimo el castigo que el rey tenga a bien imponerme.

Esta defensa, cuya sinceridad era manifiesta, produjo la mejor impresión en el ánimo del rey, que, desarrugando el ceño, respondió:

—Está bien. Reconocéis vuestros yerros, y esto es propio de un caballero. ¿Os arrepentís de lo que habéis hecho?

—Perdonad, señor —contestó Valvert—. No me arrepiento de lo que he hecho, sino de no haber tenido presente que lo hacía en presencia de mi rey.

Luis XIII cambió una rápida ojeada con Pardaillan y buscó con la mirada a Concini, que había vuelto a reunirse con la reina, la cual, con los labios fruncidos, no disimulaba su descontento y su semblante hosco demostraba que censuraba el proceder de su hijo. La respuesta de Odet, que acaso fue provocada adrede, le agradó sobremanera.

—Alabo vuestra franqueza —dijo sonriendo.

Y volviendo a ponerse muy serio:

—Sé muy bien que no estuvo en vuestro ánimo faltar al respeto que todo buen súbdito debe a su rey; pero he de castigaros. No obstante, el recuerdo del favor señaladísimo que me prestasteis no ha muchos días os ampara aún. No he olvidado que os soy deudor de la vida y, por esta vez..., os perdono. No se hable más de lo ocurrido y en lo sucesivo procurad dominar vuestros nervios.

Zanjada así la cuestión, volvióse hacia Pardaillan y le despidió diciendo:

—Adiós, caballero, y estad seguro que procederé completamente de acuerdo con lo que hemos convenido. No olvidéis que a cualquier hora del día o de la noche, bastará que deis vuestro nombre para que os conduzcan inmediatamente a mi presencia.

Dijo esto en voz bastante alta para que le oyeran todos, y a todos les pareció que el extraordinario e incomprensible favor con que honraba al caballero de Pardaillan persistía más sólido y fuerte que nunca.

Cuando Pardaillan se retiraba acompañado de Valvert, lo cual no fue cosa fácil, porque una multitud de cortesanos les dificultaba el paso, el joven quiso justificarse del rapto de locura que hubiera podido serle funesto de no haber intervenido el caballero.

—¡Habéis hecho muy bien, voto a bríos! —exclamó Pardaillan—. ¿Creéis, acaso, que hemos terminado hoy con Concini y Rospignac? No tardaremos en tropezar con ellos. Entonces comenzará el verdadero peligro y será un milagro que escapemos con bien.

—¡Lo veremos! —respondió Valvert apretándose el cinturón.

Odet, que, dicho sea de pasada, no parecía muy conmovido, no dudaba de lo que decía Pardaillan, y hacía muy bien. En aquel momento, Concini, pataleando de rabia, tanto como Rospignac, que estaba a su lado, les esperaban en la calle de San Honorato al frente de su pandilla de ordinarios, que formaban un grupo formidable del que se apartaban asustados los transeúntes.

Capítulo XI

Florencia

Unos minutos después de la salida de Concini, María de Médicis, que a duras penas podía contenerse, dijo a Fausta visiblemente agitada:

—Princesa, me retiro a mis habitaciones. Me ahoga la indignación, están agotadas mis fuerzas y siento que, si permanezco aquí un instante más, estallaré y promoveré un escándalo espantoso.

—¿Me permitirá la reina que pase luego a saludarla? —preguntó Fausta ceremoniosamente.

—Con mucho gusto, cara mía —autorizó la regente—, ¡Tenemos que hablar de tantas cosas!

—En cuanto Su Majestad me dé su venia para retirarme, pasaré a vuestra cámara, señora —prometió Fausta, y añadió sonriendo—. Pero os advierto que mi visita será interesada, porque tengo que pedir os algo.

—Os repito que no puedo negaros nada —dijo María de Médicis, y agregó, rectificando—. En el supuesto, desde luego, que esté en mi mano lo que vais a pedirme, porque como mi señor hijo tiene sus caprichos e impone su voluntad sacrificando a sus más fieles y probados servidores, no sé hasta dónde llega mi autoridad, dado que tenga alguna.

—Señora, sois todavía regente y, de consiguiente, sois la única que mandáis y mandaréis hasta el año próximo, que el rey será mayor de edad. Y aun entonces conservaréis vuestra autoridad, porque si, según las leyes humanas, el rey será proclamado mayor de edad, según las leyes naturales seguirá siendo un niño al que podréis dirigir a vuestro antojo.

—Eso es muy cierto y con recordármelo me habéis devuelto el buen humor.

—Me alegro. Y volviendo al favor que pienso pedir os, depende únicamente de vos, y ni el rey ni nadie os podrá impedir que me lo concedáis, si queréis hacerlo.

—Entonces, concedido de antemano. Hasta luego, princesa —repuso María de Médicis, y abandonó el salón, seguida de Leonor, a la que hizo una seña.

En las habitaciones de la reina se encerraron ambas en un gabinete.

Leonor se sentó en un rincón y, con la cabeza entre las manos, sumióse en profunda meditación como si estuviera sola y la reina no existiera para ella.

Transcurrieron así unos minutos hasta que María, impresionada por el obstinado silencio de su confidente, dijo malhumorada:

—Vamos, ¿qué te pasa? ¡Habla, aconséjame! Ya has visto lo que ha ocurrido. Se trata de la posición y de la vida de tu marido, y no dices nada, me dejas sola en la estacada. ¿Cómo puedes estar tan tranquila e indiferente?

Leonor levantó poco a poco la cabeza, fijó en la reina Su mirada ardiente y, en efecto, muy tranquila, como si no la hubiera oído, preguntó:

—Señora, ¿sospecháis lo que va a pedirnos la princesa?

Esta pregunta traducía la preocupación que la obsesionaba desde que oyó decir a Fausta que iba a pedir algo a la reina.

—¡Cómo! —exclamó la reina—. ¿Es eso todo lo que se te ocurre? Nos hallamos en una situación horrible, en la que todos podemos sucumbir; tenemos que resolver asuntos de importancia vital para nosotros, y tu preocupación única es saber lo que va a pedirme la señora Fausta. ¡Estás loca de remate!

Sin alterarse y encogiéndose irrespetuosamente de hombros, Leonor replicó:

—Creedme, María; el asunto de verdadera importancia vital que tenemos que resolver, es la petición que va a haceros la *signora*.

—¿Sé yo, acaso, lo que quiere? ¿Lo sabes tú, por ventura?

—Lo sospecho, María.

—¿Qué es?

—Creo, ¿lo oís, María?, creo, porque no lo sé a punto fijo; pero debemos proceder como si estuviéramos completamente seguras.

—¡Por el amor de Dios, acaba de decirme lo que piensas! —dijo María de Médicis, que estaba pendiente de sus labios.

—Sospecho que va a pedirlos que le entreguéis a Florencia —repuso Leonor.

—¡Mi hija! —exclamó la reina sobresaltada—. ¿Y qué querrá hacer de ella?

—Yo lo sé; pero estad tranquila, que sabré parar el golpe.

Leonor habló brevemente; bastaron unas cuantas palabras.

—¿Crees tú que Florencia aceptará? —preguntó María de Médicis, que no parecía muy convencida.

—Respondo de ello —afirmó Leonor—. Estoy segura de que no vacilará en seguir mis consejos.

—Ve, pues, y date prisa, porque Fausta no puede ya tardar.

Leonor salió del gabinete. Al fondo de un estrecho corredor interior abrió una puerta y entró en una antesala donde velaba una mujer como de cuarenta años, llamada Marcela, la criada de confianza de la maríscala de Ancre, florentina como ésta. La mujer de Concini pasó de largo, cruzó un recibimiento, una alcoba y un cuarto de aseo; abrió en éste una puerta secreta y entró en una salita.

Aquella sala clara, alegre, situada en lo más apartado del departamento destinado a Leonor, era la prisión donde la hija de Concini y María de Médicis estaba recluida voluntariamente. Se comprende, por lo tanto, que Odet de Valvert no hubiera podido dar con aquel retiro tan escondido.

Cuando Leonor entró, Florencia estaba sentada junto a una ventana.

La maríscala había obligado desde el primer día a despojarse de su vestido, de colores chillones, de florista callejera, y vestía a la sazón con sencillez y elegancia, como las jóvenes de la aristocracia.

Recuérdese que había ido libremente "para saber lo que su madre quería hacer con ella", según dijo, y que Concini se interesaba por ella, al menos en apariencia, puesto que le susurró al oído que no dijera jamás que sabía quién era su madre.

El mariscal fue a verla una sola vez, el primer día. En su visita, que duró sólo unos minutos, se mostró frío, ceremonioso, sin que nada revelase sus sentimientos paternos.

Leonor, por lo contrario, estuvo muy amable con ella, le hizo hablar cuanto quiso y adquirió la convicción de que, llevada del amor exaltado que

sentía por su madre, aceptaría todos los sacrificios que se le pidieran en nombre de este amor.

—No creáis —le dijo en seguida— que estáis presa aquí. Podéis ir y venir a vuestro antojo y aun abandonar el Louvre, si queréis; pero si el cariño que sentís por vuestra madre, a la que aun no conocéis, es real y sincero, no me cansaré de aconsejaros que permanezcáis siempre en estas habitaciones.

—¿Por qué, señora?

—Porque mataríais a vuestra madre tan seguramente como si con vuestras propias manos le clavarais un puñal en el corazón.

—¡No saldré de este aposento! —prometió Florencia, estremecida de espanto.

—No exageremos —dijo Leonor sonriendo—. Podéis recorrer a vuestras anchas este departamento, que es el mío.

Florencia tuvo la tentación de hacerlo. Al mismo tiempo pensaba en Valvert y sufría atrozmente porque no le veía. Sin embargo, si le hubiese visto, habría huido de él, por temor de que intentara sacarla de su reclusión voluntaria.

No obstante, Florencia no se engañaba acerca de su situación. Sabía que su madre no le diría jamás "hija mía"; sabía que su vida estaba amenazada, que la rodeaban enemigos, y a pesar de esto no hacía nada para librarse de ellos. Resignábase a todas las molestias, peligros y sacrificios, con la esperanza de que su madre le revelaría algún día con una palabra, un gesto, una mirada siquiera, que su corazón no estaba completamente cerrado al amor maternal.

Pero pasaron los días tristes y monótonos y terriblemente largos sin que se realizara este deseo por el cual se sacrificaba ella misma.

Ni una vez siquiera vio a su madre, que ni fue a verla ni la hizo llamar; que parecía habíala abandonado decididamente en manos de la maríscala de Ancre.

Leonor, por su parte, odiaba a la joven desde que vio en ella a una rival, y continuó odiándola desde que supo que era hija de Concini. Este odio, que procedía de odios retrospectivos, no podía ser tan fuerte como el anterior. Desgraciadamente, a este odio, que hubiera podido fácilmente atenuarse, se

unió el temor. Florencia, hija de Concini era, para su seguridad, una amenaza más temible aún que la de *Tallo de Lirio*, la florista callejera de la que Concini se creía enamorado.

Por suerte para la joven, Leonor había adquirido rápidamente la certidumbre absoluta de que no podía ocasionarle ningún daño; y de rechazo desaparecía al mismo tiempo la amenaza suspendida sobre la reina y sobre Concini, cuya suerte dependía únicamente de la regente y había de caer si ésta caía o le abandonaba.

Al ver entrar a la marquesa de Ancre, Florencia se levantó y se adelantó a su encuentro. Leonor rehusó el asiento que la joven le ofreció y dijo sin más preámbulos:

—Hija mía, la duquesa de Sorrientes que, según parece, se interesa mucho por vos, va a pedir a la reina que le permita llevaros consigo. Quiere, según tengo entendido, que seáis una de sus damas de honor y se encarga de vuestro porvenir.

—La señora duquesa de Sorrientes —repuso Florencia— se ha mostrado siempre muy amable conmigo—; pero no creo que se interese por mí hasta ese extremo.

—La duquesa —insistió Leonor— se interesa muchísimo por vos, pero no creáis que por cariño, porque en realidad es la enemiga más encarnizada de vuestra madre, a la que odia a muerte.

—Entonces, si odia tanto a mi madre, ¿por qué quiere tenerme a su lado?

—¿No lo adivináis? Porque teniéndoo en su poder, puede servirse de vos como de instrumento contra vuestra madre.

—Señora —dijo Florencia con acento de infinita tristeza—, ni la duquesa de Sorrientes ni nadie me hará decir o hacer algo que pueda perjudicar a mi madre.

—La firmeza con que habláis me demuestra vuestra sinceridad; pero os engañáis de medio a medio si creéis que la duquesa de Sorrientes obrará a la luz del día. En la sombra, tortuosamente, perseguirá los fines que se haya propuesto y que vos, ignorándolos, secundaréis inconscientemente con vuestra sola presencia a su lado. ¿No ha sido acaso tortuosamente y con refinada astucia como os trajo a su casa y se captó vuestra simpatía?

—¿Suponéis que ya sabía ella quién soy?

—No lo dudo —respondió Leonor, y seguidamente—. Escuchad lo que hará de seguro. A ruegos del señor mariscal de Ancre, la reina ha tenido a bien interesarse por vos. Mas este interés no ha pasado de deciros, muy secamente por cierto, que vinierais con ella al Louvre; luego os ha olvidado por completo. Y esto se comprende: ¡tiene tantas cosas en qué pensar! Ahora estáis aquí en mis habitaciones bajo mi guarda y protección. Esto lo sabe muy bien la duquesa de Sorrientes, y sería a mí a quien tendría que pedirme que os dejara ir con ella, en el supuesto de que yo quisiera hacerlo; pero no se ha atrevido, porque sabe también que, por cariño a vuestra madre, yo no había de consentirlo jamás. Así, para jugarme una mala pasada, se dirigirá a la reina.

—¿Creéis que Su Majestad concederá lo que vos negaríais?

—¡Pobre niña! ¿Qué puede importarle a la reina que estéis a mi lado o en casa de la duquesa de Sorrientes? Accederá, no lo dudéis, y yo me veré obligada a bajar la cabeza ante su decisión, que será una orden para mí... y la perdición para vuestra madre.

—Pero —insinuó Florencia asustada— ¿y si yo me niego a seguirla? Creo que la reina no puede obligarme...

—No, desde luego —interrumpió Leonor viéndola ya en el terreno a que ella quería llevarla—. Si así lo hacéis, la señora duquesa de Sorrientes tendrá que inclinarse ante vuestra voluntad tan claramente manifestada. He querido preveniros y nada más. Vos habéis de decidir si queréis perder a vuestra madre siguiendo a la señora duquesa de Sorrientes, o salvarla permaneciendo a mi lado.

—No tengo ni que pensarlo, señora: permaneceré a vuestro lado, puesto que tenéis la bondad de permitírmelo.

—Estad, pues, preparada, porque de un momento a otro vendrán a preguntároslo.

Florencia se quedó sola, en pie, apoyados los brazos, cruzados, en el respaldo del sillón, y, con la mirada perdida en el vacío, quedóse profundamente pensativa. Reflexionó sobre la breve entrevista que acababa de tener con Leonor y no le costó gran esfuerzo mental adivinar la verdad.

—La ha enviado mi madre —pensó.

En su corazón adorable compadecía a su madre porque, siendo reina, estaba rodeada de asechanzas. ¡Si no fuera más que una simple burguesa! ¡Pobre madre! Indudablemente su dicha estaba en peligro a causa de su hija, cuya existencia tenía que ocultar.

Mientras que Florencia se engañaba a sí misma con estas reflexiones, Leonor daba cuenta a la reina del buen resultado de sus gestiones. María de Médicis empezaba a sentir viva inquietud por las precauciones que había que tomar y por las intrigas a que tenía que recurrir a causa de Florencia.

Leonor pensaba, con mucha sensatez, que la repentina desaparición de la joven haría recelar a Pardaillan, a Valvert, a los enemigos de Concini, y que un pretexto cualquiera podría dar lugar al escándalo, que era preciso evitar a toda costa. Era necesario obrar con mucha astucia. Además, estaba madurando un plan que comunicaría a María de Médicis en el momento oportuno.

* * *

El terreno estaba demasiado bien preparado para que no brotase la semilla sembrada.

Cuando Fausta pasó a visitar a María de Médicis y a Leonor y condujeron a la florista en presencia de las tres damas, ésta se negó con mil excusas y protestas de contrariedad a acceder a la petición de la primera, a pesar de que la reina y la marquesa de Ancre unieron sus instancias a las de la embajadora.

—¿Preferís quedaros al lado de la señora maríscala? —concluyó Fausta.

—Sí, señora —contestó la joven—. Perdonad mi franqueza, pero no soy ingrata y convendréis conmigo en que, si accediera a lo que me pedís, le pagaría muy mal las bondades que la señora maríscala ha tenido conmigo. Quedo, sin embargo, muy conmovida por el generoso ofrecimiento de Vuestra Alteza.

La comedia estuvo admirablemente representada: María de Médicis consentía en entregar a Florencia a Fausta; pero aquélla se negaba a separarse de Leonor.

La princesa, empero, se llamó a engaño y disimuló, prometiéndose un pronto desquite.

María de Médicis, desempeñando a conciencia su papel, insistió aún, porque sabía que su hija no caería en la tentación.

Florenia se despidió en seguida de las tres encopetadas damas con la más graciosa reverencia, y tras de muchas manifestaciones de afecto y protestas de amistad, Fausta se retiró a su vez sin que la reina ni Leonor pudieran adivinar sus sentimientos.

—Ahora, señora —dijo la mujer de Concini cuando se quedó a solas con María de Médicis—, es indispensable que hoy mismo me lleve a mi casa a esa muchacha.

—¿Por qué?

—Porque la signora se ha ido furiosa y no tardará en jugarnos una pasada terrible.

Y como la reina la mirara asombrada, sin entenderla, precisó con cierto dejo de impaciencia:

—Las lenguas van a desatarse. Comprenderéis que no le ha de costar mucho encontrar un murmurador que pregunte a título de qué está en el Louvre una joven de padres desconocidos que ayer mismo vendía flores por esas calles. Y asimismo no faltará otra alma cristiana para contestar que la reina regente siente por esa desconocida un cariño maternal inconcebible. Esto hay que evitarlo a toda costa, y para ello es necesario que me lleve a esa muchacha a mi casa.

—¡Dios mío! ¡Esa niña me va a quitar siempre el sueño! —gimió María de Médicis, trastornado el juicio.

—¿Pensabais acaso que vuestras penas iban a acabar pronto? —dijo Leonor burlonamente—. Es ahora cuando comienza la verdadera lucha. Lo sucedido con la signora no ha sido más que una sencilla escaramuza. De momento hemos ganado, pero muy pronto tendrá ella su desquite, y un desquite ruidoso. Repito, señora, que estamos en los comienzos. Decid, señora, lo que se ha de hacer y sin perder tiempo, porque os aseguro que la signora no lo perderá.

Una hora después Florenia era encerrada en el palacete que poseía Concini cerca del Louvre. El cambio de vivienda no lo fue sino de prisión.

Había ido allí de buen grado, libremente, y, para decidirla, Leonor no tuvo que hacer más que hablarle de la salvación de su madre.

OceanofPDF.com

Capítulo XII

La salida del Louvre

En la antesala que Pardaillan y Valvert hubieron de cruzar, vieron a Louvlgnac y Roquetallle, apostados allí por orden de Concini; muy mal escondidos, sin duda, puesto que a la primera ojeada fueron descubiertos.

—¡Nos están acechando! —dijo Valvert al oído del caballero.

—¡Pardiez! Se necesitaría estar ciego para no verlo.

Pasaron de largo y los dos ordinarios les siguieron, pisando sus huellas sin apresuramientos, con la diestra en la empuñadura de la espada, atento el oído y el ojo avizor.

Pardaillan y Valvert llegaron sin dificultad ni tropiezo alguno a la puerta principal del castillo y salieron.

Pero en cuanto hubieron franqueado el umbral, se pararon, estupefactos.

En la calle, formando dos filas por entre las que tenían que pasar, había cincuenta guardias de a caballo, inmóviles y rígidos en sus sillas, y al frente de ellos su propio capitán.

Y antes que Pardaillan y Valvert pudieran darse cuenta de lo que pasaba, Vitry se volvió hacia sus hombres y mandó:

—¡Presenten armas!

Al mismo tiempo que Vitry, descubriéndose, se inclinaba sobre el cuello de su caballo, los guardias saludaban rindiendo sus espadas, de la misma manera que sus compañeros habíanles saludado antes en el salón del trono rindiendo sus alabardas.

Los honores militares que se les reirían sorprendieron tan agradablemente a los dos hidalgos, que no podían dar crédito a sus propios ojos. Mas, repuestos en seguida, descubriéronse a su vez y correspondieron marcialmente al saludo del capitán y de los soldados.

Chambergo en mano, Vitry hizo adelantar dos pasos a su caballo, acercóse a Pardaillan y dijo respetuosamente:

—Caballero, el rey me ha mandado que os sean rendidos honores y os escoltemos, a vos y a vuestro acompañante, hasta vuestro domicilio. Estoy, pues, a vuestras órdenes.

—Señor de Vitry —repuso el caballero devolviendo saludo con saludo y sonrisa con sonrisa—, os ruego que signifiquéis a Su Majestad mi más profundo agradecimiento por el inmerecido honor que se digna dispensarme.

—Así lo haré, señor —prometió Vitry.

—Muchísimas gracias por vuestra condescendencia.

Evidentemente, puesto que se trataba de una orden dada por el rey y las órdenes del rey no podían discutirse, el caballero tenía que inclinarse, aunque sufriera su modestia.

—Señor de Vitry —prosiguió Pardaillan—, hace mucho tiempo que he tenido ocasión de comprobar que sois muy cumplido caballero. De momento sólo puedo deciros que nos consideramos muy honrados yendo en vuestra compañía.

Vitry hizo una señal. Dos guardias echaron pie a tierra y ofrecieron sus caballos a Pardaillan y Valvert, que montaron en seguida. Entonces el caballero presentó al capitán a su joven compañero. Odet y Vitry cambiaron los saludos de rigor y poniéndose luego los tres al frente de la tropa, echaron todos a andar en dirección a la calle de San Honorato.

Charlando con Vitry, el caballero de Pardaillan se volvía con frecuencia, levantábase sobre los estribos y miraba atrás por encima de las cabezas de los soldados. Así fue como descubrió varios grupos apostados, distanciados unos de otros, que les seguían como tranquilos paseantes. Pardaillan, que reconoció a Stocco entre aquellos individuos, sonreía maliciosamente.

Stocco vio, con desagradable sorpresa, a Pardaillan y a Valvert salir del Louvre, hablar con Vitry, montar a caballo y ponerse al frente de aquella importante escolta. No obstante, ateniéndose a las órdenes recibidas, les siguió con sus veinte espadachines, creyendo que al final de la calle encontraría a Concini, quien le daría nuevas instrucciones.

—¿Qué os parecen esos paseantes? —preguntó Pardaillan a Valvert.

El joven se volvió a su vez y dijo, después de haber mirado los grupos.

—Que están pidiendo a gritos la horca. Vienen contra nosotros y, por lo visto, no les hace maldita la gracia el acompañamiento que llevamos.

—Si no me engaño —repuso Pardaillan asintiendo con un movimiento de cabeza—, en la calle de San Honorato encontraremos otros grupos a los que desagradará mucho más nuestra escolta. Concini, a quien habrán avisado ya, estará dado a todos los demonios al ver fracasada miserablemente la celada que con tanto cuidado nos había tendido.

—Indudablemente, con nosotros lleva siempre las de perder.

Pardaillan no se engañaba: Concini sabía ya que sus planes habían sido desbaratados. Roquetaille y Louvignac, que habían seguido al caballero y a Valvert hasta la calle, oyeron lo que Pardaillan y Vitry dijeron, y en el momento que aquél presentaba a Odet al capitán, echaron a correr para dar a su amo cuenta de lo que pasaba.

Concini, que estaba ya furioso, al saber la novedad creyó volverse loco. Aunque los guardias del rey hubiesen sido diez veces menos, el orgulloso favorito no podía con semejante acto de violencia escarnecer públicamente la autoridad real.

Así lo comprendió en un momento de lucidez y tuvo el suficiente dominio sobre sí mismo para renunciar a su proyecto, que hubiera podido tener para él graves consecuencias. Hizo, pues, seña a sus hombres de que se apartaran y dejaran pasar a los guardias y a quienes éstos escoltaban a pocos pasos de distancia.

Capítulo XIII

Lo que sucedió después

En cuanto el último soldado de la escolta hubo pasado, Concini llamó con gesto Imperioso a sus acólitos, y Stocco, que llegaba en aquel momento, se unió a ellos.

—Señores —dijo con voz ronca—, daré ciento cincuenta mil libras al que quite de en medio a esos dos hombres, sea como sea. He dicho ciento cincuenta mil libras, a saber: cincuenta mil por el joven y cien mil por el viejo.

Concini sabía muy bien que todos ellos odiaban a muerte a Pardaillan y a Valvert; pero discurrió que el ofrecimiento de una buena recompensa sería un estímulo poderoso. En efecto, cada uno, llevando consigo dos o tres hombres de absoluta confianza, entre ellos los señores Bazorges, Montreval, Chalabre y Pontrailles, pusieron a seguir a la escolta, a la que no tardaron en alcanzar, porque iba al paso. Eran, en total, quince hombres, que marchaban separados en grupos de dos o tres.

Stocco, que no podía ir con ellos, porque no era noble, despidió con una seña a sus satélites, y embozado hasta los ojos, brillantes de codicia, deslumbrado por la recompensa ofrecida de ciento cincuenta mil libras que esperaba ganar, se adelantó a todos.

La escolta, vigilada de esta manera, llegó a la calle de San Dionisio. Pardaillan y Valvert continuaban habitando en la casa del duque de Angulema porque así les convenía, ya que, gracias a las dos salidas que tenía a calles distintas, no hubieran podido encontrar refugio más seguro.

Era, pues, muy natural que Pardaillan no quisiera conducir allí a la compañía de guardias que le escoltaba, porque esto hubiera sido venderse a sí mismo, ni al Grand-Passe-Partout, y contestando a una pregunta de Vitry, dio las señas de El León de Oro, sito en la calle de San Dionisio, esquina de la Cossonnerie: las habitaciones que Valvert ocupaba en la calle de la

Cossonnerie, aunque independientes, pertenecían a esta posada. La tropa se detuvo al pie de la escalinata de El León de Oro. El hostelero, vagamente inquieto, y los mozos y criadas, más asustados que su amo, acudieron en tropel, interrumpiéndose la circulación y se reunió una multitud de curiosos para ver lo que pasaba.

Los soldados formaron y presentaron armas, como habían hecho antes a las puertas del Louvre. Su jefe cambió con los dos hidalgos palabras corteses y finos cumplidos. Pardaillan y Valvert echaron pie a tierra, subieron la escalinata y entraron en la sala grande.

Cuando la puerta de la fonda hubo sido cerrada, Vitry mandó dar media vuelta y la compañía de guardias volvió al Louvre.

—¿Qué, señor —preguntó Valvert—, volvemos a mi antiguo alojamiento?

—No, no —respondió vivamente Pardaillan—; estamos muy bien en la casa del duque de Angulema. Salgamos por la calle de la Cossonnerie y vayámonos allí en seguida.

Salieron, en efecto, y Pardaillan, apoyándose en el brazo de Valvert, propuso:

—Ya que estamos en la calle, daremos una vuelta por el Grand-Passe-Partout para saber si hay noticias de Escargasse.

Pero tuvieron que detenerse en la esquina porque la tropa de Vitry obstruía la calle de San Dionisio.

A pocos pasos del sitio donde se habían parado, Stocco estaba escondido en un rincón y les asaeteaba con la mirada. Conocía el domicilio de Valvert y viéndoles delante de El León de Oro adivinó en seguida su maniobra.

—No harán más que entrar y salir —pensó—. Pero quién sabe si se escaparán por la calle de la Cossonnerie. Vamos a verlo.

Deslizándose astutamente por entre los caballos, fue a colocarse en el sitio donde le hemos visto.

—Desde aquí podré vigilar la puerta de la posada y la calle de la Cossonnerie. No se me podrán escapar. Les seguiré pisando sus huellas y descubriré dónde se esconden. Entonces, si el diablo no hace una de las

suyas, les tenderé un lazo en el que caerán los dos..., y las ciento cincuenta mil libras que ofrece el señor Concini serán para mí, ¡para mí solo!

Rospignac, por su parte, tampoco estaba inactivo. Esperando con impaciencia que Vitry se retirara, el jefe de los ordinarios, menos perspicaz que Stocco o mal informado, pensaba en entrar a sangre y fuego en la posada, no dejar piedra sobre piedra, arrasarla, si fuera necesario, con tal de que Pardaillan y Valvert no salieran vivos de ella.

Pasaron los soldados de Vitry, la calle quedó despejada y se reanudó la circulación. Rospignac se volvió hacia Longval, Eynaus, Lousignac y Roquetaille, que estaban detrás de él, al frente de su tropa, dispuesto a dar orden de que le siguieran y comenzar el ataque, pero se quedó como clavado en su sitio.

En medio de la calle, a unos veinte pasos de distancia, vio a los que quería atacar dentro de la posada que marchaban tranquilamente del brazo, descubierto el rostro y hablando y riendo.

—¡Esta vez no escaparéis! —dijo Rospignac poseído de diabólica alegría.

Hizo una señal y la banda, lanzando gritos espantosos, se puso en movimiento, dividida en dos grupos: uno, arremetió contra los dos paseantes; el otro, corrió a lo largo de las casas para volverse de improviso y coparlos.

A pesar de lo que Rospignac había imaginado, Valvert y Pardaillan nunca habían estado tan alerta como en aquella ocasión. Bajo su aparente indiferencia, aguzaban el oído y avizoraban tan bien que en cuanto Rospignac dio el primer paso le descubrieron, desnudaron sus aceros y le hicieron frente.

La banda aulladora comenzó su maniobra y los dos hidalgos, adivinando lo que se proponían, pusieron de acuerdo con una sola mirada, y con la rapidez del rayo pasaron a la ofensiva. Asieron las espadas por la hoja, arremetieron inesperadamente contra los que corrían por las aceras, y con el mismo ademán rápido, pero metódicamente ejecutado, levantaron el brazo, lo bajaron y las pesadas empuñaduras, convertidas en mazas, destrozaron dos cráneos.

Pardaillan y Valvert colocáronse entonces de un salto en medio de la calle. La mitad de la banda, que adelantaba hacia ellos con la espada en alto, partió con igual impulso; pero, como suele suceder en semejantes casos, el impulso no se mantuvo, porque los más listos se adelantaron a los otros. El caballero y el conde atacaron a los más decididos y otros dos espadachines, Louvignac y Eynaus, cayeron muertos o desvanecidos.

Acto continuo asieron las espadas por la empuñadura y las cruzaron con las de los primeros que se pusieron a su alcance. La lucha fue brevísima: un choque violento de aceros, dos brazos que se alargan como poderosos resortes y dos individuos que caen, los hombros atravesados de parte a parte.

La verdadera lucha no había comenzado aún y ya estaban fuera de combate seis satélites de Rospignac.

Mal cariz tomaban las cosas para el jefe de los ordinarios; pero como cuando peleaba recobraba al punto la sangre fría que perdiera antes del ataque, juzgó fríamente la situación y, comprendiendo que si sus hombres continuaban separándose se harían matar inútilmente, con el silbato dio orden de que se agruparan.

Pardaillan y Valvert viéronse, de repente, cercados. No eran ya combatientes aislados los que tenían ante ellos, sino un grupo compacto que los rodeaba. En semejante situación, realizaron la única maniobra posible: pusiéronse espalda contra espalda y cubriéronse con vertiginosos molinetes.

No atacaron de momento. Cubiertos con sus centelleantes molinetes, esperaron a que algún adversario se descubriera para dar golpes certeros.

De pronto, Pardaillan alargó el brazo y el desdichado que había se descubierto cayó inerte.

Casi simultáneamente se presentó a Valvert la ocasión que esperaba y pudo quitar de en medio a dos enemigos. El primero a quien hirió se agarró instintivamente al que tenía a su lado, y éste, para desprenderse de él, le rechazó con fuerza. Con este movimiento perdió la guardia, Valvert se aprovechó del descuido y los dos espadachines cayeron el uno sobre el otro.

De los catorce ordinarios que habían seguido a Rospignac sólo quedaban en pie cinco, entre ellos Roquetaille y Longval.

Presentía el barón que con hombres como Pardaillan y Valvert su derrota era inevitable. Sin embargo, no cejó: estaba decidido a dejarse matar antes que sobrevivir a derrota tan humillante. Desde el principio de la lucha tuvo de mira a Valvert e hizo todo lo posible para matarle; pero no habiéndolo logrado, le atacó de nuevo con el furor de la desesperación, más bien para dejarse matar por él que para quitarle de en medio.

A consecuencia de la impetuosa ofensiva de Pardaillan y Valvert, el orden del combate había cambiado de nuevo. Continuaban ellos espalda contra espalda, y los ordinarios sintieron la imperiosa necesidad del contacto de codos y se agruparon.

Rospignac se arrojó sobre aquellas dos espaldas, en las que buscaba la muerte.

Pardaillan y Valvert adivinaron los propósitos de su adversario. El caballero se encogió de hombros, al mismo tiempo que paraba una estocada dirigida a su pecho; pero Valvert exteriorizó su intención.

—No te mataré —dijo— para no dar un disgusto al verdugo, que te espera. Pero no te irás sin haber recibido el castigo que mereces.

—¡Demonio! —rugió Rospignac.

Y como sabía muy bien la clase de castigo que le impondría su terrible adversario, sin dejar de batirse con furor, con la mano izquierda se buscaba el puñal, resuelto a clavárselo a sí mismo en la garganta antes que sufrir por tercera vez el vergonzoso correctivo que aquél le prometía.

Pardaillan y Valvert echaron de ver que tres de los cinco acólitos de Rospignac miraban a derecha e izquierda de manera muy significativa, y les atacaron con tales bríos que acabaron con sus escrúpulos.

Los desdichados echaron a correr como liebres, pero no pudieron ir muy lejos, porque cayeron en seguida en los brazos de dos hombretones que venían en dirección contraria gritando como poseídos y blandiendo una especie de mazas. En medio de aquella baraúnda infernal, las dos mazas cayeron a un tiempo sobre los fugitivos, que se desplomaron. Solamente el tercero pudo escapar, y no se ha sabido lo que fue de él.

Aquello fue el remate de la espantosa lucha. Roquetaille y Longval, que seguían batiéndose con desnudo, no podrían mantenerse en pie mucho tiempo.

—¡Que el infierno te trague, demonio! —gritó Rospignac—. ¡No me tendrás vivo!

Así diciendo levantó el puñal para matarse. Pero no tuvo tiempo, porque en el mismo instante sintió en la cabeza un golpe tan tremendo, que le pareció que el cielo se desplomaba sobre él y cayó inerte, echando dos chorros de sangre por la nariz, mientras una voz, que no pudo oír, decía con acento meridional:

—¡Bribones, volved la cabeza y miradme para que sepa yo cómo tienen la cara los asesinos!

Longval y Roquetaille, a quienes iban dirigidas estas palabras, no hubieran podido obedecer aunque lo hubieran querido, porque cayeron a su vez con el cráneo aplastado. Aquellos dos golpes, dados con rara destreza y rapidez, pusieron fin a la contienda.

Los recién llegados eran Landry Coquenard y Escargasse (este último acababa de volver de la misteriosa misión que le confiara Pardaillan), que llegaban en auxilio de sus amos cuando éstos no tenían ya necesidad de ellos. No obstante, habían realizado con rapidez maravillosa una faena de la que, probablemente, sus amos les habrían dispensado.

No teniendo ya enemigos delante, Pardaillan y Valvert enfundaron sus aceros.

—¡Pobres muchachos! —murmuró el caballero con acento de indecible tristeza.

—Han querido matarnos cobarde y traidoramente, y hemos defendido nuestra vida —repuso Odet.

—Es cierto... Bueno, vámonos, porque el estar aquí un minuto más nos podría costar caro.

Los cuatro hombres echaron a andar en dirección a la calle de la Cossonnerie, y Escargasse dio cuenta de su misión a Pardaillan y Valvert, que parecían encantados de lo que les decía.

¿Qué hacía mientras tanto Stocco, que estaba resuelto a apoderarse del caballero y del conde sin ayuda ajena, para no tener que partir con nadie la recompensa ofrecida por Concini?

Stocco, sabiendo lo que valían Pardaillan y Valvert, no fue tan loco que tomara parte en una lucha cuyos resultados preveía, y se limitó a observar,

desde lejos, sus peripecias. Cuando todo hubo terminado y los cuatro hombres prosiguieron su camino, el italiano los siguió; pero, a despecho de su astucia y habilidad, perdió sus huellas en los alrededores de la calle del Mercado de las Hortalizas. No desmayó por esto y con paciencia inagotable permaneció allí todo el día, yendo y viniendo de la calle de los Forrajes a la de la Cossonnerie.

Cuando cerró la noche renunció a continuar sus pesquisas y se fue, diciendo para consolarse:

—No he logrado lo que quería, pero tampoco he perdido el tiempo. Mis pesquisas tendrán ahora un campo de acción muy limitado. Dada la rapidez con que han desaparecido, es evidente que no han podido ir muy lejos. Indudablemente viven en la calle del Mercado de las Hortalizas o a la entrada de la de los Forrajes. Volveré mañana y, si el diablo no entra en danza, los encontraré.

OceanofPDF.com

Capítulo XIV

Odet de Valvert sale de expedición

Fausta sabía que no podía contar ya con el duque de Angulema, que había huido a sus dominios, adonde no pensó ella ir a perseguirle.

Fue aquello el derrumbamiento completo, irremediable, de un plan largo y sabiamente maduro, y a pesar de su carácter prodigiosamente enérgico y fuerte, se sintió por un momento aterrada. Mas repuesta en seguida de aquella depresión de ánimo pasajera, dióse a madurar otro plan, sin olvidarse de la jugada que le había hecho Leonor acerca de Florencia.

Volvemos a encontrar a Fausta en su gabinete-oratorio, a primeras horas de la mañana, despidiendo a Albarán, a quien había dado órdenes concretas.

El hidalgo español salió del aposento de su señora, bajó a las cuadras y un instante después salía del palacio, a caballo, acompañado de dos individuos que parecían gigantes. Los tres jinetes encamináronse a la calle de San Honorato.

Gringaille, que estaba de centinela cerca del palacio, debió de adivinar lo que iba a pasar, porque en cuanto vio a los que acababan de salir entró en una posada próxima, de la que salió en seguida montando soberbio caballo. Siguió con precaución a Albarán y sus acompañantes hasta los alrededores de los Percherons, volvió grupas, regresó a París a galope y encaminóse derechamente a la famosa hostería de La marrana que hila. Pocos minutos después se hallaba en presencia de Pardaillan y Valvert.

Debía de ser esperado con impaciencia, porque en cuanto apareció le preguntó vivamente el caballero:

—¿Ha salido?

—Sí, señor.

—¿Cuántos hombres le acompañaban?

—Dos, pero dos hércules armados hasta los dientes.

Y prosiguió:

—Juzgando por lo que me dijisteis y por la dirección que tomó el español, comprendí que iba a pasar el Sena por el vado que hay cerca de Clichy, y pensando que era inútil que le siguiera más, volví grupas y he venido a decíroslo.

—¿Qué os parece, Odet? —preguntó Pardaillan, volviéndose hacia éste, que había escuchado con mucha atención.

—Me parece, señor —respondió el joven—, que Gringaille tiene razón. Albarán ha querido acortar el camino para no cansar demasiado a sus caballos. Pasará el Sena por el vado de Clichy y seguirá luego, al paso, a lo largo del río, hasta que encuentre el barco y su escolta.

—Es probable. ¿Qué pensáis hacer?

—Sois vos quien habéis de decirlo, ya que habéis preparado la expedición y debéis dirigirla.

—Pero es el caso que no puedo ir con vos, como habíamos convenido. Lo siento muy de veras, pero hoy tengo otras cosas que hacer. ¿Comprendéis, Odet?

—Perfectamente, señor —contestó el joven—. Y vuestro quehacer es, sin duda, de excepcional importancia, pues de lo contrario no renunciaríais a una expedición que con tanto cuidado habéis organizado —añadió sonriendo—. Pero estad tranquilo, que os sustituiré lo mejor que pueda... Voy a correr al galope la calle de San Dionisio, cruzaré el Sena y volveré a París, al paso, siguiendo la orilla del río.

—Muy bien. En marcha. No hay tiempo que perder.

—¡Landry! ¡Escargasse! ¡Gringaille! —llamó Valvert.

Los tres hombres se presentaron inmediatamente.

—Vamos de viaje —elijo Odet, sin más explicaciones.

—¡Andando! —insistió Pardaillan—. Quiero veros partir y os acompañaré hasta La marrana.

Salieron los cinco por la calle de la Cossonnerie, pasando por el camino subterráneo, y durante el trayecto el caballero dio sus últimas instrucciones a Valvert, recordándole todo lo que tenía que hacer.

—Iréis al Louvre —acabó diciendo—. Nada de falsa modestia, ¿eh? Contaréis todo lo que habéis hecho, y cuidadito con omitir detalle. Quiero, os lo mando, que lo hagáis así.

—Seguiré al pie de la letra vuestras instrucciones- prometió Valvert—. Pero me parece muy justo que diga también lo que vos habéis hecho, porque en realidad mi papel es secundario.

—¡No, no! —protestó vivamente Pardaillan—. Tengo muy poderosas razones para exigir que mi nombre no suene para nada en este asunto. ¡No olvides lo que te digo!

Este tuteo inusitado y la insistencia de Pardaillan, hicieron comprender a Valvert que su desobediencia podía tener consecuencias insospechadas y gravísimas y volvió a prometer:

—No lo entiendo, pero no me importa. Haré lo que me mandáis.

—Y no os pido nada más. Lo que ahora no entendéis, lo sabréis más adelante —agregó con sonrisa enigmática.

Salieron. La marrana estaba a dos pasos. Entraron en el patio y es de suponer que cuando Gringaille volvió para dejar allí su montura había dado algunas instrucciones, porque los caballos estaban ensillados y no tuvieron que hacer más que montar.

Valvert dio un apretón de manos a Pardaillan y salió el primero. Landry Coquenard, Escargasse y Gringaille, le dejaron tomar una delantera de seis pasos y salieron a su vez.

Al pasar por delante de él, Pardaillan dirigió a Gringaille y Escargasse una mirada expresiva, designando a Odet con un movimiento de cabeza. Los dos excelentes muchachos debieron comprender a maravilla el significado de aquella mirada, porque a un tiempo golpearon las empuñaduras de sus largos espadones.

Pardaillan, solo en el patio, siguió con la mirada a Valvert, que iba al paso de su montura, arqueado el brazo derecho, y dijo para sí, sonriendo enigmáticamente:

—Ese bravo muchacho que va a arriesgar la pelleja con tanta despreocupación, no sospecha que va al mismo tiempo a la conquista de su patrimonio. Porque el servicio que prestará al rey valdrá..., no seamos exigentes: pongamos nada más que doscientas mil libras. .. ¡Vive Dios! Me parece que no será demasiado. Sí, pongamos doscientas mil libras... Pero el rey podría aceptar el servicio y olvidarse de la recompensa. Esto es muy frecuente en los grandes de la tierra, que se creen desobligados con sonrisas

y bonitas palabras. ¡Que me lo pregunten a mí! ¡Voto a sanes! Como el rey se olvide, yo le refrescaré la memoria... ¡Caramba! Se me ocurre una idea... Lo pensaré en el camino.

Pardaillan montó a caballo, salió muy despacio de la hostería y llegó a la esquina de la calle de los Forrajes.

Mas, antes de doblar la esquina, desparramó la vista a su alrededor, buscó y descubrió a un mendigo, que estaba recostado contra un guardacantón.

—Ese estúpido de Stocco cree que no le he conocido porque se ha disfrazado de pordiosero y lleva tapada media cara con una venda sucia — dijo para sí sonriendo.

Se encogió de hombros desdeñosamente y prosiguió su camino sin que Stocco le viera, porque, con el ojo que le quedaba libre, vigilaba las puertas de todas las viviendas de la calle de los Forrajes y no volvió la cabeza hacia el lugar donde habíase parado el caballero.

Pardaillan salió de la ciudad y tomó el camino de San Dionisio, el mismo que Valvert había tomado unos minutos antes, y puso su caballo al galope, como si persiguiera a alguien.

A fuerza de galopar acabó por descubrir, a un centenar de toesas, al que buscaba. Valvert iba despacio, Landry Coquenard cabalgaba familiarmente a su lado. Escargasse y Gringaille no le acompañaban.

Pardaillan moderó el paso de su caballo y, poniendo mucho cuidado en no ser visto, le siguió de cerca.

Capítulo XV

A orillas del Sena

Conforme había dicho, Valvert cruzó el Sena por San Dionisio, abandonó allí el camino y tomó la vereda que se extendía a lo largo del río, en dirección a París. Marchaba al paso y Landry le seguía.

Escargasse y Gringaille permanecían invisibles y, al parecer, Odet no se preocupaba por ellos.

Pardaillan, que había dejado su caballo en una posada de la calle de San Dionisio, andaba a campo traviesa, ocultándose entre los árboles y la maleza. No seguía a Odet, sino que le precedía. No le fue difícil tomarle esta delantera, porque el joven marchaba deliberadamente todo lo despacio que podía.

Al cabo de un cuarto de hora, Valvert vio al gigantesco Albarán que venía, despaciosamente también en dirección contraria, acompañado de los dos héroes de quienes hablara Gringaille.

Continuaron avanzando los dos grupos, uno hacia el otro, y sólo cuando estaban a punto de cruzarse en el camino, Albarán reconoció a Valvert y bendijo a la casualidad que le entregaba su enemigo. Porque a la primera ojeada vio que sólo acompañaba al joven un individuo de nada temible aspecto, mientras que a él seguíanle dos verdaderos gigantes, de valor y fuerzas repetidas veces probadas.

Albarán se olvidó de que iba a desempeñar una misión que había confiado la princesa Fausta, que no perdonaba jamás olvidos de aquella índole. Creyó que la ocasión no podía ser más favorable y quiso aprovecharla.

—Hay que pasar a revienta caballos por encima de esos dos individuos y dejarlos destrozados —dijo volviéndose hacia su escolta.

Dada esta orden, soltó las riendas, tomó las dos pistolas que llevaba en las fundas de la silla y espoleó a su caballo gritando:

—¡A ellos! ¡Mueran!

Era aquello un torbellino impetuoso que debía barrer todo lo que hallara al paso. Valvert esperó a los tres agresores en medio de la vereda. Indudablemente tenía premeditado su plan de defensa, pues en un abrir y cerrar de ojos estuvo armado de pistola, sin soltar las riendas de su caballo, al que guiaba con la mano izquierda.

Avanzó a su vez, no impetuosamente, como había hecho Albarán, sino con calma. Landry se apeó de su montura y echó a correr a lo largo de un seto.

Cuando estuvo a unos cinco pasos del joven, Albarán disparó una pistola, pero no hizo blanco, porque Valvert encabritó a su cabalgadura obligándola a dar un salto y disparó a su vez, no al hidalgo español, sino a su caballo, que cayó derribando al jinete. Rápido como el rayo, Odet echó pie a tierra y se arrojó sobre el caballero desmontado.

Los que acompañaban a Albarán no se atrevían a disparar sus pistolas por temor de herir a su amo al mismo tiempo que a Valvert. A duras penas pudieron sofrenar a sus caballos y desmontar para acudir en auxilio del conde. Pero no pudieron intervenir, porque Landry salió del seto y usando la pistola a modo de maza tumbó a uno, mientras que Escargasse y Gringaille entraban en escena y dejaban fuera de combate al otro. En un santiamén los dos heridos estuvieron atados como fardos.

En el entretanto Albarán se levantaba vivamente y buscaba con la mirada la pistola, cargada aun, que se le había escapado de las manos al caer; pero no pudo encontrarla porque Valvert, al mismo tiempo que desenvainaba, había tirado con el pie al río.

—No os mováis, señor conde —le dijo Odet apuntándole con su pistola y en tono que no dejaba lugar a dudas acerca de su decisión—. Estaos quietecito, si no queréis ponerme en la dura necesidad de alojaros una bala en la cabeza.

—¡Demonio! —exclamó el español avergonzado y furioso.

Pero no se movía, que era lo que Valvert quería.

—Muy bien —prosiguió el joven—. Espero que llegaremos a entendernos, y bien sabe Dios que lo deseo por vuestro bien.

Albarán miró en tomo suyo. Entre el río y él estaba Escargasse, pistola en mano. Y entre el seto y él descubrió la pistola amenazadora de Gringaille. Finalmente, a sus espaldas, Landry Coquenard le amenazaba también con otra pistola.

El valeroso hidalgo envainó su espada calmosamente, cruzó los brazos sobre su ancho pecho y dijo, mirando cara a cara a Valvert con admirable serenidad:

—Estoy a merced vuestra; podéis matarme.

—No; quiero únicamente hablar con vos. Pero os mataré sin remisión si me obligáis a hacerlo —aseguró Valvert.

Cosa rara: estas palabras, que hubieran debido tranquilizar a Albarán, le inquietaron más que si hubiesen descargado contra él las cuatro pistolas.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Quiero —repuso Valvert recalcando la palabra—, quiero que me entreguéis el escrito de que sois portador, firmado por la duquesa de Sorrientes, por el que se ordena a los jinetes a cuyo encuentro vais, y que vienen escoltando una embarcación que remonta penosamente el curso del Sena, que os obedezcan ciegamente... Esa embarcación trae un cargamento de vino..., un cargamento que debe de ser precioso puesto que lo custodian diez hombres de arrestos mandados por un oficial.

Albarán se quedó pasmado. En todo podía pensar menos en encontrar a Valvert tan bien enterado.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó con voz ronca.

—Eso no os importa. Lo sé, y basta. Vamos, entregadme ese papel, señor conde.

Albarán temblaba de furor. Vaciló un instante, no para saber si cedería o no a la amenaza, pues estaba resuelto a dejarse matar antes que cometer semejante traición, sino preguntándose si le daría tiempo para sacarse el papel del jubón y destruirlo. Esto hubiera sido la manera más sencilla de salvar los millones que habían tardado más de seis semanas en llegar de España, que esperaba su ama con impaciencia y cuya entrega se le exigía en el momento preciso en que podía creer que habían llegado a su destino.

Valvert, que no apartaba los ojos de él y leía en su pensamiento, le apuntó nuevamente diciendo:

—No lo intentéis, señor conde, porque antes que podáis desabrochar una agujeta de vuestro jubón habréis caído con la cabeza destrozada.

—Está bien —repuso Albarán, pálido de ira mal contenida—. Matadme y no hablemos más.

Valvert se acercó a él, le puso en la frente el cañón de su pistola y profirió con acento glacial:

—Dadme ese papel, u os salto la tapa de los sesos.

Albarán no hizo ademán alguno para apartar el arma. Ni se movió un músculo de su cara ni se tobaron tampoco sus ojos, que tenía fijos en los ojos de su adversario.

—Hacedlo —replicó sencillamente con voz no alterada por la emoción.

Valvert no apretó el gatillo, sino que bajó lentamente el brazo, retrocedió dos pasos, se descubrió y saludó cortésmente.

—¿Eh? ¿Qué hacéis? —preguntó Albarán asombrado.

—Señor conde —contestó el joven—, no sabéis lo que son escrúpulos de conciencia, pero sois valiente a toda prueba. Hubiera debido yo comprender que un hombre de vuestro temple puede ser vencido por la fuerza, pero no bajar la cabeza ante la amenaza, y es incapaz de una villanía a trueque de salvar su vida. Os presento mis excusas por la petición importuna que os he hecho.

Pero viendo que el español callaba, Valvert continuó:

—Sin embargo, necesito ese papel, y como no queréis entregármelo de buen grado, y lo comprendo, os lo voy a quitar por la fuerza.

Así diciendo, Odet entregó su pistola a Gringaille, tiró de espada y agregó:

—Defendeos y tened cuidado, porque no he de tener ningún miramiento.

Albarán recobró instantáneamente la presencia de ánimo que la incomprensible generosidad de su enemigo le había hecho perder y desenvainó a su vez.

Los dos adversarios se pusieron en guardia y cruzaron sus aceros.

Como hombre listo y prudente, Albarán se mantuvo a la defensiva. No pensaba en matar a Valvert, sino únicamente en salvar el precioso papel cuya posesión podía permitir a aquel audaz apropiarse de los millones que

venían de tan lejos. Era un esgrimidor admirable y, seguro de que lograría su objeto, mientras se batía procuraba sacar el manuscrito para tragárselo.

Odet, conforme al método que le había enseñado Pardaillan, empezó a hablar para distraer a su adversario y hacerle cometer una falta.

—No creáis —dijo— que mi intención es la de apropiarme de los millones de la duquesa de Sorrientes.

—¿De veras? —repuso Albarán socarronamente y parando.

—Lo que oís. Esos millones serán para otro.

—¿Para quién?

—Para el rey. Esos millones que estaban destinados para combatirle, servirán para defenderle. Son buena presa.

—¡Oh! Todavía no los tiene.

—Cierto; pero los tendrá esta noche. Os quería decir esto, para que lo repitáis a la duquesa de Sorrientes. Le diréis que en esta ocasión no soy más que representante del señor de Pardaillan, quien recibirá de mis manos ese dinero para entregarlo al rey. Y ahora que estáis enterado, acabemos.

Valvert se tiró a fondo. Albarán soltó la espada y cayó exánime, lanzando un grito.

Odet se arrodilló junto al conde, que no daba señales de vida, y acabó de desabrocharle el jubón. En el bolsillo interior palpó un papel, lo tomó en seguida, lo leyó rápidamente y se lo guardó sonriendo. Luego examinó la herida y volvió a sonreír.

—Vamos —dijo—, de ésta no morirá.

En el momento en que iba a levantarse, oyó gritar furiosamente:

—¡Ladrón! ¡Demonio!

Y al mismo tiempo se sintió levantado en vilo y arrojado violentamente al suelo, a la vez que otra voz, por la que reconoció a Pardaillan, decía:

—¡Poco a poco, muchacho! No se debe herir a nadie por la espalda.

Valvert se puso en pie. En el mismo sitio de donde había sido arrebatado, o sea, junto a Albarán, estaba el caballero batiéndose con un joven de rara belleza, fino bigote y barba puntiaguda, vestido con suntuosa sencillez que delataba al gran señor. Aquel joven, lanzando gritos inarticulados, saltaba, retrocedía, avanzaba y arremetía furioso esforzándose, pero en vano, por apartar al que le impedía acercarse a

Valvert, a quien quiso dejar tendido junto a Albarán hiriéndole por la espalda.

—¿Tenéis el papel? —preguntó Pardaillan limitándose a parar, como si fuera cosa de juego, las estocadas de aquel adversario desconocido dotado de agilidad sorprendente.

—Sí, señor —contestó Valvert.

—Pues a caballo y volad.

—Pero...

—Os digo que escapéis volando.

—Está bien, señor.

Pero los caballos estaban detrás de aquella furia que les cerraba el paso. Landry echó a correr hacia ellos, pero el desconocido, más vivo que él, volvió la espalda a Pardaillan, que se quedó estupefacto, y con rapidez fulmínea levantó por dos veces la espada y la clavó en el pecho de los caballos, que cayeron muertos.

Hecho esto, el joven volvió a plantar cara a Pardaillan y atacó con más impetuosidad que antes.

—¡Soberbio leoncillo! —dijo para sí el caballero, admirando a su adversario—. ¿Quién será?

A una seña de Pardaillan, Gringaille corrió al seto y reapareció en seguida llevando de las riendas su caballo y el de Escargasse.

Valvert y Landry Coquenard montaron rápidamente.

El desconocido, dando un salto atrás, emprendió la fuga. Por lo menos se hubiera dicho que huía, pero no fue así, pues a los pocos pasos se detuvo y, plantándose en medio del camino gritó, haciendo silbar su espada:

—¡No se pasa!

La situación empezaba a ser ridícula y todo por culpa de Pardaillan que trataba con demasiados miramientos a aquel adversario valiente hasta la exageración y esgrimidor notable, al que, sin embargo, hubiera podido matar fácilmente, de haberlo querido. Pero el caballero había recomendado a Valvert con mucha insistencia que no matara a nadie y juzgaba que se había derramado ya demasiada sangre por una mezquina cuestión de dinero, a pesar de la importancia de la suma. Sin embargo, Pardaillan comprendió

que era necesario acabar y que no debía consentir que le tuviera en jaque aquel jovenzuelo.

—Yo os desembarazaré el camino —dijo a Valvert—. Pasad y no os preocupéis por mí.

Dicho esto, corrió a plantarse ante el joven que le recibió a pie firme.

Cruzaron los dos aceros hasta la guarnición. El caballero preparó su golpe con una serie de fintas, ligó la espada de su adversario, la hizo saltar, describir una curva en el espacio y caer en el río.

—¡Maldito sea, caballero del infierno! —rugió el desconocido fuera de sí.

Parecía tan confuso y desesperado, que Pardaillan tuvo lástima de él y se excusó afablemente.

—Siento mucho el haber tenido que tratar así a un caballero tan valiente como vos; pero no ha sido mía la culpa.

Miró al hermoso joven con más atención y dijo para su coleteo:

—Me parece que yo conozco su voz... ¿Dónde demonios la he oído antes?

Valvert y Landry Coquenard, que esperaban con curiosidad el final de aquel lance, creyendo que tenían ya libre el camino, picaron espuelas.

Pero no contaron con la terquedad de aquel jovenzuelo que tan osadamente desafiaba la muerte. El mozalbete no se había declarado todavía vencido y cuando aquéllos creían que no podría estorbarles más, volvió a plantarse en medio del camino blandiendo buido puñal, que se sacó del pecho. Era evidente que estaba resuelto a dejarse atropellar por los caballos y morir antes que ceder una pulgada de terreno.

—Eso no es ya obstinación, sino locura —dijo Valvert que, como Pardaillan, admiraba tan insensata baladronada.

Mas, sin dejar de admirarlo, puso su caballo en derecha al desconocido.

Pardaillan les miraba sin pensar en intervenir, porque sabía que Odet pasaría a toda costa.

Valvert adelantaba al paso hacia el desconocido, de quien no apartaba la vista, el cual, por su parte, miraba con ojos centelleantes la masa moviente que se le venía encima.

—¡Pardiez! —pensó Odet—. Tiene de mira el pecho de mi caballo. Aun a riesgo de que le aplaste quiere desmontarme para que no pueda utilizar el papel que he quitado a Albarán y aprovecharse de mi caída para apoderarse de él y destruirlo.

Se guardó en el bolsillo interior el papel, que llevaba todavía en el cinturón, y gritó:

—¡Vive Dios! ¡Paso libre, u os aplasto!

—¡No se pasa! —repitió el desconocido.

Valvert llegó a dos pasos de distancia del porfiado joven y, en el momento en que iba a alcanzarle, de un fuerte espolazo obligó al caballo a dar un brinco y la puñalada que iba dirigida al pecho del noble animal dio en el vacío.

Odet partió a galope tendido, y el desconocido, pateando de rabia, le siguió, gritando:

—¡Para, ladrón! ¡Para, salteador de caminos! ¡Para, miserable!

Y Pardaillan repetía en su interior:

—¿Dónde diantre he oído yo esta voz?

OceanofPDF.com

Capítulo XVI

Los millones españoles

El desconocido habíase recobrado ya y con agilidad sorprendente pasó al otro lado del seto, donde sin duda había dejado su caballo, pues en un abrir y cerrar de ojos estuvo montado y corría al galope.

Los caballos de los acompañantes de Albarán estaban allí y el desconocido no había pensado en matarlos.

Pardaillan montó en uno de ellos con agilidad que le hubiera envidiado un joven, le clavó las espuelas y, manteniendo las bridas con mano de hierro, le hizo saltar el seto. Corriendo desenfrenadamente alcanzó en seguida al joven y, al pasar por su lado, le arrancó de la silla, le levantó como si fuera una pluma y lo sentó en el arzón.

El joven revolvíase, retorcíase como un gusano, se esforzaba por arañar o morder, pero no decía nada.

Mas aquel derroche de voluntad verdaderamente extraordinario, aquella valentía asombrosa, aquel desprecio supremo del dolor físico, no sirvieron más que para retardar unos segundos el instante fatal de la derrota. Llegó el momento en que, agotadas sus fuerzas, no pudo moverse. Entonces Pardaillan dejó caer al suelo al joven, que rugió con voz ronca:

—¡Cobarde! ¡Villano! ¡Más que cobarde!

Este insulto inesperado e inmerecido sacó de sus casillas al caballero.

—Joven, esas palabras...

No acabó la frase. Se calmó con tanta rapidez como se había encolerizado.

—¡Caramba, caramba! —dijo en tono de zumba.

¿Qué había descubierto que tanto le asombraba y divertía?

Hasta aquel momento el joven había mostrado una cara varonil, sombreado el labio superior con fino bigote negro y el mentón adornado con una barbilla, negra también, cortada en punta y ligeramente rizada; y en

aquel instante, sin que él se diera cuenta, de la barba sólo quedaba la parte correspondiente a una mejilla.

Pardaillan, riendo a más no poder, se descubrió, saludó con gracia caballeresca y dijo jovialmente:

—¡Cómo, princesa! ¿Sois vos? ¡Lléveme el diablo por no haber reconocido a la primera ojeada a la princesa Fausta bajo su elegante indumentaria de caballero!

Fausta, pues era ella realmente, le dirigió una mirada furibunda.

—¿Por qué no me matasteis cuando me tuvisteis en la punta de vuestra espada?

—Me lo habéis preguntado ya y os he contestado... Pero no permanezcamos aquí más tiempo.

Dicho esto, Pardaillan tomó las bridas de los dos caballos y pasó su brazo por debajo del de la princesa. Ella le dejó hacer, comprendiendo que aquel gesto significaba en aquel momento que la hacía prisionera, y se dejó llevar sin resistencia, no porque renunciara a la lucha, sino porque no le quedaba otro recurso que doblegarse. Confiaba en que le llegaría la hora del desquite y, mientras tanto, bajo su aparente indiferencia, estaba atenta a todo y pronta para aprovechar la ocasión si la casualidad venía en su auxilio.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó.

—Vamos a pasar por esa brecha y volveremos al lugar de la contienda para atender a esos pobres diablos que están a vuestro servicio y hemos dejado tendidos y maltrechos en medio del camino.

Fausta respondió con un movimiento de cabeza que lo mismo podía significar asentimiento que señal de gratitud. Anduvieron unos pasos en silencio y dijo ella luego gravemente:

—Os presento mis excusas, caballero.

— ¿A mí? ¿De qué?

—De las palabras injuriosas que os he dirigido en un momento de arrebató y obcecación. No tengo necesidad de deciros que jamás he pensado siquiera lo que os he dicho, porque sabéis muy bien, Pardaillan, que para mí, como para todos los que os conocen, sois la personificación del valor.

—Os ruego, princesa, que no ofendáis mi modestia- protestó el caballero.

Llegaron al lugar del combate. Pardaillan soltó a los caballos, pero no a Fausta.

Escargasse y Gringaille, con destreza y agilidad que demostraba su larga experiencia en aquella clase de delicadas operaciones, habían descubierto la herida de Albarán, que seguía desvanecido, y procedieron a su cura, para lo cual llevaban siempre consigo lo más necesario: vendas, hilas y ungüentos.

—¿Qué hay? —preguntó Pardaillan viendo que Fausta contemplaba a su dogo con sombría inquietud.

—Nada de cuidado, señor caballero —respondió Escargasse—. El señor de Valvert puede jactarse de saber dar estocadas a su gusto.

Fausta se limitó a dar las gracias con una inclinación de cabeza y se volvió hacia los otros heridos. Estos sólo habían sido atontados y habían vuelto ya en sí, pero no se movían.

—Estad tranquilos —les dijo Pardaillan—, que no os harán ningún daño; pero tendréis que resignaros a seguir atados unos momentos todavía.

Albarán, aliviado por el frescor de la compresa, se recobró en aquel instante, abrió los ojos y reconoció a Fausta. Quiso levantarse y, a pesar de su estoicismo, exhaló un gemido.

—Señora —se excusó humildemente no habiendo logrado ponerse en pie—, he hecho todo lo que he podido..., pero él ha sido más fuerte que yo.

—Lo mismo me ha sucedido a mí —le tranquilizó la princesa—. Han podido más que yo y ahora vos estáis herido y yo prisionera. Pero vivimos ambos, que es lo esencial.

—Señor —interpuso Pardaillan—, ¿tendréis fuerzas suficientes para manteneros en la silla hasta San Dionisio, que está cerca?

—Creo que sí.

Pardaillan hizo una seña a Escargasse y Gringaille, los cuales hubieron de entenderle muy bien, porque, sin la menor vacilación, levantaron suavemente al herido y le montaron en el caballo de Fausta. A los otros dos, sin librarles de sus ligaduras, los pusieron, atravesados, en los otros caballos y los ataron para que no cayeran.

—¡En marcha! —mandó el caballero.

OceanofPDF.com

Capítulo XVII

El regreso

Los primeros pasos los dieron en silencio. Pardaillan miraba a Fausta a hurtadillas. Muy tranquila y serena, marchaba a su lado con paso firme y seguro.

—¿Cómo diantre habéis podido cometer la imprudencia de aventuraros por estos caminos sola, sin la menor escolta? —preguntó de improviso Pardaillan.

Fausta no quiso evadir la pregunta y respondió con voz triste:

—Ya sabéis que no soy cobarde. Además, yo creía que no había nada que temer. Por añadidura, iba armada y sé manejar la espada bastante bien.

—De acuerdo; pero ¿cómo habéis tenido la ocurrencia de venir a estos sitios y no a otros?

—Porque tengo la malhadada costumbre de cerciorarme por mis propios ojos de cómo se cumplen mis órdenes.

—Y en esta ocasión valía la pena de tomarse esa molestia. Cuatro millones son una cantidad respetable. Mas precisamente por la importancia de la suma no debisteis arriesgaros sin fuerte escolta.

—Ya os he dicho que creía que no había nada que temer. Había tomado las medidas necesarias y estaba segura que nadie sabía nada de esos millones que habían de llegar.

—Pues yo lo sabía.

—Cierto. Y esto me hace sospechar que tengo en mi casa algún traidor, pues de lo contrario no estaríais tan bien informado.

—Palabra de honor de que os engañáis. Vos misma me dijisteis que habían de llegar esos millones.

—¡Yo! —exclamó Fausta estupefacta.

—Sí, vos —repitió Pardaillan—. Recordad que me introduje en vuestra casa. Mientras estuve escuchando en el gabinete oscuro, me dijisteis, sin

quererlo, desde luego, cosas interesantísimas, y ésa fue una de ellas.

—Os creo por vuestra palabra; pero es el caso que ni yo misma sabía la fecha exacta en que llegarían esos millones..., y de seguro no he sido yo quien os he dicho qué vía tomarían para llegar clandestinamente a mi casa, ni el camino que seguiría Albarán para ir a posesionarse de ellos, ni que sería Albarán el encargado de hacerlo. Insisto, pues, en que alguien ha tenido que venderme, al menos en estos extremos.

—Y yo insisto en que os engañáis. Estos extremos los he sabido por mí mismo y sin grandes esfuerzos, por cierto.

—¿Me permitís preguntaros cómo...?

—¿Por qué no? Pues de la manera más sencilla del mundo. Envié a recorrer el camino de España a un hombre de mi confianza, que tiene muy buen olfato, es muy listo y habla el español como los nacidos en Castilla. Ese hombre tropezó muy pronto con un convoy. A pesar de que los hombres que lo escoltaban vestían como criados de casa noble, el mío olfateó en ellos a soldados; y a despecho de que hablaban correctamente el francés, conoció, por el acento, que eran españoles. Trabó conversación con ellos, les convidó a beber y el vino desató las lenguas. No sabían gran cosa, pero lo poco que dijeron bastó para que yo adivinara el resto. En cuanto al señor de Albarán, es vuestro brazo derecho y era muy natural que fuera el encargado de recibir el convoy de vino de España que viajaba ora por tierra, ora por vía fluvial. Mandé, pues, a otro compañero a vigilar al señor de Albarán, y cuando este compañero volvió esta mañana a decirme que el conde había salido a dar un paseo matinal por este camino, comprendí que había llegado el momento de obrar. Ya veis, princesa, que no he tenido necesidad de comprar la complicidad de nadie.

—Os creo— repuso Fausta, que no dudó jamás de su palabra y para sus adentros admiraba los inagotables recursos de aquel espíritu siempre activo y emprendedor—. Y ahora ¿qué vais a hacer de ese dinero?— añadió tras de breve pausa.

—¡Pardiez! Entregadlo a quien le pertenece.

—¡Cómo! —exclamó Fausta fingiéndose sorprendida—. ¿Vais a entregarme ese dinero después de habérmelo quitado?

—He dicho que lo entregaré a quien le pertenece — replicó fríamente Pardaillan— y no que lo voy a restituir.

—Sin embargo... creo que es a mí a quien pertenece.

—Pues estáis muy equivocada. Ese dinero pertenece ahora a Su Majestad el rey Luis Trece.

—¡Caramba! ¡Qué cosa tan rara! ¿Podéis explicarme por qué arte de birlibirloque ese dinero, que es mío y muy mío, pasa a ser propiedad del rey de Francia?

—Con mucho gusto. Ese dinero, en resumidas cuentas, es una mercancía como otra cualquiera, y habéis de saber, en el supuesto de que lo ignoréis, que el rey tiene derecho a confiscar toda mercancía que entre fraudulentamente en su reino. No me negaréis, porque es la verdad, que con fraude han entrado en Francia esos barriles de vino español. El rey, por lo tanto, ejerce un derecho que ni el mismo rey de España le podría disputar. Y ahora, dicho sea entre nosotros, añadido, dado el empleo que pensabais dar a esos millones, aun prescindiendo de ese derecho, que el rey puede y debe confiscarlos.

—Tenéis razón —reconoció Fausta, que bajó la cabeza, vencida, y suspiró.

—Vamos, parece mentira que una pérdida de dinero os afecte de esa manera —dijo Pardaillan—. Aunque creo que no es esa pérdida lo que os apesadumbra, sino el no poder realizar lo que os proponíais con ese oro. Habéis perdido una puesta, pero la partida de juego continúa y quizá tendréis el desquite. ¿Por qué os apuráis entonces? Os he visto perder cantidades más importantes sin que por ello abandonarais el juego. ¿Por qué estáis tan abatida esta vez?

—Porque entonces conservaba mi libertad —contestó Fausta—. Para las personas de acción, como lo somos vos y yo, el estar libre es una ventaja inapreciable..., y hoy soy vuestra prisionera. ¿Comprendéis?

—Prisionera mía, ciertamente —repuso Pardaillan—, a menos que...

Fausta le miró un instante y dijo con voz clara y firme:

—¿A menos que...?

—Que aceptéis las proposiciones que voy a haceros —acabó el caballero.

—Vengan esas proposiciones.

—Os devolveré la libertad que os es tan querida, si me devolvéis a Luisita.

Fausta se estremeció: no esperaba semejante proposición, tal vez porque, embargada por otras preocupaciones, habíase olvidado de aquella niña, de su nieta, que podía ser un precioso rehén en sus manos.

—Es imposible —respondió con sequedad—, a no ser que... ¿Me permitís que os haga una pregunta?

—Hacedla.

—Os puedo decir ahora mismo dónde está la niña, que antes de dos horas podría estar en vuestros brazos. Si os la entregara en seguida, ¿me devolveríais en seguida la libertad?

—En seguida, no —contestó categóricamente el caballero.

—¿De manera que no me devolveríais la libertad hasta que los millones españoles hubieran ingresado en las arcas del rey de Francia?

—Exacto.

—¿Sacrificaríais a vuestra nieta por esos millones?

—Sin vacilar y sin remordimientos.

—Pues bien, yo tampoco vacilo: prefiero sacrificar mis millones y mi libertad a cambio de retener a la niña a mi lado.

—Como gustéis —replicó Pardaillan con indiferencia.

Hacía alarde de tal tranquilidad, que Fausta, a pesar suyo, sintióse fuertemente impresionada y se quedó muy pensativa. Pardaillan sonreía mientras ella reflexionaba y decía para su colete, mirándola con el rabillo del ojo:

—Ya está, sin que se haya dado cuenta, en la pista a donde yo quería llevarla. ¡Lléveme el diablo si no la sigue!

Cuando estaban ya a la vista de las primeras casas de San Dionisio, Fausta decía mentalmente:

—¿Por qué no? ¿Por qué no le he decir dónde está la niña? En resumidas cuentas, el toque está en llevar a Pardaillan al lugar donde está su nieta, dejarle un momento a solas con ella, para que pueda cerciorarse de que no ha sufrido daño alguno ni ha sido sustituida por otra y demostrarle de manera que no deje lugar a dudas de que será devuelta a sus padres...

Esto es muy fácil; lo difícil es conseguir que Pardaillan permanezca unos instantes en la casa cuando la niña se haya ido... Entonces él no saldría vivo de allí... Esta sería la mejor solución del problema.

Del brazo de Pardaillan continuaba marchando en silencio, buscando paciente y metódicamente todos los recursos de su espíritu infatigable para alcanzar el objeto que perseguía; y tan absorta estaba en estos pensamientos, que olvidó su situación y no recapacitó que para hacer caer al caballero en la emboscada que le preparaba, lo primero que hubiera debido hacer era librarse de sus manos.

Pardaillan la dejó meditar a sus anchas sin intentar distraerla. Llegaron a las primeras casas de la aldea donde los reyes de Francia dormían su último sueño. Pardaillan se detuvo para hacer volver a

Fausta a la realidad arrancándola a sus ensueños.

—Señora —dijo—, vamos a pasar por lugares muy concurridos y no sería imposible que pidierais auxilio y amotinarais a los transeúntes contra mí. Os aconsejo que no lo intentéis siquiera y os dejéis llevar dócilmente a donde os conduzca. Os lo aconsejo vivamente por vuestro bien.

Fausta conocía demasiado bien a Pardaillan para saber que nunca amenazaba en vano, y asintió con un movimiento de cabeza.

OceanofPDF.com

Capítulo XVIII

Donde se ve que Pardaillan había pensado en todo

Llegaron sin tropiezo a una hostería muy modesta y entraron todos en el patio. Pardaillan habíase detenido allí un instante para dejar su caballo; pero, a pesar de que su detención fue brevísima, debió de tener tiempo para dar ciertas instrucciones, porque el hostelero acudió en seguida y no se mostró sorprendido al ver al herido y a los dos prisioneros atados como fardos.

—¿Hicisteis lo que os mandé, maese Jacquemin? —le preguntó Pardaillan.

—Al pie de la letra, señor, y espero que quedaréis satisfecho. Todo está preparado.

Dicho esto, Jacquemin se apresuró a echar una mano a Escargasse y Gringaille y en cinco minutos entre los tres bajaron a los prisioneros a la cueva. Pardaillan, llevando del brazo a Fausta, les siguió.

El hostelero abrió una puerta de encina, forrada de hierro y provista de enorme cerradura con la llave puesta por fuera, y dejó ver una estancia subterránea bastante cómoda y alumbrada por grandes lámparas.

Ventilábase por un estrecho respiradero, por el que no hubiera podido pasar un niño de cuatro años.

En el suelo había tres jergones con colchones y almohadas. En medio de la pieza estaba preparada una mesa cubierta con blanco mantel, manjares apetitosos y frascos de vino.

Encima de otra mesita, arrimada a la pared, junto a las camas, una palangana de cobre reluciente llena de agua y todo lo necesario para curar a los heridos. Tres o cuatro sillas y un sillón de alto respaldo completaban el mobiliaje de aquel aposento.

Pardaillan desparramó la mirada y sonrió satisfecho. Mientras que Escargasse, Gringaille y el hostelero depositaban a los prisioneros en sus

lechos, dijo a Fausta, que ni siquiera habíase dignado pasear la vista por la estancia:

—Como veis, señor (recalcó esta palabra para despistar al hostelero, y Fausta, sensible a este rasgo de delicadeza, le dio las gracias con una inclinación de cabeza), el lugar no es muy alegre, pero sí bastante cómodo, y nos hemos ingeniado para hacerlo habitable.

—Sin que por eso deje de ser un calabozo —replicó Fausta sonriendo bravamente.

—Cierto, y os ruego que me disculpéis. Cuando yo mandé preparar esto, creía que no tendría que alojar más que a estos tres gigantes y ni por soñación podía pensar que tendría el honor de ofreceros hospitalidad. Si lo hubiera podido prever, os aseguro que habríais sido tratada como merecéis.

Se acercaron a las camas. Escargasse y Gringaille renovaron la cura a Albarán. El coloso estaba mucho mejor de lo que era de esperar. Maese Jacquemin aplicó unas compresas en la cabeza a los gigantes y se fue en seguida discretamente. Pardaillan, viendo que aquellos pobres diablos estaban tan molidos y maltrechos que no podrían hacer el menor esfuerzo en dos días por lo menos, tuvo la generosidad de mandar que les quitaran las ligaduras que, al parecer, les molestaban atrozmente.

Con una postrera mirada se cercioró de que los prisioneros no carecían de nada de lo que podían necesitar y se despidió de Fausta.

—Señora, dadme licencia para retirarme —dijo descubriéndose y saludando cortésmente.

—¿Nos vais a privar del honor de vuestra compañía? —repuso la princesa con visible asombro.

—¡Ay! Tengo mucho que hacer. Me voy, pues, señora, rogándoos una vez más que perdonéis os retenga en un lugar que no es digno de vos. Por fortuna, vuestra permanencia aquí será corta. Al anochecer abrirán esta puerta y quedaréis en completa libertad vos y los que os acompañan.

Fausta se quedó un momento estupefacta. ¿Cómo era posible que aquel hombre, que reteniéndola en su poder podía acabar con la lucha a muerte entablada entre ellos, la dejara en libertad incondicionalmente, sin pedirle nada en cambio? Porque ella no dudó jamás de la palabra del caballero, y, habiéndolo él prometido, sabía que al anochecer estaría libre. Tanto

desinterés, tamaña despreocupación, tan caballeresca generosidad, la dejaron sin voz. Pardaillan lo notó y dijo sonriendo:

—¿Os imaginabais, acaso, que iba a teneros presa de por vida? Me dais lástima, princesa. No llegaréis nunca a conocerme. El día que tenga necesidad de prenderos, lo haré aun cuando estéis rodeada de un ejército o encerrada en una fortaleza inexpugnable; y entonces no os soltaré... ¡Pero que me creáis capaz de aprovecharme de que la casualidad os haya puesto en mis manos sin haberlo yo querido! Creía yo que teníais formado de mí mejor concepto... ¿Qué he hecho yo para merecer tal ultraje? Adiós, princesa.

Dicho esto con voz vibrante, Pardaillan le volvió la espalda e hizo seña a Escargasse y Gringaille de que le siguieran.

—¡Un momento! —gritó Fausta.

El caballero dio media vuelta y la miró fijamente.

—No quiero que os vayáis en la creencia de que he querido ofenderos ni con el pensamiento —prosiguió la princesa—. Sabéis, Pardaillan, que sois el único hombre a quien estimo en este mundo. Deseo, por lo tanto, hacer algo que os llegue al corazón.

—¿Qué? —interrogó secamente Pardaillan.

—Devolveros vuestra nieta —contestó Fausta con calculada lentitud.

El caballero la miró de pies a cabeza y sonrió burlonamente.

—Os escucho, princesa.

—He dicho ya todo lo que tenía que decir —repuso ella con naturalidad.

—¡Ja, ja! —rió el caballero como respondiendo a sus propios pensamientos.

E insistió con la mayor candidez:

—Puesto que estáis decidida a devolverme mi nieta, tenéis que empezar por decirme dónde está.

—Exacto; pero ha habido una mala inteligencia entre nosotros. He dicho que os devolveré vuestra nieta, pero no que voy a hacerlo sobre la marcha.

—Lo lamento. Me habéis puesto la miel en los labios...

—Yo también lo siento mucho —interpuso Fausta—, pero de momento no puedo deciros dónde está. ¿Me entendéis, caballero? No puedo.

—Entendido, princesa. Tendré paciencia hasta que podáis decirlo. Lo único que os pido es que no me hagáis esperar demasiado. Sería para mí muy doloroso emprender el viaje eterno sin haber dado siquiera un beso a esa criaturita.

—Me hago cargo. Pero estad tranquilo, pues aunque no me es posible precisar la fecha, os aseguro que no habréis de esperar mucho. ¿Os alojáis todavía en el Grand-Passe-Partout?

—¡Quiá! En esa posada no estoy seguro ya. Pero no importa, avisadme allí, en la seguridad de que me darán en seguida vuestro encargo.

—Pues bien, dentro de unos días recibiréis noticias mías. Hasta la vista, caballero.

—Hasta la vista, princesa.

Pardaillan salió del calabozo, diciendo para su coleteo:

—Por lo visto necesita unos días para tenderme bien el lazo. Es probable que todavía no sepa lo que va a hacer. De todos modos estaré prevenido, porque de seguro me prepara alguna sorpresa de las suyas.

Escargasse y Gringaille le siguieron, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta por fuera y retirar luego la llave.

En el corredor del sótano encontraron al hostelero.

—Maese Jacquemin —le dijo Pardaillan—, procurad que no falte nada a esos señores.

—Haré todo lo posible para que queden contentos- prometió el hostelero con aire de falsa modestia.

—Unos de estos dos compañeros os traerá órdenes mías. No obedeceréis a nadie sino a ellos, pero a ciegas, sin discutir, como obedeceríais a mí mismo.

—Estad tranquilo, señor caballero.

—No es preciso que os diga que me disgustaríais grandemente aceptando la más ligera recompensa de las cuatro personas que quedan encerradas ahí. Ya sabéis que cuando se me desobedece correspondo de una manera nada agradable.

—Repito que podéis estar tranquilo, señor caballero. Con lo que me habéis dado me considero pagado regiamente.

—Sois un hombre razonable, maese Jacquemin. Arriba os daré las últimas instrucciones. Vamos.

Pardaillan dijo unas palabras a Gringaille y Escargasse, y cuando estaba ya en el primer peldaño de la escalera para subir, se volvió rápidamente y les dijo:

—Se me olvidaba deciros que si dejáis salir a uno de los prisioneros antes de la hora señalada, la muerte de mi hijo Juan, de vuestro amo, de vuestro amigo, del que os ha hecho ricos, será inevitable. Nadie podrá salvarle y seréis vosotros quienes lo habréis matado.

Les miró un instante en silencio, sonriendo amablemente, y se fue, al fin, diciendo para sí con satisfacción: —Ahora que intente Fausta deslumbrarlos ofreciéndoles montañas de oro. Diga lo que diga o haga lo que haga, puedo estar tranquilo. No la dejarán escapar.

OceanofPDF.com

EL FIN DE LOS PARDAILLAN

OceanofPDF.com

Capítulo I

La Gorelle

A la misma hora en que Fausta, disfrazada de caballero, caía prisionera de Pardaillan, es decir, a las siete de la mañana, la puertecita de escape del palacio de Sorrientes que daba al callejón sin salida abríase lo bastante para dejar paso a una mujer que salió cautelosa y delizóse, rasando las paredes, por la calle de San Nicasio, desierta a aquellas horas.

Aquella mujer era la Gorelle, criatura singular, de edad imprecisa, pues lo mismo aparentaba cuarenta que sesenta años, ni bonita ni fea, ni buena ni mala, pero dominada por una pasión: la codicia. Por un puñado de oro era capaz del mayor sacrificio, de la más conmovedora abnegación; y por un poco de oro más, no retrocedía, inconscientemente, ante el crimen más horrendo, las traiciones más abominables o las más bajas villanías.

En la calle de San Honorato tropezó con un individuo que le hizo seña de que le siguiera. La Gorelle obedeció sin decir palabra y ambos entraron en el palacio del marqués de Ancre.

Unos instantes después, Stocco introducía a la Gorelle en el gabinete donde estaban Concini y Leonor.

El mariscal miró a la recién llegada de pies a cabeza y dijo a Stocco:
—Déjanos solos.

El italiano se inclinó, consultando a su ama con la mirada. Leonor contestó a su muda pregunta mirando una cortina que había enfrente del sillón donde ella estaba sentada.

Stocco salió y fue a ocultarse detrás de aquella cortina, que levantó un poco para ver las señas que su ama pudiera hacerle.

—Según parece —dijo Concini a la vieja—, tenéis que decirme cosas muy interesantes concernientes a una joven que se llama Florencia. Podéis hablar delante de la señora maríscala de Ancre.

Y como la viera titubear, Concini le preguntó en toscano:

—¿Sois italiana?

—No, monseñor, pero he vivido mucho tiempo en Italia..., en Roma, y sobre todo en Florencia, donde estaba diecisiete años atrás.

Subrayó astutamente esta cifra. Concini se estremeció: diecisiete años atrás había nacido su hija. Miró entonces más detenidamente a aquella mujer que con tanta humildad se inclinaba ante él e hizo un vano esfuerzo de memoria para recordar si había visto su cara alguna vez.

—¿Conocéis a la joven que he nombrado? —preguntó con aparente calma.

—Sí, monseñor —contestó la Gorette—. La conozco... desde que me la entregaron... Es decir..., desde el día que nació..., porque yo la he criado —agregó subrayando unas palabras y espaciando otras.

Concini se volvió abiertamente hacia su mujer y la consultó con la mirada. Leonor alargó un brazo, tomó un martillito de ébano y tocó un timbre. Marcela, su criada y confidente, a la que hemos visto ya en el Louvre, se presentó en seguida y, a una seña de su ama, se acercó a ésta, que le dijo unas palabras al oído.

Cuando Marcela salió, fue Leonor la que continuó el interrogatorio:

—Si sois vos quien la habéis criado, esa muchacha debe de estar todavía a vuestro lado.

—No, señora —contestó la Gorette sin vacilar—. Hace ya cuatro años que me abandonó.

—¿Qué oficio tenía?

—Vendía las flores que ella misma iba a buscar al campo. Un oficio muy decente, delicado como ella, porque no exige ningún trabajo penoso.

—¿Y no os habéis ocupado más de ella? ¿No habéis averiguado qué suerte ha corrido?

—La busqué en vano durante muchos meses y cuando menos lo esperaba la encontré casualmente en París, hace unas semanas.

—¿Entonces sabéis dónde está?

—No, señora... Pero si os interesa saberlo..., si queréis..., yo averiguaré su paradero.

—No es menester —repuso Leonor.

En aquel momento reapareció Marcela, pero no sola: daba el brazo a Florencia. Conduciendo una a la otra, las dos mujeres entraron en el gabinete y dieron tres pasos.

—¡*Tallo de Lirio*! —exclamó la Gorelle estupefacta al reconocer a su antigua víctima en aquella linda joven vestida con sobria elegancia, como las hijas de familia distinguida.

—¡La Gorelle! —exclamó a su vez Florencia, y soltando el brazo de Marcela retrocedió vivamente y miró a la bruja con manifiesta repugnancia.

Leonor, que había preparado aquella entrada súbita e imprevista, se persuadió de que la Gorelle no había mentido: era evidente que las dos mujeres se conocían. Faltaba sólo saber hasta qué punto. Dirigiéndose, pues, a la joven, le preguntó con la dulzura que dijérase habíase impuesto siempre que hablaba con ella:

—Florencia, ¿conocéis a esta mujer?

—Es la que me ha criado —respondió francamente la joven.

—¡Yo no soy embustera! —exclamó orgullosamente la Gorelle.

—¿Supongo que no tendréis la intención de entregarme a ella? — dijo vivamente Florencia.

—Os maltrataba, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Pues bien, estad tranquila que no he pensado siquiera en abandonaros. Retiraos, hija mía, y no tengáis ningún temor. Ya sé lo que quería saber.

Así diciendo, Leonor dirigió a Marcela una mirada que equivalía a una orden. La confidente dio a entender a su ama con un movimiento de cabeza que había comprendido, tomó afectuosamente del brazo a Florencia y quiso llevársela consigo. La ex florista se resistió un poco, titubeó y abrió la boca para decir algo, pero la maríscala la atajó:

—Retiraos, querida —le recomendó sin enfado, sin impaciencia, pero en tono de autoridad que no admitía réplica.

Florencia obedeció y se dejó llevar dócilmente. Sin embargo, la presencia inesperada de la Gorelle en casa de Concini le intrigaba, le inquietaba más de lo que hubiera podido decir.

Marcela la condujo a su aposento, donde Florencia, resignada, creía que no la dejaría sola; pero, con gran sorpresa suya, no fue así. Bien porque hubiera interpretado mal la orden muda de Leonor, que, evidentemente, no quería que la joven oyera lo que la Gorelle iba a decir, bien porque considerara que la había alejado ya bastante, lo cierto es que Marcela la dejó sola en cuanto entró en su cuarto.

Florencia, hasta entonces, había hecho gala de una discreción que Leonor no pudo por menos de aplaudir, y por esto, sin duda, la joven podía ir y venir a su antojo por el palacio. Pero en aquella ocasión quiso hacer uso sin escrúpulos de la libertad que le concedían. Le interesaba sobremanera saber lo que iban a hablar de ella y tenía la intuición clara y neta de que sabría muchas cosas que le importaban muchísimo. Esperó, pues, un instante para que Marcela se alejara y volviendo luego sobre sus pasos se aproximó a la puerta del gabinete y escuchó.

Leonor, entre tanto, continuó el interrogatorio a que había sometido a la Gorelle.

—Decidme ahora cómo y cuándo os fue confiada esa niña.

La Gorelle nombró a Landry Coquenard y refirió sin titubear cómo le confió éste la recién nacida. Luego hizo un minucioso relato desde los primeros años de Florencia hasta que ésta la abandonó. En este segundo relato abrevió todo lo que pudo, pero no alteró la verdad en el fondo: no tenía por qué hacerlo. Mas en cuanto a entrar en ciertos detalles, era otro cantar, porque tenía interés en parecer mejor de lo que era.

Florencia se puso a escuchar detrás de la puerta cuando la bruja terminaba su relato, que no le habría dicho nada que ella no supiera.

Cuando hubo concluido, Concini le preguntó:

—¿Qué tenéis que revelarme acerca de este asunto? Y, sobre todo, ¿por qué os habéis dirigido a mí para hacer esas revelaciones?

—Porque sé que sois...

La Gorelle calló, confusa, y miró a Leonor, la cual, comprendiendo su reserva, se encogió de hombros y acabó la frase:

—Porque sabéis que es su padre. Hablad sin ambages: el señor marqués os acaba de decir que no tiene secretos para mí.

Comenzada sobre estas bases, la conversación duró largo rato con reticencias por una parte y otra. Los adversarios se tanteaban mutuamente, avanzaban, retrocedían; pero, ocioso es decirlo, la Gorette no tenía talla bastante para medirse con Leonor y Concini.

Lo que la Gorette perseguía era explotarlos por medio de amenazas de difamación: conocía al padre de Florencia y un personaje importante le había ofrecido una cantidad considerable, cincuenta mil libras, según dijo, si se avenía a declarar que la madre de la niña era una dama principalísima cuyo nombre le dirían a su debido tiempo. Naturalmente, si a Concini le convenía que callara, ella guardaría el secreto si se le recompensaba como era justo.

Para Leonor fue cosa de juego hacerle confesar que aquel «personaje» importante era la duquesa de Sorrientes.

Concini y Leonor disponían de sobrados medios para hacer callar a la Gorette sin necesidad de comprar su silencio; pero sin duda tenían ignorados designios, porque, después de haberse puesto de acuerdo con una mirada, le ofrecieron la fabulosa suma de cien mil libras. La bruja no podía dar crédito a sus propios oídos.

Mas Concini puso una condición a su generosidad. Esta condición, que la Gorette aceptó de antemano, la sabría más adelante, en el momento oportuno.

Convinieron también en que la Gorette abandonaría inmediatamente el servicio de la duquesa de Sorrientes para entrar al de Concini, con doble salario del que aquélla le daba. Las cien mil libras le serían entregadas en el momento en que se cumpliera la susodicha condición.

La Gorette, transportada de júbilo, no se dio cuenta de que se entregaba a Leonor atada de pies y manos.

—Voy a aprovecharme de la ausencia de la señora duquesa de Sorrientes para recoger unas cosillas que tengo en su palacio y antes de una hora estaré de vuelta —prometió, alborozada, la bruja.

—Id, buena mujer —autorizó Leonor con afectada indiferencia—. A vuestro regreso encontraréis arreglado el cuarto que os destino.

La Gorette se inclinó respetuosamente y salió del gabinete.

En cuanto hubo vuelto la espalda, Stocco asomó la cabeza e interrogó con la mirada a su ama, quien dijo a flor de labio, tan quedo que el bribón adivinó más que oyó sus palabras:

—Síguela sin perderla de vista.

Stocco dejó caer la cortina y salió escapado, diciendo para su capote:

—*Corpo di Cristo!* ¡Si yo no quería otra cosa! Voy no a seguirla, sino a acompañarla. Una mujer que un día de estos puede tener una dote de cien mil libras, merece que no se la pierda de vista.

OceanofPDF.com

Capítulo II

La abnegación de Leonor

Cuando se quedaron solos, Leonor se levantó, aproximóse a su marido, le envolvió en una mirada apasionada y, echándole los brazos al cuello, le besó golosamente en la boca.

—Ahora ya tengo fuerzas bastantes —dijo, soltándole tan bruscamente como le había abrazado—. Voy a ver a María.

Pocos minutos después entraba en la cámara de la reina, que despidió en seguida a sus damas.

—Leonor —le preguntó ávidamente María de Médicis—, ¿has madurado ya el plan que prometiste comunicarme?

—Sí, señora —respondió gravemente la mujer de Concini—. De eso quisiera hablaros, si me lo permitierais.

—¿No he de permitirte? Vamos, habla.

Y Leonor habló, pero poco.

—¡Cómo! —exclamó la reina maravillada—. ¿Tú serías capaz de hacer eso?

—Por Vuestra Majestad —afirmó Leonor con la misma gravedad con que hablara antes.

— ¡Eres admirable! —halagó María de Médicis, que parecía muy conmovida.

Y abrazando a la esposa de su amante, la besó en ambas mejillas.

—No olvidaré jamás esta prueba de abnegación que me das tan espontáneamente y de tan buen corazón. Desde ahora serás para mí como una hermana.

Leonor no manifestó ninguna satisfacción. Escéptica, con sonrisa desdeñosa, prosiguió:

—Estad tranquila, señora. Cuando sea llegada la hora, cuando tengáis en vuestras manos el rayo que estoy forjando para vos, sabréis quién es el

enemigo que os persigue en la sombra. Entonces no tendréis más que abrir la mano para aplastarlo. Mientras tanto, perded cuidado, que yo velo por vos. De momento, contentaos con saber que hemos descubierto su juego, que, gracias al concurso inestimable de la Gorelle, podremos desbaratar. No se puede pedir más por cien mil libras, que es todo lo que esto os costará.

María de Médicis, que no tenía nada de dadivosa, hizo una mueca, pero contestó sin vacilar:

—Millones gastaría gustosa con tal de salir de esta situación angustiosa en la que estoy expuesta a perderlo todo..., incluso la honra.

Se sentó ante el escritorio, tomó una pluma, trazó unas líneas en un papel y se lo entregó a Leonor diciendo:

—Toma, es un bono por doscientas mil libras que te pagará, en el momento que quieras, mi tesorero Barbin.

La maríscala no tomó el precioso papel. Miró fijamente a la reina con expresión de disgusto y asombro.

— ¡Doscientas mil libras! ¿Por qué doscientas mil?... ¡Ah! Ya caigo: lo que sobra es para mí, ¿verdad?

Y con la frente erguida, enarcadas las cejas y desdeñosos los labios, agregó:

— ¡Cien mil libras!... Estimáis en cien mil libras la honra de Leonor Dori, marquesa de Ancre... ¡Ni un maravedí más que la complacencia de esa bruja que se llama la Gorelle!... Es muy justo... ¡Per la Madonna, esto no es muy halagüeño para el honor de Leonor! ¡Necia de mí, que iba a daros de balde, por cariño y devoción, una cosa que vale tanto dinero! ¡Qué lección, señora! ¡Y qué ultraje tan inmerecido!

María de Médicis se hizo cargo de la falta que acababa de cometer y, tomando ambas manos de Leonor, las retuvo entre las suyas y dijo con toda la fuerza de su sinceridad:

—Cara mía, ¿cómo has podido pensar que he querido humillarte, ofenderte? ¿Sería tan loca que te ultrajara en el momento que más te necesito, en el momento que, con admirable abnegación, vas a salvarme más que la vida? Más que ingratitud, sería eso una locura y, a Dios gracias, estoy en mi cabal juicio... Puesto que tú quieres encargarte de todo sin que yo te secunde en nada —añadió dulcificando todavía más el tono—; puesto

que yo no he de saber nada ni intervenir para nada en este asunto, he pensado que no sería justo que tuvieras que anticipar cantidades de cierta importancia que acaso te pondrían en un apuro, y únicamente para evitarte este apuro te doy esas cien mil libras. Ya ves que en esto no hay nada humillante para ti. Así, pues, como este oro se ha de gastar para servirme, espero que no me harás el agravio de rehusarlo.

—No, señora, no quiero agraviaros —repuso Leonor, y tomó desdeñosamente el bono que la reina le ofreció de nuevo—. Señora —añadió suspirando—, os suplico que me perdonéis. Estoy muy nerviosa hoy..., demasiado nerviosa.

—¿Por qué? —preguntó aturdidamente María de Médicis.

—Esa muchacha es hija de Concini..., hija suya..., y yo me veo obligada a ponerle buena cara... ¡Y esto es muy duro para mí, señora, muy duro!

—Tienes razón. ¡Qué tonta soy que no he caído en ello!... Sin embargo, espero que tendrás sobrada fuerza de voluntad para sobreponerte a esa aversión legítima..., muy legítima... Si no pudieras..., si retiraras tu palabra..., me causarías un daño enorme... Sería una desgracia para todos nosotros..., porque, al fin y al cabo, si yo sucumbiera...

—Nos arrastraríais en vuestra caída, ¿no es eso? —interrumpió Leonor, por cuyos ojos pasó un fulgor de amenaza.

—¡Ay! Sí —dijo María de Médicis, que no había visto nada.

Estaba contenta. Creía que había triunfado, que la tenía a merced suya gracias a la amenaza suspendida sobre ella. ¡Imprudente! Hubiera debido saber que la Galigai no se dejaba intimidar tan fácilmente.

—Lo sé, señora —replicó con calma siniestra que dejó helada a la mal inspirada María de Médicis—. Sé que en la corte todos nos odian, empezando por el rey; sé que sois nuestro único sostén y que si nos faltara vuestro apoyo estaríamos irremisiblemente perdidos. Pero habréis supuesto, creo yo, que sabiendo nosotros todo esto desde hace tanto tiempo, habremos tomado las medidas necesarias... Si cayerais vos, señora, y caeríais si nosotros os abandonáramos, estaríais perdida sin remisión. Nosotros, por lo contrario, nos pondríamos en salvo huyendo antes que la tormenta estallara sobre nosotros. Volveríamos a Italia y, a pesar de lo que tendríamos que

dejar aquí, a Concini le sobraría dinero para comprar un pequeño principado, donde acabaríamos tranquilamente nuestra vida haciendo un papel brillante. Ya veis que la suerte que nos espera no se podría comparar con la vuestra... en el caso de que sucumbierais.

María de Médicis se estremecía de espanto. Estaba blanca como el mármol; de su garganta oprimida no salía ningún sonido. Leonor, satisfecha de haber llevado a la reina al terreno que ella quería, hizo una larga pausa, como si gozara con las ansias de muerte de su adversaria, y se dignó luego tranquilizarla.

—¿Por qué dudáis de nosotros? —dijo con emoción admirablemente fingida—. Sabéis muy bien que Concini y yo estamos todavía en Francia por afecto y devoción a vuestra persona. Si sólo escucháramos nuestro propio interés, mucho tiempo haría ya que nos habríamos ido... Pero aquí estamos y estaremos, con riesgo de nuestras vidas, amenazadas cada día más... Y paso por alto las injurias que diariamente nos escupen a la cara y las humillaciones que tenemos que sufrir... Nos quedamos, digo. ¿Por qué? Lo sabéis o por lo menos deberíais saberlo: porque somos vuestros en cuerpo y alma y preferimos desafiar la muerte a separarnos de vos.

Dicho esto, Leonor se levantó, hizo una reverencia y permaneció en actitud de respeto, rígida y comedida como exigía el protocolo.

A esta maniobra recurría siempre que quería inducir a la reina a hacer algo que no era de su agrado o conseguir un favor o una dádiva ante cuya importancia hacía vacilar su tacañería; maniobra empleada con frecuencia sin que le fallara una sola vez.

Leonor conocía muy bien a María de Médicis e imponía tan hábilmente su voluntad, que su avidez triunfaba siempre sobre la avaricia de aquélla.

Viendo la actitud repentina y ceremoniosa de respeto de la mariscala, la reina creyó necesario conservar a toda costa la amistad y apoyo de aquella intrigante.

—¿Y si le hiciera un regalo? —pensó—. Se lo debo, lo tiene muy merecido. Además, la he ofendido sin querer. ¿Qué regalo podría hacerle para recompensar debidamente su abnegación y desenojarla?

No se le ocurrió ofrecerle dinero, porque el «error» de las cien mil libras le demostró que era contraproducente. De pronto tuvo una idea. Se acercó a

una mesa sobre la cual había un estuche grande que ostentaba el escudo real y contenía un magnífico aderezo de rubíes, joya sin par seguramente. Leonor, que observaba todos los movimientos de la reina, tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su alegría.

—¿Y si le diera este aderezo? —decía para sí María de Médicis—. Yo sé que hace mucho tiempo que lo codicia..., ¡pero el aderezo vale cien mil escudos!

Mas el interés y el temor sobrepusieron a todo otro sentimiento y dos minutos después el aderezo pasaba de manos de la reina a las de la mariscala. Y aun estos dos minutos los empleó la regente en precauciones oratorias, que terminaron así:

—Te ruego que lo aceptes; de lo contrario me ofenderías y demostrarías que eres demasiado orgullosa y que no me quieres... Vamos, mi buena Leonor, te lo suplico..., tómallo y así me darás una prueba de cariño..., me proporcionarás un verdadero placer.

Leonor, magnánima, consintió al fin.

—Bueno —dijo con voz entrecortada—, lo acepto, y en prueba de cariño llevaré este aderezo que nunca he deseado.

María de Médicis le dio las gracias y la besó con efusión.

La mariscala se fue llevándose el estuche que contenía el aderezo de rubíes que la reina valoraba en cien mil escudos, o sea en más de trescientas mil libras.

—Es una lástima —pensaba María de Médicis siguiéndola con la mirada— que esa pobre Leonor tenga tan mal carácter... Pero en el fondo es buena y me quiere sinceramente. Esto merece un poco de indulgencia.

OceanofPDF.com

Capítulo III

Leonor en acción

Mientras María de Médicis pensaba que el cariño que le profesaba Leonor merecía que se fuera indulgente con ella, encaminábase la maríscala a su palacio, que estaba cerca, pensando a su vez en la reina y en la entrevista que habían tenido.

La mujer de Concini no había perdido la mañana, pues llevaba a su casa cuatrocientas mil libras: el aderezo de rubíes y el bono de doscientas mil libras, de las que sólo había de dar la mitad a la Gorelle. La otra mitad sería para ella y no se contentaría con eso, porque el «favor» que iba a hacer a la reina valía mucho más, a su juicio.

Llegada a su palacio, pasó a su gabinete, guardó en un mueble del que sólo ella tenía la llave el bono y el estuche, que abrió un momento para admirar el precioso aderezo, sentóse en un sillón y mandó llamar a Rospignac.

A pesar de su accidente en Louvre, Rospignac, en cuanto estuvo curado de la herida que recibiera en la contienda de la calle de San Dionisio, tuvo la audacia de presentarse en la corte, acompañando a su señor. No dudaba acerca de la acogida que le harían ciertos palaciegos, enemigos más o menos declarados de Concini. En efecto, en el mismo patio del Louvre tropezó con un grupo de jóvenes señores que en cuanto le vieron se echaron a reír a carcajadas. Rospignac se acercó a ellos y dirigiéndose al que le pareció más fuerte, le dijo, sombrero en mano y saludándole cortésmente:

—Señor, ¿sería indiscreto preguntaros de quién os reís de esa manera?

—Señor —contestó altivamente el interpelado—, me río de quien me da la gana.

Sin apartarse de la más refinada cortesía, Rospignac dio tal giro a la conversación, que cinco minutos después se batía con el imprudente y le dejaba tendido, herido de muerte.

Dos amigos del desventurado quisieron vengarle y Rospignac que, como sabemos, era un esgrimidor admirable, les hizo correr igual suerte. Ante los curiosos que atrajeron estos duelos, quedaron tres cadáveres en el muelle, a pocos pasos del Louvre.

Como espadachín cínico e indecente, Rospignac limpió cuidadosamente la hoja de su espada, la enfundó, saludó con un sombrero a los nobles que se hallaban presentes y perplejos sobre si habían de intervenir o no y se fue despreocupadamente, con paso lento y firme. No entró en seguida en el Louvre: quiso dar tiempo a los testigos del triple duelo para que refirieran en la regia morada que el trágico encuentro había terminado con la muerte de tres jóvenes, heridos por la misma mano.

Dio unas vueltas por el barrio y cuando juzgó que la nueva habíase esparcido ya por toda la corte, dijo para sí:

—Volvamos al Louvre. Ahora estoy seguro que nadie se atreverá, sin pensarlo mucho, a reírse cuando me vea... Y si la lección no basta, volveremos a comenzar.

No se engañó: la terrible lección había dado sus frutos y no tuvo necesidad de volver a comenzar. Pero, aunque nadie sonreía siquiera a su paso, salvo los incondicionales de Concini, nadie alternó con él; por el contrario, huían como de un apestado. Pero este desdén manifiesto no debió impresionarle mucho, puesto que nada había hecho para acabar con él en el momento que volvemos a encontrarle inclinándose galantemente ante Leonor, que le había mandado llamar.

La mujer de Concini correspondió a su reverencia con una inclinación de cabeza y le preguntó a boca de jarro.

—Rospignac, ¿seguís enamorado de esa florista callejera a la que llaman no sé si *Lirio del Valle* o *Tallo de Lirio*?

Esta pregunta era una verdadera salida de tono que debía tumbar de espaldas al barón, que en todo podía pensar menos en que se la hicieran, y balbuceó: —Señora, no sé lo que queréis decir.

La presencia de Florencia en casa de Concini no era un secreto para nadie, porque Leonor no quiso rodearla de ningún misterio.

Sin embargo, sabiendo que la florista del barrio se hallaba en el palacio de su señor, Rospignac no intentó siquiera aproximarse a ella, lo cual le

hubiera sido muy fácil. Más aún, dos o tres veces tropezó con la joven y se limitó a saludarla con irreprochable corrección. Pero esto no quiere decir que hubiera renunciado a sus propósitos.

Tan decidido estaba a llevarlos a cabo, que en cuanto Leonor le habló de ella comprendió que pretendía llevarle a un terreno peligroso en el que arriesgaba la piel. Mas se repuso en seguida y estaba ya acorazado de indiferencia e inmutable cuando Leonor agregó: — Rospignac, podéis hablar sin temor. El señor mariscal no nos oye... y creo que no me juzgaréis capaz de repetirle lo que me digáis.

Y como, a pesar de las seguridades que le daba, el barón guardara silencio, dijo acto continuo:

—Además, aun cuando el señor mariscal nos escuchara, no se enfadaría ni os retiraría su afecto, por la sencillísima razón de que ha renunciado completamente a seducir a esa joven. Os diré los motivos que para ello ha tenido..., en el supuesto de que nos entendamos.

—Perdonad, señora... No entiendo lo que tenéis la bondad de decirme.

—Pues os lo voy a hacer entender —replicó Leonor con cierta gravedad—. Miradme bien, Rospignac, y leed en mis ojos que es una amiga sincera la que os habla. Supongo que amáis a esa florista callejera. ¿Qué diríais si yo os la entregara?

Rospignac comprendió que podía hablar ya y exclamó arrebatadamente:

—¡Oh, señora, si vos hicierais eso... seríais para mí un dios!

—Luego no me había engañado. ¡La amáis!

—Con locura.

Leonor sonrió afablemente y dijo tras de corta pausa:

—¿Qué haríais por poseerla?

—¡Todo, señora, todo! Con tal de que esa muchacha fuera mía, no retrocedería ni ante el crimen.

Leonor volvió a sonreír.

—A Dios gracias —repuso— no tendréis que recurrir a esos extremos indignos de un caballero. Me intereso por vos, Rospignac, y quiero haceros dichoso. Puesto que amáis apasionadamente a esa joven, casaos con ella. Yo me encargo de dotarla convenientemente.

Le miraba a hurtadillas, le observaba y decía para sus adentros:

—Si acepta, es que lo sabe; y si lo sabe, será preciso que el puñal de Stocco nos libre para siempre del señor barón.

Pero, engañada, sin duda, por las apariencias, de las que se fio demasiado, cometió la falta imperdonable de no apreciar en todo su valor al individuo con quien se las había. No sospechaba siquiera que Rospignac fuera capaz de batirse con sus propias armas. En efecto, al mismo tiempo que ella hacía esta reflexión inquietante para él, Rospignac pensaba:

—Si acepto, me puedo dar por muerto.

Y en voz alta, sin la menor vacilación, dijo:

—¡Casarme, yo, con una florista callejera! Perdonad, señora, pero vuestra chanza me parece tan extravagante, que me pregunto qué motivos tenéis para burlaros así de mí.

—¿Qué hay de extravagante en lo que os digo? ¿Acaso esa muchacha no es honrada?

—¡Oh! Su honradez es intachable... Me consta.

—Joven, bonita, honrada, rica... o poco menos, puesto que yo...

—Por favor, señora, no hablemos más de esto —interrumpió vivamente Rospignac—. Soy pobre, es verdad, y sueño con enriquecerme sin importarme los medios... Ya veis que soy franco, cínico, si queréis. Sueño con enriquecerme por todos los medios habidos y por haber... menos por ése. Preferiría vivir y morir como el mendigo más miserable, a ser millonario mediante un casamiento como el que me proponéis.

Dijo esto con tal vehemencia e indignación, que Leonor empezaba a no dudar ya de su sinceridad; sin embargo, quiso llevar la prueba hasta el fin.

—Rospignac, decidme de una vez qué hay de repugnante en un casamiento con una joven a la que, según decís, amáis locamente y cuya honradez es intachable como acabáis de decir.

El barón la miró un instante como para asegurarse de que hablaba en serio y la vio atenta, esperando con manifiesta curiosidad su respuesta.

—¡Vive Dios! —contestó acalorándose y con acento de infinito desdén—. Señora, ¿es necesario que os diga que un noble no puede casarse con una muchacha de tan baja condición? No he pensado sino en hacerla mi manceba, y aun así creo que la honraría demasiado... ¡Pero casarme con ella! Vamos, señora, no olvidéis que soy noble.

—Habla con toda sinceridad —pensó Leonor mirándole fijamente—. Es increíble, inconcebible, que este espadachín a sueldo, este rufián desvergonzado, este bandido con un título de nobleza, se crea deshonrado casándose con una muchacha de baja condición, como dice desdeñosamente. Bueno, no sabe nada, y esto es lo esencial.

¡Qué equivocada estaba!

Leonor levantó la cabeza y con acento amable, casi maternal, habló y, como suele decirse, fue derecha al bulto:

—Estáis engañado, Rospignac; la florista no es de baja condición, sino de noble familia, y os podéis casar con ella sin temor a que se os pueda reprochar que hayáis tomado por esposa una mujer de clase inferior.

Por muy dueño que fuera de sí mismo, Rospignac no pudo disimular un rapto de alegría.

—¡Por los cuernos de Satanás! —dijo para sus adentros—. ¡Aquí te quería! ¡No me hubiera atrevido a esperarlo! Cuidado, Rospignac, que va a pasar la fortuna. ¡Que no se te escape!

Leonor continuó con voz imperiosa y persuasiva:

—Es preciso que os caséis con ella, ¿entendéis?, es preciso. Vuestra futura aportará en dote el dominio de Lésigny, que será elevado a condado para ella. El castillo y las tierras de Lésigny nos han costado cien mil escudos. Añadid a esto los regalos de bodas, que calculo, por muy bajo, en cien mil libras y que vuestra soldada de capitán de la guardia del señor mariscal será aumentada a doce mil libras... hasta que sustituyáis a Vitry en el cargo de capitán de la guardia del rey... ¿Qué os parece?

—Me parece, señora, que procedéis con tal munificencia que me dejáis confuso.

—¿Luego aceptáis?

—¡No he de aceptar! —exclamó Rospignac alborozado—. ¿Pero y monseñor?

—Estad tranquilo, Rospignac. No tenéis nada que temer de monseñor.

Y como el barón, desempeñando su papel con perfección rayana en arte supremo, sacudiera la cabeza con aire de incredulidad, Leonor, engañada una vez más por aquel cómico consumado y convencida de que el barón no sabía nada, repitió con vehemencia:

—¡Os digo que no tenéis nada que temer!

Le hizo seña de que se le acercara y agregó en voz baja, con aire de misterio:

—Rospignac, mi Concino es el padre de esa joven.

—¿Qué decís, señora? —balbució el barón, juntando las manos con ademán de estupor.

—La verdad, la pura verdad —dijo Leonor, y bajando la cabeza, como avergonzada, y en voz más baja y misteriosa, añadió—: Y yo..., yo soy su madre.

—¡Vos, señora! —exclamó Rospignac con estupefacción no fingida.

Y añadió, admirado, para su coleteo:

—¡Qué ocurrencia! ¡Por las tripas del diablo! ¡Esta mujer se pasa de lista!

—Comprendo, adivino lo que pensáis de mí —prosiguió Leonor con triste, doloroso acento—. Os decís a vos mismo lo que dirían todos los que me conocen... Florencia tiene diecisiete años... y yo era soltera cuando nació. ¡Ay! Es cierto... Yo, Leonor Dori, a pesar de que reconocen hasta los que más me odian que mi conducta ha sido siempre y es intachable, cometí esa falta... Pero —agregó irguiéndose— me queda por lo menos el consuelo de haberla reparado casándome con mi Concino... Me preguntaréis, quizá, por qué no reconocí y legitimé entonces a Florencia. ¡Ay de mí! Esta es una historia dolorosísima...

Con semblante y acento adecuados a las circunstancias, Leonor hizo un minucioso relato de su supuesta falta y de los acontecimientos que la pusieron en la imposibilidad de reconocer a una hija robada, sin duda, muerta quizá. Aquel relato improvisado sobre la marcha honraba a su imaginación.

Rospignac la escuchó con muda atención. No creyó ni media palabra de lo que la maríscala le dijo, pero comprendió que aquello era lo que tendría que repetir en caso de necesidad y sostener hasta la muerte.

Cuando ella hubo terminado, Rospignac encontró instintivamente las palabras que debía proferir.

—¿Qué hay que hacer? —exclamó fieramente llevándose la diestra a la empuñadura de la espada—. Espero vuestras órdenes.

—Cuando se conozca esta historia..., y forzoso será que se conozca..., las malas lenguas se cebarán en mí..., mi nombre rodará por el cieno...

—Comprendido —interrumpió Rospignac—. Diré unas palabritas a los murmuradores.

—¡Qué impetuosidad! —repuso Leonor entre burlona y desdeñosa—. Pero yo no soy tan quisquillosa.

—No os entiendo, señora.

—Sin embargo es muy sencillo: dejo a vuestra elección el desdeñar la injuria o vengarla. No es eso lo que me preocupa. Lo que sentiría yo muchísimo es que hubiera alguien que, con la mejor intención del mundo, pudiera insinuar que Florencia no es..., no puede ser hija de la maríscala de Ancre.

Rospignac comprendió esta vez y se estremeció.

—Ni media palabra más, señora —dijo—. Los que tal especie insinuaran, tendrían que habérselas conmigo. Respecto a la boda, se celebrará tan pronto como queráis. Mientras tanto, ¿me será permitido ofrecer mis homenajes a mi futura esposa?

—No —repuso sencillamente Leonor—. No os oculto, Rospignac, que temo encontrar seria resistencia en vuestra futura esposa, porque no es a vos a quien ama, mi querido barón.

—Lo sé —gruñó éste haciendo una mueca de rabia provocada por los celos—, y conozco a su elegido.

Y agregó en tono de amenaza:

—Tened paciencia, que a su debido tiempo ajustaremos esas cuentas.

—Creo que es mejor que no os dejéis ver hasta el momento de la ceremonia —continuó Leonor, como si no le hubiese oído—. Evitad, por lo tanto, tropezaros con ella y, sobre todo, guardaos de hablarle. Esto será lo más prudente. Es indispensable —agregó en tono imperioso— que la boda se celebre, y hay que tener cuidado de no desbaratar mis planes.

—Seréis obedecida, señora —prometió dócilmente el barón.

—Retiraos, Rospignac, y fiad en mí.

Saludó el capitán con una profunda reverencia y salió del saloncito. Una vez fuera, dio rienda suelta a su alegría, porque, insaciable, como todos los ambiciosos, no se contentaba ya con una fortuna que jamás hubiera podido

soñar, y sin poseerla aún, pensaba en centuplicarla por medios inconfesables, dignos de un bribón de su jaez, gracias a los secretos que había sorprendido escuchando detrás de las puertas.

Y se creía seguro de conseguirlo.

No habría acariciado estos sueños si hubiese visto la mirada que Leonor clavó en su espalda mientras se retiraba y la sonrisa inquietante que acompañó a aquella mirada.

OceanofPDF.com

Capítulo IV

Los planes de Leonor

Cuando la Gorelle se fue, Florencia volvió, de puntillas, a su habitación. Tuvo la suerte de que nadie la viera, por lo que podía estar segura de que su indiscreción no sería conocida y, por lo tanto, no tendría consecuencias desagradables para ella.

De la conversación que había escuchado, sólo dos cosas supo que tuvieran verdadera importancia: el nombre del enemigo encarnizado que perseguía a su madre en la sombra y que el peligro era inminente y amenazaba caer de un momento a otro como un rayo sobre la persona amenazada.

Trastornada por la inminencia del peligro, llegó a la conclusión, que no carecía de cierta lógica, de que sólo su desaparición podría asegurar para siempre la tranquilidad de su madre.

Pero se engañaba. El peligro provenía de su nacimiento, y este nacimiento era lo que se había de ocultar. Poco importaba que estuviese viva o muerta si este secreto se podía descubrir. Leonor había previsto esto y quería parar el golpe. Pero la maríscala razonaba fríamente y Florencia, cuya mente no estaba muy serena, caía en un error.

Y lo peor era que este error podía tener para ella consecuencias terribles.

Cuando Leonor entró en su aposento, luego de haber despedido a Rospignac, no pudo llegar en momento más oportuno para poner en ejecución sus planes tortuosos.

Entró Leonor y en el semblante apacible e impenetrable de la joven, que manteníase siempre ante ella en la más prudente reserva, no pudo leer cuán oportunamente llegaba.

—Hija mía —dijo, yendo derecha al grano—, tengo que daros una mala noticia. Vuestra madre está amenazada todavía... y ahora el peligro es

inminente, tanto que en el momento menos pensado puede aniquilarla implacablemente.

Estas palabras produjeron una impresión tremenda a la joven, que palideció de angustia, como si hubiera sentido en la nuca el soplo de la desgracia; y no acertando a proferir palabra, envolvió a Leonor en una mirada de muda interrogación, preñada de infinita dulzura.

—Sí —continuó Leonor—, esta vez tengo el fundadísimo temor de que vuestra pobre madre se vea irremisiblemente perdida.

Luego de abrir fría, brutalmente, esta herida, puso el bálsamo que había de cerrarla:

—Pero hay un medio..., uno solo, de salvarla... Un medio infalible, sí, infalible, que está en vuestras manos... No sé si tendréis fuerzas suficientes para emplearlo... El sacrificio será penoso..., doloroso para vos...

Pero la idea de sacrificio debía de haber enraizado ya en el corazón de Florencia, pues repuso resuelta y desesperada:

—No importa que yo sufra, con tal que mi madre se salve. Decid sin temor lo que debo hacer.

Leonor no pudo por menos de admirarla.

—El peligro que amenaza a vuestra madre —dijo sin rodeos— proviene de la irregularidad de vuestro nacimiento. Si esta irregularidad desaparece, el peligro desaparecerá también. ¿Cómo se lograría esto? Sencillamente con que una mujer se aviniera a declarar que sois hija suya... y que vos la reconozcáis por madre.

Un suspiro de alegría y esperanza levantó el pecho de Florencia, que se puso vivamente en pie.

—¿No es nada más que eso? —preguntó anhelante y pálida.

—Y es mucho —repuso Leonor con calculada lentitud—, porque así perderéis toda esperanza de que vuestra madre os pueda reconocer algún día.

—No lo he esperado nunca.

—Estaréis sometida a vuestros padres adoptivos, a quienes tendréis que respetar y obedecer como si fueran vuestros padres verdaderos.

—Seré hija sumisa y respetuosa con ellos. ¿Podríais dudarle, señora? Por favor, no temáis nada y decidme quién es esa mujer que consentirá en

pasar por madre mía.

—Yo —contestó Leonor con majestuosa sencillez.

—¡Vos, señora!

—Sí, yo, y sólo mentiré a medias diciendo que sois hija mía, puesto que lo sois de Concini, de mi marido.

En pocos minutos estuvo todo arreglado conforme a los planes que había fraguado Leonor. Florencia suscribió sin vacilar todo lo que aquélla quiso. La maríscala sabía muy bien que podía tener absoluta confianza en su palabra.

Leonor, satisfecha y contenta de la docilidad de la joven, volvió al gabinete donde había recibido a Rospignac y sumióse en profunda meditación.

—Todo va como una seda —pensaba—. Esta muchacha no emprenderá nunca nada contra María... Respecto a su casamiento con Rospignac..., cuando haya sido reconocida debidamente como hija legítima de Concini, marqués de Ancre, y de Leonor Dori, esposa del marqués; cuando sea oficialmente la señorita Florencia Concini, condesa de Lésigny, es decir dentro de pocos días, será llegado el momento de que el padre imponga su voluntad... Y si, como lo espero, ella se resistiera, la encerraríamos en esa tumba anticipada que se llama claustro... Así, sin necesidad de recurrir a medios violentos, nos desembarazaremos de ella para siempre, lo cual será mucho mejor que una muerte que podría parecer sospechosa... Rospignac se dará a todos los diablos, pero yo no tendré la culpa de que la muchacha se obstine en no casarse con él...

Y si aceptara —y esto, que me asombraría muchísimo, no tiene nada de imposible—, estaría en poder de Rospignac, que será dichoso al fin... Y Rospignac está en mis manos... he aquí, pues, un asunto que, de una manera u otra, está arreglado definitivamente.

Lo que Leonor quería realmente era tener un pretexto plausible para desembarazarse por siempre de la hija de María de Médicis, bien encerrándola en un convento, tumba anticipada, según había dicho, bien entregándola atada de pies y manos a Rospignac.

El espíritu infatigable de Leonor trabajaba ya en otra cosa. Después de haber meditado largo rato, murmuró:

—La Gorelle estaría bien; pero la Gorelle y Landry Coquenard al mismo tiempo sería mejor.

Meditó unos instantes más y, decidiéndose, al fin, tocó un timbre y mandó llamar a Stocco.

Cuando el italiano, que había seguido la pista a la Gorelle, volvió a presentarse ante su ama, inclinándose con exagerado respeto, ésta le dijo a quemarropa:

—Stocco, es preciso que de aquí a cuatro o cinco días me traigas a Landry Coquenard, el antiguo criado de monseñor.

—*Disgrazia!* —exclamó sobresaltado volviendo los ojos—. ¿Cómo queréis que en cuatro o cinco días...?

—Es indispensable —interrumpió secamente Leonor—. Si lo consigues, te daré doce mil libras; y si fracasas, con mis propias manos te pasaré el nudo corredizo al cuello. ¿Me has entendido?

Dijo esto en tono tan amenazador, que Stocco no se atrevió a rechistar.

OceanofPDF.com

Capítulo V

Pardaillan sigue trabajando para los demás

Cuando dio sus últimas Instrucciones a Jacquemin —el hostelero de la calle de San Dionisio, en cuya casa había dejado a Fausta bajo la custodia de Escargasse y Gringaille—, Pardaillan montó a caballo y emprendió el camino de regreso a la capital.

Era poco más de las nueve de la mañana cuando entró por la puerta de San Dionisio y tranquilamente echó pie a tierra ante la gradería del Grand-Passe- Partout.

Nicolasa acudió solícita, como siempre. El caballero, luego de haberse desayunado, en pocas palabras, pero claras y precisas, le dio instrucciones. La hostelera le escuchó con la atención de la mujer que ama y sabe que la salvación del hombre amado depende, quizá, de la manera como se cumplen sus órdenes, y grabó en su memoria hasta los menores detalles.

Cuando estuvo solo, Pardaillan, que estaba de excelente humor, murmuró:

—Ya tengo pensado lo que he de decir al rey: "Señor, el conde de Valvert os traerá cuatro millones que hemos quitado a vuestro enemigo, el español. Y es muy natural que le deis una pequeña parte, doscientas mil libras, para que pueda casarse con la mujer a quien ama y que, como él, es más pobre que las ratas". "Pero —me responderá el rey— él no querrá aceptarlas". "De acuerdo -replicaré—; mas ¿para qué estoy yo aquí?".

Se quedó un momento pensativo y dijo luego:

—¡Pardiez! Esta es la solución más sencilla y justa. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Las doscientas mil libras debe darlas Concini... En primer lugar, porque no le han de causar ninguna extorsión; y en segundo lugar, porque, ¡voto a sanes!, al fin y al cabo se trata de su hija y ha de dotarla... Esto es más claro que el agua... Nada; está dicho... Ahora puedo ir a ver al reyecito.

Pardaillan, alegre y con los ojos brillantes, como cuando preparaba alguna jugada de las suyas, procedió al aseo de su persona, se vistió rápidamente y encaminóse al Louvre.

Conforme a las órdenes que habíanse dado a su respecto, inmediatamente fue introducido en la antesala regia y, favor que despertó la envidia de ellos, Luis XIII despidió en seguida a sus íntimos para quedarse a solas con el caballero.

Pardaillan estuvo hablando con el rey más de un cuarto de hora y debió conseguir lo que quería, porque parecía muy satisfecho cuando, desdeñando la necia costumbre de la corte de esperar a que el monarca le despidiera, se puso en pie diciendo:

—Ahora, señor, permitid que me retire, porque tengo que hacer todavía algo para el mejor servicio de Vuestra Majestad.

Luis XIII se levantó también y —favor más precioso aún, porque era más raro— le autorizó amablemente:

—Retiraos, caballero, puesto que mi servicio lo exige, y estad seguro de que, suceda lo que suceda, cumpliré la doble promesa que os he hecho de asistir personalmente a la boda del conde de Valvert y de exigir al mariscal de Ancre que dote con doscientas mil libras a la novia. ¿Pero creéis que lo hará el marqués? —añadió burlonamente.

—No lo dudéis, señor.

—¿Y si se negara?

—Entonces Vuestra Majestad no tendría que hacer más que repetirle las palabras que os he dicho y le tendréis en seguida más suave que un guante.

—¡Pardiez! —exclamó el monarca riendo—. Sólo por ver la impresión que le causarían esas palabras quisiera que se negara.

—No tendréis esa satisfacción, señor; respondo de que aceptará sin replicar.

Dicho esto con acento de inquebrantable confianza, Pardaillan estrechó la mano al rey, hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta.

Luis XIII le acompañó hasta el umbral —favor más alto y raro que los dos precedentes— y, poniéndole su mano de niño en el brazo, le detuvo, preguntándole con curiosidad pueril:

—¿Os iréis, caballero, sin decirme en qué consiste la agradable sorpresa que va a darme el señor de Valvert?

Pardaillan se echó a reír.

—Señor, si os lo dijera, no sería ya una sorpresa.

—Justo —reconoció el rey medio risueño, medio despechado.

—Además —prosiguió el caballero poniéndose muy serio—, el conde de Valvert, que ha arriesgado su vida y quizá la está arriesgando en este momento únicamente para daros esa rica sorpresa, no me perdonaría que le hubiese privado del placer de ser él quién os dijera lo que ha hecho en vuestro servicio.

—Tenéis razón, caballero —dijo el rey, muy serio también—. Pero esto es muy fastidioso... Me voy a aburrir soberanamente hasta que llegue la noche.

—Bueno, puesto que la curiosidad tanto os pica, bajad al muelle, antes del anochecer, y adelantaréis unos minutos..., en el supuesto de que no seáis también testigo de un suceso interesante.

—¡Vaya si iré! Hasta la vista, caballero, y que Dios os guarde.

—Amén —dijo Pardaillan con su seriedad imperturbable.

Salió de la cámara regia, vagó por los salones del palacio, visitó a Vitry, dio más vueltas aún y, finalmente, salió del Louvre y pasó a los jardines de las Tullerías.

Estos jardines no eran tan extensos como llegaron a serlo en el reinado de Luis XIV. Al Oeste había un baluarte y, entre éste y la pared de cerca, una calzada por la que se iba desde el muelle hasta la calle de San Honorato. Y entre el baluarte y el Sena había una puerta que, reconstruida y agrandada, había de llamarse, veinte años después, de la Conferencia.

Pardaillan se dirigió a aquella puerta, salió y con mirada escrutadora oteó la orilla y el camino que se alargaba hasta perderse de vista. No descubriendo nada, dobló su capa, subió al parapeto, se sentó tranquilamente y, con las piernas colgando sobre el foso, lleno de agua verdosa, esperó con paciencia registrando con la mirada la orilla, el largo camino y otro, a la derecha, que terminaba en la calle de San Honorato, junto al convento de los Capuchinos.

Capítulo VI

Lo que no previó Pardaillan, que creía que había pensado en todo

—¡Por las tripas del diablo!

—¡Por los cuernos de Satanás!

Escargasse y Gringaille, en cuanto les dejó el caballero, traducían así, sin elegancia pero con furiosa energía, la emoción violenta que sus últimas palabras les había causado.

—¿Has oído, Gringaille, lo que ha dicho el señor caballero?

—¡Caramba! ¿Te crees que soy sordo?

Y para demostrar que no lo era, repitió:

—Nuestro Juan estará irremisiblemente perdido si dejamos escapar esa maldecida princesa disfrazada de hombre.

—¡Por mil legiones de demonios! Hay que estar alerta, Gringaille, y si esa maldecida princesa, como dices, y sus acólitos intentan enredarnos...

—Darán con la horma de su zapato. No tengas miedo, Escargasse.

—Vamos allá, Gringaille.

—Vamos, Escargasse.

Entraron en la habitación del sótano y cerraron cuidadosamente la puerta.

Gringaille, para mayor seguridad, se metió la llave en el bolsillo y, como si esto no bastase, sentáronse entre la mesa y la puerta, para dar a entender que rehuían toda conversación, y con rudo ademán empuñaron sus aceros.

La emoción les había dado mucha sed. Llenaron dos cubiletes de estaño hasta los bordes, los vaciaron de un trago, los volvieron a llenar y apurar de un tirón, tomaron a llenarlos y los dejaron sobre la mesa, delante de ellos.

Fausta, que estaba junto a Albarán, silenciosa e inmóvil, los observaba. Mientras Pardaillan estuvo presente, no puso atención en ellos.

—Pardaillan les ha prevenido en contra mía —pensaba reparando en los aires de fieras que adoptaban —y me manifiestan, a su manera, que están sobre aviso.

Los dos compadres se dieron cuenta al fin del examen de que eran objeto y recobraron al punto su expresión y maneras ordinarias.

Fausta se levantó y, sonriendo, ligera, desenvuelta, con sus manecitas blancas y delicadas, tomó un rústico escabel, lo colocó rudamente al otro lado de la mesa, enfrente de ellos, sentóse a horcajadas, llenó de vino un cubilete y sin dejar de sonreír maliciosamente:

—¡Yo también tengo sed! —dijo.

—¡Caramba!

—¡Caracoles!

Y se tocaron con los codos para recomendarse mutuamente que tuvieran cuidado.

Pero Pardaillan les había mandado que tuviesen los mayores miramientos con los prisioneros, sobre todo con aquél, y que 110 les negaran nada, salvo el abrirles la puerta antes de la hora señalada.

—¡A vuestra salud, muchachos! —dijo Fausta acercando su cubilete para chocar con los suyos.

—A vuestra salud, señor —respondieron ellos muy pulidamente, y apuraron sus vasos de un trago.

Fausta apuró también el suyo, sin pestañear siquiera, hasta la última gota.

Charlaron.

Mejor dicho, Fausta, representando su papel de joven señor mal educado y sin escrúpulos, habló hasta por los codos y les interrogó hábilmente.

Pero los dos compadres representaron el suyo con no menos naturalidad y desenfado y se prestaron de buen grado a sufrir el interrogatorio a que quiso someterlos.

En realidad estaban más alerta que nunca, y así tenía que ser, porque sabían muy bien que aquel desenvuelto caballero era una mujer, una gran dama, una princesa, en fin. Y aunque hubieran sido tontos de remate, y de ello no tenían ni pelo, habrían comprendido que Fausta estaba

representando una comedia, porque sus modales no eran propios de una señora.

Fausta, que no los conocía, no supo más que lo que ellos le quisieron decir.

Tenía demasiada confianza en su seguro golpe de vista, y como, por otra parte, sólo podía juzgar por las apariencias, y éstas eran falsas, cayó inevitablemente en un error del que hubo de arrepentirse.

—Estos pobres diablos han pasado toda su vida sirviendo a los demás —pensó—. Ofreciéndoles cien mil libras, tengo muchas probabilidades de conseguir que abran la puerta. Les haré beber y, cuando el vino se les haya subido a la cabeza, haré la prueba.

Escanciábales vaso tras vaso y ellos bebían como esponjas, riendo interiormente, pues creían que la princesa quería embriagarlos y sabían muy bien la enorme cantidad de vino que habrían de tragar para ponerse siquiera a medios pelos. Y como ella bebía también casi tanto como ellos, suponían que no tardaría en rodar debajo de la mesa.

Fausta creyó, al fin, llegado el momento, e inclinándose hacia ellos les dijo con acento insinuante:

—Escuchadme. Sois unos pobres diablos y yo puedo haceros ricos de un golpe. ¿Qué diríais si yo...?

No pudo acabar, porque la interrumpieron con sonoras carcajadas.

—Gringaille —dijo Escargasse desternillándose de risa y descargando sobre la mesa puñetazos que hubieran derribado a un toro —, este joven caballero dice que somos unos pobres diablos. ¿Eh? ¿Qué te parece?

—¡Pobre hombre, qué equivocado está!... Por San Eustaquio, mi venerado patrón, os juro, señor, que estáis muy equivocado.

Y los dos a un tiempo, envolviéndola en una mirada desdeñosa, exclamaron:

—¡Pobres diablos nosotros!

—Poseemos cien mil libras cada uno.

—Y buenas tierras.

—Que nos producen, un año por otro, unas seis mil.

Fausta no sonreía ya. Evidentemente estaba de desgracia. Sin embargo, muy dueña de sí misma, no se arredró y tomó al punto su partido con la

rapidez de decisión que constituía su fuerza. La sonrisa de niño reapareció en sus labios.

—¿Sois ricos? —dijo—. Me alegro. Pero ¿qué son cien mil libras comparadas con un millón? Porque es un millón lo que yo os ofrezco.

Los dos compadres rebrincaron estupefactos.

—¡Un millón! —exclamaron—, ¡Por los cuernos del diablo!

Fausta se inclinó todavía más hacia ellos y repitió acariciadora, hechizante:

—Sí, un millón... Abrid esa puerta y os entregaré un millón de libras.

Pálidos, fruncidos los labios y nublada la vista, Gringaille y Escargasse se encogieron de hombros abrumados por el peso de aquella palabra deslumbrante, mágica: "millón".

Cambiaron una mirada, una sola mirada furtiva, y esto bastó para que se entendieran y pusieran de acuerdo.

Fausta, anhelante, bajo su máscara risueña, les vio, de improviso, levantarse con igual movimiento mecánico y correr hacia la puerta.

—¡Ya son míos! —dijo jubilosa para sus adentros—. ¡Van a abrir!

Instantáneamente se puso en pie, agitada por un estremecimiento de alegría delirante, dio un salto de felino, flexible y ligero, para pasar por la puerta que Gringaille acababa de abrir. Pero, en el umbral, tropezó con la espada de Escargasse, que había desenvainado mientras Gringaille abría. La punta de aquella espada, que desgarró el terciopelo de su jubón y rozó la seda de su piel perfumada, contuvo el impulso de la princesa: unas pulgadas más y Fausta habríase ensartado por sí misma en el afilado acero.

—¡Atrás, vive Dios! —gritó Escargasse con acento de formidable rudeza.

Fausta levantó al techo sus puños cerrados con ademán de anatema, masculló una maldición, giró sus talones y volvió a sentarse junto a Albarán.

Mientras tanto, Gringaille, en el corredor del sótano, armaba un ruido infernal, gritando a voz en cuello:

—¡Maese Jacquemin!... ¡Jacquemin! ¡Hostelero del demonio! ¡Jacquemin! ¡Maldita sea tu estampa!

Tanto y tan bien gritó, que el hostelero bajó precipitadamente y preguntó, alarmado, qué pasaba.

—Venid, Jacquemin —mandó Gringaille entrando en la cueva y deteniéndose delante de la puerta, por lo que obligó al hostelero, que le había seguido dócilmente, a quedarse fuera, en el corredor—. Maese Jacquemin —prosiguió en tono imperioso—, tomad esta llave y encerradnos a todos. No bajaréis a abrir hasta esta noche, a la hora señalada por el señor caballero de Pardaillan. ¿Me habéis entendido? ¡Ea, largo de aquí y tened mucho cuidado de cerrar bien por fuera!

Jacquemin, asombrado, tomó maquinalmente la llave.

—Señor —dijo—, me han mandado que os obedezca ciegamente, sin discutir; de consiguiente, voy a encerraros y no bajaré a abrir hasta la hora convenida. Pero permitidme deciros que, hasta que esa hora llegue, lo vais a pasar muy mal, porque temo —agregó señalando las botellas— que se os seque la lengua.

Gringaille, conmovido por esta delicada atención, no se hizo rogar.

—Maese Jacquemin —repuso—, sois un hombre excelente y os quedo muy reconocido. Bajadnos en seguida víveres y vino en cantidad suficiente para tres comidas. Lo que mejor os parezca, que no somos exigentes. Id, maese Jacquemin, y daos prisa.

Y como si no tuviera confianza en su compañero, Gringaille salió detrás del hostelero, le quitó la llave, cerró la puerta y se recostó contra ella.

—Aquí tenéis lo necesario para no morir de sed —dijo Jacquemin, depositando a los pies de Gringaille dos cestos que contenían veinticuatro botellas.

Subió luego por los víveres y pocos minutos después volvía a bajar con otros dos cestos muy grandes. Gringaille entreabrió la puerta e introdujo los cuatro cestos, que el hostelero le fue pasando.

Jacquemin cerró entonces la puerta, con doble vuelta de llave.

En el entretanto, Fausta, que permanecía sentada junto a Albarán, sumida en profunda meditación, notó que el herido se movía, gemía sordamente y se esforzaba por atraer su atención sin llamar la de sus carceleros, que estaban muy atareados poniendo encima de la mesa el contenido de los cestos.

—¿Sufres, mi querido Albarán? —preguntó la princesa mirándole.

El herido no tuvo fuerzas para contestar en seguida. Mas era evidente que quería decirle algo y la miraba con insistencia extraña, con mirada febril en la que parecía que había concentrado toda su vida.

Fausta, con infinitas precauciones para no tocarlo, porque le veía agotado, se inclinó sobre él, acercó un oído a sus labios y el coloso bisbisó una palabra, una sola, pero tan mágica que el sombrío rostro de la princesa se iluminó de repente y siniestro fulgor pasó por sus negras pupilas.

Levantó ella un poco la cabeza, le hizo una pregunta muda, con los ojos en los ojos del herido, y éste respondió con una mirada sobre sí mismo. Fausta le registró el bolsillo con extraordinaria rapidez y, cuando sacó la mano, tenía en ella un objeto que debía ser minúsculo, porque desaparecía por completo en su mano cerrada tan pequeña.

Luego volvió a inclinarse y le susurró unas palabras al oído. Albarán le dio a entender con un guiño que había comprendido y la obedecería.

Fausta se levantó entonces y se aproximó a los dos hombres que, atareados, no habían puesto ninguna atención en aquel incidente que, por otra parte, había durado escasamente un minuto. Y aunque hubiesen reparado en él, no les habría chocado: el herido se quejaba y era muy natural que la princesa se inclinara sobre él para calmarle y consolarle con dulces palabras.

Gringaille y Escargasse la vieron, de pronto, a su lado examinando los vinos.

—Qué —dijo burlonamente Escargasse—, ¿os habéis reconciliado ya con vuestras tripas?

—Si volvéis para ofrecemos otro millón, ahorraos esa molestia, porque no tenemos ya la llave —le recomendó Gringaille.

—No hay cuidado de que podamos caer en la tentación.

Fausta les miró con expresión de contrariedad, y, como si no les hubiese oído, protestó con acritud:

—¡Estaba seguro! ¡Ese bruto hostelero no ha bajado ni un mal frasco de vino de Anjou, que es el que yo bebo!

—Vos tenéis la culpa —replicó Gringaille—. ¿Por qué no lo pedisteis?

—El hostelero no ha tenido tiempo de subir... Me parece que oigo sus pasos. Llamadle y decidle que venga de vez en cuando a preguntar si necesitamos algo.

Y como ellos hicieran un gesto, sin darles tiempo a formular su negativa les dijo bonachonamente:

—¿Creéis, acaso, que, desarmado como estoy, sería tan loco que pensara siquiera en arrollar a dos hombres de vuestro empuje y con esos espadones al cinto? No hay que exagerar, y puesto que hemos de estar diez horas juntos en este horrible calabozo, pasémoslas lo más agradablemente posible. Vamos, llamad al hostelero.

—Como quiera que no tenemos ya la llave —insinuó Escargasse—, no corremos el riesgo de dejamos engañar por este señor.

—Y como estamos armados y ellos no —apoyó Gringaille—, no hay cuidado de que puedan arrollarnos, como ha dicho el señor.

—Puesto que nos alojamos en la misma posada...

—El señor tiene razón —interrumpió Gringaille—, Pasemos las horas lo más agradablemente posible.

Fausta escuchó esta discusión con aparente indiferencia, pero en realidad anhelante, y cuando vio que descargaban puñetazos sobre la puerta y llamaban a Jacquemin a voz en cuello, fulguraron de nuevo sus ojazos negros y una sonrisa erró por sus labios.

La princesa no se había engañado: el hostelero estaba todavía en el sótano y respondió a la primera llamada.

—Maese Jacquemin —dijo Gringaille a través de la puerta—, hemos reflexionado...

—¿Queréis que os devuelva la llave? —interrumpió el hostelero.

—¡No, por los cuernos del diablo! Es que no queremos pasar el resto del día sin volver a veros, porque si necesitáramos algo, ¿comprendéis?

—Perfectamente —dijo Jacquemin—. He estado dando vueltas por el sótano para daros tiempo a reflexionar.

—¡Vive Dios! ¡Este hostelero vale más oro que pesa!

—Bajaré cada hora a preguntaros si necesitáis algo. ¿Os parece bien?

—Requetebien.

—¡Mi vino de Anjou! —interpuso vivamente Fausta levantando la voz para que la oyera Jacquemin—. Decidle que traiga seis botellas.

—¿Lo habéis oído, maese?

—Voy a buscarlas.

Dos minutos después la llave rechinaba en la cerradura y la puerta se entreabrió. Para infundirles confianza, Fausta se retiró al fondo del calabozo y, en vista de ello, Gringaille dejó entrar a Jacquemin, que colocó las botellas encima de la mesa. Escargasse entre tanto no apartaba los ojos de la princesa.

En el momento que el hostelero se retiraba, le dijo Fausta en tono autoritario:

—No os olvidéis de venir a recibir mis órdenes de hora en hora.

Maese Jacquemin se hizo cargo de que se hallaba en presencia de un gran señor acostumbrado a mandar y ser obedecido. Por otra parte, Pardaillan le había recomendado que tuviera los mayores miramientos con aquel personaje y le diera todo lo que pidiese, excepto, naturalmente, devolverle la libertad antes de las ocho de la noche. Se inclinó, pues, con respeto y dijo:

—No me olvidaré, señor.

Salió, dicho esto, y cerró cuidadosamente la puerta.

Fausta se acercó entonces a la mesa y contempló con visible satisfacción las botellas de vino de Anjou.

— ¡Este sí que es vino de cristianos! —exclamó.

Se pusieron a charlar y beber. Escargasse y Gringaille no tenían ya la menor inquietud. Fausta parecía que habíase resignado con su suerte y ponía al mal tiempo buena cara. Los dos compadres se decían a sí mismos que era lo mejor que podía hacer, ya que no podría contar con ellos para abrir la puerta. Y aun en el remoto supuesto que se embriagaran hasta el extremo de rodar por debajo de la mesa, podían estar muy tranquilos.

Después de haberse mostrado tan recelosos, se confiaron demasiado. A instancias de Fausta sacaron los naipes y la princesa se puso a jugar con ellos.

Huelga decir que ella perdía siempre. Gringaille y Escargasse no hacían trampas y reían a carcajadas a cada carta que le fallaban. Viendo el

montoncito de oro que iban formando, decíanse con indecible contento que el resto del día pasaría más pronto y más agradablemente de lo que habían pensado y provechosamente también, ya que, además de comer, a dos carrillos y beber hasta la saciedad, se embolsarían un buen puñado de pistolas.

Transcurrió así una media hora. De improviso, Albarán empezó a revolcarse en la cama y a lanzar lastimeros gemidos. De momento, los jugadores no le hicieron caso; pero el conde gritaba tanto, que al fin tuvieron que interesarse por él. Fausta, representando su papel a maravilla, no quería de ninguna manera que abandonaran el juego, y les costó Dios y ayuda convencerla de que era necesario socorrer al herido. La princesa consintió, al fin, pero de mal talante, en que se interrumpiera por un momento la partida, y Gringaille y Escargasse se levantaron riéndose del malhumor del supuesto caballero.

Examinaron al herido y echaron de ver que el apósito se había removido, por lo que tuvieron que proceder a una nueva cura.

—Tened un poco de paciencia, señor —dijo Gringaille—. Dentro de cinco minutos estaremos listos.

Fausta se levantó, como para dominar su impaciencia, y llenó los tres vasos. Sus carceleros estaban inclinados sobre Albarán, vueltos de espaldas hacia ella. Con movimientos rápidos, pero metódicamente calculados y ejecutados, la princesa, levantó una mano, en la que tenía el pequeño objeto que había sacado del bolsillo a Albarán —un frasco diminuto lleno de un líquido blanco como el agua — y vertió, por partes iguales, su contenido en dos vasos.

Pausadamente, con calma siniestra, se guardó el frasco y aproximóse a sus carceleros, haciendo una seña imperceptible a Albarán.

Terminada la cura, reanudaron el juego.

En cuanto estuvieron sentados, Fausta tomó su vaso y lo chocó con los de sus compañeros de partida, brindando por su salud. Ellos no tuvieron otro remedio que corresponder al brindis y apurar sus cubiletes. Al cabo de diez minutos, Fausta, que los observaba a hurtadillas, tuvo la satisfacción de ver que la droga que les había suministrado empezaba a surtir sus efectos: estaban sofocados, vacilaban sobre sus escabeles, ebrios perdidos;

balanceaban la cabeza, bostezaban ruidosamente y hacían sobrehumanos esfuerzos para mantener abiertos los ojos, que se obstinaban en cerrarse, como si sus párpados fueran de plomo.

El efecto se produjo con rapidez fulminante, primero en Escargasse, que cayó desplomado sobre las losas, donde se quedó inmóvil.

No estaba muerto, porque se le oía roncar.

Viendo caer pesadamente a su compañero, Gringaille adivinó lo sucedido e hizo un esfuerzo para levantarse y proferir unas palabras; pero no logró una cosa ni otra y a su vez cayó inerte.

Fausta se levantó e hizo una seña a los dos acólitos de Albarán, que hasta entonces habían permanecido tendidos en sus jergones durmiendo o fingiendo que dormían. Los colosos se arrojaron en seguida sobre Escargasse y Gringaille y comenzaron a desarmarlos, mientras Fausta interrogaba con su calma inmutable:

—¿Cuánto tiempo estarán dormidos así?

—Hasta las cuatro de la tarde, por lo menos —contestó Albarán.

—Son las nueve —calculó Fausta—. Creo que antes de las cuatro habré terminado lo que tengo que hacer; pero no importa, hay que prever hasta lo imposible. Tú les vigilarás hasta las ocho de la noche.

Los dos espadachines le presentaron respetuosamente los espadones de Gringaille y Escargasse y los sólidos puñales que les encontraron escondidos debajo del jubón. La princesa escogió la espada que le pareció mejor y se la ciñó en seguida. Les preguntó luego si se sentían con bastantes fuerzas para secundarla y, habiéndole contestado ellos afirmativamente, les miró de pies a cabeza.

—Tomad esta espada —dijo a uno de ellos—. Me acompañaréis a París.

Y al otro:

—Tomad este puñal. Velaréis por vuestro jefe hasta que llegue la litera que enviaré para trasladarlo a mi palacio.

Los reunió junto al lecho de Albarán, les dio órdenes claras y precisas que, según su costumbre, les hizo repetir para cerciorarse de que la habían entendido bien, miró de nuevo su reloj y dijo:

—¡Atención! El hostelero ha de bajar de un momento a otro.

Pasaron unos minutos y Jacquemin no se presentó. Fausta se tranquilizó a sí misma diciendo que, en su impaciencia, no había calculado bien la hora. Pero como pasara el tiempo sin que el hostelero diera señales de vida, comenzaron los tres a llamar a gritos, a la vez que golpeaban la puerta con las empuñaduras de sus espadas y puñales.

Maese Jacquemin no parecía.

—¡Ese maldito hostelero se ha olvidado de la hora! —gruñó Fausta—. Esperemos.

Mas pasó una hora más y otra, y Jacquemin como si se hubiera muerto. Los espadachines, sin embargo, no habían cesado de llamar un momento, armando un estrépito infernal.

Transcurrieron varias horas más sin que se modificara aquella angustiosa situación. Gringaille y Escargasse, según los cálculos de Albarán, habían de volver en sí de un momento a otro. Los ataron entonces de pies y manos y los amordazaron convenientemente.

Los amigos de Pardaillan se despertaron, en efecto; pero, aturdidos aún, tardaron en darse cuenta de su verdadera situación. Hicieron esfuerzos sobrehumanos para librarse de sus ligaduras, pero viendo que no lo conseguirían, se resignaron fácilmente en vista de que la "maldecida princesa", que tan mala jugada les había hecho, no había conseguido abrir la puerta. Y ya que no podían vengarse de otra manera, se dieron el gustazo de envolverla en una mirada burlona, en la que se leía la alegría frenética que su derrota les causaba.

Ocioso es decir que Fausta estaba hecha una furia.

Finalmente, hacia las seis de la tarde, cuando había perdido ya toda esperanza, oyó un ligero ruido, lejano aún.

Instantáneamente corrió hacia la puerta y empezó a golpearla con fuerza.

—¡Voy! ¡Voy! —contestó Jacquemin desde lejos todavía.

Fausta esperó y, cuando le oyó junto a la puerta, gritó enojada, pero no en tono de amenaza, que hubiera podido atemorizar a aquel hombre a quien hubiese querido matar con sus propias manos:

—¡Bribón! ¿Así es como haces lo que se te manda?

—Perdonad, señor —se excusó el hostelero—. Tuve que salir para un asunto importante, en el que creía que sólo invertiría una hora o dos todo lo más y me han entretenido demasiado.

—Bueno, hombre, bueno. Tráeme más vino de Anjou, porque lo hemos apurado todo y me abrasa la sed.

—Vuelvo en seguida, señor, vuelvo en seguida.

Pasaron dos o tres minutos, que a Fausta, en el paroxismo de su furor, le parecieron siglos. Por último, oyó los pasos de Jacquemin y el rechinar de la cerradura en la puerta...

El hostelero, que no podía ni sospechar siquiera lo que había ocurrido, iba a entrar, confiado y cargado de botellas, cuando recibió un empujón tremendo y cayó de espaldas, en el corredor, con gran estrépito de vidrio que se hacía añicos. Y antes que pudiera levantarse, un individuo, armado de puñal, se arrojó sobre él, le asió por el cuello, le arrastró al interior de la cueva, cerró seguidamente la puerta, se guardó la llave en el bolsillo y se aprovechó del atontamiento del cuitado para atarle como si fuera un fardo.

Fausta echó a andar sin preocuparse por lo que pasaba en el sótano, seguida de un espadachín que le iba pisando los talones. Subió corriendo la escalera, cruzó la sala del establecimiento y pasó a la cuadra, donde encontró su caballo. No se entretuvo en ensillarlo: le puso solamente el bocado, montó rápidamente a pelo y lo lazó al galope diciendo:

—Aunque tenga que reventar diez caballos, es preciso que llegue antes que el conde de Valvert... ¡Y llegaré, cueste lo que cueste!

Capítulo VII

Los millones llegados de España

Mientras se desarrollaban las escenas que hemos referido someramente, Odet de Valvert y Landry Coquenard, no habiendo encontrado ningún otro obstáculo en su camino, corrieron un buen trecho a rienda suelta. Después moderaron el paso de sus caballos y los pusieron al trote corto.

Hablaban de aquel «energúmeno» a quien habían dejado batiéndose con el caballero, quien, de seguro, habría dado ya cuenta de él. Trataban, naturalmente, de poner un nombre a aquella fisonomía que les era desconocida, pero no acertaban con él.

—¡Quién sabe si será la princesa Fausta! —aventuró, al fin, Valvert.

Landry Coquenard se echó a reír.

—¿Le habrá salido de pronto barba a la señora Fausta?

—¡Imbécil! —replicó Odet—. ¿No podía ser postiza esa barba?

—¡Caramba! ¡Pues es verdad! —exclamó Landry, perplejo—. Pero ¿creéis, señor, que una mujer puede manejar la espada tan bien como ese energúmeno?

—El señor de Pardaillan me ha dicho muchas veces que la señora Fausta es una verdadera maestra de esgrima, y el caballero no suele prodigar elogios.

—Tenéis razón, señor; de una mujer como ésa se puede esperar todo.

Distraídos en esta conversación proseguían su camino por la orilla del río.

—Señor —dijo, de pronto, Coquenard—, hemos llegado a la altura de Rueil, adonde debo ir para hacer lo que me habéis mandado. ¿Dónde nos encontraremos?

—Tú, que conoces bien estos campos, eres el que debes decirlo.

—Pues bien, vamos, si gustáis, a tomar el camino de San Germán, que está ahí, a la derecha, a unas cien toesas de distancia.

Llegados a dicho camino, Landry dio a su amo indicaciones precisas acerca del lugar donde habían de reunirse y picó espuelas en dirección a Rueil, que distaba unas trescientas toesas. Valvert, al paso de su cabalgadura, siguió por el camino de San Germán, lo más cerca posible de la orilla.

Un poco más adelante, el camino se ensanchaba hasta el borde del río. Odet se apeó allí, bajó al ribazo, ató a un álamo su caballo, que se puso a pacer la hierba alta y fresca, y se sentó al pie de un haya secular.

Valvert, pensando, sin duda, en su amada Florencia, esperó dos largas horas, al cabo de las cuales reapareció Landry Coquenard.

—¿Supongo que no te habrás olvidado de traer algún pisolabis? — le gritó Valvert en cuanto le vio.

—¿Cómo había de olvidarme, señor, si me muero de hambre y sed?

—¿Y el carromato?

—Pronto llegará. No he querido esperarlo.

—Has hecho bien, porque yo también rabio de sed y me caigo de inanición.

Landry Coquenard se apeó a su vez, descargó los dos cestos que llevaba, ató su caballo a un árbol, como había hecho su amo, y dispuso, sobre la hierba, el contenido de los cestos.

Comieron ambos como dos buenos camaradas y con igual apetito.

A mitad de aquella comida campestre estaban cuando llegó un pesado carromato, del que tiraban dos percherones, guiado por un aldeano. Valvert mandó al conductor que pusiera el vehículo a la sombra, lo más cerca posible del río, y les esperase allí.

Cuando volvieron a montar a caballo eran, aproximadamente, las dos de la tarde. A esa misma hora Pardaillan se dirigía al Louvre.

Anduvieron al paso como un cuarto de legua.

—¡Ahí vienen! —dijo, de súbito, Valvert, designando un grupo de jinetes que, lejos aún, avanzaban en dirección contraria a la suya.

—Mirad el barco —añadió Landry Coquenard, señalando una embarcación de buen porte que subía lentamente el río y parecía remolcada por aquellos jinetes.

—¡Cuidado, Landry! —le recomendó Odet—. Hay que estar alerta y procurar no venderse.

Dicho esto, puso su caballo al trote. Landry, que hasta entonces había cabalgado a su lado, le dejó tomar prudente delantera, como correspondía a un criado.

Al frente de aquella pequeña tropa y separado de ella venía el que, sin duda, la mandaba, y delataba, con su aire altivo, su condición de noble.

Cuando Valvert estuvo a unos diez pasos de aquel hidalgo, paró su cabalgadura y el jefe de la tropa, viendo que era a él a quien esperaba, paró la suya también. Odet se quitó el sombrero, y el español le imitó. Luego se inclinó sobre el cuello de su caballo y saludó muy cortésmente; el español le correspondió con igual cortesanía.

—Señor —dijo entonces Valvert—, soy el jefe que esperáis y debéis entregarme el mando. Aquí tenéis mi carta credencial. Leedla.

Así diciendo, le presentó el pergamino que había quitado a Albarán. El español lo leyó atentamente y más atentamente aún comprobó el sello y la firma.

Terminado este examen, devolvió el escrito y se inclinó respetuosamente.

—Señor —dijo—, mis hombres y yo estamos a vuestras órdenes.

Le pareció a Valvert que su interlocutor había hablado con cierta reticencia. El español tenía una vaga sospecha que le hubiera sido difícil precisar, pero que le turbaba bastante: desconfianza instintiva, que hablaba muy alto de su sagacidad. Odet no quiso zaherirle y repuso con mucha cortesía:

—Señor, vuestro servidor soy yo. En cuanto a órdenes, no hay más que las de Su Alteza, resumidas en este escrito. Desde este momento, toda la responsabilidad que pesaba sobre vos recaerá en mí. Podéis considerar vuestra misión felizmente terminada y Su Alteza no dejará de demostraros su satisfacción con regia munificencia por la habilidad con que habéis traído hasta aquí el precioso depósito que os fue confiado.

El español desamigó el ceño y sonrió. Viéndole Valvert sensible al halago, continuó:

—¿Queréis dispensarme el honor de acompañarme hasta la puerta de San Honorato? Allí os podréis separar de mí y llevar vuestros hombres a... donde sabéis.

El español, cuyos recelos habíanse desvanecido por completo, se inclinó en señal de asentimiento. Se pusieron todos en marcha, llevando Valvert a su izquierda al que podía considerar como su lugarteniente. Detrás de ellos, atiesado, impasible, iba Landry Coquenard, dispuesto a todo. En pos del criado de Odet seguía la tropa halando la embarcación cargada de barriles, que se deslizaba lentamente sobre las tranquilas aguas del río, gobernada por dos hercúleos marineros.

Llegaron al paraje donde Valvert había dejado el carromato. Landry, el aldeano, los dos marineros y los jinetes españoles pusieron manos a la obra y en menos de media hora los toneles fueron trasladados al vehículo.

Los marineros volvieron a la embarcación y se alejaron a fuerza de remo. Valvert y el español se pusieron a la cabeza del convoy. El carromato, guiado por el aldeano, les siguió, vigilado aquél por Landry, que iba junto a la limonera. Los jinetes españoles cerraban la marcha.

Pasaron el Sena por Neuilly, donde había, un puente de reciente y mala construcción, que se hundió veinte años después, a una legua escasa de la puerta de San Honorato, en cuyo recorrido no habían de invertir menos de una hora.

En aquel momento, Fausta, recobrada su libertad, volaba, más que corría, por el camino de San Dionisio, decidida a reventar diez caballos, si fuera preciso, para llegar a París antes que el conde de Valvert, como había dicho a sí misma.

Odet, empero, ignoraba que Fausta estaba en poder del caballero y, como había convenido con éste que llegaría al anochecer, se detuvo un buen rato en Neuilly, porque llevaba media hora, por lo menos, de adelanto.

Este alto en la penosa marcha fue acogido por todos sus hombres con manifiestas y ruidosas muestras de satisfacción.

Allí tomaron un refrigerio y, continuando luego su camino, llegaron a la aldea de Reuil, donde, a campo traviesa, volvieron a la orilla del río y, al fin, dieron vista a la puerta que había en el baluarte de las Tullerías, en el que dejamos a Pardaillan en acecho, sentado en el parapeto.

No había anochecido aún, pero caía la tarde y las sombras empezaban a envolver las cosas. No obstante, la mirada penetrante del caballero descubrió, a lo lejos, la tropa que avanzaba.

Valvert, el carromato y su escolta pasaron la puerta y se detuvieron. Allí tenían los españoles que retirarse, conforme a lo que Odet había dispuesto.

Antes de separarse, el hidalgo y el conde cambiaron los saludos y palabras corteses de rigor.

—Siguiendo a lo largo de la pared de cerca del jardín —dijo Valvert—, doblaréis luego a la derecha y llegaréis a la puerta de San Honorato. Todavía hay bastante luz y tropezaréis, de seguro, con algún transeúnte complaciente que os enseñará el camino y, probablemente, os acompañará.

Pardaillan, que le oyó, salió del rincón donde se había escondido, y, pegado a la pared, se deslizó rápidamente hasta la calle de San Honorato, donde, bajándose el embozo, se puso a pasear como un desocupado que toma el fresco antes de encerrarse en su casa.

Sucedió lo que había previsto, a saber: que el hidalgo español se dirigió a él preguntándole por la calle del Cordero. Pardaillan le contestó con mucha naturalidad que iba a la calle de la Tisseranderie, a la que daba la del Cordero, y que no tenía que hacer más que seguirle.

Así lo hicieron los españoles.

En la esquina de dicha calle, un individuo esperaba a éstos, quienes dieron a Pardaillan las gracias por su condescendencia. Mas como aquellos a quienes había guiado hasta allí se quedaran parados en la esquina, comprendió que aún no habían llegado a su destino y esperaban a que se alejara él para proseguir su camino. Pardaillan se alejó, en efecto, con aire de indiferencia, pero a los pocos pasos se detuvo y volvió la cabeza.

Guiados por el individuo que les esperaba, los jinetes entraron en la calle del Cordero. Pardaillan volvió sobre sus pasos y los siguió desde lejos.

Casi frente a la calle del Pet-au-Diable estaba el callejón sin salida llamado de Barentin, en el cual entraron y, naturalmente, Pardaillan detrás de ellos. No se adentró, empero, mucho el caballero, porque sabía que sólo había unas sórdidas viviendas. Mas en el fondo levantábase un edificio que, comparado con los otros del callejón, se hubiera tomado por un pequeño

palacio. La puerta cochera estaba abierta de par en par y vio a los españoles pasar bajo la oscura bóveda, uno detrás de otro.

Esperó hasta que cerraron la puerta y se fue luego refunfuñando.

—¡Maldita sea mi sombra! —mascullaba marchando a grandes trancos—. ¡Me he divertido! Volvamos a nuestra madriguera, donde sin duda me espera Valvert, que ha debido terminar felizmente su asunto.

Pardaillan no abrigaba ningún temor por Valvert. No se le ocurrió siquiera que en los últimos momentos podía tropezar con serios obstáculos que desbarataran lo que daba ya por felizmente terminado.

Odet permaneció un buen rato en el mismo sitio donde había despedido a los españoles, para darles tiempo a que se alejaran, y dijo luego a Landry:

—¡En marcha, y cuidadito con naufragar en el puerto!

Valvert se puso al frente y avanzó al paso, atento el oído y registrando con ávida mirada el muelle desierto sobre el que la noche empezaba a extender su manto. Llevaba la diestra en la empuñadura de la espada, pronto a desenvainar.

Detrás de él iba el carromato, escoltado por Landry Coquenard. El aldeano guiaba los caballos sentado en un varal y con el látigo al cuello.

Llegaron sin tropiezo a la Puerta Nueva. Un par de minutos más y su misión habría terminado.

Mas, de pronto, Valvert vio venir hacia él una banda de tropa que corría desolada. Eran veinte, por lo menos, y sus intenciones no dejaban lugar a dudas, puesto que todos llevaban la espada en la mano. Era Fausta, con sus hombres de armas, que había llegado a tiempo, conforme se prometió a sí misma, a pesar de que había tenido que pasar por su palacio para tomar refuerzos.

Si hubiese tomado el camino que bordeaba el río, aunque hubiera ido a pie habría alcanzado al convoy antes que Valvert hubiese despedido a los españoles, y el joven se hubiera encontrado entre dos fuegos; pero Fausta esperaba una embarcación y se dirigió al muelle. No pensó en que la carga podía ser trasladada a un vehículo y transportada por vía terrestre. Tan absorta estaba mirando el río para descubrir el barco esperado, que estuvo de poco que Valvert llegara al Louvre sin que ella le viera.

En cuanto vio aquella tropa armada, a cuya cabeza iba el «energúmeno» con el que tuvo que habérselas aquella misma mañana, Valvert desenvainó y dijo en tono de mando:

—¡Atención, Landry! ¡Tenemos que pasar por encima de esa gente!

Y volviéndose hacia el aldeano:

—Si no descargas una lluvia de latigazos y pasas volando, no respondo de tus caballos.

—Pasaremos, señor —respondió tranquilamente Landry Coquenard.

La enorme masa moviente avanzó en carrera desenfrenada.

—¡Alto!

—¡No se pasa! —gritaron varias voces a un tiempo—. ¡Pasaré atropellándoos! —contestó Valvert.

Oponerse al paso de aquella mole formidable hubiera sido una locura, y Fausta no lo intentó. Dio unas órdenes y su tropa se abrió en doble hilera, dejando paso libre al carromato, que fue a detenerse ante una puerta de escape del Louvre, junto a la cual había un grupo resguardado en la obscuridad.

Aquel grupo componíanlo el rey, Luynes a su derecha, Vitry a su izquierda, y detrás de ellos cuatro guardias hercúleos. Impulsado por la curiosidad y alentado por la vaga promesa del espectáculo interesante que le hiciera Pardaillan, el rey bajó al muelle y no se arrepintió de haberse tomado aquella molestia.

Valvert se paró junto a aquel grupo, al que no viera porque tenía puesta toda su atención en la tropa por entre la que acababa de pasar y veía correr desenfrenadamente hacia él.

—¡Atención, Landry! —gritó con imperturbable calma—. Ahora va a comenzar la verdadera batalla, que será ruda.

—¡Ay! —suspiró Landry—. ¿Qué decís, señor? He pensado que, estando a las puertas del rey, a quien viene destinado este cargamento, lo más sencillo es que llamemos y pidamos auxilio antes que se nos echen encima.

—¡Canalla! —rugió Valvert, hecho una furia—. ¿Quieres deshonorar a tu amo?

—¿Yo? —exclamó Coquenard estupefacto—. ¡Que me parta un rayo si os entiendo!

—¿Que no me entiendes, miserable? Si yo dijera al rey: «Señor, os traigo un regalo, pero es preciso que me ayudéis a salvarlo», me deshonraría para siempre jamás. ¡Vive Dios! Las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas.

—¡Voto a sanes! ¡Ese es un valiente! —murmuró Vitry.

—Es el conde de Valvert —dijo el rey en el mismo tono que hubiera podido decir: «Es Rolando o Amadís».

—¿No creéis, señor, que es hora ya de que intervengamos?

—No, no —repuso vivamente el monarca—. Quiero ver si es capaz de hacer frente a esos veinte bandidos.

—Pasad al otro lado de los caballos, y atención a la maniobra —mandó Valvert al aldeano—. ¿Me habéis entendido? Cuidado con los caballos, porque van a hacer todo lo posible para quitároslos y, naturalmente, el carromato con ellos. ¡Defended lo que es vuestro, por los cuernos del diablo!

El aldeano saltó al suelo y, empuñando un biello, amenazó:

—¡Al que se me ponga por delante, lo ensarto!

Odet de Valvert y Landry Coquenard apenas tuvieron tiempo de colocarse a ambos lados del caballo de tiro delantero que querían defender, porque contra él iban a ser dirigidos los esfuerzos de los asaltantes. Fausta dividió sus fuerzas en dos grupos, que atacaron separadamente al conde y su criado.

La maniobra de la princesa se produjo tal como Valvert habíala previsto, y respondió al punto con la suya, que imitó Landry: encabitaron sus caballos, que empezaron a repartir coces tremendas. Esto duró unos segundos, pero fue lo bastante para que los dos grupos agresores, reducidos a la mitad, tuvieran que retroceder entre ayes de dolor, gemidos y blasfemias.

Pero antes de retroceder, Fausta, que habíase expuesto bravamente para ejecutarlo, hirió en mitad del pecho al caballo de Valvert. El pobre animal se tambaleó y desplomóse lanzando un relincho de dolor; mas Odet, que era demasiado buen jinete para dejarse sorprender así, cayó de pie y recibió con

la punta de la espada a los que se arrojaban ya sobre él profiriendo gritos de triunfo.

Para colmo de desdichas, el aldeano, persuadido de que querían robarle los caballos, les atacó por la espalda con el bieldo. Landry Coquenard, por su parte, continuaba haciendo maniobrar a su caballo con agilidad y destreza que le revelaban como consumado jinete y lograba tener a raya a sus agresores.

El rey contemplaba con ojos relucientes aquella lucha épica. Vitry y Luynes sentíanse transportados de entusiasmo y, como el rey, poseídos de ansias locas de tomar parte en la contienda; pero vigilaban a Luis XIII, resueltos a impedirle que cometiera una imprudencia. Afortunadamente, el monarca supo contenerse y mandó al capitán de su guardia:

—Id, Vitry.

El capitán adelantó hacia los combatientes, golpeándose la pierna con el bastoncito que llevaba en la mano. Era valiente a toda prueba y, además, creía que había de habérselas con vulgares malhechores que echarían a correr en cuanto les intimidase que se entregaran. El rey, Luynes y los cuatro guardias cayeron en el mismo error y permanecieron inmóviles sin requerir sus armas.

— ¡En nombre del rey —gritó Vitry en tono imperioso—, abajo las armas!

La orden no produjo el efecto deseado. Fausta continuó batiéndose con desnudo y los hombres de armas siguieron el ejemplo que su ama les daba. Sin embargo, debieron oírla muy bien, porque una voz burlona respondió:

—En nombre del diablo, vete si tienes apego a la vida.

Olvidándose de toda prudencia, el monarca adelantó, gritando enfurecido:

—¿Quién es el atrevido que no acata las órdenes del rey?

—¡El rey! —exclamó Fausta.

Esta vez había oído bien y conocido a Luis XIII por la voz. Su primer movimiento, enteramente irreflexivo, fue el de retroceder dos pasos y bajar su acero. Sus hombres, que la imitaban en todo, retrocedieron también exclamando:

—¡El rey!

— ¡El rey! —gritó Valvert, y a su vez retrocedió.

Como los demás, el conde bajó su espada, pero no la enfundó. Sabía por experiencia de lo que era capaz aquel «energúmeno», de quien sospechaba más y más que era Fausta, y vigilaba todos sus movimientos con la mayor atención.

—Vitry —prosiguió Luis XIII fríamente—, prended a esos rebeldes y llevadlos al cuerpo de guardia. Mañana, cuando sea de día, sabremos quiénes son.

Fausta, repuesta súbitamente de la sorpresa recibida, dijo para sus adentros:

—El rey, solo o poco menos, en este muelle desierto, al alcance de mi mano... Puesto que el Cielo me lo envía, no se irá vivo de aquí.

Vitry y los guardias no habían podido hacer todavía un movimiento para cumplir la orden del monarca, cuando la princesa pasaba ya de la decisión a la ejecución.

—No somos rebeldes, señor —dijo, envainando su espada—. Acatamos respetuosos las órdenes del rey.

A la vez que hablaba en estos términos para infundir confianza, registrábase vivamente debajo del jubón.

—Entregad vuestras espadas —dijo Vitry, engañado por aquella aparente sumisión.

No había acabado de hablar cuando Fausta dio un silbido y, blandiendo el puñal que habíase sacado del pecho, se abalanzaba a herir al rey, al mismo tiempo que sus acólitos, oyendo el silbido, huían a la desbandada y perdíanse en la obscuridad sin preocuparse por su ama.

Del primer salto, Fausta se llegó al rey, levantó el puñal y lo bajó con ademán fulminante, decidida a proseguir su- desenfrenada carrera, alcanzar a sus hombres y desaparecer con ellos.

Había calculado admirablemente el golpe y lo ejecutó con destreza, seguridad y rapidez, que hubieran asegurado el éxito si hubiese contado con Valvert, que no la perdía de vista.

La princesa se sintió asida fuertemente por el brazo, levantada en vilo y sujeta lo mismo que aquella misma mañana habíalo sido por Pardaillan.

—Caballerete —dijo una voz con acento burlón—, no se mata al rey así como así.

—¡Maldición! —rugió Fausta.

—¡Conde, no le dejéis escapar! —gritó Luis XIII—. ¡Vitry, a él!

Fausta, para librarse de la tenaza que la inmovilizaba, blandió el puñal con la mano izquierda y se lo clavó en el brazo a Valvert, que era quien la había sujetado en el momento en que intentó asesinar al monarca. Odet no gritó ni exhaló un gemido, pero el dolor le hizo aflojar un poco y Fausta, escapándosele de las manos, dio un salto tremendo y se arrojó al río.

Los cuatro guardias, espada en mano, se lanzaron, demasiado tarde, en persecución de los fugitivos. En torno del rey quedaron Valvert, Vitry, Luynes, Landry Coquenard y el aldeano.

—¡Prendedle! ¡Prendedle! —gritaba Luis XIII—. Debe de haber caído en alguna de las barcas que están amarradas y quizá se habrá roto las piernas.

Landry, Vitry y Luynes echaron a correr. Landry bajó a las barcas donde el rey creía que había caído el rebelde, pero Fausta y sus hombres habían desaparecido sin dejar rastro.

Luis XIII renunció de momento a capturarlos y se ocupó en poner a buen recaudo la fortuna que habíale llovido del cielo. El traslado se efectuó en menos de media hora y, para recompensar al propietario del vehículo y a Landry Coquenard, cuya vigorosa defensa había admirado, el monarca les dirigió unas frases halagüeñas y entregó al aldeano una bolsa repleta de monedas de oro y a Landry una cadena, de oro también, que no valía menos de cuatro mil libras.

Dadas estas pruebas de liberalidad, el rey se llevó consigo a Valvert y se encerró con él en su gabinete. Aquella audiencia extraordinaria duró más de una hora. Cuando volvió a reunirse con Landry, que le esperaba en un patio, Valvert parecía radiante de júbilo. Mientras estuvieron en el Louvre, no pronunciaron palabra; pero en cuanto estuvieron lejos de oídos indiscretos, en el muelle desierto y oscuro, Coquenard hizo la pregunta que le quemaba los labios.

—Os veo muy contento, señor —dijo—. ¿Habéis encontrado en esa audiencia tan larga la fortuna que ibais buscando desde hace tiempo?

—La fortuna y la felicidad, Landry —contestó Odet riendo—. ¿Sabes lo que me ha prometido el rey? No te rompas los cascos, porque no lo adivinarías: me ha prometido pedir para mí la mano de mi adorada Florencia al marqués de Ancre que, según me ha dicho el rey, no podrá negarla y añadirá una dote de doscientas mil libras.

—¿Luego el rey sabe...? —murmuró Landry estupefacto.

—Me parece que el rey sabe mucho más de lo que me ha dicho, y esto se explica fácilmente, porque el señor de Pardaillan ha hablado con él esta mañana.

—Ahora comprendo. Es por eso por lo que el señor caballero, después de haber organizado la expedición, ha dejado a vuestro cuidado el llevarla a cabo.

—Exacto —corroboró Valvert conmovido—. Y por eso también me recomendó tanto que no pronunciara su nombre y dijera que yo lo había hecho todo. Quería dejarme todo el mérito del asunto, a fin de conseguir lo que se proponía pedir al rey, pues ha sido él quien ha pedido al rey que imponga su voluntad a Concini... Un padre no podría hacer más por su hijo.

Suspiró el joven y agregó con voz trémula:

—Ahora sería preciso comunicar a Florencia la buena nueva, y esto no será fácil.

—¡Bah! —repuso Landry que no se arredraba por nada—. Antes de una semana lo sabrá, si os tomáis la molestia de ocuparos en ello seriamente.

—Te olvidas de que el señor de Pardaillan me necesita.

—El señor de Pardaillan puede prescindir de vos durante unos días.

—Quizá, pero yo no lo consentiría —replicó Valvert con aire de contrariedad, pero con acento de firmeza que indicaba una determinación irrevocable.

Landry Coquenard, que no tenía pelo de tonto, echó de ver su pesadumbre y dijo resueltamente:

—Señor, yo haré lo que vos no podéis hacer.

—¿Tú, Landry?

—Sí, señor. Al fin y al cabo, ¿de qué se trata? De hacer llegar a manos de la niña..., quiero decir de la señorita Florencia, la carta que vos

escribiréis para ella. Por muy escondida que la tengan, eso no será imposible. A Dios gracias, soy muy capaz de desempeñar misiones más delicadas que ésta.

—No dudo de tu sagacidad y destreza, pero no sé si debo aceptar —titubeó Valvert.

—¿Por qué, señor?

—¡Caramba! Porque te jugarías la vida..., a la que tienes tanto apego.

—Señor, estoy a vuestro servicio y he de hacer lo que me mandéis —repuso sencillamente Landry.

—¡Eres todo un hombre y jamás olvidaré tu abnegación! —exclamó Valvert conmovido.

Hablando así llegaron a su refugio de la calle de los Forrajes, en el preciso momento que Pardaillan se disponía a salir a buscarlos.

Digamos de pasada que Gringaille y Escargasse habían llegado unos minutos antes y, compungidos y furiosos, refirieron al caballero la jugada que les había hecho la «maldecida princesa» en la hostería de San Dionisio.

Fausta, que habíase librado de morir ahogada y de estrellarse contra las barcas amarradas al muelle, volvió a su palacio e inmediatamente dio órdenes de que fueran a recoger los heridos que había dejado tendidos en el muelle y a quienes nadie había pensado prender.

Dada esta orden, que tenía para ella importancia capital por haberse frustrado su intento de regicidio, infatigable, como siempre, sumióse en profunda meditación que terminó pensando en alta voz:

—Puesto que he perdido ese dinero, será mejor entregarlo a la regente, que lo malgastará en fruslerías, que dejarlo en manos del rey, que lo emplearía en contra mía. Mañana mismo iré a ver a María de Médicis.

En efecto, a la mañana siguiente, a primera hora, Fausta tuvo una larga entrevista con la reina, la cual, en cuanto se fue la princesa, se presentó al monarca y le dijo sin más preámbulos:

—Luis, he sabido que ayer recibisteis nada menos que cuatro millones. Estando exhausto el tesoro y teniendo nosotros que vivir con mil apuros, comprenderéis que no debéis retener en vuestro poder esa cantidad enorme. Voy a mandar llamar a Barbin para que ingrese en las arcas del Estado esos millones que tan oportunamente han llegado.

Le asaeteaba con la mirada y, haciéndose fuerte en su derecho de regente del reino, hablaba en tono autoritario que no admitía réplica.

Desgraciadamente para ella, Valvert había puesto sobre aviso al rey, a quien no pilló desprevenido. Luis XIII había debido tomar precauciones, pues no se turbó siquiera y mintió con descaro impropio de un rey:

—¿Quién os ha venido con ese cuento, señora?— preguntó.

—Personas que están muy bien informadas. Si no, a la prueba: esos millones los ha traído el conde de Valvert y están encerrados en cuarenta barriles. ¿Queréis más pormenores? Pues os diré en qué sótanos los habéis escondido.

—¿De veras? ¿Queréis, señora, que vayamos juntos a ver esos sótanos que, por lo visto, conocéis tan bien?

Parecía tan tranquilo y dueño de sí mismo, que María de Médicis empezó a dudar. Pero Fausta habíale hablado tan seriamente, dándole detalles tan precisos, que creyó que el rey pagaría su audacia si le tomaba la palabra.

—Eso era precisamente —dijo— lo que venía a pedir.

—Pues vamos allá —repuso el monarca con ojos relucientes de malicia.

Bajaron a los sótanos que indicó la reina donde, efectivamente, encontraron cuarenta barriles alineados; pero aquellos barriles contenían pólvora y no oro.

María de Médicis volvió despechada a sus habitaciones, renegando de Fausta que habíale hecho dar tan mal paso. Ni por soñación pensó que había sido víctima de una mala pasada de Pardaillan.

El caballero, previendo lo que Fausta haría, había tomado las medidas necesarias para desbaratar sus planes.

Capítulo VIII

Malaventura de Landry Coquenard

Pardaillan habíase propuesto descubrir y destruir los depósitos clandestinos de armas que Fausta tenía en París. Y cuando el caballero se proponía algo, no cejaba hasta conseguirlo.

Sospechó que aquella casa aislada, al final del callejón sin salida llamado de Barentin, donde la víspera viera entrar a los españoles, era uno de esos depósitos. Y, a juzgar por las apariencias, los depósitos de armas debían estar montados como pequeñas fortalezas, custodiados por numerosa guarnición.

Al amanecer del día siguiente, Pardaillan fue a rondar la calle de la Tisseranderie y los alrededores del callejón Barentin. Y como él solo no podía seguir varias pistas al mismo tiempo, llevó consigo a Valvert, Escargasse y Gringaille.

Landry Coquenard se quedó solo en la casa del duque de Angulema, que seguía pareciendo inhabitada.

Dejemos por un momento a Pardaillan y sus compañeros para no separarnos del digno escudero de Valvert.

La víspera, después de las explicaciones mutuas, que Pardaillan abrevió todo lo posible porque era tarde y tenían que madrugar, Odet se retiró a su aposento e hizo seña a Landry de que le siguiera. Y allí continuaron la conversación empezada cuando salieron del Louvre.

Antes de acostarse, Valvert escribió una carta, dirigida a Florencia, y se la entregó a su criado.

Landry Coquenard no pensó siquiera en entrar en el palacio de Concini; pero contó con valerse de la Gorelle. Por un puñado de monedas de oro, la Gorelle se encargaría gustosa de hacer llegar la carta a su destino. Pero ir a buscar a la bruja al palacio de Sorrientes, era tan peligroso para Landry como entrar en el de Concini.

El buen escudero discurrió entonces que lo más acertado sería enviar a llamar a la Gorelle por conducto, de un chiquillo portador de una esquila concebida en estos o parecidos términos: «Si queréis ganar cómodamente mil libras, venid a la posada que hay en la calle de San Honorato.»

Valvert, a quien comunicó sus planes antes de salir, los aprobó sin reparo y le entregó el dinero necesario para comprar el concurso de la Gorelle.

Landry Coquenard, llevando la carta destinada a Florencia, la esquila para la Gorelle y una bolsa repleta de monedas de oro, envolvióse en su capa y salió por la puerta que daba a la calle de la Cossonnerie. Ocioso es decir que estaba alerta. Sin embargo, no puso atención en un individuo que tropezó con él en la calle del Mercado de las Hortalizas.

Hizo mal, porque aquel individuo, que le estaba acechando, era Stocco.

El italiano vivía en un estado de furor indecible: aquel día terminaba el plazo que le había concedido Leonor para que llevara a Landry a su palacio, so pena de morir ahorcado. Esta amenaza habíasela repetido cada día:

—¿No lo has conseguido? Te quedan cuatro días... Te quedan tres días... Te quedan dos días... Hoy es el último día: esta noche, si vienes solo, morirás en la horca.

Stocco, como es de suponer, no estuvo tan distraído como Landry. A la primera ojeada reconoció a aquel a quien había estado acechando cinco días, y su furor trocóse en frenética alegría. Se volvió, hizo una seña a cuatro o cinco individuos de caras patibularias que, a prudente distancia, observaban todos sus movimientos, embozóse hasta los ojos y se puso a seguir a Landry.

Al pasar por su lado, con rapidez y destreza que denotaban larga experiencia en esa maniobra, le echó la zancadilla. Landry soltó un temo, cayó de bruces en medio de la calle y antes que tuviera tiempo (Je levantarse, el italiano y sus satélites se arrojaron sobre él y en un santiamén le tuvieron atado y amordazado.

Cargaron luego con él y al cabo de un rato, que le pareció una eternidad, Landry Coquenard sintió que lo depositaban rudamente sobre un banco de madera, cortaban las ligaduras de las piernas, quitábanle la capa en la que le habían envuelto la cabeza, arrebatábanle la espada y manos brutales le

palpaban todo el cuerpo para cerciorarse de que no llevaba ninguna otra arma.

Las manos se las dejaron atadas y la mordaza puesta; y como ésta era una faja larga y ancha con la que habíanle vendado cabeza y ojos, resultaba que no podía ver ni hablar.

Pero, en cambio, oía perfectamente y percibió ruido de pasos y el crujir de una puerta que se abría sigilosamente. Casi en seguida sintió el contacto de unas manos más delicadas que le quitaban la mordaza que le cegaba y ahogaba a un tiempo y, finalmente, vio que quien le hacía tan señalado favor era una mujer, a la que reconoció a la primera mirada:

—¡La Gorette! —exclamó asombrado.

Efectivamente, era la Gorette la que habíale librado de la mordaza, sin que pareciera dispuesta a desatarle las manos. El brillo de sus ojos revelaba que se alegraba lo indecible de verle en aquella situación.

Landry Coquenard desparramó la vista en torno suyo y se encontró en una especie de antesala, amueblada con lujo inaudito. No sabía dónde estaba, pero recordó que había visto un lujo parecido en el palacio de la duquesa de Sorrientes. Además, la Gorette estaba allí como en su propia casa, y como creía que la arpía estaba aún al servicio de la duquesa, no dudó de que se hallaba en el palacio de Fausta.

— ¡La Gorette! —repitió—. ¡Qué casualidad! ¡Y yo que iba buscándote!

Estas palabras hicieron aguzar el oído a la vieja; pero, desconfiando y muy dueña de sí misma, no pestañeó siquiera.

—En efecto, es muy raro —dijo sencillamente—. Bueno, aquí me tienes. ¿Qué querías de mí?

—Ofrecerte mil libras —repuso Landry, insinuante.

—No son de despreciar —interpuso la Gorette, y la codicia puso fuego en sus ojillos.

—Pero —observó Landry sonriendo— si quieres que te dé esas mil libras, tendrás antes que desatarme las manos.

—Tienes razón. Y, además, creo que deberé sacarte de aquí.

—Corta estas cuerdas y llévame a donde pueda darte las mil libras. Luego te diré lo que tienes que hacer para ganarte otras mil.

—Entonces serán dos mil.

—Sabes contar admirablemente.

La Gorelle se quedó un momento pensativa.

—Escucha, Landry —dijo luego—. Con mucho gusto cortaré estas cuerdas y te devolveré la libertad, pero... dos mil libras es muy poco para tanto como he de hacer.

—¿Cuánto quieres? —preguntó Landry con ansiedad.

—Añade cincuenta mil más, y asunto concluido —repuso tranquilamente la bruja.

El infortunado Coquenard, que creía haberla conquistado ya, se encogió de hombros como agobiado por la enormidad de la cifra.

—¡Cincuenta y dos mil libras! —exclamó enfurecido—. ¿Te quieres burlar de mí, bruja del infierno? ¿De dónde quieres que las saque, perra rabiosa?

—Me parece que no tienes esa cantidad —repuso la Gorelle sin enfadarse—. Pues no hablemos más.

Y como Landry continuara jurando, con la misma calma imperturbable ella se explicó:

—Si te dejara escapar, perdería yo cincuenta mil libras, ¿me entiendes? No, no puedes entenderme... Yo te esperaba con impaciencia...

—¿Qué me esperabas? —interrumpió Landry escamado.

—Sí, desde hace cinco días.

—¿Hace cinco días que me esperas? —repuso Landry más escamado aún—. ¿Para qué?

—Para cobrar las cincuenta mil libras que me han prometido... Lo que oyes, amiguito; me prometieron darme cincuenta mil libras el día que estuvieras aquí... Por eso te esperaba con tanta impaciencia. ¿Me entiendes ahora?

—¿Ha sido la duquesa de Sorrientes quien te ha prometido esa fortuna?

—No. No estoy ya al servicio de la duquesa.

—¿A quién sirves entonces?

—Mi nueva ama es la señora marquesa de Ancre, en cuya casa estás.

—¡La duquesa de Ancre! —repitió Landry.

En aquel momento se oyó un timbre.

—Monseñor quiere verte —dijo la Gorelle, y añadió, dirigiéndose hacia la puerta —: Ven conmigo.

Landry Coquenard se hizo cargo de que estaba irremisiblemente perdido y tenía que obedecer. Hemos visto, en repetidas ocasiones, que, a pesar de mostrarse siempre muy prudente, era valiente de verdad. Pasado el primer instante de desfallecimiento, se repuso en seguida y su antigua amante no tuvo la satisfacción de verle temblar ante la muerte. Alta la cabeza y firme el paso, franqueó el umbral de la puerta que la Gorelle abrió.

OceanofPDF.com

Capítulo IX

Donde la mala suerte de Landry Coquenard se convierte en un buen negocio

Con igual paso firme y rostro sereno Landry atravesó la vasta sala y fue a detenerse ante la mesa cargada de legajos y papeles a la que Concini y Leonor estaban sentados. Muy caballerescamente, pero sin baladronadas, se inclinó ante ellos y se mantuvo atiesado y digno, esperando que le interrogaran.

Después de un largo y amenazador silencio durante el cual ni Leonor ni su marido lograron hacer bajar la vista a Landry, Concini dijo desabridamente:

—¿Sabes lo que te espera? Una buena cuerda que cuelga de una horca.

—Lo mismo da morir de una manera que de otra, —repuso Landry encogiéndose de hombros.

—Ya ves que no se me traiciona impunemente.

Landry Coquenard adelantó los dos pasos que le separaban de la mesa y dijo, mirándole fijamente:

—Si yo os hubiese traicionado; si yo hubiese tenido la lengua demasiado larga, no seríais ahora maríscala y marqués de Ancre, porque habríais muerto muchos años atrás.

Esta respuesta dejó a Concini pensativo. Y como mirara a Leonor, asintiendo con movimientos de cabeza, intervino ella y, más decidida y astuta que su marido, dijo con firmeza:

—Este hombre tiene razón, y se ha de tener la franqueza de reconocerlo.

Landry Coquenard se estremeció. ¿Qué significaba aquella intervención de Leonor? ¿Por qué tomaba su defensa?

—De acuerdo —repuso Concini—. Reconozco que no te has ido de la lengua, pero ya sabes a qué traición me refiero.

—Creo, monseñor, que aludís a la niña.

— Sí. Esa es la traición que vas a pagar con tu vida.

Concini lanzó esta amenaza con su voz más ruda y acento que parecía indicar que no había de tener compasión.

Landry Coquenard, desde el momento que olfateó que era objeto de una maniobra, se mostró impenetrable y ante aquella amenaza permaneció impasible, esperando con ansiedad que descubriesen sus baterías.

Concini le dejó un instante bajo la impresión de su amenaza y, viendo que callaba obstinadamente, se decidió a hablar y lo hizo sin circunloquios, con la franqueza brutal de quien está seguro de su fuerza y no vacilaba en abusar de ella.

—Serás ahorcado sin remisión si veo que no te necesito. Voy a hacerte una proposición, advirtiéndote que, si no la aceptas, serás colgado y no habrá poder humano que te libre del castigo.

—¿Y si acepto, monseñor?

—Te haré merced de la vida y te dejaré marchar libremente con la promesa formal de que no te he de molestar jamás y con un buen puñado de escudos en los bolsillos.

—¡Venga la proposición! —dijo Landry con voz alterada por la emoción que experimentaba.

—Vas a firmar un acta, redactada en buena y debida forma, y estarás siempre dispuesto, si llegara el caso, a reconocer tu firma y declarar que la niña que hace años te entregué es hija de la entonces señorita Leonor Dori Galigai, que fue luego mi esposa.

Landry se sintió aliviado del enorme peso que le oprimía. No veía ningún inconveniente en hacer lo que le pedían; por lo contrario, estaba encantado y tan lejos de esperar una proposición que juzgaba magnífica, que no pudo por menos de exclamar:

—¡Cómo, señora! ¿Os avenís a semejante sacrificio?

—Ciertamente —confirmó Leonor—. Yo misma lo he ofrecido a monseñor.

—¡Lo que hacéis es verdaderamente admirable!— profirió Landry, inclinándose respetuosamente ante ella.

Y volviéndose hacia Concini, le preguntó con calma desconcertante:

—Si acepto, monseñor, ¿quién me garantiza que no me mandaréis al otro mundo en cuanto que hayáis conseguido lo que queréis de mí?

—No has entendido a monseñor —interpuso Leonor—. Indudablemente tendrá necesidad de llamarte como testigo. ¿Qué más garantía quieres?

—En efecto, señora, supongo que monseñor no será tan tonto que suprima un testigo tan precioso como lo soy yo para él. Pero hay algo más...

—¿Aceptas, sí o no? —interrumpió vivamente Concini.

—Un momento, monseñor —dijo Landry, fijo en su idea—; puesto que estamos haciendo un trato, dejemos bien sentadas las condiciones. ¿Queréis tener la amabilidad de señalar la cantidad que pensáis darme en dinero contante y sonante?

—Este hombre tiene razón —intervino de nuevo Leonor.

Abrió un cajón y tomó un saco que puso encima de la mesa, delante de Landry, diciendo;

—Aquí hay mil pistolas.

—Es una cantidad respetable y me conformo con ella... por ahora.

—¡Bribón! —rugió Concini en tono de amenaza.

—No os enfadéis, monseñor —repuso Landry con la misma tranquilidad—. Muy pronto tendréis que darme las gracias. Pero este es un asunto del que hablaremos cuando hayamos arreglado el otro. Concretemos: haré lo que me pedís, monseñor, pero a condición de que habéis de permitirme ver a Florencia y hablar con ella.

—¿Para qué? —preguntó Concini receloso.

—Para cerciorarme de que no ha sido suplantada por otra joven y preguntarle si está conforme en que la reconozcáis por hija.

—Vas a verla en seguida —aceptó Concini sin vacilar— y sin testigos, para que no puedas creer que nuestra presencia la intimida. Tan seguro estoy de lo que hago que, mira...

Concini se levantó vivamente y por sí mismo cortó las cuerdas que ataban las manos a Landry. Hecho esto, tocó un timbre y dijo, señalando el saco lleno de monedas de oro:

—Guárdate eso. Tengo confianza en ti.

Marcela acudió a la llamada. Concini le dijo unas palabras al oído y agregó, dirigiéndose a Landry: —Esta mujer te acompañará a donde está Florencia. Síguela.

Siguiendo a Marcela, Landry Coquenard que, a pesar de la alegría frenética que le poseía, no perdía la cabeza, pensaba:

—Si cree monseñor Concini que me engaña con la confianza que me demuestra, se va a llevar chasco. Estoy seguro de que en cuanto ponga yo la planta en el aposento de la niña, habrá ojos y oídos escondidos que verán y oirán lo que yo diga y haga. Pero, vamos, a zorro, zorro y medio. He querido hablar a Florencia, no para divulgar los asuntos de mi amo a Concini, que va a escucharme, sino para entregarle la carta. ¡Y se la entregaré!

Al verle entrar en su aposento, Florencia le reconoció en seguida y, adivinando que iba de parte de Valvert, se levantó vivamente, como impulsada por un resorte. La joven iba a hablar, pero Landry le impuso silencio con un gesto rápido y elocuentísimo, al mismo tiempo que le enseñaba la carta, que se había sacado del bolsillo. Con una seña imperceptible le dio ella a entender que le había comprendido y se mantuvo en pie, inmóvil, algo pálida y sus ojos luminosos en los ojos de su visitante.

Landry se inclinó respetuosamente ante ella, enderezó el cuerpo y la contempló un instante arrobado.

—No me conocéis, señorita —profirió, sin saber apenas lo que decía y con voz temblorosa—, pero yo os conozco desde hace bastantes años..., desde que nacisteis... Soy Landry Coquenard, vuestro padrino, pues fui yo quien, hace diez y siete años, os hice bautizar poniéndoos el nombre de Florencia.

—Entonces es a vos a quien soy deudora de la vida —murmuró la joven, tan conmovida como su interlocutor.

Estas palabras imprudentes bastaron para devolver a Landry la serenidad que había perdido. Miró en tomo suyo, guiñó un ojo y dijo, levantando la voz para que le oyeran mejor:

—¿La vida? No, nada de eso. A Dios gracias, vuestra vida no ha estado nunca amenazada. Pero vuestro nacimiento debía permanecer siempre ignorado y si os hablo de esto no es para reclamar un agradecimiento al que

no tengo ningún derecho, sino para que sepáis que conozco el secreto de vuestro nacimiento y preguntaros: Monseñor Concini, vuestro padre, me pide que declare que sois hija de la señora marquesa de Ancre. ¿Debo obedecer a vuestro padre?

—Sí —respondió Florencia sin vacilar.

—¿Sabéis que la señora marquesa de Ancre no es vuestra madre?

—Lo sé. Pero es el único medio de salvar a mi verdadera madre, a la que no conozco.

—¿De manera que os sacrificáis gustosa por esa madre a quien ni siquiera conocéis? —dijo Landry embargado por la emoción.

—Admitiendo que eso sea un sacrificio, ¿no os parece muy natural? —repuso Florencia sonriendo bravamente.

—Sois una joven incomparable y seréis dichosa, como lo merecéis; yo os lo aseguro —murmuró Landry.

Volvió a inclinarse ceremoniosamente ante ella e hizo ademán de retirarse. Mas, de súbito, como si se acordara de algo que hubiese olvidado, aproximóse a ella y dijo:

—¿Me permitís que os pida una gracia?

—Todo lo que queráis —contestó la joven con vehemencia.

—La de besaros la mano, señorita.

Con ademán espontáneo Florencia le presentó, abiertas, ambas manos, pequeñas, blancas, delicadas, en las que él puso las suyas callosas y le deslizó la carta de Valvert.

Mas cuando se inclinaba para besarlas, la joven le obligó a levantar la cabeza y, con gesto adorable de gracia infantil, le presentó la frente diciendo:

—Un padrino tiene derecho a besar a su ahijada.

Landry rozó con los labios sus finos cabellos y se aprovechó para deslizarle al oído:

—No temáis nada, que velamos por vos.

Salió del aposento contento y orgulloso, diciendo para sus adentros enternecido:

—¡Niña adorable! ¡Me ha llamado padrino!

En la antesala encontró a Marcela que le esperaba y le guió de nuevo.

—¿Habría sido esta mujer, en vez de Concini, la que ha estado espiando?
—pensó el escudero sonriendo maliciosamente—. ¡Bah! ¿Qué importa?

En el gabinete encontró a Concini y Leonor sentados en el mismo lugar donde los había dejado.

—¿Y bien? —preguntó el mariscal.

—Monseñor —contestó Landry—, estoy dispuesto a obedeceros.

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó Concini—. Antes del mediodía estará todo arreglado. En cuanto hayas firmado el acta, te podrás ir libremente; pero hasta entonces estarás aquí prisionero.

—Conformes —repuso Landry—. Pero ya que estamos de acuerdo a completa satisfacción de todos en este asunto, si me lo permitís os haré una pequeña proposición que creo os agradará.

—Habla —autorizó Concini intrigado.

—Creo, monseñor, que lo que más os interesa es probar que la señorita Florencia es hija de la señora maríscala, vuestra esposa.

—Exacto —confirmó el marqués de Ancre, que era todo oídos.

—Pues bien —prosiguió Landry—, nada de lo que vais a hacer constituirá una prueba verdaderamente innegable, irrefutable, absoluta, evidente, la prueba palpable ante la cual vuestros más encarnizados enemigos tendrán que inclinarse. Porque, en resumidas cuentas, en lugar de pruebas presentaréis testigos. Esto es algo, mucho, si queréis, pero no lo bastante para poneros a cubierto de lo que queréis evitar a toda costa, o sea, una discusión pública.

—¡Eh! *Corbacco!* —exclamó Concini arrebatadamente—, ¡Muy bien dicho! Necesitaríamos la partida de bautismo de la niña, pero no hemos podido procurárnosla, porque en el libro parroquial falta precisamente la hoja en que estaba inscrita.

—Monseñor —repuso Landry triunfante—, esa hoja la arranqué yo mismo hace diecisiete años y estoy dispuesto a vendérosla.

Este ofrecimiento imprevisto sacó a Leonor de su impasibilidad. Concini se puso en pie vivamente, al mismo tiempo que su mujer.

—¿Tú tienes esa hoja? —preguntó devorándole con la mirada.

—Sí, monseñor —contestó Landry, gozando con el efecto que había causado su revelación—. Y he de advertir que la partida no dice: «hija

natural del señor Concino Concini y de madre desconocida.

—¿Qué dice entonces?

—Nada, monseñor. Conseguí que el cura, en lugar de poner madre desconocida, dejara un espacio en blanco, en el que podríais hacer escribir estas tres palabras: señorita Leonor Dori, y ya estaría el juego hecho.

Concini estaba entusiasmado. Leonor tampoco disimulaba su alegría. Estaban ya seguros de que podrían aplastar a Fausta definitivamente. Con una mirada se pusieron de acuerdo.

—Landry —ofreció Concini—, te doy cien mil libras por ese papel.

—Cabalmente la cantidad que yo iba a pedir —dijo Coquenard más entusiasmado aún que ellos.

—¿Entendidos?

—Entendidos, monseñor..., pero a toca teja: vengan las cien mil libras y os entregaré el papel.

Landry registróse en el forro del jubón y sacó un papel, plegado en cuatro dobleces, que presentó a Concini.

El mariscal tomó la hoja preciosa, la leyó y releyó detenidamente y la entregó luego a Leonor. Mientras ésta la leía a su vez, Concini abría un cofre y decía:

—A toca teja, como has dicho. Aquí están las cien mil libras.

Así diciendo fue sacando diez saquitos panzudos que producían un sonido metálico a medida que los iba poniendo encima de la mesa.

—En cada saco hay mil pistolas. Puedes contarlas, si quieres.

Antes del mediodía aquel asunto estuvo arreglado ante un notario y varios testigos, cuidadosamente elegidos, entre ellos el barón de Rospignac.

La florista callejera, a quien los parisienses conocían por los remoquetes de *Tallo de Lirio* y *Lirio del Valle*, era, desde aquel momento, hija legítima de los muy poderosos señores Concino Concini, mariscal marqués de Ancre, y Leonor Dori, marquesa de Ancre, cuyos apellidos había de llevar con el título de condesa de Lésigny.

Landry Coquenard, montado en la mula que Concini le prestó para transportar los once sacos llenos de oro, que pesaban más de sesenta libras, volvió a su refugio de la calle de los Forrajes. Dejó aparte, en un rincón,

uno de los sacos, alineó los otros diez sobre una mesita y los tapó con un mantel.

Hecho esto, preparó la mesa para los cuatro hambrientos, que volvieron al anochecer.

Pardaillan, Valvert, Gringaille y Escargasse quedaron estupefactos ante mesa tan suntuosamente servida y cargada de cosas tan succulentas y de tan venerables botellas.

—¿Lo conseguiste? —le preguntó Valvert.

—Completamente, señor —contestó Landry riendo—. ¿A que no adivináis a quién he visto?

—¡Qué sé yo!

—He visto a Concini y he estado hablando con él— repuso orgullosamente Coquenard.

—¿Dices que has visto a Concini? —profirió Valvert con inquietud.

—No diré que he entrado en su antro de buen grado..., pero lo cierto es que he entrado y he tenido una larga entrevista con él.

— ¡Eso es sorprendente! —exclamó Pardaillan.

—No, señor —rectificó Landry—; es chusco, y lo más chusco todavía es que Concini me ha concedido todo lo que le he pedido.

— ¿Todo? ¿Y qué le has pedido?

—En primer lugar, permiso para ver a la ni..., a la señorita Florencia, y hablar con ella a solas..., y así he podido entregarle vuestra carta.

—¿Qué más? Puesto que has dicho: «en primer lugar», supongo que hay algo más.

—¡Vaya si lo hay! Le pedí que dotara a la señorita Florencia.

—¿Eh? ¿Le has pedido una dote para Florencia?

—Sí, señor; y una dote decentita: cien mil libras.

—¿Y te ha dado también las cien mil libras?

—Justas y cabales. ¿No acabo de decir que me ha concedido todo lo que he querido?

Valvert miró a Pardaillan meneando la cabeza. El caballero meneó también significativamente la cabeza. Escargasse y Gringaille, más expresivos, se pusieron un dedo en la frente, como si quisieran barrenársela, para dar a entender que el pobre Landry se había vuelto loco.

Coquenard se echó a reír a carcajadas.

—¿No me creéis? —dijo desternillándose—. ¿No me creéis, señor caballero? ¿Ni vosotros? Pues bien, nuevos santos Tomases, mirad, tocad y os convenceréis.

Así diciendo, Landry levantó con rápido ademán el mantel que cubría los sacos, que aparecieron alineados de dos en dos.

Los cinco compañeros prorrumpieron en exclamaciones de entusiasmo inenarrable. No había lugar a dudas. Pardaillan fue el primero que volvió a la realidad.

—A la mesa —dijo—, y mientras damos cuenta del opíparo festín que nos ha preparado, Landry nos contará cómo ha podido substraerse a la venganza de su antiguo amo y arrancarle suma tan importante.

Sentáronse a la mesa y empezaron a comer con envidiable apetito mientras Landry comenzaba su relato. Huelga decir que fue escuchado con religioso silencio y que le prodigaron los más altos y merecidos elogios cuando hubo terminado.

—Pero —dijo Valvert— no veo ninguna razón para que esas cien mil libras constituyan la dote de Florencia. Ese dinero es tuyo.

—¡Jamás de los jamases! —protestó Landry indignado—. Arranqué a Concini esa cantidad para formar la dote de la señorita Florencia, y tuyas son las cien mil libras. ¡Tuyas, señor, y a sus manos irán, aunque no queráis!

—Florencia —insistió Valvert— no las necesita, porque muy pronto será rica, ya que el rey ha prometido dotarla... o hacer que la doten, que viene a ser lo mismo.

—El rey puede hacer lo que le venga en gana, que eso no es cuenta mía. A mí habíaseme metido en la cabeza que, de una manera u otra, reuniría una buena dote para la "niña", y lo he conseguido. ¿Creéis que ahora que he logrado lo que me propuse voy a faltar al juramento que me hice a mí mismo? Eso no estaría bien, señor. Además, poseo diez mil libras que el mismo Concini me ha dado para mí.

Valvert se quedó perplejo. Por una parte, le repugnaba privar a Landry de una fortuna que había alcanzado con riesgo de su vida; y, por otra, no podía corresponder con una negativa humillante a una devoción tan

conmovera. Consultó a Pardaillan con la mirada; pero el caballero, que tenía por norma de conducta dejar que cada cual arreglara sus asuntos sentimentales según el dictado de su corazón, se guardó de dar su parecer.

Viendo que su amo callaba, prosiguió Landry con emoción mal contenido:

—Señor, hace muchos años que acaricio la esperanza de que esa niña que me debe la vida, me deba también la fortuna y la felicidad. Ya veis que os hablo con toda franqueza y humildad. Amo en ella, sobre todo, y siento que me obliguéis a decirlo, la única buena acción que he hecho en mi larga vida de pícaro... Le salvé la vida... y tengo la certeza de que vos la haréis feliz... Es por esto por lo que estoy a vuestro servicio y creo que soy para vos un criado celoso y devoto... La fortuna se la he asegurado hoy y, dicho sea sin falsa modestia, jugándome la pelleja... ¿Vais a causarme la pena indecible de rehusarla?

—No, Landry —le tranquilizó Valvert enternecido—. Eres demasiado bueno y te quiero demasiado para causarte voluntariamente la más ligera pena.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Landry alborozado—. ¡Hacéis de mí el hombre más dichoso de la tierra!

—Vamos —concluyó Pardaillan—, los dos sois excelentes muchachos.

Y seguidamente añadió, poniéndose muy serio:

—Ahora a descansar, y no olvidemos que mañana tendremos que hacer rudos esfuerzos.

—Para acabar de una vez con un asunto que empieza a ser una pesadilla fastidiosa —repuso Valvert con visible satisfacción.

—¡Tenéis razón! —corroboró Gringaille.

—Y pasado mañana, el golpe final, la última faena —apoyó Escargasse—. Una faenita que levantará gran revuelo en París.

Los tres se echaron a reír. Pero Pardaillan cortó su hilaridad diciendo desabridamente:

—Reiremos cuando se haya hecho todo lo que hay que hacer, o sea cuando hayamos descubierto y destruido el último depósito de armas de la señora Fausta.

—¿Pero queda alguno todavía? —preguntó Landry haciendo una mueca de desagrado.

—Sí, queda uno —repuso Pardaillan—, y a fe que estará bien defendido... Tan bien defendido, que será un verdadero milagro que podamos destruirlo sin perder la vida en la empresa.

OceanofPDF.com

Capítulo X

El casamiento de Florencia

El día siguiente, muy de mañana, salieron juntos, y Landry, que no era de la partida, comprendió que volverían bastante entrada la noche. Al otro día, infatigables siempre, volvieron a salir muy contentos.

Al filo del mediodía, una explosión formidable hizo retemblar todo el barrio, desde la Bastilla hasta las Casas Consistoriales: Pardaillan había volado la casa del callejón de Barentin.

Los vecinos del barrio, que era muy populoso, salieron a la calle alocadas para enterarse de lo que sucedía. La casa estaba aislada y, al parecer, deshabitada. No hubo, pues, que lamentar desgracias personales; pero, no obstante la carencia de víctimas, el suceso pareció tan extraordinario y misterioso que produjo honda sensación.

Y cuando la calma empezaba a renacer, corrió como reguero de pólvora el rumor de que otra casa acababa de ser volada en las mismas condiciones misteriosas que nadie acertaba a explicarse. El segundo edificio estaba situado en la Cité, cerca del puerto de San Leandro, y, cosa rara, aquella vivienda, cuyos cimientos bañaban las aguas del río, estaba también aislada y parecía abandonada.

Y lo que parecía más raro, desconcertante y terriblemente inquietante era que nadie supiera nada de la existencia de aquellos polvorines clandestinos, pues no había duda de que si las dos casas volaron fue porque en ellas había considerables depósitos de pólvora.

La noticia se esparció por todas partes y llegó hasta el Louvre, a oídos del propio rey, como veremos luego.

Fausta la oyó sin manifestar la menor emoción, como cosa de poca importancia; pero, cuando estuvo sola, el terrible acceso de furor que tuvo la princesa denotó cuán sensible era a aquella nueva derrota que defraudaba todas sus esperanzas o, por lo menos, aplazaba su realización por muchos

meses. Maldecía a Pardaillan, pues veía en aquel asunto desastroso la mano del caballero.

La noticia llegó también al palacio de Concini y la supo Leonor; pero ésta estaba demasiado ocupada en asuntos más importantes para ella y no le prestó gran atención.

En aquel momento Leonor entraba en el aposento de Florencia, que era ya hija legítima suya, acompañada de Marcela y la Gorelle, que depositaron delicadamente sobre el lecho suntuoso vestido de corte y varios estuches con riquísimas alhajas.

Era la primera vez que Florencia veía a la mujer de Concini desde que, dos días antes, convirtiéndose ésta en su madre ante la ley.

Terminado el acto del reconocimiento, Leonor fue a ver a María de Médicis para notificarle que Florencia era legalmente hija suya.

—Esa muchacha —dijo la reina— es la causante de que haya pasado yo muchos días de angustia mortal que no podré olvidar jamás... Confío en que te las compondrás de manera que desaparezca para siempre de mi vida... No quiero volver a verla ni oír hablar de ella.

Dijo esto en tono que, cualquiera otra que no fuese Leonor, no se habría atrevido a replicar; pero a la mujer de Concini le estaba permitido todo.

—Sin embargo —repuso fríamente—, es preciso que os hable de ella.

—¿Estás loca?

—No, señora; a Dios gracias, estoy en mi cabal juicio. Es indispensable, señora, absolutamente indispensable, que la hija de los mariscales de Ancre os sea presentada oficialmente.

—¿Qué necesidad hay de esa presentación oficial? —objetó la reina.

—Porque —explicó Leonor— a una presentación oficial concurre mucha gente. Además de los que, por razón de su cargo, han de asistir, vienen muchos invitados, que son los verdaderos testigos de la presentación... Y entre esos invitados no debe faltar la *signora*.

Estas palabras hicieron aguzar el oído a María de Médicis.

—¿Por qué he de invitar a la princesa Fausta?— preguntó.

—Porque —respondió Leonor recalcando las palabras— es a ella a quien muy particularmente se ha de convencer de que Florencia es hija de Leonor Dori, marquesa de Ancre.

Indudablemente considerábase ya lo bastante fuerte para quitarse la máscara que había llevado hasta entonces, pues adelantándose a las preguntas que leía en los labios de la reina, añadió:

—Señora, os dije que, cuando fuera llegado el momento oportuno, os diría el nombre del enemigo que, en la sombra, maquina vuestra perdición. El momento ha llegado. Ese enemigo, que de no haberlo impedido yo os habría perdido irremisiblemente, es la princesa Fausta.

Y como María de Médicis, engatusada aún por la que, como Leonor, llamaba la signora, clamara en contra, se resistiera a creer en tanta perfidia, la mujer de Concini habló, aportó pruebas materiales y morales y la dejó convencida. Entonces estalló la cólera de la reina con toda la violencia que se podía esperar de su carácter arrebatado. Leonor tuvo que calmarla y hacerle reflexionar y prometer que la presentación se verificaría el día siguiente y Fausta sería invitada.

En el aposento de Florencia, la cual se puso en pie para recibir a su madre legal, Leonor hizo seña a la Gorelle y Marcela, que se eclipsaron silenciosamente, y profirió:

—Florencia, dentro de un momento vais a tener el honor de ser presentada a Su Majestad la reina regente. Adornaos con este vestido y estas joyas, que son vuestros.

—Muy bien, señora —repuso sencillamente la joven.

Sin embargo, a pesar suyo, un rayo de alegría brilló en sus ojos al saber que iba a ver a su madre. Sabía, no obstante, que nada podía esperar de aquella madre desnaturalizada; pero se alegraba de volver a verla.

Por fugaz que fuera aquel rayo de alegría, no pasó inadvertido a Leonor, que, desconfiando, preguntó:

—¿Os gustaría ir a la corte?

Florencia hizo un gracioso mohín y contestó riendo:

—Francamente, señora: no. La corte me da miedo... Siento que en ella no estaría jamás en mi centro.

—Pues bien —dijo Leonor satisfecha—, esa sencillez de gustos os favorece. Estad tranquila, que esa presentación, absolutamente necesaria, no tendrá continuación y jamás volveréis a aparecer por esa corte que tan poco os atrae.

Hecha esta promesa, que Florencia acogió con alegría pueril, Leonor salió del aposento pensando:

—No me costará mucho cumplir esta promesa, porque dentro de ocho días será esposa de Rospignac, que se la llevará muy lejos de París, o estará encerrada en un convento.

Una hora después, ante brillantísima reunión, Concini presentaba ceremoniosamente a María de Médicis la hija que milagrosamente había encontrado al cabo de tantos años de darla por muerta.

Aquella madre sin entrañas no tuvo un estremecimiento, ni un arranque, ni un gesto, ni una mirada para la joven que se inclinaba ante ella y con voz temblorosa pronunciaba unas palabras de cumplido, palabras sencillas, impresionantes, brotadas de su corazón amante y devoto; para aquella joven que, siendo hija suya, le era presentada como hija de otra.

Florencia sintió desvanecerse en su corazón la vaga esperanza que hasta entonces había abrigado y tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para contener las lágrimas que quemaban sus párpados.

Mientras tanto, Leonor, que se había acercado a Fausta, se daba la satisfacción de aplastarla mostrándole, complaciente, las pruebas irrefutables de que la hija de María de Médicis era hija suya.

—Vamos, Leonor, el golpe ha sido de mano maestra y os felicito —dijo Fausta bajando la voz y sin cesar de sonreír—. Ahora comprendo por qué se me ha recibido aquí tan fríamente. He caído en desgracia por obra vuestra, ¿verdad?

Leonor, que se creía con fuerzas bastantes para derribar a su adversario, no quiso rehuir la cuestión, y, en vista de que la signara se quitaba la máscara y hablaba con entera franqueza, la imitó para no ser menos que ella.

—Sí —declaró rotundamente—. No he perdonado medio para haceros un flaco servicio y comprenderéis que, para lograrlo, he tenido que decir la verdad desnuda.

—¿Sabéis que eso significa la guerra entre nosotras dos? —replicó Fausta.

—La guerra que me declaráis ahora —dijo Leonor— existe entre nosotras desde el primer momento que os interpusisteis en mi camino.

Porque ni me han engañado vuestras protestas de amistad ni puedo haceros la injuria de suponer que os han engañado las mías... Por ahora os he derrotado.

—Pues tened mucho cuidado, Leonor —interrumpió la princesa—; tomaré el desquite.

—¡Oh! Puede ser, pero, aunque me llaméis presuntuosa, he de advertiros que no os temo.

Dicho esto, Leonor se inclinó, haciendo una reverencia respetuosa, y se dirigió hacia Florencia, a la que quería llevarse cuanto antes del Louvre porque veía que su presencia molestaba a María de Médicis.

Fausta se acercó a la reina con intención de pedirle su venia para retirarse. A despecho del dominio que tenía sobre sí misma, se ahogaba allí, sentía imperiosa necesidad de hallarse sola y libre para dar rienda suelta a su cólera.

Realmente aquel día todo le salía mal. Sin contar la pérdida de los millones, que le había afectado más de lo que quería aparentar; amén de la destrucción de sus depósitos, golpe terrible que, desarmándolos, aniquilaba las tropas ocultas que tenía en París y sus alrededores y cuyo concurso le era indispensable, sobrevenía su desgracia en la corte, que podía tener consecuencias terribles, y, por último, el reconocimiento, por parte de Leonor, de la hija de María de Médicis, que le privaba de una presión poderosa, infalible.

Este último descalabro, que no podía esperar de ninguna manera, pues conociendo a Leonor como ella la conocía, jamás hubiera podido cruzar por su mente la idea de que la terrible celosa se aviniera a reconocer por hija suya a la hija de su adorado Concino y de María de Médicis; este último descalabro, decimos, fue tanto más sensible para ella cuanto que comprendía que por culpa suya había perdido aquella partida tan importante. Absorta en su lucha con Pardaillan, había olvidado de todo lo demás.

Fausta deseaba, pues, ardientemente retirarse a su casa para meditar y buscar el medio de salir airoso de situación tan comprometida.

Mas aquel día, repetimos, todo le salía mal. En el momento que habiéndole concedido María de Médicis, muy fríamente, la venia que le

solicitó, se dirigía hacia la puerta, se abrió ésta y apareció el rey.

Luis XIII entró acompañado de Valvert, que iba cubierto de polvo y yeso de pies a cabeza, el traje destrozado y las manos llenas de arañazos sangrientos.

Fausta, como todos los circunstantes, se inclinaron respetuosamente.

El augusto niño, que parecía muy agitado, vio en seguida a la princesa y se dirigió hacia ella. Valvert, que a la primera ojeada descubriera a Florencia, que manteníase modestamente aparte y tenía aires de gran dama con su vestido de corte llevado con desenvoltura, como si toda su vida la hubiera pasado en palacio, se quedó arrobado.

Tenía Luis XIII tanta prisa por hablar, que, olvidándose de corresponder a las reverencias que le hacían, dijo sin más preámbulos:

—¡Ah! Señora embajadora, os andaba buscando.

Y seguidamente, con precipitación que aumentaba el ligero balbuceo que sufría, añadió:

—¿Sabéis, señora, que acaban de ser voladas, una tras otra, tres casas en mi buena ciudad de París?

El silencio respetuoso que se produjo al entrar el rey se trocó en trágico al oír esta pregunta inesperada, que formuló el monarca con emoción reveladora de cólera violenta difícilmente contenida.

Fausta, que la esperaba menos que los demás, viendo a Valvert adivinó que, como de costumbre, había secundado a Pardaillan. Si había hablado con el rey, de lo que hubiese dicho dependería que su cabeza rodara bajo el hacha del verdugo, a pesar de la inmunidad de que gozaba como representante del rey de España.

No obstante la espantosa amenaza que se cernía sobre ella, Fausta no perdió su serenidad aparente ni su majestuosa confianza, que hacía que en un círculo de soberanos dominase como emperatriz, y repuso con voz armoniosa y afable:

—Por el rumor público me he enterado de esos sucesos.

—¿Sabéis, señora —prosiguió el rey—, de quiénes eran esas casas?

—Lo ignoro, señor —respondió Fausta con la misma calma imponente.

—De unos españoles —rugió el monarca.

—¡De unos españoles! —repitió la princesa con sorpresa admirablemente fingida—. ¡Pobre gente! —agregó compasiva—. Entonces soy yo, como representante de Su Majestad el rey de España, quien debe socorrer a esos infelices. Agradezco a Vuestra Majestad que me haya dado este detalle que yo ignoraba.

Representaba su papel con tanta naturalidad y desenfado, que el rey se quedó un momento perplejo y miró a Valvert como pidiéndole ayuda. Pero Valvert, que sólo tenía ojos para mirar a Florencia, no vio el apuro del monarca. Por fortuna, éste se sobrepuso en seguida a su turbación.

—Hablemos de esa pobre gente —dijo—: ¿Sabéis, señora, en qué habían convertido sus viviendas? En verdaderos arsenales que contenían armas, pólvora, balas y hasta cañones... en cantidad suficiente para armar un pequeño ejército... de soldados españoles, por supuesto.

—¿Qué decís, señor? —exclamó Fausta juntando las manos con ademán de asombro e indignación.

—El conde de Valvert os contará lo sucedido —respondió Luis XIII.

Esta interpelación directa arrancó al enamorado de su contemplación, y mientras Florencia enrojecía de placer, el joven se inclinaba graciosamente ante ella y volvía hacia Fausta.

—Las tres casas que, con ayuda de cuatro compañeros, cuyos nombres sabe ya Su Majestad, hemos volado, eran depósitos de armas clandestinos, pertenecientes a españoles, cuyos manejos hemos venido observando durante ocho días. Esto lo afirmo y sostengo por mi honor; y si esta afirmación no bastara, si Vuestra Alteza dudara de mi palabra, aportaría pruebas.

La mirada con insistencia significativa. Fausta comprendió la amenaza y se hizo cargo que si dejaba entrever siquiera que ponía su palabra en tela de juicio, él hablaría y entonces tendría que salir ella de aquel salón rodeada por los guardias de Vitry.

—Hace tiempo que os conozco, señor de Valvert —dijo sonriendo—, y con mucho gusto proclamo que os tengo por uno de los más valientes y leales caballeros de este país en que hay tantos leales y valientes caballeros. No os haré la injuria de dudar de vuestra palabra y doy por cierto cuanto habéis dicho.

Y mientras Valvert, luego de haberle dado las gracias con una reverencia, se colocó modestamente detrás del rey, la princesa irguió la frente y con voz clara, vibrante, profirió:

—Vine como amiga y como tal fui recibida en esta corte donde se me dispensó inolvidable acogida. Representante de un soberano animado de los sentimientos de la más fraternal amistad hacia Vuestra Majestad, no consentiré que la amistad recíproca que une a nuestras dos cortes y a nuestros dos países sea turbada por los manejos criminales de los enemigos del orden. En consecuencia, ante Vuestra Majestad, ante Su Majestad la reina regente, ante vuestro primer ministro, monseñor el mariscal de Ancre, condeno la incalificable conducta de esos malvados y suplico a Vuestra Majestad se digne aceptar mis disculpas. En cuanto regrese a mi palacio, mi primer cuidado será el ordenar que sean capturados los culpables y respondo de que el castigo servirá de escarmiento. Si las satisfacciones que espontáneamente doy aquí no fueran suficientes, dispuesta estoy a las reparaciones que tengáis a bien exigir.

La estratagema no podía ser más hábil. Anticipándose a lo que pudieran pedirle, ponía al rey en la necesidad de contentarse con las satisfacciones que le daba. Pero sólo podría dar buen resultado si el rey ignoraba que era ella la culpable principal. La actitud de Valvert decía claramente que no había dicho nada y el rey no sabía qué papel había desempeñado ella. La cólera de que estaba poseído demostraba que abrigaba sospechas, pero no debía tener pruebas, pues de lo contrario no tendría fuerza de voluntad para contenerse.

No la engañaron sus conjeturas. El rey se calmó en seguida y dio la respuesta que Fausta esperaba:

—Está bien —dijo todavía con cierta frialdad—. Adiós, señora, y si queréis que siga yo creyendo en la amistad de que habláis, haced pronta y enérgica justicia.

—Quedaréis satisfecho, señor —prometió Fausta, y abandonó el regio salón sin que nadie la acompañara.

* * *

El rey se volvió hacia Concini. Estuvo amabilísimo con él, le habló de aquella hija que le robaron al nacer y fue milagrosamente encontrada, según le habían contado, y le autorizó para que se la presentara. Concini, henchido de satisfacción por esta señalada muestra del favor real, se apresuró a obedecer.

Esta presentación acercó, naturalmente, a los dos enamorados, porque Valvert, obediente, sin duda, a órdenes que le habían sido dadas previamente, no se movía del lado de Luis XIII.

El augusto niño, envolviendo a Odet en una mirada traviesa, se dio el malicioso placer de presentar uno al otro a los enamorados, y Concini no tuvo otro remedio que hacerse el desentendido y sonreír a flor de labio.

Luis XIII se llevó luego aparte al mariscal, para que la enamorada pareja pudiera hablar a solas unos minutos, y después se retiró llevándose consigo a Valvert.

Casi simultáneamente salía Leonor del Louvre acompañada de Florencia, y, de regreso en su palacio, la condujo a las habitaciones que le habían sido destinadas desde su transformación en condesa de Lésigny.

Leonor pasó después a su gabinete y, sentada en un sillón, acodada en una mesita que tenía al lado, la cabeza entre las manos, inquieta, desasosegadísima, pensaba:

—No sé por qué se me figura que la extremada benevolencia del rey para con esa muchacha y Valvert encierra una amenaza para nosotros... ¿Qué tramará?

Hizo llamar a la Gorette y Rospignac. La arpía se presentó en seguida y la marquesa le dio unas instrucciones brevísimas. Mientras la Gorette desaparecía por una puerta, Rospignac entraba por otra.

—Rospignac —le dijo Leonor a quema ropa—, vuestra boda, que había de celebrarse dentro de unos días, se ha de verificar lo antes posible.

—Se hará lo que tengáis a bien disponer, señora— repuso el barón con ojos relucientes de alegría.

—Pues será mañana mismo, a medianoche, en la iglesia de San Germán —dijo Leonor.

Le dio luego ciertas órdenes, que él escuchó con mucha atención, y le despidió diciendo:

—Adiós, Rospignac, y estad preparado para mañana noche.

—¡Caramba! —exclamó jovialmente el barón—. Me guardaré muy mucho de faltar a la cita.

Se inclinó reverente y se fue, retorciéndose las guías del bigote con aires de conquistador.

Sin pérdida de tiempo, Leonor pasó a las habitaciones de Florencia y le dijo sin más preámbulo:

—Hija mía, vuestro padre y yo hemos decidido casaros.

Hablaba con dulzura, como siempre, pero dentro de esa dulzura, en tono imperioso que no admitía réplica. A Florencia no le pasó inadvertido.

—Me dais una orden, ¿verdad?— preguntó.

—Sí— contestó la maríscala con acento de fría autoridad.

Florencia estuvo a punto de sublevarse y protestar enérgicamente; pero supo contenerse y en pie, algo pálida, muy dueña de sí misma y resuelta a defenderse con las únicas armas que estaban a su alcance, la astucia, esperó atenta, apercibida para la lucha, que Leonor se explicase.

—Ese casamiento que hemos concertado por poderosísimas razones que de momento no puedo deciros, se celebrará mañana a medianoche.

—¡Mañana a medianoche!

—Sí, mañana a medianoche —repitió Leonor—, en la iglesia de San Germán, que es nuestra parroquia.

Florencia había recobrado toda su sangre fría. A pesar de que el plazo que el daban era tan perentorio, antes de la medianoche del día siguiente encontraría un medio para avisar a Odet.

—¿Puedo saber siquiera el nombre del individuo al que por fuerza queréis unirme para toda la vida? —preguntó con calma que sorprendió a Leonor.

—Es el barón de Rospignac— contestó la maríscala con calculada lentitud.

Este nombre, pronunciado de improviso, produjo tal efecto a Florencia, que, olvidándose de toda prudencia y perdida al mismo tiempo la serenidad, exclamó indignada:

—¡Me dejaría matar mil veces antes que ser esposa de ese miserable!

—No os dejaréis matar y os casaréis con él.

—¡Nunca!

—Os casaréis con él —repitió Leonor—. Nosotros sabremos obligaros.

—No sois nada mío y no os reconozco el derecho de disponer de mí contra mi voluntad.

—Estás equivocada, niña —replicó Leonor—, Lo olvidéis o no, ahora sois hija mía, y, lo queráis o no, tengo sobre vos todos los derechos de una madre, hasta el de disponer de vos, a pesar vuestro, por vuestro bien.

Estas palabras, dichas sin cólera, con la misma fría autoridad que parecía implacable, anonadaron a la pobre joven, que retrocedió espantada como si a sus pies se hubiese abierto de repente un abismo insondable al que quisieran arrojarla.

—¡En qué horrible lazo me he dejado prender! —bisbisó medio loca.

—Si os diera la ventolera por rebelaros —prosiguió Leonor con su repugnante melosidad—, seríais castigada como se castiga entre las personas de calidad a las hijas desobedientes: encerrándoos en un claustro. Allí estaríais como enterrada en vida y no saldríais sino entre cuatro tablas para ir a dormir vuestro último sueño en el agreste camposanto de la comunidad, tras de muchos años de agonía.

Estas palabras amenazadoras electrizaron a Florencia en vez de abatirla. Recobró al punto toda la lucidez de su mente y dijo para sus adentros:

—¡Oh! ¡No quiero una muerte tan horrorosa! ¡Me defenderé con todas mis fuerzas y por todos los medios!

Así, la amenaza que Leonor creyó espeluznante; dio el resultado imprevisto de devolverle la serenidad y la energía perdidas.

La mariscala no advirtió el cambio que habíase operado en la joven y se levantó diciendo:

—Reflexionad. Tenéis toda esta noche y todo el día de mañana para pensarlo bien. Volveré mañana por la noche para saber vuestra determinación, y, según como sea, saldréis de aquí para ir a la iglesia a recibir la bendición nupcial... o para encerraros en un convento del que no podríais salir jamás.

Florencia se guardó muy mucho de resistir.

—Lo pensaré, señora— dijo sencillamente.

Cuando se quedó sola, Florencia examinó fríamente su situación y resolvió llamar a Odet en su ayuda. Pero en aquel momento se acordó de que Leonor le había dicho aquella misma mañana que era muy dueña de salir y entrar libremente e ir adonde quisiera.

—Si eso es verdad —pensó—, en lugar de llamar a Odet en mi ayuda, iré a verle.

Se echó un manto sobre los hombros, envolviéndose en sus pliegues hasta la cabeza, abrió la puerta de su aposento, que cedió fácilmente, y se internó en un corredor diciendo para sí que, no habiéndola encerrado Leonor, podía haberse olvidado asimismo de tomar otras precauciones.

Pero a los pocos pasos tropezó con la Gorelle, que salió de repente y, obsequiosa y zalamera, le dijo:

—¿Vais a salir, señora?

Nótese que la Gorelle no la tuteaba, la llamaba «señora» y le daba muestras de excesivo respeto. Pero Florencia la conocía demasiado para fiarse de ella y, manteniéndose en prudente reserva, a su pregunta contestó con otras dos:

—¿Estoy prisionera? ¿Sois vos mi carcelera?

—¡Válgame Dios! —protestó la vieja con acento compungido—. No, señora; pero como no es conveniente que una joven vaya sola por esas calles, me han mandado que os acompañe, y por eso os he preguntado si vais a salir.

—Pues siendo así, seguidme, porque, en efecto, quiero salir.

Siguió andando y la Gorelle tras ella, pisándole los talones y mirándola con cruel ironía.

Atravesaron el patio, lleno de gentileshombres de servicio, visitantes y lacayos de bordadas libreas. Nadie intentó detenerlas. La puerta monumental estaba abierta de par en par y Florencia, estremecida de alegría y esperanza, bajo su aparente calma, pensaba que dentro de pocos segundos estaría en la calle y habría recobrado su libertad.

Mas en el umbral se hallaban varios ordinarios de Concini, agrupados de manera que cerraban el paso. Florencia se detuvo perpleja, porque entre los gentileshombres descubrió a Rospignac.

El barón, al verla, se destacó del grupo y, sombrero en mano, adelantó hacia ella, se inclinó galantemente, en actitud de respeto, y preguntó, bajando la voz:

—¿Queréis salir, señora?

Y risueño, solícito, muy cortés, agregó:

—Si tenéis la amabilidad de darme el santo y seña, yo mismo tendré la honra de acompañaros hasta la calle.

—¡El santo y seña!— repitió Florencia turbadísima.

Rospignac, como si sólo entonces hubiera notado su turbación, profirió con acento de sorpresa y pesadumbre:

—¡Dios mío! ¿Acaso la señora maríscala se ha olvidado de deciros ese malhadado santo y seña?

Y como ella no contestara, se excusó:

—Señora, no os podéis imaginar cuánto lo siento; pero comprenderéis que un soldado no puede faltar a la consigna..., y la mía, por desgracia, es la de no dejar salir a nadie sin que dé el santo y seña... Pero si queréis esperar un instante, iré a ver a la señora maríscala. ..

—No os molestéis — interrumpió Florencia sin dejarse engañar por aquella comedia —. Lo he pensado mejor y no saldré.

Pocos minutos después estaba en su aposento, acompañada de la Gorelle. Al despedir a la bruja, ésta se acercó a ella y, bajando la voz, miró recelosa en tomo suyo y le dijo:

—Señorita, vos no podéis salir, pero yo sí; de manera que si tenéis necesidad de algo..., de llevar alguna misiva, por ejemplo, ¿comprendéis?, yo me encargaría. ..

—¿Vos?— exclamó la joven con manifiesta desconfianza.

—Sí, yo. Por Dios, no hay que hacerme más mala de lo que soy... Os serviré con mucho gusto... mediante una buena recompensa.

Este ofrecimiento inesperado, que hizo la arpía con su cinismo inconsciente acostumbrado, dejó un momento perpleja a Florencia.

—Después de todo —pensó—, si esta miserable mujer me traiciona, no me podrá suceder nada peor de lo que me espera. Hagamos la prueba.

La miró de arriba abajo, como si quisiera leer en su pensamiento, y le preguntó:

—¿Os encargaríais de llevar una carta a su destino?

—Una y diez, todas las que queráis, puesto que pagáis el servicio.

—Una sola —aclaró Florencia—. No tengo dinero, pero puedo pagaros con joyas. ¿Tenéis bastante con esto?

Así diciendo, le mostró una de las sortijas que Leonor habíale obligado a ponerse aquella misma mañana para la ceremonia de su presentación a la reina.

Con los ojos centelleantes y extendida la boca de oreja a oreja con una mueca de satisfacción, la Gorette tomó la sortija, que escamoteó con limpieza sin igual, y, sincera una vez en su vida, contestó:

—¿Si tengo bastante? Esta alhaja vale diez veces más de lo que me hubiera atrevido a pedir.

La satisfacción que experimentaba era tanta, que se olvidó de sus artes de disimulo y la exteriorizaba resueltamente.

—Escribid la carta, señorita, y, como pagáis tan bien, os juro por mi salvación eterna que, lo más tarde, mañana por la mañana habrá llegado a su destino.

Florencia trazó unas líneas en una hoja de papel que dobló, selló y entregó a la Gorette, la cual se la guardó en el pecho, y realmente sincera prometió aún:

—Ya es tarde para hacer hoy mismo vuestro encargo; pero mañana, a primera hora, será cosa hecha.

Lo primero que hizo la Gorette en cuanto estuvo en su cuarto fue sacarse la carta del pecho y leer las señas.

—¡Caramba! —dijo sorprendida—. ¡No va dirigida a su galán! ¿Qué tendrá que ver con Nicolasa, la dueña de la hostería del Grand-Passe-Partout, de la calle de San Dionisio, a quien va destinada esta carta?

Se quedó un momento pensativa, picada su curiosidad, y añadió luego, encogiéndose de hombros:

—¿Por qué he de meterme en lo que no me importa? Por llevar esta carta a esa Nicolasa, Florencia me ha dado una sortija... Mañana entregaré la carta a Nicolasa, puesto que a ella va dirigida, y lo demás me debe tener sin cuidado.

Mientras tanto, arrodillada en su reclinatorio y la cabeza entre las manos, Florencia oraba con todo el fervor de su fe sincera, implorando la protección de la Virgen, los ángeles y los santos para que la carta llegara a tiempo a manos de su destinatario, pues huelga decir que Nicolasa no era sino una intermediaria entre ella y Valvert.

OceanofPDF.com

Capítulo XI

La cita de Fausta

El día que la Gorette había de llevar la carta de Florencia a Nicolasa era viernes.

Al filo de las diez, dejando en la casa a Landry Coquenard, Escargasse y Gringaille, Pardaillan y Odet salieron por la puerta que daba a la calle de la Cossonerie, con objeto de husmear un poco para darse cuenta por sí mismos del efecto que había producido en la población la voladura de las tres casas donde estuvieron los depósitos de pólvora y armas de Fausta.

Ante todo encamináronse al *Grand-Passe-Partoiiit*, adonde llegaron en el momento que Nicolasa se disponía a salir en su busca.

—No podíais llegar más oportunamente, señor caballero —dijo la hostelera—. Acaban de traerme una carta para vos y os la iba a llevar, de acuerdo con vuestras instrucciones... Señor conde, si queréis ir a la cuadra, veréis cuatro caballos soberbios, ricamente enjaezados, que un palafrenero trajo ayer para vos de parte del rey. ¡Del rey, señor!

Pardaillan había tomado la carta que le presentara Nicolasa y no se dio prisa en abrirla, porque en el ancho sello que la cerraba vio el escudo de Fausta. No tenía que hacer grandes esfuerzos para adivinar lo que decía. Se la puso, pues, despreocupadamente en el cinturón y, después de haber dado las gracias a la hostelera con una sonrisa, dijo a Valvert:

—El rey ha tenido a bien reemplazar los caballos que nos mataron en aquella expedición que tan provechosa fue para él y tan ruinosa para nosotros. Vamos a verlos, conde.

Bajaron a las cuadras y examinaron los cuatro animales como peritos en la materia. Nicolasa no había exagerado: eran cuatro caballos soberbios, dignos de un rey. Valvert, brillantes de placer los ojos, prorrumpió en exclamaciones admirativas, sin disimular su alegría pueril. Pardaillan se limitó a decir:

—No hay pero que poner, sabe hacer las cosas bien; mas yo he gastado todo el dinero que tenía. Vamos a ver si ha pensado en reembolsarme.

Registró las pistoleras y en una de ellas encontró un saquito que sacó vivamente, le hizo saltar en la mano, como para sopesarlo, y dijo sonriendo satisfecho: —Aquí dentro hay mil pistolas, que no estarán de más en nuestros bolsillos. Algo es algo.

El caballero abrió el saquito y lo primero que vio fue una esquila, que desdobló.

—¡Caramba! —exclamó riendo—. El sello particular del rey... Y escrito de su puño y letra... «Al señor conde de Valvert»... ¡Demontre! ¡Qué indiscreto me vuelvo! Tomad y leed, Odet.

Valvert tomó el billete y lo leyó en voz alta:

«Esto no es más que el reembolso legítimo de lo que habéis gastado en nuestro servicio. De muy otra manera os demostraré su agradecimiento vuestro obligado y afectísimo, Luis, Rey.

—¡Qué honor, caballero!— exclamó Valvert enajenado de gozo.

—¡Y tanto!— repuso Pardaillan socarronamente.

Luego le puso en la mano cien pistolas y sacando otras monedas de oro agregó con su flema habitual:

—Estas ciento, para que se las repartan Gringaille Escargasse y Landry... Ahora, veinte a mi bolsillo... Así se ajustan las cuentas entre asociados decentes.

Haciendo estas reflexiones en voz alta, Pardaillan iba contando, imperturbable, las monedas que sacaba del saco.

—Y ahora —dijo luego— no es el asociado el que habla, sino el amigo: si necesitáis más, tomadlo sin contar; y si lo queréis todo, decidlo sin reparo.

—Gracias, señor —repuso Valvert—. A Dios gracias, me queda lo suficiente para vivir un año sin grandes apuros.

—¡Canastos! ¡Decid de una vez que sois rico!— dijo Pardaillan sin insistir más.

Volvióse hacia Nicolasa, que los había seguido y presenciado divertidísima aquella escena, y añadió:

—Tomad las setecientas setenta y cinco pistolas que quedan en el saco y ponedlas a buen recaudo... Y muchísimas gracias, querida.

La hostelera se fue en seguida llevándose la cantidad que le habían confiado y Pardaillan, tomando la carta que le entregaran poco antes, rompió la nema y dijo desdeñosamente:

—Veamos lo que quiere la señora Fausta.

A despecho de la indiferencia que aparentaba, debió «lar excepcional importancia a aquella misiva, de la que no tuvo prisa por enterarse, pues luego de haberla leído muy detenidamente, la volvió a leer con mayor atención aún, deletreando las palabras y tratando de adivinar lo que no se desprendía del texto.

Valvert leyó también la esquila, que estaba concebida en los siguientes términos:

«Pardaillan, ha llegado el momento de cumplir la promesa que os hice en San Dionisio.

»Conocéis, en la aldea de Montmartre, la plazoleta donde se alzaba la horca de las Monjas, que fue destruida por una explosión hace cinco años. Junto a las minas calcinadas de la horca, pasa un camino que conduce a la fuente del Hito. En dicho camino, al borde de la plazoleta, está la alquería de las Monjas. El sábado, a las diez de la mañana, llevaré a esa alquería a Luisa y la aldeana a la que estaba confiada y que no se ha separado de ella un instante desde que la tengo en mi poder.

»Sería inútil que os presentarais antes del día y la hora que he señalado.

»Podéis haceros acompañar de quien gustéis; pero yo os juro que iré sola, sin ninguna escolta, al lugar de la cita. Ya sabéis, Pardaillan, que no me he rebajado jamás a mentiros.»

Después de haber leído la carta, Valvert esperó un instante mirando al caballero, que estaba muy abstraído.

Pardaillan tomó al fin el papel que Odet le presentaba, lo rompió en pedazos muy menudos y, vuelto a la realidad, dijo sonriendo:

—No sé todavía si iré a la cita que me da Fausta..., pero sí que vamos a ir en seguida a las tierras de la abadesa de Montmartre... Al pasar, si os

parece, recogeremos a nuestros compañeros, pues me jugaría la cabeza a que encontraremos por allí a Fausta, a Albarán o a sus satélites.

Salieron de la hostería. No habían andado cincuenta pasos por la calle de San Dionisio, cuando tropezaron con la Gorelle, en la que no pusieron atención; ella, por lo contrario, les reconoció a la primera ojeada, se paró un instante y les siguió con la vista, sonriendo enigmáticamente.

El caballero y el conde se internaron en la calle de los Forrajes y la Gorelle entró en el Grand-Passe-Partout. Cumplía honradamente lo que había prometido a Florencia y ésta habíale pagado con tanta largueza.

Nicolasa tomó la carta, echó una mirada a la vieja rapaz y la despidió para ir corriendo en busca de Odet que, según creía, no podía estar muy lejos.

Desgraciadamente, Pardaillan y Odet se habían ido ya. Se detuvieron delante de la casa del duque de Angulema, donde el caballero dio un silbido, al que desde dentro contestaron con otro igualmente modulado, y, prosiguiendo su camino, fueron a apostarse en la calle de la Cossonnerie, frente a la posada de La marrana que hila.

Nicolasa llegó entre tanto a la calle de los Forrajes. Si se hubiera asomado a la calle del Mercado de las Hortalizas, quizá los hubiera visto; pero no se le ocurrió esto. Sacóse de la faltriquera una llave y después de mirar en tomo suyo para cerciorarse de que no la espiaban, abrió la puerta y entró en la vivienda.

En aquel momento, Landry, Escargasse y Gringaille, con la espada al cinto y las capas al hombro, salían por la calle de la Cossonnerie. Pardaillan les hizo seña de que le siguieran y, tomando del brazo a Valvert, encamináronse hacia la calle de Montmartre.

En el barrio de este nombre, Pardaillan alargó el paso. Los otros le seguían sin saber adónde les llevaba. Dejando atrás el puente de los Porcherons, por el que pasaba el albañal, el caballero siguió avanzando y descubrió, a lo lejos, una litera, que subía por una empinada cuesta. Cabalgaba junto a la litera un individuo de gigantesca estatura y escoltaban al vehículo ocho jinetes, armados de punta en blanco.

—Mirad— dijo Pardaillan a su compañero, señalando al coloso.

—¡Albarán!— exclamó Valvert.

—El mismo —confirmó el caballero—. Apenas curado de la estocada que le disteis, ya está otra vez en funciones como si tal cosa.

—Parece que escolta a la señora Fausta.

—Ya os dije que me jugaría la cabeza a que los encontraríamos por estos andurriales. Ahora bien, ¿sabéis por dónde pasa ese camino? Por delante de la abadía de Montmartre y atraviesa la plazoleta donde está la alquería de que habla la carta.

—¿Suponéis que va a esa alquería?

—Apostaría doble contra sencillo. Pero no creáis que irá allí en derechura y a la luz del sol.

Pardaillan se echó a reír con una risa que hubiera puesto carne de gallina a Fausta si la hubiera oído, e hizo señas a los tres bravos, que se acercaron rígidos como soldados. El caballero empezó por entregarles las mil libras que les había destinado. Repartiéronse ellos el dinero fraternalmente, con rapidez y precisión que denotaban cuán duchos eran en la operación aritmética que se llama división.

—Escargasse —dijo entonces Pardaillan—, llevarás contigo a Landry y haréis lo que os voy a decir.

Con su concisión y claridad habituales, les dio unas órdenes. Escargasse y Landry se lanzaron en persecución de la litera, a la que siguieron desde lejos con la destreza reveladora de gran experiencia en aquellas tareas.

Pardaillan y Valver, acompañados de Gringaille, tomaron un camino de travesía y después de una marcha larga y acelerada llegaron a la falda de un cerro sobre el que se alzaban cinco molinos. Al pie de aquella eminencia había una cantera abandonada y poco más allá, hacia el Norte, otro molino que agitaba en el espacio sus largas aspas.

Durante el camino el caballero debió dar instrucciones a Valvert y Gringaille, porque se limitó a decir señalando el molino solitario:

—Gringaille os guiará.

El conde y su acompañante se dirigieron corriendo hacia el punto indicado. A un centenar de pasos del molino estaba la fuente del Hito, y entre ésta y aquél veíase la entrada de otra cantera abandonada igual a la que había al pie del cerro de los cinco molinos, donde Pardaillan habíase

quedado solo. Valvert, guiado por Gringaille, se internó en aquella cantera, en la que les dejaremos para seguir a Pardaillan.

OceanofPDF.com

Capítulo XII

Fausta toma precauciones

Pardaillan desapareció en la cantera. Sin vacilar, como si conociera al dedillo el terreno que pisaba, se dirigió a un lugar determinado, tomó una linterna, sacó eslabón y pedernal y prendió fuego a un montón de hierbas secas, a cuya llama, que apagó en seguida, encendió la linterna.

Siguió adelante y tropezó con una pared que se entreabrió ante el en cuanto se apoyó en una piedra saliente. Pasó y penetró en una cueva de escasas dimensiones, en la que había algunas cajas rotas y herramientas inservibles. Enfrente de la puerta invisible por la que acababa de entrar, arrancaba una escalera que subía al piso superior. Pardaillan se dirigió hacia la escalera, proyectando la luz de la linterna sobre la pared, a su derecha, al mismo tiempo que decía:

—La abadía está en esta dirección y mucho me he de engañar o será por aquí por donde vendrá Fausta. He venido a estos lugares veinte veces y nunca se me ha ocurrido examinar desde cerca estas paredes. Verdad es que, para que se me ocurriera, hubiera tenido que abrigar sospechas, y estas sospechas me las ha infundido la carta de Fausta... Pero ¿por qué he de romperme los cascos? La princesa no tardará en venir y ella misma me enseñará dónde está la puerta y cómo se abre.

Apagó la linterna, que escondió debajo de la capa, y puso el pie en el primer peldaño de la escalera. A medida que subía veía más claro, porque una débil luz llegaba hasta él.

—La puerta de la primera cueva debe estar abierta— pensó.

Efectivamente, al final de la escalera había una gran puerta de encina abierta de par en par. La cueva donde entró era el doble de grande que la otra, estaba dividida en tres departamentos y veíanse en ella aperos de labranza y otros objetos rústicos.

Aquella cueva, mejor dicho, aquellas cuevas superpuestas, eran las de la alquería donde Fausta había citado a Pardaillan para las diez de la mañana del día siguiente.

El caballero subió la escalera de caracol que conducía a la planta baja del edificio y sin delatar su presencia llegó a la meseta, desde la que se veía la cocina de la hacienda.

En el centro había una mesa grosera, de madera mal labrada, y encima de ésta una botella empezada, dos cubiletes de estaño y dos faroles apagados. Y delante de ella, dos aldeanos, sentados en taburetes.

¿Dos aldeanos? Al menos así lo parecían por la indumentaria, pero no si se les miraba de cerca. Pardaillan no se dejó engañar por las apariencias. Además, en uno de aquellos aldeanos, que bebían y hablaban en un francés que no era propio de ignorantes campesinos, reconoció al caballero español que había venido custodiando desde su país los millones de que Valvert se apoderó y al cual había acompañado él mismo hasta la calle del Cordero.

Al otro lado de la mesa, en pie y sirviéndoles con mucho respeto, había un campesino anciano, un campesino verdadero, el jefe único y amo de la alquería, que hubiera podido mandar a los dos falsos aldeanos, puesto que las religiosas los habían colocado allí pocas horas antes como ayudantes suyos.

Desde las primeras palabras comprendió Pardaillan que esperaban a Fausta. En efecto, al cabo de unos minutos, después de mirar el reloj que llevaba, dijo uno de los españoles:

—Ha llegado el momento de ir a recibir a Su Alteza. Se pusieron en pie, tomaron los faroles y se acercaron al hogar para encenderlos.

El caballero no esperó hasta que terminaran. Bajó vivamente a la segunda cueva y se escondió debajo de la escalera, detrás de un montón de cajas medio podridas ya, diciendo para su colete:

—Desde aquí veré muy bien dónde está esa dichosa puerta y cómo se abre... Pero como se les ocurra registrar este escondrijo, habré caído como zorro en el cepo... ¡Bah! Fausta no será más desconfiada que esos supuestos aldeanos.

Los dos hidalgos bajaron solos, dejando al aperador en la cocina, y, con los faroles en las manos, se colocaron en medio de la cueva, donde

permanecieron inmóviles. Pasaron unos minutos. Pardaillan, desde su agujero, no veía más que la pared por la que suponía que había de entrar Fausta.

De pronto se abrió la pared y apareció la princesa, acompañada de Albarán, que llevaba en la mano un farol encendido.

Los dos españoles hicieron una reverencia con tanta gracia y elegancia como si, vestidos de terciopelo y encajes, se hallaran en el Louvre en presencia del rey de Francia. Fausta les correspondió con una inclinación de cabeza y dijo con voz armoniosa y grave:

—Buenos días, señores.

Pardaillan no se ocupó de ellos. No apartaba la vista de Albarán, que cerraba la puerta, operación que realizó muy pronto, pero no sin dar tiempo al caballero de descubrir el mecanismo.

Cerrada la puerta, Albarán empezó a subir delante de todos, alumbrando el camino, Fausta detrás de él, a continuación el que fue jefe del convoy, farol en mano también, y, por último, el otro español, que dejó su Farol abajo.

Pardaillan les siguió sonriendo, pero no llegó hasta la meseta; se detuvo a media escalera, lo bastante lejos para poder escapar en caso de necesidad y lo bastante cerca para oír lo que hablaran. No podía ver nada, pero esto era secundario para él.

Fausta llegó a la cocina y se sentó en un rústico taburete. Albarán permaneció en pie, a su lado, y los dos hidalgos, bajo sus disfraces de campesinos, manteníanse cuadrados como soldados en filas.

—¿Las puertas?— preguntó Fausta.

—Cerradas todas. Aquí están las llaves— respondió el gentilhombre colocándolas encima de la mesa.

—Pues manos a la obra —mandó Fausta—. Albarán, acompaña a estos caballeros a la gruta, ayúdales. Cuando hayáis terminado, ven a avisarme, pues, para mayor seguridad, quiero ver por mis propios ojos si se ha hecho todo tal como lo he imaginado.

—Venid conmigo, señores— mandó Albarán a su vez.

Pardaillan no quiso escuchar más. Descendió rápidamente y, en lugar de esconderse en el hueco de la escalera, abrió la puerta secreta, avanzó unos

veinte pasos por el corredor y, por medida de precaución, se ocultó en una cavidad que allí había.

—¿Qué diantre irán a hacer? ¿Qué habrá imaginado Fausta para matarme? Porque no hay duda de que todo esto va contra mí y aquí dejaría yo mañana la pelleja si hiciera la locura de venir.

Y con su natural despreocupación, añadió, encogiéndose de hombros:

—¡Bah! Esperemos y abramos bien los ojos, que no hemos de tardar en saberlo.

La puerta secreta que acababa de abrir y cerrar volvió a abrirse. Albarán y los dos españoles aparecieron en el corredor y dejaron la puerta abierta.

La cueva estaba débilmente alumbrada por el farol que dejaron en el suelo. Albarán iba delante y los dos hidalgos le seguían charlando animadamente. Hablaban en español, idioma que el caballero conocía tan bien como el italiano y el francés.

Albarán se detuvo a diez pasos de Pardaillan, que se encogió cuanto pudo en su escondite, delante de la puerta secreta que daba acceso a la gruta donde aquél tomara momentos antes una linterna, y la abrió.

Los tres hombres entraron en la gruta, de la que salieron en seguida rodando cada uno de los supuestos aldeanos un barril por la blanca arena que cubría la galería. El coloso llevaba a brazo dos barriles iguales a los que los otros hacían rodar.

Pardaillan debía conocer aquellos barriles, porque murmuró intrigadísimo:

— ¡La pólvora y las balas! ¿Por qué traen aquí esos artefactos?

Y dándose una palmada en la frente, como quien se acuerda de algo que ha olvidado, añadió:

—¡Pero qué tonto soy! Esa mudanza se hace para fastidiarme. Fausta sabe que conozco esta gruta y que soy capaz de volar este arsenal, como he volado los otros tres. Toma sus precauciones, lo cual me parece muy natural... Pero no sospecha siquiera que conozco también el medio de penetrar en estas cuevas, y se está tomando una molestia inútil. ¡Por Pilatos! No me disgusta el haber hallado esta explicación... Porque es la más lógica... No cabe otra...

A pesar de la energía con que afirmaba que no cabía otra explicación, no parecía muy convencido. En realidad empezaba a sospechar el verdadero motivo de aquella mudanza. Pero esta idea le pareció tan horrible tan monstruosa, que se esforzaba por rechazarla.

No obstante, obsesionábale de tal modo esta idea, que hizo un movimiento para salir de su escondrijo, acercarse y ver...

Desgraciadamente, Albarán, al segundo viaje, mandó:

—Rodad hasta aquí los barriles. Yo los subiré y alinearé arriba.

Pardaillan se vio obligado a permanecer donde estaba, porque los dos españoles no cesaban de salir y entrar en la gruta y le habrían descubierto.

Viendo rodar los barriles, el caballero no perdía sílaba de lo que decían los hidalgos, faquines improvisados; pero no veía lo que hacían en la primera cueva, mucho menos lo que Albarán hacía en la de arriba, ni podía oír lo que decía a su señora.

Mas los otros dos reían y charlaban sin cesar, y así pudo enterarse de lo que hacía el coloso en la segunda cueva y saber que la idea que desechaba por horrible y monstruosa era la verdadera.

—¿Conque una mina, eh? —dijo para sí—. La señora Fausta no ha imaginado nada mejor que hacer volar esta alquería cuando yo esté dentro... Y esos malvados trabajan con afán, riéndose por anticipado de la cara que pondré cuando, después de un vuelo por los aires, caiga hecho pedazos ensangrentados. ¡Ah, miserables! Tentado estoy de acogotar a esos asesinos, estrellarles la cabeza contra la pared y agarrar luego a Fausta, retorcerle el cuello y pisotearla como un reptil venenoso, que no es otra cosa esa mujer infernal. ¿No estaría acaso en mi derecho?

Pero se contuvo, encogióse de hombros, y mascullando palabras ininteligibles, volvió a su vigilancia interrumpida por aquel acceso de cólera.

Mas, por corta que fuese su distracción, duró lo bastante para que le pasara inadvertido un incidente que se produjo, insignificante, desde luego, pero digno de ser notado.

Albarán subió entre tanto a la cocina, donde le esperaba Fausta sentada en el rústico escabel y absorta en sombríos pensamientos, a juzgar por lo encapotado de su semblante.

—Señora —dijo el coloso—, ya está todo preparado la cueva está llena. Sin embargo, quedan todavía unos barriles allá abajo. ¿Hay que llevarlos a la gruta?

—No —repuso vivamente Fausta—. Pardaillan conoce esa gruta y si descubre el depósito lo volará, como ha hecho con los otros... A estas horas ha debido recibir ya mi mensaje, que tal vez le traerá a la memoria la gruta... ¡Quién sabe si vendrá hoy mismo! No conviene dejar ni grano de pólvora abajo.

—Entonces, ¿qué se ha de hacer? ¿Dejaremos los barriles donde están?

—Voy contigo —dijo la princesa, y se puso en pie.

Bajaron. Abajo había cuatro toneles. Los dos españoles llevaban en aquel momento otro que torpemente habían reventado.

—¿Cuántos quedan en la gruta? —preguntó Fausta.

—Uno, señora.

—Traedlo.

Los españoles volvieron a la gruta.

Fausta se acercó a la pared. En el mismo lado donde estaba la puerta por la que había entrado con Albarán, pero en un rincón, había un oculto resorte que la princesa oprimió y se abrió otra puerta pequeña que daba acceso a una cueva que, al parecer, no tenía salida. El coloso puso en fila los seis barriles restantes, en lo que empleó unos segundos.

La princesa cerró la puerta de la cueva, cuya existencia no sospechaba quizá el caballero, y mandó al conde:

Albarán, ve a cerrar la puerta de la gruta.

Pardaillan, comprendiendo que la tarea estaba terminada, puesto que cerraban la puerta, y que iban a subir, salió de su escondite, les siguió cautelosamente y oyó decir a Fausta:

—Ahora puede venir Pardaillan a registrar la gruta cuando quiera. Cierra bien la puerta y subamos, para ver cómo has dispuesto la mina.

Y se dirigió hacia la escalera.

Pardaillan esperó unos momentos. La cueva estaba alumbrada aún y pudo verles subir uno tras otro. Cerró entonces con mucho cuidado la puerta y empezó a subir también; pero en seguida se detuvo, al oír a Fausta que decía:

—Esto está muy bien.

Y acto seguido continuo:

—¿Cuánto tiempo durará la mecha?

—Unos cinco minutos —respondió Albarán.

—Tú tendrás que encenderla... ¿Podrás llegar a la gruta antes que se produzca la explosión?

—Estad tranquila, señora. Llegaré y saldré de ella, pues, como comprenderéis, no me he de entretener en el camino.

—Torpe serías si te entretuvieras —repuso Fausta riendo.

Siguió una corta pausa.

—Subamos, señores —continuó Fausta en tono de mando—. Arriba os daré mis últimas instrucciones antes de irme... Albarán, cierra la puerta de esa cueva, que nadie sabe lo que puede pasar.

Otro silencio. Rumor de pasos que se alejan.

Pardaillan subió a su vez y entró en la cueva. A pesar de su valentía, no superada por ningún otro hombre, sintió escalofríos de muerte.

A mitad de la segunda escalera, volvió a detenerse y aguzó el oído.

—Señores —decía Fausta—, tenéis que volver a desempeñar vuestro papel de campesinos y desde fuera vigilaréis la plaza. Si el señor de Pardaillan, a quien conocéis, os preguntara, ya sabéis lo que tenéis que contestarle: que vuestro amo, el dueño de la alquería, está fuera y no volverá hasta mañana; sois simples ayudantes suyos y no sabéis nada de nada. Sobre todo, que no haya misterios: abriréis la puerta y le dejaréis pasar, antes que él os lo pida. Si lo hacéis así, todo irá bien. Esta noche cerraréis la puerta a la hora que acostumbra a hacerlo el aperador y mañana, al amanecer, la abriréis... Poco antes de las diez cerraréis la puerta de delante, dejando la llave puesta en la cerradura, y la de detrás, de la que os llevaréis la llave, y os iréis en seguida, porque vuestra misión habrá terminado. Adiós, señores.

Nuevo silencio, que rompió Fausta diciendo:

—Aquí nada tenemos que hacer ya y volvemos a la abadía. Alumbra, Albarán.

—Un instante, señora, os lo ruego —imploró el conde.

—Vamos, ¿qué te pasa, mi fiel servidor? Habla sin temor —le alentó Fausta.

—Vos pasaréis la noche en el convento. Yo os acompañaré hasta que estéis en presencia de la abadesa, la señora de Beauvilliers, y luego volveré a París.

Mañana vendré de nuevo aquí, pasando por la cantera del Hito y trayendo conmigo a la niña y el ama, que están en el convento. Vos vendréis por el camino subterráneo. ¿No es así? Esto está muy bien. Llegará el señor de Pardaillan y le enseñaréis la niña, que el ama se ha de llevar en seguida. El señor de Pardaillan se quedará a solas con vos..., y esto es lo que ya no está tan bien. Me parece tan raro, tan extraordinario, que no puedo creerlo. Señora, no lo dudéis: cuando le hayáis entregado la niña, Pardaillan se os escapará.

—Pardaillan no se irá cuando haya visto a la niña... Se quedará a mi lado, él mismo me lo pedirá. ¿Cómo? Esto es cuenta mía. Te aseguro que Pardaillan se quedará, no porque yo se lo pida, sino porque él querrá quedarse.

Dijo esto con tal acento de convicción, que Albarán se inclinó sin replicar.

—Bueno —dijo el conde—, Pardaillan se quedará aquí, puesto que vos lo decís. Continúo, señora. A las once menos unos minutos, volveréis al convento, por el camino subterráneo, y Pardaillan se quedará solo encerrado en la alquería..., y esto, señora, permitid que os lo diga, ni lo concibo siquiera.

—Se quedará solo y encerrado en la alquería —repitió Fausta con energía.

—Está bien, señora. Acabo. A las once en punto, ni un minuto después ni un minuto antes, llegaré yo, encenderé la mecha y me pondré en salvo... Señora, me horrorizo con sólo pensar que estuvierais todavía dentro cuando la mina arruinase la alquería. Si sucediera eso, si cuando se produjera la explosión estuvieseis todavía al lado de Pardaillan, sería yo quien os habría matado... y me volvería loco...

—Déjate de temores quiméricos, mi querido Albarán... Te juro que me iré en el momento oportuno.

—Nadie sabe lo que puede suceder... Un incidente imprevisto, una futesa, cualquier cosa os puede entretener, y un minuto, un segundo, bastarían para que acaeciera lo irremediable.

—Quiero tranquilizarte a toda costa —interrumpió Fausta—. Dejaré abierta la puerta del subterráneo y vendrás no a las once en punto, sino a las once menos diez minutos. Entrarás, mirarás, y si la puerta estuviera abierta, sería señal de que yo estaba aún con Pardaillan. Entonces te retirarás a la gruta, volverás al cabo de diez minutos y encontrarás la puerta cerrada. ¿Entendidos?

—¿Y si estuviera abierta?

—Estará cerrada —repitió Fausta en tono que no admitía réplica—. Entonces estarás seguro de que no estoy dentro y podrás, sin preocuparte por mí, en posesión de toda tu sangre fría, realizar la operación en la que arriesgas tu vida. ¿Estás ahora tranquilo?

—Lo estaría si me permitierais que viniese al mismo tiempo que vos.

—Ya me lo has dicho y te he contestado que he prometido a Pardaillan que vendré sola, y por nada ni por nadie del mundo faltaría yo a una promesa hecha al caballero. Ea, no hablemos más de esto y a hacer Jo que he mandado.

Dijo esto en tono que no admitía réplica.

—Hágase vuestra voluntad, señora —murmuró el coloso.

—¡Vámonos! —cortó Fausta.

OceanofPDF.com

Capítulo XIII

Ceremonia interrumpida

Pardaillan bajó vivamente la escalera. No había perdido sílaba de aquella conversación edificante y sabía mucho más de lo que hubiera podido esperar.

Veinte minutos después reuníase con sus compañeros, que se aburrían mortalmente en aquella cantera donde estaban en acecho, esperando acontecimientos que no se produjeron. Landry Coquenard y Escargasse, que estaban también allí, habían oído decir a una religiosa que la señora duquesa pasaría la noche en el convento, y vieron regresar la escolta a París. Valvert y Gringaille no vieron ni oyeron nada.

Pardaillan se los llevó consigo, y unos instantes después se hallaban todos reunidos en la cocina de la alquería que los acólitos de Fausta habían minado.

El caballero miró por la ventana enrejada y vio a los españoles encargados de vigilar la finca, fingiendo que estaban muy atareados escardando el prado. Aquellos individuos le estorbaban para lo que quería hacer.

Meditó un instante, sonrió luego e hizo seña a sus compañeros de que bajaran.

El caballero bajó detrás de ellos, cerró la puerta, dejando la llave en la cerradura, y dijo para su capote:

—Esos hombres no se atreverán a bajar a esta cueva después de la faenita que han hecho... Creo que lo pensarán mucho antes de entrar en la alquería, y con razón, porque esto es un volcán. No obstante, si yo me engañara y ellos entrasen, viendo la puerta cerrada creerán que ha sido obra de su ama y no se preocuparán por nada.

Pardaillan y sus compañeros pasaron varias horas realizando un trabajo misterioso.

Al anochecer, los españoles, que sin duda querían volver a París, cerraron todas las puertas, dejando una llave en la cerradura y llevándose la otra, conforme les había mandado la princesa, y el enemigo quedó dueño de la plaza.

Mientras Pardaillan y Valvert hablaban en la cocina, Landry, Gringaille y Escargasse fueron por provisiones de boca.

Terminada la comida, bajaron todos a las cuevas. Pardaillan abrió la puerta del subterráneo que conducía al interior del convento y, con una linterna en la mano, acompañado de Valvert, se adentró en la oscura galería.

Una hora después estaban de vuelta con la tía Perrine y Luisita, a la que el caballero llevaba en brazos.

La niña y Pardaillan hacían ya muy buenas migas: él la llamaba Luisilla y ella abuelo, retorciéndole el encanecido mostacho con sus delicados deditos y besándole en ambas mejillas. Pero preguntaba a cada instante:

—¿Y mamá *Lirio del Valle*?

—Mañana la verás, pícaruela —respondía el caballero con paciencia inalterable.

Se pusieron en seguida en camino. Pardaillan quería llevar a su nieta al Grand Fasse-Partout, donde estaba seguro de que la niña encontraría buena cama y estaría bien cuidada y mimada hasta que sus padres fueran a hacerse cargo de ella.

Mas habíanse entretenido demasiado con efusiones, relatos y explicaciones minuciosas y no podían caminar tan de prisa como hubieran querido, porque Perrine no hubiese podido seguirlos; de suerte que eran ya las once de la noche cuando llegaron a la puerta de Montmartre. La puerta hacía ya varias horas que estaba cerrada, pero se abrió en cuanto el caballero enseñó la orden de que era portador.

Era ya medianoche cuando Valvert vio a Nicolasa, quien le habló en seguida de la carta que había llevado a la casa de la calle de los Forrajes.

Lleno de zozobra, Valvert echó a correr sin decir nada a nadie ni advertir a Pardaillan, que se había retirado a su cuarto y se entretenía en mecer a Luisita en sus brazos.

Odet llegó a la calle de los Forrajes en cuatro saltos, entró precipitadamente en la casa, sin tomar ninguna precaución para no ser visto, subió corriendo la escalera, encendió una vela y tomó la carta, que estaba en sitio bien visible sobre la mesa.

La leyó de una ojeada y, tambaleándose, lívido, dio un grito terrible de desesperación.

Medio loco, sin saber a ciencia cierta lo que hacía ni adónde iba, corrió desalado calle arriba.

Se encontraba cerca de la Cruz del Traidor, cuando el reloj de la misma iglesia a la que se dirigía desgranó las doce campanadas de la medianoche.

—¡Oh! ¡Llegaré demasiado tarde!

Delante de la iglesia había una carroza de viaje, de la que tiraban cuatro vigorosos caballos. El joven no la vio siquiera y entró como un rayo en el templo, donde se hallaban solamente unas veinte personas, entre ellas los ordinarios de Concini; Eynaus, Louvignac, Montreval y Chalabre, tenientes del novio. Esta concurrencia, poco numerosa, pero escogida, se agrupaba delante del altar de una capilla lateral.

En primera fila estaba Concini, padre de la novia, Rospignac, el novio, y Leonor con Florencia. Estas eran las únicas mujeres que asistían a la ceremonia. Ante el altar se hallaba el cura, con dos monaguillos, dispuesto a officiar.

Valvert no reparó en nada de esto: sólo vio a Florencia, pálida como un cadáver, y vagamente el grupo compacto de gentileshombres que le separaban de ella.

—¡Florencia! —gritó adelantando hacia el grupo—. ¡Aquí estoy!

—¡Socorro, Odet! —respondió la joven medio loca de alegría.

Pero no se contentó con pedir auxilio, sino que se puso vivamente en pie y aprovechándose de la confusión que se produjo, corrió hacia su amado, que la recibió con los brazos abiertos y ebrio de gozo y esperanza se dirigió con ella hacia la puerta, de la que les separaban unos quince pasos.

Pasado el primer momento de estupor, la jauría de Concini, que acababa de reconocer a Valvert, corrió hacia él aullando. Leonor se acercó al mariscal y le dijo unas palabras al oído. El sacerdote, asustado, interrumpió el oficio.

Concini, con ademán imperioso, contuvo a los asesinos asalariados, y dijo con voz ruda, vuelto hacia Rospignac:

—¿Qué esperas? ¡Defiende a tu mujer, *corpo di Bacco*!

Puesto así entre la espada y la pared delante de sus subordinados, Rospignac tuvo que hacer de tripas corazón. Era valiente a toda prueba, pero en cuanto vio a Odet cruzó por su mente esta idea espantosa para él: «Voy a sufrir aquí la misma humillación por la que me hizo pasar en el Louvre delante de la corte».

Y en vez de desenvainar y plantar cara al raptor, sacó el puñal dispuesto a clavárselo a sí mismo en el corazón, antes que volver a aguantar semejante vergüenza. No obstante, desenvainó al fin y adelantó hacia su enemigo.

Los ordinarios habíanse colocado entre los enamorados y la puerta, cerrándoles el paso.

Valvert, al ver venir hacia él a Rospignac espada en mano, desenvainó a su vez, apartó a Florencia con dulzura infinita, que contrastaba con el gesto violento de su mano derecha, y se puso en guardia.

El encuentro fue brevísimo. Sin una finta, sin una parada, jugándose la vida, Valvert se tiró a fondo con ímpetu irresistible. El barón soltó la espada, abrió los brazos y cayó de espaldas para no levantarse jamás.

Valvert se volvió entonces y vio la maniobra de los ordinarios, que habían formado delante de la puerta. Era preciso pasar por entre aquella manada de lobos que le enseñaban los colmillos y afilaban sus garras.

—Venid conmigo y no tengáis miedo —dijo a Florencia con inexpresable dulzura.

—¡No lo tengo! —respondió ella sonriendo—. Id delante.

Valvert avanzó, con la espada teñida de sangre en la mano, algo asombrado de ver que los ordinarios lo desenvainaban.

Concini, solo, con la espada al cinto, cruzados los brazos sobre el pecho y una sonrisa siniestra en los labios, se le puso delante. El mariscal sabía muy bien que el cándido enamorado no se atrevería a herir al padre de su amada. Aquella maniobra le había dado buen resultado una vez; ¿por qué no había de darlo otra?

En efecto, Odet no le hirió, pero con una mano, sólo con una mano, le apartó con tal fuerza que Concini rodó por el suelo, entre sillas volcadas y bancos. Entonces la jauría empezó a ladrar furiosamente:

—¡Muera! ¡Muera!

—¡Matadlo! —chilló Leonor—. ¡Matadlos a los dos! —añadió dejando estallar el odio feroz, inconsciente, que, acaso sin saberlo, había dictado hasta entonces todos sus gestos.

Un clamor formidable, formado por veinte clamores aislados que pedían la muerte de los dos jóvenes, respondió a sus excitaciones salvajes. Instantáneamente todos los espadachines, con los semblantes descompuestos, tuvieron la espada en la mano.

El sacerdote, aterrado y mascullando anatemas contra los sacrílegos, precedido de los dos monaguillos, que parecía que volaban, huyó precipitadamente hacia la sacristía, donde se encerró.

Los espadachines, sabiendo por experiencia cuán terrible era el adversario a quien tenían que matar, no atacaron en tropel, sino que maniobraron lenta y metódicamente para encerrarle en un círculo de acero.

La angustia oprimía el corazón de Valvert. Tenía miedo, no por él, sino por Florencia. Volvió la cabeza, la miró y sonrió bravamente. La joven se sacó un puñal del pecho, le rodeó el cuello con un brazo y, besándole en los labios, murmuró:

—No me tendrán viva en su poder. ¡Moriremos juntos!

Electrizado por estas palabras, embriagado por la sensación a la vez áspera y dulcísima de aquel beso de amor, el primero que recibía de ella, transfigurado, radiante, fuerte como Sansón y consciente de su fuerza, respondió:

—¿Morir? ¡Ca! Pasaremos por encima de esos viles perros tumbados y viviremos, corazón mío.

Arremetió en seguida contra sus enemigos tirando estocadas a diestra y siniestra, hiriendo de punta, de filo y de plano con la rapidez de la fuerza del rayo. Corrió la sangre, se oyeron gemidos y gritos de dolor y algunos ordinarios, entre ellos Eynaus, cayeron, como Rospignac, para no levantarse jamás.

Pero había tropezado con un tripe cordón de puntas de acero. Valvert hirió bien y certero, pero no pudo pasar y el círculo se cerró detrás de él. Estaba perdido.

Entonces tuvo uno de esos momentos de inspiración que se tienen en las circunstancias espantosamente críticas, en las que se ve doble. Entregó la espada a Florencia y tiró hacia sí de un banco. Era un banco de encina, de unos dos metros de largo, sólido, pesado; pero lo asió por un extremo, se sirvió de él como el segador de su guadaña, y, girando sobre sus talones — seguido en todos sus movimientos por Florencia que, con destreza y precisión notables, estaba, por decir así, pegada a sus espaldas —, describió un círculo tan amplio como lo permitía el banco que manejaba como si fuera una pluma.

Todos los que, con un salto hacia atrás, no se pusieron fuera del alcance de aquella catapulta, cayeron maltrechos, barridos como virutas arrastradas por el viento; y los que resultaron ilesos retrocedieron precipitadamente.

Valvert se echó a reír a carcajadas y siguió avanzando.

Los espadachines de Concini eran valientes y la rabia, el odio, la vergüenza excitaban más su valentía trocándola en furor; pero ¿qué podían hacer contra aquella masa de madera que les mantenía a distancia y rompía sus espadas como si fueran de vidrio? Tuvieron, pues, que apartarse y dejar el paso libre.

La puerta estaba abierta y despejada de enemigos. ¿Qué sucedería después? Valvert no perdió el tiempo en preguntárselo. Ante todo era necesario que salieran de la iglesia; después vería lo que tendría que hacer.

—Pasad —dijo a Florencia.

La joven dio un salto y salió al atrio al mismo tiempo que llegaba un individuo, alto y flaco, que, con la cabeza baja, como si fuera a embestir, y la espada en la mano, corría hacia el templo como una exhalación. Aquella estantigua era Landry Coquenard que, por lo que oyera decir a Nicolasa, había ido, lleno de inquietud, a la casa de la calle de los Forrajes y siguió la pista a su amo.

—Subid a la carroza que hay en la puerta —dijo Landry a Florencia, sin detenerse, a la vez que la joven levantaba el puñal para defenderse.

Si no le hubiese conocido por la voz, el pobre Landry no hubiera quedado para contarlo.

Mas Florencia, que conservaba toda su sangre fría en tan críticos momentos, tampoco perdió el tiempo y poniéndole en la mano la espada ensangrentada de Valvert, le dijo esta sola palabra:

—¡Odet!

Y se dirigió hacia la carroza, en la que montó sin vacilar.

Valvert en aquel momento arrojaba con todas sus fuerzas el banco contra sus agresores, que le estrechaban ya de cerca, y, dando un salto atrás, salía de la iglesia y caía en brazos de Landry. El buen escudero ejecutó dos movimientos tan rápidos, que parecieron uno solo: le puso la espada en la mano y asiéndole por un brazo tiró de él diciéndole:

—¡A la carroza, señor! Subid al pescante y no os preocupéis por mí.

Corrieron ambos. Landry, de un salto, se encontró de postillón sobre uno de los caballos de volea. Levantó luego el brazo, volvió la cabeza, vio a Valvert sentado en el pescante y picó a los caballos con la punta de su espada al mismo tiempo que les rasgaba los ijares con sus enormes espuelas.

En el pescante, adonde había subido Valvert, dormía tranquilamente el cochero. El joven le quitó con una mano las bridas, que habíase arrollado al brazo, y, con la otra, le levantó casi en vilo, asiéndole por el cogote, y le mandó en tono imperioso y amenazador:

—¡Salta!

El pobre hombre, que despertó sobresaltado, creyó que había llegado su última hora, y no sólo saltó del pescante, sino que echó a correr como si llevara al diablo pisándole los talones.

Aguijoneados implacablemente por Landry y azotados despiadadamente por Valvert, que había tomado el látigo, los caballos corrían desenfrenadamente perseguidos por los ordinarios de Concini, que también habían puesto sus monturas al galope tendido.

Mas la carroza se perdió en la obscuridad de la noche y hubiera sido una locura obstinarse en querer alcanzarla. Así debieron pensarlo los espadachines asalariados, pues renunciaron a continuar la persecución.

Unos minutos después la carroza se detenía delante de la puerta cochera, cerrada ya, del Grand Passe-Partout, Valvert volvía a la posada una hora después de haber salido de ella precipitadamente, y, como nadie se había acostado todavía, respondieron en seguida a su llamamiento.

Al cabo de una hora, la puerta volvía a abrirse para dejar paso a la carroza. En el pescante iba muy tieso, con las bridas en una mano y el látigo en la otra, el digno Landry Coquenard, que por lo visto servía para todo. En el interior del vehículo, Florencia, Luisita y Perrine. La joven llevaba sentada en su regazo y muy abrigadita a la niña que, rodeándole el cuello con sus bracitos blancos y regordetes, le decía confidencialmente al oído, con acento de indecible cariño:

—Mamá Lirio, puesto que me lo mandas, querré mucho a la mamá Bertille que vamos a ver; pero mi verdadera mamá, a la que yo siempre querré más que a todas, serás tú, mamaíta Lirio.

Detrás de la carroza iban, a caballo y armados hasta los dientes, Escargasse y Gringaille; a una de las portezuelas, montado en uno de los soberbios caballos que le regalara el rey, Valvert; y a su lado, a pie, Pardaillan.

Todos se dirigían a Saugis, menos el caballero, que había de quedarse en París. Fue Pardaillan quien, viendo la carroza, tuvo la idea de aquella marcha nocturna tan precipitada que parecía una fuga. Y realmente era una fuga, porque se trataba, ocultándola en Saugis, en casa de Juan de Pardaillan, de poner a Florencia al abrigo de las asechanzas de Concini que, amparándose en sus derechos de padre, la haría buscar y la obligaría a volver, si la encontraba, y a viva fuerza, al hogar paterno.

La víspera, Valvert no habría vacilado en confiar la joven a los cuidados de Escargasse y Gringaille, para no separarse del caballero, porque la víspera estaban aún en lucha abierta con Fausta y se habría creído deshonorado desertando del campo de batalla; pero después de lo que habían hecho en Montmartre, las cosas habían variado mucho. Valvert sabía muy bien que habían arrancado las garras y los colmillos a la tigresa que se llamaba Fausta y, de consiguiente, nada podía intentar siquiera contra el rey o Pardaillan. Derrotada definitivamente, no le quedaba otro recurso que desaparecer lo más pronto posible, y, de seguro, así lo haría ella.

Valvert dejaba, pues, sólo, sin remordimientos ni inquietud, a su viejo amigo, al que veneraba y quería como a un padre. La separación, por otra parte, había de ser momentánea, porque Pardaillan les había prometido reunirse con ellos aquel mismo día en Saugis, y nadie mejor que el joven sabía que el caballero no dejaba jamás incumplidas sus promesas. Sin embargo, en el momento de la despedida, como viera a Pardaillan algo pálido, aspecto glacial y retorciéndose con mano nerviosa el encanecido bigote —señal evidente de que se esforzaba por disimular una emoción violenta—, hizo un supremo esfuerzo y le dijo con sonrisa y acento insinuantes:

—Vamos, señor, dejaos convencer... Hay sitio para vos en la carroza, entre vuestra hija Florencia, que os mimará, y vuestra nieta, que rodeará vuestro cuello con el dulce collar de sus bracitos...

Pardaillan retrocedió dos pasos e imitando los ademanes del sacerdote que exorciza, profirió riendo:

—¡Vade retro, demonio tentador!

Y poniéndose súbitamente muy serio, agregó:

—¡Dejar que Fausta se vaya tranquilamente, sin haber recibido la lección que merece por todo el mal que ha hecho! ¡Por Pilatos! No me perdonaría yo jamás semejante debilidad.

Y alzando la voz, en tono imperioso exclamó: — ¡Fustiga a los caballos, Landry!

La carroza prosiguió su camino y desapareció en la obscuridad...

OceanofPDF.com

Capítulo XIV

La explosión

Las nueve y media de la mañana acababan de dar en el reloj del convento de benedictinas de Montmartre.

Al fondo de la huerta del convento, junto a la pared de cerca que, por aquel lado, atravesaba la plazoleta en que se veían las ruinas de la horca, alzábase un pabellón, en medio de un jardincito particular, rodeado por un seto. En este pabellón tuvo Fausta escondida a Luisita desde el día que la robó y allí fue a buscarla para llevarla a la alquería minada la víspera y entregarla a Pardaillan.

Fausta subió la breve escalinata, abrió la puerta y entró resueltamente como si estuviera en su casa. No halló a la niña en la habitación donde penetrara, y suponiendo que, bajo la vigilancia de Perrine, estaría jugando en el jardín, sin inquietud ni contrariedad alguna se dispuso a salir para ir en su busca.

Se volvió, con este objeto, y quedóse como de piedra, clavada en su sitio y los ojos desmesuradamente abiertos. Pardaillan, con el sombrero en la mano y sonriendo con la sonrisa aguda, inquietante, que tenía en ciertos momentos, se interponía entre ella y la puerta.

—¡Pardaillan! —murmuró la princesa anonadada.

—Sí, señora, soy yo —repuso el caballero sin dejar de sonreír.

— ¡Pardaillan aquí! —repitió ella como si no pudiera dar crédito a sus propios ojos.

—¿Es mi presencia lo que os asombra? —dijo burlonamente el caballero—. Pues voy a explicarla, princesa. He querido, porque es de justicia, ante todo, daros las gracias como merecéis, y seguidamente deciros que me he llevado la niña para evitaros la molestia de acompañarla al lugar que me indicabais en vuestra carta.

—¿Os habéis llevado la niña?

—Sí, princesa, y por si el saberlo os devuelve la tranquilidad, os diré que en estos momentos se halla en Saugis, al lado de sus padres, que sabrán guardarla lo bastante bien para que no volváis a quitársela.

Fausta, repuesta de su estupor, comprendió que Pardaillan lo sabía todo, que se le escaparía una vez más y que una vez más estaba a merced de aquel hombre sin par. Y aquella mujer siempre fuerte y siempre soberanamente dueña de sí misma, perdió la serenidad, se sintió débil, anonadada y, no pudiendo tenerse en pie, porque se le doblaban las piernas, se sentó, medio desfallecida, en un sillón.

—¿Es posible que una cosa tan sencilla os haya conmovido tanto? —prosiguió Pardaillan en el mismo tono burlón—. ¡Caramba! Lo siento, porque yo creía que no podía hacer nada mejor ni más grato para vos, y me he engañado. Ya lo veis, princesa, estoy apesadumbrado, confundido...

—¡Demonio! —gruñó Fausta.

—¡Ah! ¡Ya caigo! Lo que os desespera, sin duda, es el no poder recibirme en la alquería donde me habíais citado y en la que, indudablemente, habréis hecho los preparativos necesarios para recibirme con todos los honores y halagos a que me tenéis acostumbrado desde que tuve la honra de conoceros... Lo veo claramente... ¡Por Pilatos! No se podrá decir que os he privado de ese placer. Princesa, vamos a la alquería.

Fausta se puso vivamente en pie.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Tú quieres...?

—¿Por qué no? Nada me lo impide... Además, por muy aventurero que yo sea, sé guardar las formas y mostrarme galante... Sería una lástima que resultaran estériles esos preparativos que tanto os habrán costado. Es muy natural y espero que no me negaréis esta inocente satisfacción.

Fausta le miró fijamente y le vio muy serio.

—Vamos —dijo.

—A vuestras órdenes, princesa —repuso Pardaillan inclinándose galantemente.

Con precipitación que delataba el temor que tenía de que hubiera descubierto su juego infernal, echó a andar delante, bajó apresuradamente a la cueva, tomó un farol, lo encendió y se dispuso a subir.

—Un momento, señorita —dijo Pardaillan deteniéndola—; os he dicho que sé mostrarme galante y no lo sería si permitiera que os tomaseis tantas molestias por mí.

Le quitó el farol de las manos y agregó:

—Tendré el honor de alumbrar. Enseñadme el camino, princesa. Os sigo.

Y la siguió, en efecto, como si no conociera el camino tan bien como ella. Tenía en los labios la misma sonrisa inquietante que cuando le recibió arriba, y no la perdía de vista.

Fausta marchaba delante con paso ligero y pensaba:

—¡Es un orgulloso, la personificación del orgullo! Por orgullo renunció el trono que tantas veces le ofrecí y por orgullo rehusó los honores y riquezas que los reyes, agradecidos, quisieron dispensarle. Por orgullo sigue siendo un aventurero sin casa ni hogar; el orgullo ha sido lo que le ha guiado en la vida y el orgullo le perderá... Sabe muy bien lo que le espera viniendo conmigo a la alquería y, sin embargo, no retrocede.

Llegó a la puerta secreta que daba a las cuevas de la alquería, la abrió y se hizo a un lado para dejar pasar a Pardaillan. El caballero comprendió que no lo hacía por cortesía, sino para dejar la puerta abierta, conforme había prometido a Albarán, y, sin hacer ninguna objeción, pasó, llegó a la escalera y puso el pie en el primer peldaño, como para tranquilizar a la princesa, la cual adelantó hacia él dejando, en efecto, la puerta abierta.

A su vez el caballero se hizo a un lado para que pasara Fausta, y dejó el farol al pie de la escalera, diciendo con mucha naturalidad:

—Dejo esta luz aquí porque supongo que hubierais hecho lo mismo si hubieseis venido sola mientras yo esperaba en la plazoleta.

Hizo una pausa y, como ella no protestara, añadió: —Además, así estará mejor alumbrada la escalera. Subió Fausta sin inquietud alguna, segura de que él la seguiría.

Una vez en la cocina, la princesa se sentó en un banquillo. Pardaillan cerró la puerta del sótano y se guardó la llave en el bolsillo. Se acercó a la puerta que daba a la plazoleta, se cercioró de que estaba bien cerrada, retiró la llave, que estaba en la cerradura, y se la guardó también. Después cerró

cuidadosamente los postigos de las enrejadas ventanas y encendió los dos faroles que había encima de la mesa junto a la cual habíase sentado Fausta.

Hizo todo esto pausadamente, con calma desconcertante, sin despegar los labios. Fausta le miraba en silencio. Cuando hubo terminado, Pardaillan manifestó en tono glacial sus intenciones.

—No es necesario que os diga que sé muy bien lo que me espera aquí. Ayer, sin que os dierais cuenta de mi presencia, lo vi y lo oí todo...

Aquí estoy, en la situación que queríais tenerme, pero con la diferencia de que se han trocado los papeles y me voy a ir dejándoos encerrada aquí.

A pesar suyo Fausta se estremeció y miró despavorida a Pardaillan.

—Tranquilizaos, princesa —prosiguió éste—. No es ésa mi intención.

Fausta respiró aliviada de un peso enorme y el caballero continuó:

—Sabiendo lo que sé y habiéndome llevado a la inocente criatura de la que os queríais valer para atraerme a una emboscada mortal —lo cual, permitidme que os lo diga, es bastante odioso—, convendréis conmigo en que lo más fácil y cómodo para mí hubiera sido no venir aquí.

—¿Por qué no lo habéis hecho? —preguntó Fausta con curiosidad.

—Os lo diré, señora. Soy viejo y estoy cansado, terriblemente cansado... Les he proporcionado a los únicos seres que amo en este mundo una fortunita que les asegurará, si no la dicha, por lo menos una vida holgada, que viene a ser casi lo mismo... Hasta ahora he podido desbaratar todos vuestros proyectos, defraudar todas vuestras esperanzas y ponerlos en la necesidad de apelar a una fuga vergonzosa para salvar la cabeza que sentís os vacila sobre los hombros y, de consiguiente, nada tengo que hacer ya en este pícaro mundo. Me voy, pues, al otro. Os juro que me es indiferente morir de la muerte que me habéis preparado como de otro modo cualquiera. Moriré, por lo tanto, aquí, como vos queríais, y a la hora que habéis señalado; pero se me ha metido en la cabeza que hemos de hacer juntos el viaje eterno.

—¡Yo he de morir también! —gritó la princesa poniéndose en pie como movida por un resorte.

—Sí, señora —dijo Pardaillan con el acento de las resoluciones irrevocables—. Estaréis aquí, a mi lado, hasta que vuestro fiel servidor Albarán vuele la alquería. Y ahora, princesa, hablad, implorad, rugid,

amenazad, que todo será inútil. Lloréis, supliquéis u os arrepintáis, en el supuesto de que en vuestro corazón haya cabida para el arrepentimiento, no me haréis desistir de mis propósitos. Nada ni nadie os podrá sacar de aquí ni os volveré a dirigir la palabra hasta el momento que yo mismo he señalado.

Pardaillan se puso a dar vueltas por la cocina silbando una canción.

Desde que salió del convento para llevar a Pardaillan a aquella pieza, situada encima de la cueva donde estaban los barriles de pólvora que habían de hacer explosión a la hora fijada por ella misma, Fausta había calculado todas las posibilidades, menos la de que Pardaillan pudiera concebir el horroroso, el imposible proyecto de hacerla morir con él.

—¡Oh! —exclamó aterrada—. ¡No, no es posible que hagáis eso, vos que sois el hombre más generoso que ha podido existir en la tierra!

Pardaillan, fiel a su promesa, no le contestó. Fausta le conocía demasiado bien y sabía que guardaría silencio hasta el momento que había dicho. Luego si cumplía una cosa de tan poca importancia, mantendría también inexorablemente su palabra respecto a lo demás. Se sintió irremisiblemente perdida. Al fin y al cabo, era mujer y tuvo un instante de desfallecimiento.

Un instante nada más, pues con la fuerza de voluntad tan extraordinaria que la caracterizaba se repuso en seguida y dijo con calma soberana que Pardaillan admiró en su interior:

—Bueno. También yo estoy cansada, habéis desbaratado todos mis planes y nada puede retenerme ya en este mundo maldito. Muramos juntos, Pardaillan; es mucho más de lo que yo me hubiera atrevido a esperar.

Un silencio angustioso, sólo turbado por el ruido rítmico de los pasos del caballero, pesaba sobre ellos. Así transcurrieron varios minutos, que parecieron a ella mortalmente largos.

De pronto dijo Pardaillan:

—Señora, son las once menos diez minutos... En este momento, vuestro fiel Albarán, que sabe que no se ha de adelantar ni retrasar un segundo, cumple al pie de la letra vuestras órdenes: entra, mira, ve la puerta abierta y se retira a la gruta, donde esperará otros diez minutos. Cuando vuelva es menester que encuentre cerrada esa puerta, pues de lo contrario no se atrevería a prender la mecha. Voy a cerrarla. ¿Queréis acompañarme?

—Vamos —respondió Fausta.

Pardaillan sonrió y su sonrisa, que ella vio, decía claramente: «Pierde toda esperanza de escaparte». La princesa volvió la cabeza, avergonzada de haber dejado traslucir su pensamiento.

Bajaron. Pardaillan cerró la puerta y llevó a Fausta, asida por un brazo, a la escalera. Mientras ella subía, el caballero echó una mirada furtiva a la cueva donde Fausta había mandado colocar los barriles de pólvora que no cupieron en la que había debajo de la cocina. ¿Conocía acaso la existencia de aquella cueva y sabía que allí había pólvora? No lo ponemos en duda ni lo aseguramos.

Volvieron a la cocina. Pardaillan cerró de nuevo la puerta y tomó a dar vueltas por la pieza.

Fausta se sentó en el banquillo que abandonara poco antes.

Pasaron unos minutos espantosamente largos. Por valiente que fuera y por resignada que estuviera con su suerte, Fausta no podía por menos de temblar y sentía que un sudor frío bañaba su frente. Ella, sin miedo ni vacilación, habría prendido bravamente la mecha, a sabiendas de que sería ella la primera que volaría; pero aquella espera la volvía loca. Y se comprende. Los diez minutos que la separaban del instante en que había de saltar por el aire para caer destrozada, hecha pedazos, convertida en papilla sangrienta, le parecieron mil veces más largos que la hora que acababa de pasar, a pesar de que ésta habíale parecido un siglo.

De improviso, el reloj de una iglesia vecina dio una campanada. Fausta se dijo que al sonar la undécima, o quizá antes, todo habría acabado para ella. Adivinando que Pardaillan la observaba, se irguió altivamente y mostró un rostro impasible; pero mantenía los ojos desmedidamente abiertos, por temor de que si tenía la debilidad de cerrarlos delatara su emoción.

A la primera campanada no siguieron las otras diez y la explosión no se produjo. Esperó un poco más y entonces entrevió la verdad.

—¿Pero no son...?

—¿Las once? —interrumpió Pardaillan—. No, son las once y cuarto. Estabais tan abstraída, que no oísteis la hora.

—Entonces, ¿qué significa esto? ¿Por qué no ha hecho Albarán lo que le mandé?

Pardaillan tomó un farol y dijo:

—Venid conmigo, señora, y lo sabréis.

Bajaron.

El caballero le mostró abierta de par en par la puerta de la cueva minada, bajó el farol y le enseñó la mecha.

—Como veis —le hizo observar—, vuestro Albarán prendió la mecha, de la que no queda ni vestigio. Pero mirad.

Con el pie derribó la pirámide que formaban los barriles, que cayeron deshechos.

—¡Estaban vacíos! —exclamó Fausta asombrada.

Pardaillan prosiguió:

—Ayer, en cuanto os fuisteis, me tomé la molestia de vaciarlos e inutilizar la pólvora.

Fausta recobró instantáneamente todo su aplomo. Su calma no era ya fingida.

—Entonces ¿por qué me habéis dicho que teníamos que morir juntos?

—Para que supierais por propia experiencia cuán horribles son los minutos para el condenado que sabe que va a morir. Ahora que lo sabéis, espero que no someteréis a nadie al suplicio que me teníais reservado.

—Bueno, ¿qué pensáis hacer conmigo? —preguntó Fausta con rara afabilidad, tal vez porque había adivinado las intenciones de Pardaillan.

—Nada, señora —respondió fría y desabridamente el caballero—. Podéis marcharos. Os perdono.

—¿Que me perdonáis? —chilló Fausta, sin que se pudiera decir si se asombraba de tanta magnanimidad o se rebelaba contra aquella palabra «perdón» que le cruzaba el rostro como un latigazo.

—Sí, señora, os perdono. Quiero que, si vivís, podáis decir a vos misma: «En todos nuestros encuentros he querido matar ruin y traidoramente al caballero de Pardaillan; y cada vez que él me tuvo en su poder, no intentó siquiera herirme.» Esta vez, como tantas otras, os perdono también. Marchaos, señora.

Extendido el brazo, Pardaillan le mostraba la puerta con ademán tan imperioso y tan desdeñoso gesto que Fausta, humillada, vencida, salió despaciosamente sin atreverse a proferir palabra.

Bajó la princesa, tomó el farol que el caballero había dejado al pie de la escalera, miró furtivamente hacia arriba, como temerosa de que aquél la espicara, abrió la puerta secreta de la cueva, la volvió a cerrar y se dirigió al fondo de aquel sótano que, al parecer, no tenía otra salida.

Mas otra puerta se abrió y la princesa, dejando el farol en el suelo, pasó a un estrecho corredor y se acercó a los barriles.

Recuérdese que, al transportarlos, los españoles reventaron un barril.

Fausta hundió las manos en él y tuvo un gruñido de fiera.

—¡Pólvora! ¡Y en buen estado! Pardaillan, tú no has pasado por aquí... ¡Me perdonas, dices! ¡Pues yo no te perdono! ¡No saldrás vivo de esta casa!

Gruñendo así, trabajaba febrilmente. Volcó el barril, y la pólvora formó un montón del que fue tomando grandes puñados con los que hizo un reguero que llegaba hasta la puerta que acababa de abrir. Luego tomó la luz del farol y la aplicó a la pólvora, que empezó a crepitar.

Un largo serpenteo de fuego corría hacia el extremo opuesto, donde estaban apilados los cinco barriles llenos de pólvora.

Fausta, en cuanto hubo prendido el reguero, echó a correr como si le hubieran brotado alas en los pies y desapareció en las tinieblas.

Pardaillan, que habíala seguido desde arriba con la mirada, se preguntaba a sí mismo:

—¿Qué ira a hacer? ¿Entrará en la cueva donde están los barriles que no he querido destruir? ¿Prenderá fuego a esa pólvora?... Sin embargo, ella sabe muy bien que se jugaría la vida. Si lo hace, ¿se podrá decir que la he matado yo? No; hace un momento se lo advertí diciéndole: Si vivís, y una mujer como ella entiende con medias palabras. Es ella misma y no yo la que va a decidir de su suerte. Si muere, será ella la que se habrá matado y nada podrá reprocharme la conciencia.

Hechas estas reflexiones, que cruzaron por su mente con rapidez prodigiosa, bajó a su vez. Al pasar echó una ojeada a las dos puertas abiertas, situadas a pocos pasos una de otra, como para adivinar la que

Fausta había abierto, y siguió adelante sereno, calmoso, tranquilo, como si ignorase que la muerte se cernía sobre él.

Pasó, abrió la puerta y la cerró en el mismo momento que estalló un trueno horroroso, tembló el suelo, se derrumbaron las paredes y se levantó una columna de humo y llamas...

OceanofPDF.com

Capítulo XV

Epilogo

¿Murió Pardaillan víctima de la explosión?

Su hijo Juan y Valvert, que acudieron consternados en cuanto llegó a sus oídos la espantosa nueva, hicieron y mandaron hacer minuciosas investigaciones y registros. Los escombros habíanse esparcido hasta lugares muy apartados del sitio donde se levantaba la alquería, pero entre ellos no se encontró ningún miembro humano ni ningún objeto que perteneciera a aquel cuyos restos mortales buscaban para darles cristiana sepultura.

Pero en los sótanos de la alquería arruinada, Juan y Valvert encontraron el cadáver de Fausta. La princesa no había podido huir; pero, cosa rara, las llamas y el derrumbamiento habían respetado su cuerpo, que estaba intacto, sin un rasguño siquiera. Sólo tenía una pequeña contusión en la sien, de la que habían brotado unas gotas de sangre trazando en su mejilla un surco rojo.

Tendida sobre la blanca arena, en medio de montones de escombros, parecía que dormía. Fausta, mientras huía, debió dar un traspié o tropezar con un obstáculo invisible y, cayendo, se produjo la contusión. ¿Murió de aquella pequeña herida, de conmoción cerebral o asfixiada?

No lo sabemos.

Pero ni bajo tierra ni en la superficie se encontró rastro de Pardaillan. Vivo o muerto, lo cierto era que el caballero habíase desvanecido como un fantasma, habíase volatilizado, por decir así. Durante muchos días y muchas noches, Juan, que conocía aquellos subterráneos tan bien como su padre, y Valvert, continuaron sus pesquisas; pero tuvieron al fin que desistir de ellas, persuadidos, sin embargo, de que Pardaillan no había muerto.

Luis XIII cumplió la promesa que hiciera a Pardaillan y confirmara a Valvert. Llamó a los marqueses de Ancre y les pidió la mano de la condesa de Lésigny para «su amigo» el conde de Valvert. Esta petición, esta orden,

mejor dicho, la formuló en tales términos que Concini y Leonor quedaron convencidos de que el rey conocía el terrible secreto del nacimiento de Florencia y que el casamiento que imponía era la condición única de un perdón general. Pero se engañaban.

El augusto niño habíase limitado a repetir las palabras que le dictara Pardaillan, sin saber el alcance que tenían.

Pero ellos, creyendo que lo sabía, se apresuraron a acceder a todo lo que les exigió el monarca, encantados de salir de tan mal paso a tan poca costa.

Tres meses después de la horrorosa explosión, que quedó envuelta en el misterio para el pueblo, en la misma iglesia de San Germán, de donde la quitara a Rospignac, Valvert contraía solemnes nupcias con su amada Florencia en presencia del rey y de toda la corte.

Valvert se retiró a sus tierras, recuperadas, ensanchadas y embellecidas, colindantes con las del hijo de Pardaillan, primo suyo por afinidad, y las dos familias vivieron, una al lado de la otra, como si formaran una sola.

Ocioso es decir que Landry Coquenard, enriquecido por Valvert, no abandonó a su amo. Por todos los tesoros del mundo no hubiera consentido en separarse de la que continuaba llamando «la niña». Landry se pasaba la mayor parte del día con sus «compadres» Escargasse y Gringaille, que tenían cerca de allí sus fincas.

La buena Perrine tampoco se separó de Luisita, que estaba mimadísima, pues eran cinco las personas que se desvivían por cuidarla con esmero.

Valvert y su primo Juan hablaban muy a menudo del señor de Pardaillan, en quien pensaban siempre, y cuando lo hacían, uno aprobaba lo que decía el otro.

—¡El señor de Pardaillan no ha muerto! —solían repetir—. Un hombre de su temple es inmortal... ¡La Parca no se atrevería ni a tocarlo con sus dedos descarnados!... No, Pardaillan vive, y el día menos pensado, cuando menos lo esperemos, se nos presentará tranquilamente, de regreso de alguna lejana y épica correría a caballo.

FIN

Terminada la emocionante serie de LOS PARDAILLAN, en el presente tomo, acaba de ponerse a la venta el tomo primero de la maravillosa historia de intriga y amor (que puede reputarse como la obra cumbre de MIGUEL ZÉVACO) titulada

EL PUENTE DE LOS SUSPIROS

Si Zévaco en LOS PARDAILLAN supo mostrarnos de manera magistral un período de la historia de Francia, ahora nos traslada a otro ambiente no menos subyugante: la Venecia del Renacimiento, la del Aretino, la de Juan de Médicis, la de los dux y el Tribunal de los Diez. Son los tiempos en que la venganza invadía el terreno de la justicia y en que una denuncia bastaba para perder a un ciudadano. Cuando esto sucedía, el inocente veía alzarse ante él la fatídica mole del Puente de los Suspiros. Puente en forma de sarcófago que unía la cárcel con el palacio ducal y en el que a veces se efectuaban las ejecuciones.

Un casto y puro amor, el del noble Rolando y la hermosa Leonor, sirve de fondo en EL PUENTE DE LOS SUSPIROS a los episodios de una intriga apasionante y verídica que tan pronto transcurre en la lóbrega cripta de San Marcos como en el suntuoso palacio de la cortesana Imperia.

Los cinco tomos de esta nueva serie se titulan:

EL CALABOZO DE LA MUERTE
MADRE Y CORTESANA
LA GRUTA NEGRA IMPERIA
LA CORTESANA
LOS AMANTES DE VENECIA

“Los Pardaillan”. La serie.

NUNCA el interés fue mantenido a lo largo de una extensa narración de una manera tan viva y creciente como en *Los Pardaillan* —la obra cumbre de Miguel Zévaco—, donde la intriga, hábilmente llevada, se prolonga en una refulgente cadena de recios eslabones que cautivan y a la vez encantan al lector.

Quien se sumerge en el torbellino de *Los Pardaillan* se convierte inmediatamente en un devoto de esa literatura sublime que subyuga el pensamiento y acelera los latidos del corazón. Zévaco, el famoso novelista francés, autor de más de 60 narraciones históricas, con una agilidad asombrosa, con un dominio de las situaciones dramáticas difícilmente igualado por escritor alguno, arrebatada y conmueve hasta el extremo al lector, siempre ávido por desentrañar el fin de la alucinante aventura que se desarrolla ante sus ojos.

El espectáculo de las Cortes fastuosas, de los lúgubres pasadizos de los palacios, de las alegres y bulliciosas ciudades, de un pueblo que alborota, ríe o se pasma al paso de las regias carrozas o al conocer los contrarios pensamientos, las envidias, los celos, las más turbulentas pasiones que agitan el pecho de los reyes y príncipes que le gobiernan, constituye por sí solo un aliciente bastante para estimular el interés del lector.

Pero además quien tiene entre sus manos uno de los episodios que integran la serie de *Los Pardaillan* no se conformará con darle cima, sino que, enseguida, vasallo de su propia pasión, de su particular desasosiego, se lanzará en el vértigo del episodio siguiente, y así, no se hallará satisfecho hasta dar remate al último volumen, hasta recorrer hasta su término esa senda incitante e infinitamente variada que ha dibujado Zévaco con mano

maestra en *Los Pardaillan* y que se extiende ante él como una tentación sin cesar renovada.

Y luego, los recuerdos quedan en el alma impresionada tan a lo vivo y los más relevantes episodios permanecen grabados con tanta fuerza en la memoria del lector, que éste adquiere inmediatamente el convencimiento de que las vidas ajenas han enriquecido la vida propia y de que jamás su tiempo estuvo tan bien aprovechado como cuando se contaminó del frenesí que agita y acongoja a cuantos personajes cruzan por las páginas incendiadas —de amor o de odio— de *Los Pardaillan*.

La serie consta de 27 episodios cuya publicación original es como sigue:

Parte 1 —*Publicada en: 1907 / (en 1902 por entregas).*

Época en que transcurre: 1553 – 1572, (el reinado de Carlos IX).

Tomo 1 - Los Pardaillan.

Incluye los episodios 01 - 04: En las garras del monstruo, La espía de la Médicis, Horrible revelación y El círculo de la muerte.

Tomo 2 - Una epopeya de amor.

Incluye los episodios 05 – 07: El cofre envenenado, La cámara del tormento y Sudor de sangre.

Parte 2 —*Publicada en: 1908 / (en 1903 por entregas).*

Época en que transcurre: 1588 – 1589, (el reinado de Enrique III).

Tomo 3 - Fausta.

Incluye los episodios 08 – 10: La sala de las ejecuciones, La venganza de Fausta y Una tragedia en La Bastilla.

Tomo 4 - Fausta vencida.

Incluye los episodios 11 – 13: Vida por vida, La crucificada y El vengador de su madre.

Parte 3 —*Publicada en: 1913.*

Época en que transcurre: 1590, (el reinado de Enrique IV de Francia y Felipe II de España).

Tomo 5 - Pardaillan y Fausta.

Incluye los episodios 14 – 16: Juan el Bravo, La hija del rey hugonote y El tesoro de Fausta.

Tomo 6 - Los Amores de Chico.

Incluye los episodios 17 – 19: La prisionera, La casa misteriosa y El día de la justicia.

Parte 4 —*Publicada en: 1914 / 1916).*

Época en que transcurre: 1610, (el reinado de Enrique IV).

Tomo 7 - El hijo de Pardaillan.

Incluye los episodios 20 – 21: El Santo Oficio y Ante el Cesar.

Tomo 8 - El tesoro de Fausta.

Incluye los episodios 22 – 23: Fausta la diabólica y Pardaillan y Fausta.

Parte 5 —*Publicada póstumamente en: 1926.*

Época en que transcurre: 1614, (la regencia de María de Médicis).

Tomo 9 - El fin de Pardaillan.

Incluye los episodios 24 – 25: Tallo de lirio y La abandonada.

Tomo 10 - El fin de Fausta.*(este libro).*

Incluye los episodios 26 – 27: La dama blanca y El fin de los Pardaillan.

OceanofPDF.com



MIGUEL ZÉVACO (1860 - 1918). Nació en Ajaccio (Córcega) el 1 de febrero de 1860, y murió en Eaubonne (Val-d'Oise, Francia) el 8 de agosto de 1918, a los 58 años.

Después de una breve experiencia como profesor, a los 20 años, ingresó en el ejército, donde permaneció cuatro años (*Teniente de dragones en 1886*). Fue en esta fecha que se trasladó a París.

Atraído por las letras y la política Miguel Zévaco se convirtió en columnista y sub-editor en "*Le Égalité*", que dirigía entonces el revolucionario socialista Jules Roques.

Activista político, se postuló (sin éxito) en las elecciones legislativas de 1889 para la Liga Socialista Roques. En esa época, conoció a Louise Michel, Aristide Bruant, Séverine y otros socialistas notables.

En una época en que no existía la libertad de expresión; debido a lo intenso de sus discursos y la virulencia de sus palabras en medio de los atentados

anarquistas de la época, Zévaco fue etiquetado de anarquista y en varias ocasiones encerrado en prisión: ya sea por hablar en contra de personajes públicos, o por defender sus convicciones y la libre expresión, o por elogiar a socialistas declarados. Como un ejemplo: el 06 de octubre 1892, fue condenado por el Tribunal de lo Penal del Sena por haber dicho en una reunión pública en París:

“A los ciudadanos nos están matando de hambre... Robar, matar, dinamitar; todos los medios son válidos para deshacerse de esta infame opresión”.

En 1900, Miguel Zévaco abandonó el periodismo político para dedicarse a escribir novelas por entregas. Comenzó esta nueva carrera con la novela: Borgia, publicada en el diario: *Le Petite République* de Jean Jaurès, logrando un éxito sin precedentes. El enorme éxito de esta narración explica por qué el autor continuó escribiendo novelas históricas. Tras el éxito de su primera obra, Zévaco sigue escribiendo, lo que se convertiría en una larga cadena de éxitos. Obras como: *Tribouillet* (1900-1901), *El Puente de los Suspiros* (1901), *Los Pardaillan* (1902... 1918), *Flores de París* (1904), *Los Misterios de la Torre de Nesle* (1905), *Le Capitán* (1906), *Nostradamus* (1907), *La Heroína* (1908), o *El Hotel Saint-Pol* (1909), etc.

Zévaco continuó con gran éxito su carrera como escritor hasta su muerte en 1918, y, es considerado *uno de los más brillantes exponentes de la novela de capa y espada de todos los tiempos*.

Fuera de Francia Miguel Zévaco no es muy conocido, y esto se atribuye a dos cosas: a que fue etiquetado de anarquista por el gobierno de su época, y al boicot promovido por las autoridades eclesiásticas a quienes no gustaba que las cosas fueran dichas claramente, en lugar de presentarlas en un ángulo siempre favorable a la iglesia católica. Sin embargo los documentos históricos avalan completamente los acontecimientos tal como son presentados por Zévaco, a pesar de que éste los presenta, sólo como escenario de sus novelas.

Durante la Primera Guerra Mundial, Miguel Zévaco dejó Pierrefonds donde residió desde el final del siglo y se instaló en Eaubonne (Val-d'Oise), donde

finalmente murió en agosto de 1918, probablemente de cáncer.

OceanofPDF.com